

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE EDUCACIÓN
CIÓN G

Madama
de
Genlis

La
duquesse
de

de
La-Valliere

Y 2

PQ1985

.G5

D88

c.1



1080029605

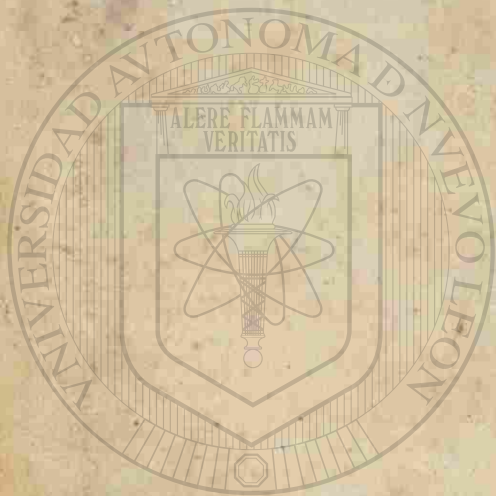


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANI

Núm. Clas

N

Núm. Aut

G 332d

Núm. Aut

30225

Proced

Precio

Fecha

Clasifica

Catálogo

®

2629

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA DUQUESA
DE
LA-VALLIÈRE,
POR MADAMA DE GÉNLIIS.

*Historia que en Paris se imprimió por la vez
nona en la oficina de Maradan; y que traducida por
el Señor Don J. M. E. ha reimpresso.*

Luis Abadiano

EN MÉXICO.

1839.

TOM. I.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO
SALVADOR TOSCANO
101351

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
EN LAS ESCALERILLAS NUM. 13.

Se expende en la Librería de la 1.^a calle de
Santo Domingo junto al núm. 12.

30225

643

PQ1985

95

088



00109

00109

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

00109

00109

00109

DEDICATORIA

AL

TRADUCTOR.




Los motivos que V. tuvo para traducir su obra, y yo para dedicársela, solo interesan á los dos. Al Público lo que le importa es comprarla muy barata, y aprovecharse de su lectura.

Dígnese V. aceptar es-

*te obsequio, aunque cortí-
simo, y esta prueba del
respeto con que lo mira*

El Ympresor.

PROLOGO.

«»

Tenemos en nuestro idioma una prodigiosa cantidad de romances históricos: éste era el gusto dominante en el siglo de Luis XIV. Se amaban entónces los grandes nombres, porque despertaban grandes ideas. Esta clase de obras, como todas las demás, tiene sus ventajas y sus inconvenientes: los principales personajes de un romance histórico son mas interesantes que los héroes imaginarios; aquí, como en la tragedia, la historia dá mas mérito á la fábula, y la ficción á su vez adorna la verdad; pero no se excita la curiosidad. El lector conoce de antemano los acontecimientos mas interesantes, la mayor parte de los detalles y el desenlace. En fin, en la composición de una obra de este género, la imaginación del autor está siempre forzada; no le es permitido ofrecer situaciones y escenas brillantes, que la historia habria debido compilar; no puede inventar sino cosas que el público ha podido ignorar, y que sean conformes á los caracteres de los personajes. He seguido, sobre todo, esta última regla; me he ceñido particularmente á conservar la verdad histórica mas interesante; la de los caracté-

II.

res de todos los personajes de que hablo; he releído con atención todas las memorias del tiempo; no he pintado á la Señorita de la Valliere, Luis XIV, la Señorita Henrriqueta de Inglaterra, y la de Montespan &c., sino conforme al testimonio unánime de sus contemporáneos. Si no hubiera consultado con este respecto sino á los autores del último siglo, habría trazado un cuadro muy infiel. En su Ensayo sobre los elogios dice M. Tomás: Luis XIV tuvo en su carácter un no sé qué de esagerado, que se esparcía sobre su persona y su reinado. El fué lanzado, por decirlo así, fuera de los límites de la naturaleza..... Bajo este reinado todo tenía una cierta pompa; lo soberano imponía por su dignidad; la admiración pública debía elevar las expresiones.

Convendrémos en que el autor que se explica así, se lanza fuera de los límites de la naturaleza. Mas este no fué seguramente defecto ni de Luis el Grande, ni de su siglo; las obras inmortales de aquel tiempo están todas escritas con una sencillez magestuosa, y la naturalidad mas perfecta; las de Bossuet, Fenelon, Pascal, Boileau &c., y las de otro género, como las Fábulas de La Fontaine, las cartas de Madama Sevigné, las memorias de Caylus, las obras de Ha-

III.

milton [1], sobre todo notables por el encanto de su naturalidad; en nuestros días si se puede reprochar á la mayor parte de los autores una cierta pompa, y no sé qué de exagerado, que destierran de sus obras la naturalidad, el agrado y la verdad. Voltaire escribió con mucha naturalidad; pero sus admiradores mas apasionados han hallado aparentemente, que era mas fácil adoptar sus principios, que imitar su estilo; y, como escritores, han tomado por maestros á Diderot, Thomás, y Raynal.

Sin duda Luis XIV tuvo la presencia noble y mas imponente; pero en la sociedad íntima tenía todas las gracias y toda la sencillez del particular mas amable. Amaba á los hombres de talento, detestaba la pedanteria y toda especie de afectación [2]; por otra parte, no se le agradaba cuando faltaba naturalidad; tambien la Señorita de Caylus en sus memorias, dice, hablando de Matha: Era un mozo de talento infinitamente natural, y por tanto la mejor compañía del mundo. En esta misma obra, escrita despues de

(1) Sus bellos cuentos, y memorias del Caballero Grammont.

(2) Se sabe que estuvo mucho tiempo prevenido contra Madama Scaron, porque la suponía pedante.

IV.

la muerte de Luis XIV, la Señorita de Caylus dice de este Príncipe: „Si era necesario chancear, „si hacer juguetes, si se dignaba contar un cuento, era con infinita gracia, y un aire fino y noble, que no lo he visto semejante.”

Las memorias de la Señorita de Montpensier le representan bajo las mismas facciones, y además una perfecta bondad. Cuando las turbaciones de la Fronda se concluyeron, volvió á la corte la Señorita de Montpensier, despues de seis años de ausencia y de revolucion; la recibió el Rey con la política mas amable: al decirle la Reina Madre: veis aquí una señorita que os presento, la cual está pesarosa de haber sido tan mala, pero que promete ser mas prudente en lo sucesivo; el Rey se echó á reír, y dijo algunas chanzas llenas de donaire y dulzura. La Señorita de Montpensier le expuso: que debía ponerse á sus pies para implorar perdon de lo pasado; yo soy, respondió el Rey, quien debería ponerme á los vuestros, oyéndoos hablar así: le hizo una visita, y ella lo acompañó hasta su carroza, á pesar de resistirlo; y entonces Luis la dijo: ¡Me ordenais que suba! sin orden vuestra no me atreveré á hacerlo delante de vos [1].

(1) Memorias de la Señorita de Montpensier.

V.

En una merienda á que asistió el Rey en casa del Mariscal del Hospital, se sentó á la mesa, é hizo que todos tomasen asiento: no tocaba un plato sin ofrecer de él. Jamás gustó de ceremonias; agrega la Señorita de Montpensier, quien en cierto modo reprueba que hubiese quitado algunas etiquetas. La Señorita de Moteville habla de lo mismo; lo pinta con la sinceridad que todo el mundo reconocía en ella, como el mejor hijo, el mejor hermano, y el mejor monarca. Todos sus domésticos lo adoraban. Era constantemente con ellos dulce, afable, indulgente y generoso. Este Príncipe honró siempre el mérito sobresaliente con las distinciones mas lisonjeras, y aun mas extraordinarias, sin reparar en el nacimiento; admitió á Racine y Boileau en su sociedad íntima. En los viages de Marly, dice el Marqués de Dangeau en sus memorias, dió el Rey á Racine un alojamiento, que le fué conservado siempre; favor que envidiaron los mas grandes señores, y lo solicitaban continuamente en vano; favor en fin, que hasta Racine no habia sido concedido sino á las personas de la córte. Gourville, el único quizá que ha hecho fortuna, sin tener enemigos ni detractores; porque nunca olvidó ni su origen, ni á sus bienhechores, y unió

VI.

á los grandes talentos para los asuntos económicos una probidad intácta, y una rara generosidad: Gourville refiere en sus memorias, que admitido en casa de la Condesa de Soissons, cuando el Rey iba allí, le mandaba, no solamente que-darse, sino que se dignaba nombrarle para su partida de juego; lo que duró todo un invierno. Sin embargo de ser Gourville hijo de un peluquero de un lugarcillo, de haber sido ayuda de cámara del Duque de la Rochefoucauld, y además comprometido en el partido rebelde durante las guerras civiles, por sus talentos y actividad hizo un papel notable; lo que no impidió á Luis el Grande colmarlo de beneficios, sin solicitarlo, y de asegurarle, de su propio motivo, el reposo y la felicidad de su vejez. El Abate de Choisi dice en sus memorias, que Bontems, ayuda de cámara del Rey, hombre el mas desinteresado, le pidió un dia cierto empleo para un amigo: Bontems, le dijo el Rey, ¿es posible que no habléis sino en favor de los estraños? Yo doy este empleo á vuestro hijo. Refiere tambien el mismo Choisi, que el Cardinal Mazarino viendo al Rey á los diez y nueve años recibir á los diputados de Borgoña, dijo al Mariscal de Villeroy: ¿No habeis observado que escucha como Señor, y

VII.

responde como Padre? En efecto, agrega Choisi: El es verdaderamente rey del idioma; las respuestas que dá improvisamente deslucen los discursos estudiados. El satírico Bussy Rabutin, y el Duque de S. Simon, que no querian á Luis XIV, á pesar de todo le hacian la misma justicia. Ved el retrato que de él hace el Duque.

„Luis XIV hablaba bien, en buenos términos, con precision, y referia cualquiera cosa como el que mejor..... En sus audiencias particulares, por prevenido que estuviera, aunque tuviese alguna incomodidad, oía con paciencia, con bondad y con anhelo de ilustrarse, y de instruirse en el asunto. Se descubria en él un deseo de conocer la verdad, un espíritu de equidad, y esto hasta su muerte. Todo se le podía decir, con tal que fuese con el respeto debido en las expresiones; entonces, diciendo la verdad, se le interrumpia; se le negaban desnudamente los hechos que referia; se levantaba la voz sobre el tono en que él hablaba; y todo esto no solamente sin que lo llevase á mal, sino alabándose despues de la audiencia que habia tenido, á aquel que la habia pedido, desechando las preocupaciones que tenia, y demostrándolo por sus acciones..... Tenia correspondencia epistolar se-

VIII.

„creta con algunas personas..... Jamás le sucedió decir alguna cosa desatenta á ninguno. Si tenía que corregir ó reprender á alguno, que era muy rara vez, siempre lo hacia con un aire de bondad, y quasi nunca con aspereza: tan bello, tan noble, tan magestuoso, que era necesario comenzar, para acostumbrarse á verle, si no queria alguno exponerse á turbarse al hablarle. El respeto que inspiraba su presencia, en cualquiera lugar que estuviese, imponia silencio, y hasta una especie de miedo. Sobresalía en todos los ejercicios corporales, como el baile, el juego del Mallo, el de la pelota, tirar una cañal; era admirable á cavallo. Vestía sencillamente, y era el único de la familia real que cargaba habitualmente el Cordon bleu [1] debajo del vestido, sin ponerlo fuera sino en los dias de ceremonia. Pocos caballeros de la or-

(1) Cordon bleu significa cordon azul. Este nombre se dá en Francia á los grandes Cruces de la orden del Espíritu Santo, cuya insignia es una banda de cinta ancha color azul de aguas, lo mismo que se dice Cordon rouge, Cordon roxo, por la orden de S. Luis, cuya banda es roxa, y de ambos caballeros se dice: Fulano es Cordon bleu, ó Cordon rouge, como decir gran Cruz.—El traductor.

IX.

„den lo imitaron en esto, aunque lo permitió.” [*]

Con tan amables cualidades, dignas de admirarse, y la aplicacion constante al trabajo, se vé tambien, por los diarios manuscritos del Marqués de Dangeau, que este gran Príncipe fué el Rey mas paternal que ha honrado el trono de la Francia. El era continuamente el confidente y el árbitro de las discusiones que se suscitaban en las familias, no solamente de personas de la corte, mas tambien de aquellos que nunca se le acercaban. Bastaba para obtener sobre sus intereses particulares una audiencia de él, ó su mediacion, tener una conducta irreprochable, ó relacion con los que queria; entónces, sin interponer jamás su autoridad, aconsejaba como un amigo, obraba como un padre. Muchas veces ha reconciliado á los hermanos ó parientes desunidos; ha hecho volver á la gracia de sus padres á hijos echados de la casa paterna; ha evitado procesos; ha restablecido la paz en una multitud de familias.

Se halla en las memorias manuscritas del Marqués de Dangeau un rasgo de la natural bondad de este gran Príncipe, que no puede dejarse de referir. Me serviré de las mismas expresiones del autor.

„El honrado Ruvigny, á quien el Rey amó

(*) Memorias del Duque de S. Simon.

„siempre, no teniendo dinero suficiente para comprar una hermosa posesion, adonde quería retirarse, se dirigió á S. M. diciéndole: Señor, „cuando uno está apurado ocurre á sus amigos, „y así he pensado que V. M. me dará diez mil „escudos que me faltan para hacer esta adquisición. De todo mi corazón, respondió el Rey; y „el honrado Ravigny tuvo los diez mil escudos, y „concluyó su compra.”

Reuniendo todos estos hechos y otros muy poco conocidos, insertos en este romance, y que el autor del siglo de Luis XIV habria debido recopilar, no es concebible por qué los escritores del último siglo nos representan á este buen Rey como un Príncipe imperioso, lleno de gravedad, de altanería y de orgullo [1]. Se le vitupera de haber sido prodigiosamente elogiado. Mas me-

(1) A mas del sistema adoptado por los filósofos de denigrar á Luis el Grande, y su siglo, Mr. de Voltaire repugnaba mucho citar las memorias de Dangeau; primero, porque Dangeau, que prodiga tan justos elogios á Racine, habla muy injuriosamente del jóven Arrouet, cuyos principios, carácter y maldad despreciaba. Segundo, para extractar á Dangeau era necesario pasar siete ú ocho meses leyendo esta voluminosa obra; M. de Voltaire no ha hecho mas que ojearla; ella está dividida por años, y se estiende hasta el de 1720. M. de Voltaire no habrá dejado

recia serlo: este es un homenaje que el reconocimiento prodigó siempre á los grandes Soberanos. Se hicieron para Henrique IV, [dice M. Thomás] mas de quinientos panegiricos, sin contar los poemas en verso. Todas estas obras cayeron en olvido, y nos parece que solo Malherbe ha elogiado á Henrique IV; y de aquí se concluye que este Príncipe amó la lisonja, pues que tantos poetas y escritores se han reunido para celebrarle con un entusiasmo justificado por tanta gloria. Injustamente se le critica, y acrimina la divisa fastuosa que se discurrió hacerle, porque fué sin ninguna participacion suya. Semejante invencion, jamás la tomó, jamás la cargó, ni en los tornéos, ni en las demás fiestas. A mas de esto se sabe, que resistió siempre los elogios exagerados; no permitió que la Academia francesa propusiese por asunto de premio de un discurso en prosa esta cuestion: ¿Cuál de las virtudes del Rey merece la preferencia? La historia misma dice, que esta insulsa alabanza lo hizo ponerse encarnado, y mostrar en un primer movi-

de consultar los años en que se podía hacer mencion de él; lo cual manifiesta la grosera injusticia con que habla de estas memorias tan interesantes, y tan dignas del mayor aprecio.

miento cuanto le desagradaba. Siempre se expresó en el tono de la modestia. Después de la toma de Mons, y de Namur, supo á su vuelta que la Academia debía venir á ofrecerle unas coronas de laurel; la dijo que no las recibiría, y que deseaba no se hiciera semejante demostracion; á los discursos respondió estas mismas palabras: Yo miro con reconocimiento el placer que tenéis en ponderar el poco bien que he podido hacer. En fin, suprimió muchas etiquetas, que aun Henrique IV no habia reformado; fué el mas amable, y el mas accesible de todos los Reyes. Los escritores modernos no han podido dar una idea tan falsa de este Príncipe, sino confundiendo la dignidad con la gravedad, y la grandeza con la altanería. Tambien se le ha recriminado mucho sobre la austeridad de sus costumbres durante los veinte años últimos de su reinado; es decir, desde su union con Madama de Maintenon; cuya nota es tan infundada como las demás. Luis XIV, que toda su vida habia amado la decencia, y respetado la Religion, exigió, sin duda, aun mas regularidad, cuando la piedad mas sincera habia perfeccionado todas sus virtudes naturales; pero él fué siempre el soberano, el padre, el gefe de familia, y el ami-

go mas indulgente; y lejos de tener rigorismo, jamás desterró de su corte las diversiones que la hacian tan brillante. Siempre rodeado de Princesas jóvenes, se empleó hasta el fin de su vida, del mismo modo en sus diversiones, que en su felicidad. A mas de las funciones de Saint-Cyr, se representaba la comedia todas las semanas en casa de Madama de Maintenon; habia música todos los dias; se bailaba con frecuencia; todo lo cual continuó hasta su muerte [1]. Se ha declamado mucho contra la revocacion del edicto de Nantes, pero los que saben la historia, no ignoran que Enrique IV no hubiera sido mas tolerante, si la hubiese emprendido: él conocía mejor que ninguno el caracter inquieto y revolucionario de los Calvinistas; por otra parte, él debió manejarse bien con aquellos que lo sirvieron con tanto zelo en la adversidad. Luis XIV sumamente poderoso, firme en un trono circundado de gloria, debió creer, que hacia un eminente servicio á sus sucesores, destruyendo con un golpe de autoridad el germen de rebelion, sin cesar renaciente hasta entónces: en esto la Religion se unió con la política, para determi-

(1) Diario manuscrito del Marqués de Dangeau.

XIV.

narlo. Dificil es-censurarle, cuando se medite en las horrorosas turbaciones suscitadas tantas veces por los protestantes. Es verosímil, que sin esta medida severa la minoridad que siguió á su reinado hubiese sido tan borrascosa, como fué apacible. No se trata seguramente de excusar los excesos cometidos en algunas provincias contra los protestantes; pero estas violencias fueron contra la voluntad del Rey, que lo sintió bastante luego que lo supo, que castigó los autores de ellas, y que indemnizó á los que habian padecido en quanto le fué posible. Todas las memorias, particularmente las de Dangeau, están llenas de rasgos, que prueban su bondad con los protestantes, á quienes se creía obligado á deterrar. Todo lo que salió de este Príncipe directamente fué equitativo y generoso.

Muchos escritores han afirmado, que Luis XIV estaba zeloso de la gloria de Henrique IV: calumnia muy perfectamente refutada por todas las memorias de aquel tiempo, y particularmente por las memorias y cartas del Conde de Estrada. Esta obra contiene un gran número de cartas de Luis XIV, que honran igualmente el espíritu de este Príncipe: en una de ellas, hablando de Henrique IV, dice: „Yo me propongo

XV.

„por principal modelo de mi conducta y de mis acciones, las de este gran Príncipe, de quien tengo la gloria de descender. Habiendo hecho „el Rey de Inglaterra en una negociacion una „falsa cita, que podía calumniar á éste Príncipe, Luis XIV, en su respuesta al Conde de Estrada, defiende con calor á su abuelo, y en seguida le dice:

„Me he extendido sobre esta materia mas „allá de los límites de una carta, por el placer „que he tenido en justificar la memoria de un „Príncipe, á cuyo valor y prudencia debo todo „lo que poséo de grandeza, de brillantéz y de gloria; y celebraré mucho, que procureis ocasion de „dar cuenta de esta explicacion al Rey mi hermano [1].”

He hablado de Luis XIV conforme á lo que he leído en todas las obras, que pueden instruir y guiar á los historiadores; no he pretendido pintarlo en un pequeño libro tan frívolo como este; no he trazado mas que un diseño; pero que al menos es fiel. A la Señorita de la Valliere la he representado mas por menor, porque es su vida la que escribo. Me he tomado la licencia de

(1) El Rey de Inglaterra.

XVI.

inventar muchas cosas; pero nada he omitido: la historia completa de la Duquesa de la Valliere está contenida en esta obra con una perfecta exactitud; porque todos los hechos que se encuentran aquí, despues de las primeras treinta páginas, son históricos. He supuesto que la Señorita de la Valliere era hija única, y que fué educada en una profunda soledad; pero ella tenia un hermano, y pasó su infancia y su primera juventud en la corte de Gaston de Orleans. En fin, no perdió á su madre hasta despues de su profesion religiosa; y yo he supuesto que la Marquesa de S. Remigio murió antes de la presentacion de su hija en la corte. A mas de esto, inventando muchos incidentes, he tenido cuidado de seguir la historia, y conformar á ella siempre mi plan. El caracter de la Señorita de la Valliere es conocido de todo el mundo; porque no hay cosa mas interesante: y que una favorita que no tuvo ambicion nunca, y á los veinte y ocho años se encerró para siempre en un claustro, no ha podido ser aborrecida, ni por consiguiente calumniada de sus contemporáneos. Motivos secretos, fáciles de penetrar, han empeñado á los escritores modernos en abatir la gloria de Luis XIV. Se han ligado contra la memoria de

XVII

este gran Príncipe; mas ningun interés tenian en denigrar el carácter de una humilde Carmelita: ellos le perdonaron su conversion; porque no la atribuyeron sino á la desgracia de no ser ya amada. Su profesion religiosa no la miraron sino como una especie de suicidio producido por la desesperacion; debieron, pues, excusarla. Todos los historiadores están de acuerdo en representar á la Señorita de la Valliere con los mismos rasgos. El Abate de Choisi, que la conocia desde su infancia, alaba con efusion su carácter y su dulzura, y aplica á su figura este verso de la Fontaine:

Y la gracia mas bella aun que la hermosura!....

Hablando de ella la Señorita de Sevigné, la llama siempre la humilde violeta. „La Señorita de „la Valliere, dice el Duque de S. Simon, mo- „desta, desinteresada, dulce, buena hasta lo su- „mo, combatiendo sin cesar contra ella misma, „victoriosa en fin de su extravio, acabó por de- „jar la corte, y consagrarse á la mas dura y „santa penitencia... La Señorita de la Valliere rin- „dió grandes respetos á la Reina, quien la amó „siempre.” Conforme á este carácter, general- mente conocido, he tratado de no dar á la Señorita de la Valliere sino los sentimientos que ha

XVIII.

debido tener. Sé bien que muchos la encontrarán no apasionada bastantemente; pero les suplico que recuerden, que las heroínas del siglo diez y siete no se parecían en todo á las nuestras; cuando se extraviaban era sin audácia y sin impetuosidad: eran timidas y sufridas en el vicio, no tenían energía sino en el arrepentimento: en fin, en lugar de quitarse la vida se convertían. No me era, pues, posible dar mas filosofía á una muger, que en todo el brillo de la juventud y la belleza, se separó de la córte para dedicarse á Dios. No soy yo, sino la historia, quien la representa, aun en medio de su extravío, y en el tiempo de su favor, humilde, piadosa y arrepentida. Por otra parte, ¿por qué admirarse de sus sentimientos religiosos? ¿Nuestros deistas no hablan sin cesar del Ser Supremo, no le dirigen continuamente largos discursos? Entre ellos y las devotas no veo mas que una pequeña diferencia, y es, que en sus ruegos se lisonjean con intrepidez; mientras las otras, oprimidas de remordimientos, se acusan con confusion. Se me criticará tambien quizá de no haber representado á la Señorita de la Valliere moribunda y desesperada, cuando deja para siempre á Luis XIV; no obstante, lo que he meditado mas en esta obra es el desen-

XIX.

lace, y creo que todo está pintado en él con verdad; y á ese fin me he dirigido cuando escribo, aunque sé que una pomposa representacion teatral tiene mucho mas efecto que una escena real, por patética que sea; porque como dijo un ilustre poeta:

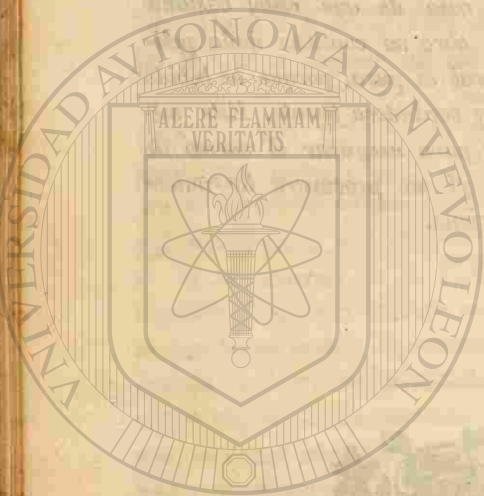
Cede al adorno la mayor blancura
Y muy mas brilla el arte que Natura.

Es preciso confesar, convengo en ello, que si la sola razon puede triunfar de las pasiones, ella no tiene poder de temperar la violencia del dolor causado por los sacrificios que exige, porque no podria llenar el vacio horroroso de un corazon, que acaba de renunciar á lo que ama; mas la Religion preservá del abatimiento, ocupando y exaltando la imaginacion, elevando el alma: ella es mas que suficiente para remplazar las afecciones que experimenta: ella hace que la piedad goze de una superabundancia de movimientos puros, y sentimientos deliciosos, que sola no experimentaría jamás. Cuando no tuviera mas ventaja sobre la filosofía, seria necesario reveren-

ciarla y amarla, como el sagrado manantial inagotable de todos los consuelos, y de todas las indemnizaciones de la desgracia. La historia de la Señorita de la Valliere es tan interesante, y el tiempo que se refiere de tal brillo, que es de extrañar no haya habido hasta ahora un romance de ella. Este asunto ofrece varias dificultades, que no me lisongo haber vencido; pero al menos quiero manifestar las he conocido. Era bien difícil motivar, y aun excusar la vuelta á la Corte de la Señorita de la Valliere, despues de su segunda fuga; era todavia mas, hacerla quedarse tan largo tiempo espectadora desgraciada del triunfo de su rival, y conciliar sus sentimientos religiosos, su arrepentimiento, su amor, su zelo, con su larga mansion en la Corte, y aquella extraña complacencia de recibir en su casa á su rival; cuyos hechos eran demasiado conocidos para suprimirlos. En fin, despues de cuatro años de disgustos, de humillaciones y de desgracias, el desenlace no ofrecia nada de interesante, porque la historia es muda sobre los pormenores; era necesario que la Señorita de la Valliere se separase de la Corte, y no que ella la dejase sin mérito; era necesario un sacrificio, y no un destierro. En su carácter, y en el de Luis XIV.

he encontrado cuasi todo lo que he inventado para ponderar y motivar su conducta; creo no haber imaginado nada, me parece solamente que he adivinado. Una cosa de que estoy bastante seguro es, que esta obra no contiene nada peligroso, y que su moral es pura, porque he bebido los principios en la verdadera fuente. Este mérito no es el mejor para asegurar el suceso de un romance; pero él me procurará los únicos sufragios que ambiciono.





LA DUQUESA DE LA VALLIERE.

Huid, honores de la tierra! Todo vuestro esplendor *no cubre nuestras debilidades y faltas: las oculta á solos nosotros, para hacerlas conocer á los demás...* BOSUET. SERMON EN LA PROFESION DE MADAMA LA VALLIERE. (1)

Voy á describir las debilidades de un amor desgraciado, y la funesta influencia de una passion culpable, sobre el destino de una muger sensible y nacida para la virtud. ¡Qué moral será este cuadro, si sus colores son vivos! El dará á la imaginacion aquella idéa necesaria para disi-

(1) La historia está perfectamente seguida, como se ha dicho ya en el Prólogo. Mucho se ha agregado; pero nada se ha omitido. Si todos los hechos verdaderos estuviesen anotados, este libro, desde la presentacion de la heroína en la córte, con-

par los vanos prestigios que la extravían, tocando el corazón por medio del horror. Conocerá los zelos, los temores, las inquietudes más violentas; y que la amargura del remordimiento destruye las ilusiones y todo el encanto del amor. Se verá, que es imposible romper los vínculos sagrados del deber, sin caer en la más vergonzosa esclavitud. En fin, se demostrará, cuán cruel es la tiranía de las pasiones; y que la virtud, lejos de ser un pesado yugo, es un apoyo necesario. Los rasgos de semejante pintura deben encontrarse en la historia de esta víctima interesante del amor, que jamás se perdonó su debilidad, que sacrificó todo á su amante, sin esperar un instante de felicidad, que oprimida bajo el horroroso peso de la deshonra en medio de la pompa de la corte, viendo á sus pies al más grande de los reyes, no recobró el reposo sino en la austeridad de un oscuro retiro. ¿Cómo podré expresar lo que ella sintió, y

tendría una nota á cada página; por lo que se ha puesto un pequeño número de ellas sobre algunos detalles que parecerían inverosímiles, ó de invención muy común, si no fuesen históricos.—Oh, si meditásemos diariamente en este texto de Bossuet, cuántas faltas escusáramos!—*El traductor.*

lo que sufrió? Su historiador no necesita más que ser fiel y verdadero, para instruir é interesar cuanto debe.

La tierra de la Valliere, situada en una de las más bellas provincias de Francia, á algunas leguas de Tours, pertenecía á la viuda del Marqués de S. Remigio. Su antiguo castillo, edificado en la pendiente de una montaña, dominaba por el costado de medio día las orillas encantadoras del río Loira; y los encorvados arboles de una vasta floresta, dando una sombra magestuosa, formaban una bóveda imponente y melancólica, delante de la fachada del Norte. Lo interior del castillo ofrecía por todas partes los restos de una antigua magnificencia, degradada por el tiempo. Allí se veía la prudente economía, y la noble sencillez de sus habitantes, que recordaba el lujo brillante de sus antiguos poseedores. Nosotros no tenemos ya sino recuerdos personales: ellos son limitados como la vida, y aun como la juventud, pues un pequeño número de años los compone. Nuestros padres los extendían hasta donde permitía la imaginación y la memoria: recordaban con ternura las acciones de sus antepasados; trabajaban con ardor para su posteridad. Así lo pa-

sado como lo por venir, tenía para ellos toda su extension, de la que gozaban igualmente por sus recuerdos, sus sentimientos, sus proyectos y sus esperanzas. Todos cuantos amaron su patria y sus reyes, han querido traer á la memoria los hechos que podian ilustrarlos. La parte mas bella de la historia nacional llegó á ser una tradicion de familia; y la gloria de sus abuelos fué entonces el bien hereditario mas precioso y estimable. Se conservaron en los castillos con un respeto filial, acompañado de vanidad, los muebles de sus padres; y se enseñaba la tapicería usada, que una abuela laboriosa habia tejido con sus manos. Se paseaba en las largas galerías cubiertas de retratos respetuosos de sus padres y soberanos. Cada aposento tenía su anécdota; y allí se hallaban los nombres de los Príncipes, y demás grandes personajes á quienes se habia dado hospedage. En estas venerables habitaciones no habia cosa que anunciase el gusto frívolo de la novedad: el olvido, el ingrato olvido jamás aparecía allí; por el contrario, todo llevaba el noble sello de la solidéz, de la gloria y del reconocimiento.

La Marquésa de S. Remigio vivia en este castillo veinte años, entregada al cuidado de la

educacion de su única y querida hija. No era lo que en estos dias se llama una madre apasionada; reinaba entónces en los afectos mas legítimos una naturalidad, una prudencia y una sencilléz, que no son dignas de compararse con las pasiones impetuosas. No se hablaba de los sentimientos; la conducta debia probarlos; y solo habia necesidad de lisonjearse de ellos, cuando podian parecer dudosos. Se tenía con una hija la indulgencia y bondad propia de madre, acompañada de la dulce gravedad de un mentor y de una protectrix; en lo cual ganaba mucho la piedad filial, alimentándose de la estimacion, del respeto y de la veneracion.

Luisa de la Valliere justificaba por sus virtudes la ternura de la mejor de las madres: acababa de cumplir diez y siete años. Su figura no era ni comun, ni sorprendente; parecia hecha para enternecer y encantar el corazon, y no para deslumbrar los ojos: la expresion de la modestia, del candor y de la sensibilidad, embellecían todas sus facciones. Se le miraba sin admiracion; pero no se le examinaba con indiferencia. Sus ojos grandes, de un fondo azul obscuro, cubiertos de largas y negras pestañas: su blanco el mas puro, sin mezcla de encarnado,

daban á su fisonomía una dulzura encantadora. Su mirar tímido parecía implorar indulgencia. Su sonrisa llena de agrado era á las veces ingénuo, tierna y espiritual. Su estatura perfecta, no obstante un accidente sucedido en su infancia, que la maltrató un pie; pero aun este defecto, que solo impropriamente podía llamarse tal, tenía en ella cierta gracia; porque lo disfrazaba con el paso lento, y un modo de andar tímido y mal asegurado, que parecía convenir á su figura delicada, modesta, y que conmovía, no menos que su aire, y el interés inexprimible que inspiraba toda su persona. Su alma era pura, noble y profundamente sensible. Unía grande nobleza de carácter á la modestia mas verdadera; y así se juzgaba tan inferior á los objetos de su cariño, que no podía envanecerse de sus propias cualidades. El orgullo nace del egoismo y de la sequedad del alma, que dejan la triste facultad de ver á los hombres sin ilusion, quitando el poder útil de juzgarse á sí mismo sin parcialidad. La Duquesa tenía toda la delicadeza propia de un gran talento, y mucha sensibilidad: su corazón era fácilmente herido; y entonces sufría tanto mas, quanto su genial dulzura la impedía quejarse. Con fre-

cuencia se le acusaba de un humor desigual, cuando se quejaba en secreto de un agravio, que no se atrevia á reprochar; pero se disipaba prontamente esta dolorosa impresion: un ligero testimonio de afecto bastaba á persuadirle que era equivoco su concepto; como si un corazón sensible pudiera engañarse, cuando de continuo se halla disgustado! Nunca titubeaba en condenarse á sí misma, tratandose de justificar lo que amaba. ¡Cuánto tiempo y experiencia necesitó para ponerse en estado de hacerse justicia á sí misma sobre este punto!..... Ella tenía por su madre aquel sentimiento inspirado por la naturaleza, y perfeccionado por la religion, que á ningun otro es comparable; aquella profunda veneracion, y ciega confianza tan semejante á la fé religiosa. No necesitaba concebir las opiniones de su madre para adoptarlas; y solo trataba despues comprenderlas para instruirse mejor en ellas. Por su desgracia amó apasionadamente, y sin embargo, este ascendiente supremo sobre su entendimiento y su corazón, jamás lo dió sino á quien había euidado de su infancia, instruido su juventud, y formado su razon. ¡Tributo de respeto y reco-

nocimiento digno de una madre virtuosa, que solo puede ofrecer la piedad filial!

La Marquesa de S. Remigio habia admitido en su compañía una huerfanita parienta suya, seis años mayor que la Duquesa, á quien ésta desde su infancia profesó un amor fraternal, que duró toda su vida. Eudocia, así se llamaba esta jóven, era digna de inspirarlo; porque habia contribuido con sus consejos y buen ejemplo, á perfeccionar el carácter y los sentimientos de la Duquesa. El Baron de La Baume, padre de la Marquesa, poseia un pequeño territorio en aquellas inmediaciones; pero habia fijado su residencia en el castillo de la Valliere. Este anciano venerable, cubierto de gloriosas heridas, habia servido al Estado cincuenta años. La memoria de Henrique IV formaba el encanto de sus antiguos dias: sabia todas las anécdotas de la vida de este gran Príncipe; y el placer que sentia al referirlas, daba mayor interés á la narracion. Su pasion dominante habia sido siempre el amor á sus soberanos. Este sentimiento era entonces la prenda y el resultado de las virtudes mas estimables; se confundia con el amor á la pátria; tenia por base el reconocimiento debido á una larga cade-

na de beneficios, y por garante al honor, que hace los juramentos tan sagrados. El entusiasmo por el trono, debia probarse por el último grado de exaltacion, en un tiempo que la juventud dócil, sensible y generosa, escuchaba con respeto las lecciones de sus institutores, y buscaba la moral solo en la religion: en un siglo, en fin, ilustrado por diez años, con el reinado paternal de Henrique IV; por el ministerio orgulloso pero brillante de Richelieu; y por la pompa magestuosa y la gloria reluciente de los hermosos años de Luis XIV (1).

La Duquesa de la Valliere aprendió desde sus primeros años á venerar y amar su soberano. Su abuelo, paseando con ella la larga galeria del castillo, le mostraba frecuentemente los retratos de los reyes de Francia, diciéndole: ved ahí los bienhechores de nuestra familia!..... El retrato de Luis XIV faltaba en esta coleccion; pero el Baron se prometia tenerle luego. Todos los acontecimientos públicos que podian interesar á la familia real, se celebraban en el

(1) Los que creen incompatible la grandeza de las naciones con el mayor brillo de la Religion cristiana, tendrán por fabuloso este rasgo de la historia Francesa.—*El traductor.*

castillo de la Valliere. Allí se meditaban con entusiasmo todos los rasgos de grandeza y bondad del jóven monarca, y este era el asunto de la conversacion ordinaria. La noticia de su matrimonio con la Infanta de España, se admitió con el mayor júbilo: al momento se iluminó el castillo, y reunidos los aldeanos, en medio de la alegría de una fiesta campestre, repetían el grito patriótico de aquel tiempo con transporte, uniéndose las aclamaciones para expresar el voto general, que era la larga y próspera duracion de la vida de su Magestad.

La Duquesa de la Valliere se educó con tanta sencillez como esmero: se le enseñó á pensar bien, y conducirse conforme á sus principios. La Escritura santa, meditada con frecuencia, algunos libros de piedad, la historia de Francia, muchas odas de Malherbe, y las tragedias del gran Corneille, formaron toda su instruccion. Ella leyó pocas obras; pero las repasaba varias veces, y con la mas reflexiva detencion. Estos libros no tenían doctrinas opuestas: todos le ofrecían una moral uniforme; y sus máximas saludables se grabaron indeleblemente en la memoria y en el corazon de la Duquesa. No hay cosa que contribuya mas á extender el espíritu y formar

el gusto, como la verdad. Cuando uno se halla en estado de juzgar, de comparar, y de raciocinar con exactitud, sus ideas van acompañadas de grandeza; no se prodiga la admiracion, ó no la excitan sino objetos dignos de ella: no se dá importancia, sino á lo que tiene un precio real; por el contrario, el error de nuestros juicios unido á la falsedad de las opiniones, es el origen de la puerilidad, del capricho, de la pequenez é inconsecuencia.

Cuanto tiene la virtud de mas noble y elevado, exaltaba el alma pura y sensible de la Duquesa. La prudencia de su educacion y la sencillez de su vida, la habian preservado, hasta entonces, de esas ideas de novela, y de los desvíos de imaginacion, que en nuestros dias han tenido tan funesta influencia sobre el destino de la juventud. La soledad del castillo rara vez era turbada, aun en el Estío. La llegada de un extrangero era un suceso: el deseo de recibirle bien, el placer de llenar los deberes de la hospitalidad, daban una especie de interés á las visitas menos agradables. La cordialidad de la acogida inspiraba á los nuevos huéspedes una dulce confianza, y repartía el encanto sobre las conversaciones mas comunes. En todas las es-

taciones del año llegaban por la tarde pobres religiosos, fatigados de un largo camino á pie. Si era en el invierno, solo el aspecto de la gran chimenea y el brasero del salon, bastaba para reanimarlos: se les convidaba á acercarse. La madre de la Duquesa aderezaba el brasero, poniendo nueva leña; las jóvenes cedían al instante sus asientos á los buenos sacerdotes: la una les presentaba dos copas del mejor vino, con la mayor presteza, sirviendo con respeto á la ancianidad y la virtud; y los espectadores miraban, sonriéndose, la dulce imagen de la inocencia, embellecida por el sublime encanto de la piedad.

Un venerable Religioso, nombrado el P. Anselmo, venía al castillo con mas frecuencia que los otros, por estar dedicado cuarenta y cinco años á la religion y la humanidad, que ejercía en aquellos contornos, predicando y socorriendo á todos los infortunados que necesitaban de sus auxilios. El espuso, mas de una vez, sus dias en los incendios: pedía limosna para remediar los desastres que ocasionaban, cuando recaían en los pobres: asistía con esmero á los enfermos: instruía á los niños; y, no obstante la pesadéz natural de sus años, renacía en él la

fuerza y actividad, con la esperanza de ser útil á sus semejantes. La Duquesa le conocía y respetaba desde su infancia, conservando los dones que de él habia recibido, y entre ellos un rosario de coral que el santo Religioso habia traído de Roma, con el cual le obsequió un dia que la encontró en una cabaña, leyendo en alta voz en un libro piadoso á una pobre muger parálitica. Al ver esta accion, solo pronunció el Padre: *perseverad*. Esta palabra, en su boca, era un elogio que la animaba; y aquella misma noche le entregó el dicho rosario. Esta jornada hizo época en la vida de la Duquesa, de tal manera, que jamás pudo cosa alguna borrar su dulce memoria.

Un suceso interesante reunió una numerosa concurrencia en el castillo de la Valliere. Eudocia se casó con el Conde de Themine, Gentilhombre de aquel vecindario. La boda fué en el castillo, adonde concurrieron los parientes del Conde, entre los que se distinguía el joven Marqués de Bragelone, que acababa de llegar para asistir al matrimonio de su primo hermano. Apenas contaba veinte años; habia salido de su casa muy joven para seguir la carrera militar. Bajo un exterior tímido y frio, ocultaba una

imaginación viva, mucho talento, y el corazón mas sensible. Tenía aquella violencia de carácter que viene de la energía del alma, y que por un contraste caprichoso produce cierta debilidad, tan peligrosa en las ocasiones mas importantes de la vida, cuando no nos hemos acostumbrado desde temprano á vencerla. El hombre violento, que cede á la impetuosidad de sus movimientos, será siempre víctima de su entusiasmo: si su fuerza no modera sus inclinaciones, ni doma sus pasiones, ella las exalta; y entonces se ve abatido y subyugado, por el mismo poder que le debia elevar y libertarle.

Todas las personas sensibles, que no han sufrido una pasión violenta, tienen ideas vagas del objeto desconocido ó imaginario, que podrá seducirlas y atraerlas: nuestro modo de ver, de sentir y juzgar, forma en nosotros aquel gusto particular, que determina y fija nuestros vivos afectos, no sobre el ente mas perfecto, sino el que parece creó naturaleza para agradarnos.

El Marqués de Bragelone experimentó esta atracción irresistible al dirigir la vista á la Duquesa, y la distinguió con una especie de sobresalto. Esta vista despertaba en él todas las ideas de sus delirios mas interesantes; ella rea-

lizaba los sueños confusos, pero encantadores, de su exaltada imaginación: fijos los ojos en la Duquesa, esperaba con emoción que rompiese el silencio, é hizo la demostración mas completa de alegría, al oír aquella voz dulce, afectuosa y tímida, que penetró hasta el fondo de su alma. La Duquesa hablaba al P. Anselmo, y su fisonomía encantadora expresaba la mas tierna veneración. El Marqués se aproximó al P. Anselmo, y no se separó de él en el resto del día, porque el buen religioso, con viva efusión de su corazón, hacia el mas sincero elogio de la virtuosa joven. Es un ángel, decia: se le conoce con solo mirarla: el candor, la inocencia y la bondad, están pintadas en su semblante. Mirad ese continente noble y modesto: ese aire humilde, sumiso y cariñoso, con su madre y su abuelo: observad como atiende á su amiga, y con qué gracia y sencillez hace los honores de la fiesta. Ha elegido el lugar mas separado de la concurrencia; nada muestra en ella el deseo de parecer, ó la menor agitación; sin embargo, á pesar de esa reserva, de esa calma tan dulce, ella ha preparado todo, y no hay cosa á que no tenga el ojo atento. Diariamente hace lo mismo desde su tierna infancia. Aquí cesó el buen Religioso, con-

templando á la Duquesa con la mayor ternura; y el Marqués, que le escuchaba con inaudito placer, le suplicó continuase. Ah! exclamó el venerable Anselmo, los domésticos del castillo y los pobres del lugar, la alabarian mejor que yo!.... Estas últimas palabras conmovieron profundamente al Marqués. En este momento la Duquesa salió de la sala: cuando volvió á entrar, la miró el Marqués con nueva inquietud, de manera que le pareció mas atractiva y cuasi celestial.

Hoy no se forman de este modo las pasiones: el amor quiere celebridad; la opinion general decide su eleccion. Las mugeres, adornadas, mas bien que embellecidas con el brillo que puede dar la cultura del espíritu y el encanto de los talentos, pueden con mas facilidad alucinar, que interesar verdaderamente. Es necesario dar el nombre de amor á esta especie de sentimiento que se inspira, brillando en la conversacion por medio de ocurrencias ingeniosas, danzando, cantando, ó tocando un instrumento con destreza (1). No: sin duda; porque tambien se

(1) Tal es hoy el desgraciado fin de los enlaces que se suponen mas ventajosos. Pero los predicadores de la ilustracion y libertad del bello séxo,

han creado nuevas frases para pintar este amor á la moda. *Le han trastornado la cabeza: lo han seducido:* así se explican comunmente. ¡No valdria mas ser amado? Pero no se atrahe, excitando una frívola admiracion: los sucesos brillantes pueden valer conquistas; mas para ganar los corazones, y, sobre todo, para fijarlos, es preciso un aliciente mas dulce.

¡Qué profundo y durable es este amor, inspirado, no en el tumulto de un baile, ó de un brillante concierto, sino en el interior de una interesante familia! ¡Como toca el corazon este sentimiento tan noble y tan puro, que se forma y fortifica por los mismos principios que se hace respetar! Tal fué la primera pasion que hizo nacer la Duquesa. El Marqués de Bragelone la amó, como amaba la virtud; y esto fué con el mas vivo entusiasmo.

La Duquesa no conoció el sentimiento que inspiraba á un jóven, á quien apenas habia visto; pero su amiga la Condesa de Themine se hizo confidente de su primo, pocos dias despues de su enlace. Ella tenia gusto en hablar de la Duquesa, y sus esposas é hijas, y gustan de que sean fanáticas; dando este impropio nombre á la virtud y al pudor.—*El Traductor.*

quesa, y observó prontamente cuanto interesaba esta conversacion al Marqués. Este descubrimiento la interesó; dió parte de él á la Marquesa de S. Remigio, y desde aquel instante quedó proyectado el casamiento de Luisa con el Marqués de Bragelone; pero vagamente, porque la edad de ambos contrayentes no permitia aun tomar un empeño positivo. El Marqués partió á su regimiento, sin que la Duquesa supiese los desig- nios de su familia, hasta despues de su salida: dió á ellos su consentimiento, sin gozo ni repug- nancia: no conocia al que se destinaba para su esposo; pero confiaba sin inquietud á la ternu- ra maternal su felidad y su destino.

Poco tiempo despues del casamiento de Eu- docia, el Baron de Baume, sucumbiendo á los achaques de su mucha edad, terminó dulcemen- te su larga carrera en los brazos de su hija y de su nieta. La salud de la Marquesa, que al- gun tiempo se hallaba quebrantada, se debilitó extraordinariamente en esta época desgraciada, haciendo el mal tan rápidos progresos, que co- noció se acercaba su último fin. Vió la muerte sin espanto, mas no sin dolor. Era madre, y su hija necesitaba de sus cuidados! La muerte es prematura para una madre, cuando llega, sin ha-

ber colocado sus hijos; los sentimientos entonces son justos, pues los excita el pesar de no haber llenado sus deberes.

El padre y abuelo de la Duquesa habian empleado cuasi toda su fortuna en el servicio de sus soberanos; y así su madre no podia de- jarle sino una hacienda de renta mediocre, y cargada de varios capitales á censo. Por esta cau- sa solicitó una plaza en la córte, y la obtuvo de camarista de la Señorita Henriqueta de Ingla- terra, cuñada del Rey. Menos inquieta ya so- bre la suerte de su hija, miró la suya, no solo sin terror, sino con la dulce esperanza que pue- de infundir la religion y la conciencia mas pura.

Cuando la Marquesa se sintió llegar al úl- timo período de su enfermedad, hizo llamar al P. Anselmo, que poseía toda su confianza. La con- desa de Themine corrió á su lado, y fué encar- gada de conducir á la córte á su amiga; lo que prometió llena de ternura y dolor á su mori- bunda bienhechora. La Duquesa se hallaba su- mamente oprimida, pálida, aniquilada, sin la fa- cultad siquiera de llorar, ni la fuerza suficiente para proferir palabra, é inmóvil á la cabecera de la cama; y no salió de este estado de estu- por, hasta que la Marquesa espirante se volvió

ácia ella, para darle su última bendición. Un grito doloroso se arrancó de lo íntimo del corazón de esta hija amorosa. Bañada en lágrimas, se prosternó delante del lecho maternal; y quitando entonces la Marquesa de su cuello una Cruz de cristal de roca, que pasó al de la Duquesa, le dijo con la mayor ternura: „Hija mia: „esta preciosa y sagrada prenda me conserve „siempre en tu memoria! ¡Que inseparable, en „lo futuro, de mi recuerdo, se una en tu cora- „zon la Religion á la piedad filial, para dulcifi- „car la amargura de tu sentimiento!” Al pronun- ciar la Marquesa estas palabras, se reclinó apaciblemente en los trémulos brazos que le estendia su hija. ¡Estaba preparada la virtud para recibir su corona, que reposaba en el seno de la inocencia!..... Su descanso fué eterno.... La Marquesa exhaló el último suspiro.

Madama de Themine sacó á su amiga de esta casa de dolor y duelo, y la condujo á su castillo. Pasados algunos dias recibió la Duquesa, por primera vez, una carta del Marqués de Bragelone, en que le declaraba su amor; la que contestó la Condesa en su nombre. El quedó satisfecho de la respuesta: se le dejaba esperanza, pues no negarla era darsela. La Duquesa no po-

dia olvidar que su madre habia autorizado los sentimientos del Marqués; pero hallándose su corazón enteramente libre, no estaba aun decidida á formar un empeño tan solemne, ó al menos se prometia pasar algunos años sin pensar en el asunto seriamente.

Despues de tres ó cuatro meses que pasó llorando á su madre, se vió obligada á ir á la Corte, para ocupar la plaza que se le habia conseguido de camarista; y la condesa de Themine, consecuente á su promesa, dispuso todo para acompañarla. La vispera de la partida quiso visitar por última vez el castillo, adonde no habia vuelto desde la muerte de su madre; y experimentó toda la amargura de su primera situacion, encontrándose en esta vasta casa, que solo habitaban dos ó tres criados llenos de dolor. Aquí es, decia ella á su amiga, donde se han pasado los apacibles dias de mi infancia, y mi primera juventud. Aquí he vivido bajo la custodia maternal, sin la mas pequeña inquietud. ¡Como no habia de haber seguido mis deberes! La voz misma de la virtud me los dictaba: la ternura y el reconocimiento, me los hacia amables; así jamás he debido temer las redes del vicio y de la maldad: aquí encontraba la paz inaltera-

ble, la dignidad, la felicidad: amaba, y era amada!... Mas, ay! voy á entrar en un mundo que me es desconocido, donde no veré sino cosas indiferentes. Me será necesario someterme, no á la autoridad tan dulce y sagrada de una madre, sino á la que dá el rango y el poder. Obedecer cuando se ama, es solamente ceder á la inclinacion: para resistir es necesario un esfuerzo superior á sí mismo ¡Quién podrá oponerse á la razon y al sentimiento unidos? Pero, ¡cuán penoso es sujetarse á voluntades arbitrarias, y quizá caprichosas: depender, sin ser guiada: recibir órdenes absolutas, y sin tener el derecho de pedir consejos!... Ah! mi cara Eudocia! yo no sé que temor vago y funesto obscurece para mí lo futuro! ¡Qué horrorosa se me presenta esta nueva carrera en que voy á entrar, ignorante, sin mentor, y sin amigos!... (1)

(1) ¡Qué noble y prudente desconfianza es la de esta amable jóven; y qué contraste forma con la presuncion de las del dia, que viciando su corazon con la lectura de impios libros, y dando oidos á sus corruptores, gradúan de vejezes los saludables consejos de una madre amante y religiosa! Y ¡si con este cimiento profundo de una buena educacion no pudo preservarse la Duquesa de un tropiezo, qué deberán esperar las de este siglo!—*El Traductor.*

De este modo se producía la Duquesa, recorriendo, bañada en lágrimas, los aposentos desiertos del castillo: se detuvo en la cámara de su madre, y allí la sofocó su llanto. Al momento de entrar se prosternó delante del lecho, donde habia recibido el último suspiro de quien le dió el ser: delante de aquel tálamo nupcial, que colocado mas de un siglo en el mismo lugar, jamás fué profanado, viendo nacer y acabarse muchas generaciones. De allí pasó al gabinete donde dormia, y á su vista exclamó: oh, si pudiera gozar en otra parte el dulce reposo que aquí he gustado!... En todas partes le hallareis, mi querida Luisa, porque habita donde está la inocencia! La inocencia? Sí: yo la conservaré. Ah, sin ella, cómo podría soportarse la vida!

Con aquel doloroso sentimiento que se experimenta al dejar la pátria, y que es mayor, segun las circunstancias del que lo sufre, abandonó la Duquesa el castillo de sus antepasados. Separándose de aquella soledad tan apreciable, depositaria de sus mas dulces recuerdos, le parecía que iba á desterrarse á una tierra extranjera. Cuando llegó al puente levadizo, sacó la cabeza por la puerta del coche, y dirigiendo la vista á la fachada de castillo, pronunció estas

palabras: á Dios, venerable morada: á Dios, dulce seguridad: á Dios, tierna amistad, desinteresada y sin dobléz: á Dios, sinceridad, candor, verdad: á Dios, inestimables bienes, quedaos aquí, que yo os dejó, llevando conmigo temores muy fundados, sentimientos dolorosos, y tristes sentimientos!....

Al dia siguiente, despues de medio dia, partieron las dos amigas, y llegaron á dormir á Tours, en una grande y suntuosa posada, que llevaba el nombre del Rey. La Duquesa encontró sobre la chimenea de su cuarto una gazeta, que desdobló descuidadamente, y encontró un artículo que fijó su atencion: era el siguiente:

„Su M. está siempre en el campo de Dun-
„kerque: el lunes último ha dado una prueba
„del valor, grandeza de alma, y bondad que le
„caracterizan. Pasando á caballo, solo con el con-
„de de Noailles, observó que un soldadado fran-
„cés se defendia en medio de una porcion de sol-
„dados ingleses ébrios: (1) al momento acudió
„en socorro de su vasallo, para arrancarlo á la
„crueldad de estos insulares, que intentaban ma-
„tarle. Ellos resistieron al Rey, porque no le co-

(1) Los ingleses entonces eran nuestros aliados.

„nocian, ni entendieron su idioma. Uno saca la
„espada y dirige el golpe al pecho de S. M. El
„conde de Noailles, iba á descargarle un tiro de
„pistola, el Rey lo impide, y con su arma quitó
„al inglés, con tanta serenidad como destreza.
„Al momento llegó un oficial inglés, que puso á
„los soldados en fuga, gritándoles: que era el Rey
„de Francia. El soldado francés á quien S. M.
„ha salvado la vida, exponiendo la suya, está muy
„herido, pero sin peligro. S. M. le dió con su
„propia mano una gratificacion, elogiando su va-
„lor (1).”

Este suceso tocó vivamente el corazon de la Duquesa. ¡Oh, decia, si viviese mi abuelo, qué dolor le causaria este rasgo heroico de bondad! Repetiria con razon, que nuestro Soberano es digno nieto de Henrique el Grande! Diciendo estas palabras, continuó la lectura de la gazeta. Al dia siguiente, por la mañana, bajó temprano á desayunarse, antes de continuar el camino; y entrando al salón donde Madama de Themine le esperaba, observó un retrato del Rey, adornado de pies á cabeza con todos los atributos

(1) Léase la vida del gran Conde por Mr. Desormeaux.

de la dignidad regia. Aunque este cuadro no era exquisito, pero sí hecho con agrado, y con bastante semejanza á su original. Hacia mucho tiempo que deseaba conocer las facciones del Rey: recordaba el artículo de la gazeta; y este unia á su curiosidad un interés mas vivo. Acercándose al cuadro, contempló, con una especie de alteracion, esta figura tan bella, tan magestuosa, y en todo el brillo de la juventud; pues el Rey solo contaba veinte y tres años. Inmóvil delante del retrato, olvidaba á Madama de Themine, y el desayuno: era la primera vez de su vida que fijaba sus ojos en el semblante de un hombre; pero no examinaba mas que la expresion de esta fisonomia llena de dulzura y dignidad: ella buscaba el alma de esta figura, y la suya creia encontrarla. El resto del viage nada ofrece de interesante. Llegaron á París á fin de cuaresma, ó en los primeros dias de semana santa. Madama de Themine debia entregar á su amiga á la Mariscala de Bellefonds, parienta de la madre de la Duquesa. Habian convenido, que antes de presentarse en la córte, pasase ocho dias en casa de la Mariscala, para que esta la instruyese en los preliminares de su empleo. La Mariscala acababa de entrar al conven-

to de Chaillot, con el objeto de pasar allí la semana santa y dias de pascua, segun la costumbre de aquel tiempo. Impuesta de la llegada de la Duquesa, le ofreció, si gustaba, recibirla en su compañía durante su retiro; y la mañana siguiente de su entrada en París, fué conducida por la Condesa de Themine á Chaillot, la presentó á la Mariscala, y despues de una tiernísima despedida, se volvió á su Provincia. Esta separacion dejó á la Duquesa en la mas profunda melancolia. Separábase de la única amiga que tenia en el mundo, la nueva madre, que era su mentor, que la consolaba y dulcificaba sus pesares.

La mariscala de Bellefonds, era de edad de treinta y cinco años; carecia de afabilidad y de talento; su corazon era poco sensible; sus maneras frias, y su tono repelente y lleno de sequedad. No pudiendo darle orgullo sus cualidades personales, fomentaban su vanidad el nacimiento y la fortuna. Los respetos debidos á su rango, los miraba como efecto de la suerte; y esta especie de error la preservaba de la envidia. Las distinciones concedidas en la córte, por la etiqueta, á las plazas y grandes empleos, parecen, en efecto, unas preferencias públicas, que deben satisfacer á aquellas personas que jamás

han conocido el hechizo de las preferencias que da la sociedad. Para la Mariscala seria una rareza apreciar mas ser distinguida en una pequeña concurrencia particular, que la gloria de serlo por los príncipes de la familia real en presencia de toda la córte. Con este modo de pensar y de sentir, no presentia que la persona mas amable pudiese tener sobre ella alguna ventaja. ¿En las fiestas públicas no era llamada por las Reinas, y colocada cerca de SS. MM., entretanto que la Señorita Sevigné quedaba confundida con la multitud?

La Mariscala recibió á la Duquesa con una política glacial: no manifestó siquiera, al mirarla, esta curiosidad natural, que se confunde con aquella especie de interés que inspira la primera vista de una persona jóven y recomendable. Este primer aspecto indiferente y vago, es mas desagradable que una primera vista fija y observadora. Mejor se sufre, sobre todo en la juventud, un examen riguroso, que la apariencia del desprecio. El amor propio de la Duquesa no se ofendió con tal recibimiento; pero esta completa indiferencia lastimó su corazón: ella venia en busca de una protectriz, y encontraba con una fria extraña. La Mariscala solo hacia objeto de

sus observaciones á las Princesas, y señoras de un rango eminente; lo demás era á sus ojos una puerilidad. Sin embargo, no se podia acusarla de imperiosa, y mucho menos de excesiva en exigir respetos. Si trataba con superiores, ó iguales á su rango, hacia los honores debidos, sin pretender jamás agradar; y si con inferiores, no los observaba. Aunque su cámara estuviese concurrida de ellos, obraba como si se hallase sola, y con tanta libertad, como si no tuviera observadores; pero tampoco exigia nada de ellos. Las personas que miraba como subalternas, no pudiendo atraer su atencion, disfrutaban con ella de una entera libertad, siendo sus acciones y discursos sin la menor consecüencia, respecto de la Mariscala. En fin, ella era impertinente, de una manera tan profunda, y con tanta sencillez, que era mas para admirar, que para indignarse, por su modo, sus ideas, y su carácter que no daba que sufrir.

La Mariscala hizo con distraccion algunas preguntas á la Duquesa; pero no escuchó sus respuestas. En seguida, y por hacer el cumplido, le dió muchos consejos generales sobre el modo de conducirse en la córte; es decir, so-

bre la importancia de observar sus usos: ella omitió los detalles de estos, asegurándole gravemente, que solo el tiempo y un estudio continuado podian enseñar á conocerlos, limitándose á recomendarle, guardase un silencio absoluto por largo tiempo. La Duquesa se aprovechó al momento de este consejo, y entró en la mas profunda meditacion. La Mariscala, que trabajaba en su bastidor, y habia concluido su arenga, cesó de sostener la conversacion. Pasada una hora levantó los ojos por casualidad, y notó que la Duquesa aun se hallaba allí: sin admirarse de su taciturnidad, le propuso irian á hacer una visita á la Priora del convento; y la Duquesa, contenta de haber concluido semejante silencio, se dió prisa á complacerla. No habiendo dejado jamás el castillo de sus padres, se encontraba en el interior de un convento, por la primera vez de su vida. El silencio y la calma religiosa de esta casa, simpatizaban con su carácter; y la acogida llena de dulzura y bonbad, que le hicieron las religiosas, acabó de causarle una tierna emocion. Saliendo de la celda de la Priora, volvió á la iglesia, donde habia orado antes de entrar en el convento: tenia necesidad de descansar; y despues de haber estado media hora

en el templo, salió, pasando por un hermoso claustro, cuyos arcos sin rejas caían sobre un cementerio. En el centro de aquel se hallaba una fuente de mármol blanco, cuya agua pura y cristalina, cayendo sobre la yerba, serpenteaba dulcemente al rededor de los sepulcros. El movimiento de la honda y su murmurio, despertaba un no sé qué de sorpresa, en el asilo mudo de la muerte. Era cerca del anochecer, y la luz misteriosa de una brillante y clara luna, adornaba mas este cuadro melancólico. La Duquesa, paseando el claustro lentamente, consideraba lo que se ofrecia á sus ojos con interés. Aquí es, decia, dulce el pensamiento de la muerte! Yo quiero meditar sobre estas tumbas. Ellas recuerdan la idea de una feliz inmortalidad!.... Las que reposan bajo estas piedras, se aseguraron, durante su vida, un reposo inalterable! Todas ellas tuvieron un destino uniforme. Ellas fijaron el incierto, el espantoso porvenir, haciendolo constante é invariable. En este respetable recinto nada está sujetó á la mudanza; todo es durable y eterno, como la virtud y la verdad. Aquí el tiempo se pasa sin sentirlo: no tiene vicisitudes; no produce accidentes imprevistos; ha perdido el poder de herir y sorprender. No infunde temor;

nos lleva al fin deseado; no trastorna inútiles proyectos, y realiza sublimes esperanzas..... Termina la existencia sin abreviar los destinos. Aquí la duración de un día, es la imagen de toda la vida. En cualquiera instante que llega la muerte, halla al que la sufre preparado: nada hay que no esté ya hecho: posee la ciencia que basta para llenar su suerte..... Con respecto á los mundanos, el tiempo homicida y fugitivo, lleva consigo una guadaña asesina, y sus alas; aquí se le representa bajo de muy nobles facciones: se le vé magestuoso, inmutable: se le confunde con la eternidad!.... Mas ¿estas reflexiones me serán inútiles? ¿Las habré hecho sin ningun fruto? Yo me dirigia á la peligrosa morada, donde solo reina la vanidad, la agitacion y el tumulto; y la Providencia me conduce al modesto asilo de la paz!.... Tengo diez y ocho años: lo futuro aun es mio; así puedo disponer de ello á mi arbitrio, asegurarlo, conocerlo con anticipacion y muy menudamente. Si quiero, cesará de ser impenetrable para mí: yo puedo abrazarlo todo con una sola mirada. Lo veré en toda su extension, siempre tranquilo, puro y virtuoso!.... ¿Qué debilidad me hace titubear? ¿Qué sacrificio es el que hago? No de la amistad, ay de mí! sino de frí-

vola curiosidad. La muerte y la ausencia, me han separado para siempre de cuanto amaba! Lejos de sentir los placeres, que no podrian satisfacer mi corazon, me gozaré de no haber jamás conocido los que inspira el orgullo. ¿Se puede acaso gustarlos sin corromperse? Y, si se les desdeña, ¿cuán insoportable se nos hace el apremio de los usos del mundo, y la fuerza de la etiqueta!.... ¿Por qué, pues, hallandome al abrigo de los peligros y las tempestades, dejaré este puerto feliz, para embarcarme con temor, sin guia, sin ambicion, en una mar borrascosa?.... Ah! Quédomo aquí. Una voz divina me habla en secreto al corazon. Aquí eres llamada, me dice: ¿y resistiré á esta inspiracion súbita?.... Mas, ¿y la voluntad de mi Madre?.... Esta plaza que obtuvo para mí; el proyecto de casamiento que formó, ordenándome que reflexionase sobre él maduramente.... en fin, la admiracion que causaria á mi familia tan violenta resolucion? No nos precipitemos; y, aunque con pesar, meditemos largo tiempo este nuevo designio, antes de pensar en su ejecucion.

Fuertemente ocupada la Duquesa de esta idea, tuvo en aquella noche un sueño, cuya memoria conservó siempre, y dejó escrito en sus

cartas, muy pormenor (1). Soñó, que anegada en llanto, y huyendo un objeto peligroso, se refugiaba en una iglesia: no creyéndose aun allí segura, volvía inquietamente á su rededor la vista, y descubrió una tribuna: repentinamente se abre la reja de esta, aparece entre sombras una magestuosa figura, levanta una mano, le muestra un largo velo de brillante blancura, y al momento una voz celeste le hace oír estas palabras:—„Ocúltate bajo este velo: aquí encontrarás la páz y la seguridad.—” Despierta bañada en lágrimas: y aunque sus meditaciones anteriores podian naturalmente producir este sueño, su corazon se posee de él vivamente, lo mira como una profecía, y el mismo día se ocupa en describirlo.

Despues de ocho ó diez dias, dejó la Mariscalca el convento, y condujo á S. Germán á la Duquesa. Esta se enterneció al separarse de las buenas religiosas, á quienes se habia aficionado. Un consejo, la mas pequeña persuasion, habria podido empeñarla á fijarse irrevocablemente entre ellas: el mundo entonces, hubiera llamado esta

(1) Véase la vida de Madama de la Valliere, que corre con el sermon pronunciado por el Illmo. Bossuet, el día de su profesion.

accion locura; sin embargo, este partido valeroso hubiera ahorrado á la Duquesa diez años de desvios, de crueles sufrimientos y justos reproches.

En el camino de S. German experimentó inquietudes tanto mas penosas, quanto no se atrevia á confiarlas. La idea de su presentacion en la córte era horrorosa. Aunque se le hubiese elogiado mucho el talento y afabilidad de Madama (1), la temia en extremo. La jóven menos susceptible de coqueteria, y con menos experiencia, sabe siempre confusamente, que tiene que temer el juicio de su propio séxo. La Duquesa se representaba á Luis XIV. bajo las facciones mas magestuosas é imponentes; era muy vivo su deseo de verlo; sin embargo no le temia.

Llegaron á S. German; y despues del tocador mas largo que jamás habia hecho, fué presentada á Madama y á toda la familia real, á excepcion del Rey, que cazaba en Copiegne, y no volvía hasta dentro de dos dias por la tarde.

La Duquesa fué perfectamente recibida: las

(1) Madame, dicho en Francia, absolutamente es título de la hija primogenita del Rey, ó de la esposa de su hermano mayor; así como á este se le dice solo Monsieur.

reinas y princesas le hicieron una acogida que la encantó: llegó en un momento favorable. El Rey estaba ausente, faltaban asuntos domésticos que fuesen objeto de la conversacion; y la llegada de una jóven de encantadora figura y la mas tímida modestia, lo fué generalmente, pudiendo por esta sola causa adquirirse la comun benevolencia. En la corte, la timidéz en las personas de edad madura parece efecto de simulacion y siniestro manejo; pero en la juventud es apreciable. Los príncipes mas afables gustan de ser imponentes; y se lisongean en secreto del embarazo que inspiran al que les habla. No hay uno, que tratando de excitar confianza, cuando conoce la cortedad del que se le presenta, deje de hacer ver en su semblante una dulce y graciosa sonrisa; mas este declara una superioridad tan prodigiosa, y profundamente sentida.... En fin, el orgullo en la córte, despojado de formas repelentes, que le son naturales, sabe adornarse de las facciones mas amables. Comunmente se muestra bajo el aspecto de la indulgencia y dulzura, y así solo un largo uso puede discernirlo.

La Duquesa quedó muy prendada de Madama. En efecto, Henriqueta de Inglaterra era

una de las personas mas distinguidas de esta brillante córte. Tenia un cierto resplandor, efecto de su tersura y belleza; una gracia seductora en sus maneras: siempre alegre, y franca; y aunque esta última cualidad tan preciosa, puede tener grandes inconvenientes en las personas de un rango superior, jamás ocasionó la indiscrecion en Madama. Muger ninguna supo mejor guardar un secreto; pero tampoco ha habido princesa que disimule menos la aversion ó el enfado. Tal sinceridad hace á una persona desigual; el voto de los importunos é ignorantes la condena en este punto, y aun el de los prudentes; porque una verdadera bondad hará soportar sin esfuerzo las cosas que causan tan mal humor á los que no tienen esta perfeccion de carácter. Madama pasaba por tener un gran fondo de modestia, y por amante de la verdad. Hablaba ingenuamente de sus defectos, convenia en sus faltas llena de buena fé; mas hasta esta época nada habia podido lastimar su vanidad: generalmente admirada, rodeada de adoradores entusiastas, gozaba un suceso el mas glorioso, poseia la amistad y confianza del Rey. Todo el mundo hacia justicia á la pureza de este trato íntimo, al que el Rey parece se complacia en dar

todo su brillo por la galanteria mas amable. Pero se conocía la inclinacion de Madama al Conde de Guiche, y al mismo tiempo se veía que el Rey, lejos de ser zeloso, concedia al Conde todas las distinciones del favor. Sin embargo, solia decirle á Madama, que la especie de sentimiento, y la admiracion apasionada que S. M. tenia por ella, la preservarian para siempre de una union verdadera á otro objeto: ella lo creia, y esta ilusion la lisongeaba muy vivamente, para que pudiese perderla sin un violento despecho. El amor propio de los príncipes amables y espirituales, á quienes todo es próspero, no puede resentirse, ni aun ser visible: nuestra vanidad no importuna á los demas, sino cuando está inquieta: su perfecta seguridad puede confundirse con la modestia. ¡Cómo se hará sentir, cuando está perfectamente satisfecha, y nada hay que le sea disputado? Madama animaba á sus amigos á no disfrazarle sus imperfecciones: las conocía ella misma; pero ignoraba los inconvenientes que se seguian, y las consecuencias que de ellas nacia. ¡Tantas veces se repite á los príncipes que sus defectos tienen un no sé qué de atractivo; y ellos cuasi lo creen de buena fé!... Sus confesiones, en esta materia, son

de muy poco mérito, y la verdad que sobre ello se les dice; es de ningun peligro. Madama, con el tono y las expresiones de su pretendida modestia, queria obtener en todo públicas preferencias: no conocia que esta pretension era un deseo ardiente inspirado por el orgullo; y habia llegado á persuadirse, que todo se le debia de derecho.

Trasportada la Duquesa sobre un teatro tan brillante y tan desconocido para ella, se hizo remarkable, no solo por las gracias de su figura, sino por el aire de melancolia repartido sobre toda su persona, que hacia mas interesante el luto que aun cargaba: el sentimiento de la muerte de su madre, y su tristeza interior, en lugar de debilitarse se habian exaltado, desde que habitaba la córte. El dolor puede encontrar alguna distraccion en una cierta novedad de objetos, cuando están en armonia con él; pero tambien se irrita por los contrastes. A la Duquesa no le causaba ninguna ilusion la benevolencia que se le manifestaba, cuando se ocupó tanto de la que le mostraron las reclusas de Chaillot. Hay mucha semejanza entre los solitarios, y los afligidos. La alegria tan viva que veía á su rededor, le hacia sentir cuan extraña

era á todo lo que la rodeaba. No habiendo vivido hasta entonces, sino con personas que con ella habian partido sus sentimientos, se encontraba sola en medio de esta brillante multitud, se horrorisaba de su aislamiento, y extrañaba amargamente la dulzura y los consuelos de la tierna y sensible amistad.

Toda la corte esperaba al Rey, dos dias ausente. Vino en fin. Al momento que llegó fué á la cámara de la Reina madre, y media hora despues á la de Madama. Antes de su entrada se abrió la puerta, y le anunciaron. La Duquesa que estaba sentada sola detrás de algunas de sus compañeras, se levantó precipitadamente, y se adelanta á conocerle. Madama observó este movimiento, se sonrió, llamó á la Duquesa, y la presentó á S. M. Ella, mas conmovida que intimidadada, levantó los mas bellos ojos del mundo: su mirada expresiva y agradable se encontró con la del Rey: se sonrosó, procurando con la brevedad posible volver á su lugar.

Luis XIV. no era el hombre de su córte mas regularmente hermoso; pero, independiente de su rango, era el mas remarcable. Tenia alguna cosa que sorprendia en su modo y en su continente. Su fisonomia imponente y grave, im-

primia respeto; pero todos sus movimientos eran graciosos: un mirar penetrante y melancólico, una sonrisa llena de agrado y finura, daban á todas sus facciones una expresion interesante. Aunque su educacion fué descuidada, tenia un talento tan sólido como extenso, las ideas mas justas, y el tino mas seguro. Escribia mal, porque no lo acostumbraba; pero al mismo tiempo nadie hablaba tan bien como él: por eso amaba la conversacion de las gentes de talento, con tal que no tuviesen ni afectacion ni pedanteria. La grandeza y la rectitud fueron las cualidades que lo distinguieron eminentemente. Era necesario el esplendor para agradarle, y las virtudes para atraerle. Ningun principe supo mejor unir el gusto de los divertimientos nobles y delicados al espíritu de los negocios, y la gracia á la dignidad. Admiraba en el consejo por su sagacidad, por la elevacion y exactitud de sus designios; é igualmente á los extrangeros, por la magestad de su representacion en las audiencias y fiestas públicas. Encantaba su sociedad íntima por el agrado infinito de su conversacion, y un modo inimitable de contar (1). Su grande alma

(1) Memorias de Madama Caylus.

30225

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

sentia profundamente toda la sublimidad de la Religion, y conocia, cuan necesaria es para la felicidad pública, y cuan útil á los que gobiernan. A pesar del ardor de sus pasiones, y su gusto á los placeres, jamás dejó de consagrar lo menos ocho horas diariamente al trabajo (1). A los veinte años quiso remplazar un primer ministro instruido y laborioso; aunque tuvo que superar todo el disgusto, y todo el trabajo que la ignorancia puede juntar al enfado de los negocios; su perseverancia en este punto no se desmintió en el espacio de medio siglo. Su bondad, que fué extrema, no ha sido bastantemente elogiada. No tuvo una cierta familiaridad de tono y de maneras, que la hace mas visible, y comunmente nos obliga á presumirla donde no la hay; pero sí supo dar á la bondad un esplendor y magestad, que la hicieron confundir con la grandeza, y algunas veces con la gracia y elegancia. Todas las palabras ingeniosas que se citan suyas, son de una perfecta bondad; y ¿que acciones buenas pueden aventajar los piadosos establecimientos de Invalidos, y Saint-Cyr? En fin, él fué sensible, gozó de una felicidad, que el po-

(1) Lease á Choisy, y todas las memorias de su tiempo.

der hace casi siempre dudosa, y que arrebatada continuamente; fué amado por él mismo. Se critica el orgullo excesivo de este gran Príncipe; porque ningun soberano fué tan alabado: esto es atribuirle una falta, por haber inspirado el mas vivo entusiasmo. Un Rey que reina con esplendor, no podria impedir á los hombres de talento que celebrasen sus beneficios y su gloria, sino recibiendo con desdén sus homenajes: y ¿puede hacerse? ¿se debe? Henrique IV. lejos de repeler los elogios de Malherbe, aplaudia sus versos: ¿por qué, pues, se quiere que Luis XIV. impusiera silencio á los grandes poetas de su siglo, ó que hubiese recibido con indiferencia los elogios de Corneille, de Molière, de Quinault, de Racine, y de Boileau? Se sabe que jamás permitió á los que se le aproximaban alabarle en su presencia, y que manifestó siempre en la sociedad particular un menosprecio el mas verdadero á la lisonja.

Volviendo la Duquesa á su antiguo lugar, detrás de sus compañeras, estuvo distraida toda la noche: nada escuchaba de cuanto ellas decian; solo oía hablar al Rey. Cuando él partió, recordaba cuanto habia dicho, y especialmente su mirada. ¿Como podia olvidar esta mirada sim-

pática; la primera que sus ojos habian encontrado desde la separacion de su amigal.... El Rey, por su parte, se sorprendió con la figura noble é interesante de la Duquesa. La mañana siguiente la buscó con la vista, y no la pudo percibir; ella sin embargo le veía; pero en su lugar acostumbrado, siempre separada, silenciosa, oculta, sin designio; mas no sin turbacion, y queriendo solo entreverle y escucharle. Un nuevo sentimiento, de que no tenia idea alguna, vino á derramar una tempestad horrorosa sobre todos sus dias: indecisa y distraida, no obraba sino maquinalmente y por habitud; ninguna reflexion la ilustraba; su pensamiento mismo, casto y misterioso, no le representaba la idea del Rey, al menos distintamente; pero desde la mañana deseaba la tarde, por encontrarse en el círculo de Madama, principalmente los dias destinados á su sociedad íntima, en que el Rey pasaba allí toda la noche.

Era fácil gustar, sin particular interés, de una sociedad, en que continuamente se reunian el conde de Guiche, hombre el mas brillante de la corte; el marqués de Vardes, su amigo, que juntaba á una gran docilibad de carácter el talento mas picante; el duque de Roquelaure, cé-

lebre por su buena conversacion y alegría; el duque de la Rochefoucauld, que en el tumulto de los campos de batalla, y en medio de las intrigas de la córte, supo siempre observar con finura, y meditar con profundidad; Benserade, poeta amable; el conde de Bussy-Rabutin, escritor satírico y cortesano, tan lisongero como espiritual (1); el conde de Grammont, que por lo original de sus locuras y una graciosa ligereza, se hizo perdonar tantos extravios.... El duque de Lauzun, cuyo carácter y aventuras fueron igualmente romanesecas; el gran Condé, que reuniendo á todas las cualidades de héroe una instruccion tan variada como extensa, y los atractivos de un hombre de mundo, podia encantar á la vez á los sábios, los literatos y las damas; la condesa de Soissons, intrigante, ambiciosa; pero seductora por sus gracias; la señorita Montpensier, digna nieta de Henrique IV, por su talento y valor, y quizá la única princesa que ha unido las costumbres mas austéras á la ecsaltacion de cabeza y esfuerzo de una amazona; la princesa Palatina, cuyo espíritu superior, talentos y virtudes, ha elogiado de una manera

(1) Lo queria Madama, aunque al Rey no le agradaba.

tan sublime, el mas grande de nuestros oradores; la bella condesa de Bregi, que nos dejó tan hermosos versos; madama de Sevigné, madama de la Fayette, la señorita Scudéry, continuamente admitida en el trato interior de Madama. La Duquesa creía de buena fé, que inspiraba un vivo interés la conversacion de personas tan distinguidas, estando animadas por la presencia del Rey, y tratando de agradarle.

Una tarde que S. M. cazaba en la floresta de S. Germán, fué poco numeroso el círculo de Madama; pero siempre compuesto de personas las mas amables. No obstante que la Duquesa estaba distraida de la conversacion, volvió á ella, cuando Benserade exclamó, que S. Germán era una mansion verdaderamente encantadora, y la señorita Scudéry contestó: sí, con tal que esté allí *el encantador* (1). Esta palabra sobresaltó á la Duquesa. Con razon, pues descifraba su pensamiento tan íntimo; pero queriendo ella persuadirse que el sentimiento de que estaba ocupada, era solo una opinion, se repetía dentro de sí misma: todo el mundo piensa como yo.... Sin embargo, desde este dia se

(1) Cita verdadera.

agregaron á su admiracion por el Rey, una tristeza é inquietud indefinibles. Ella no tenia proyecto cuando S. M. estaba ausente; porque jamás fijaba en él su imaginacion; su presencia la sepultaba en la mas profunda melancolía, y cuando dejaba de verle, temia hallarse sola. Como si tuviera algo que reprenderse, experimentaba un espanto, una especie de opresion interior, que parecian remordimientos. Así se anunciaba en su corazon un amor que debía costarle tantas lágrimas, por la turbacion mas dolorosa, y las mas crueles ansias. El Rey no habria producido en su alma esta peligrosa y profunda impresion, si solo se hubiera distinguido de los demás hombres por su brillo, y por el agrado y superioridad de su espíritu; mas ella observaba una bondad activa y delicada, que jamás se desmentía en él, sin perder de vista la menor de sus diferencias. Nada hay que se escape en esta materia al amor observativo. Si él es ciego para los defectos, es muy perspicaz para descubrir hasta el origen de las virtudes, que pueden servir para justificarle. La Duquesa admiraba conmovida la respetuosa ternura de Luis á la Reina Madre, su amistad y procedimientos, constantemente indulgentes y generosos, con Monse-

ñor (1), su deferencia y cuidado con la Reina, sus respetos á los príncipes de la sangre, su deseo de agradar, y su gracia con sus amigos; su dulzura inalterable con sus domésticos, su benevolencia con todos (2). Le contemplaba con admiracion, cuando manifestaba á los gefes de la Fronda una afabilidad tan natural, en las conversaciones que tenia con el gran Condé, sobre los acontecimientos de esta guerra, con tanta sencillez, como si no se hiciera contra él (3). Esta sublime ingenuidad, es, sin duda, uno de los rasgos que pintan mejor la grandeza de carácter y bella alma de este príncipe; como se dió á conocer en el momento que cesaron las turbulencias. Justamente se le rindió el homenaje mas lisongero para un soberano: el reconocimiento y la admiracion, quisieron eternizar la memoria de su clemencia magnánima. Se grabaron monedas de oro y plata, que representaban una águila, teniendo en sus garras un caduceo y un

(1) Monsieur, dicho absolutamente, se entiende el primer hermano del Rey, del mismo modo que Madame y Mademoiselle, como se ha dicho en la otra nota.—*El Traductor.*

(2) Léanse todas las memorias.

(3) Memoria de Montpensier y de Motteville.

ramo de olivo, con esta inscripcion: *En las almas celestes no cabe la hiel, ni la acritud* (1).

Despues del Rey, la persona de la familia Real que fijaba mas la atencion de la Duquesa era la Reina. Esta princesa nada tenia de brillante en su exterior; pero la bondad mas atractiva se pintaba en todas sus facciones; y este sello augusto no es, sobre todo, para una Reina, el primero de todos los hechizos? Esposa tímida y tierna, interesaba igualmente á la Duquesa por su carácter, que por sus sentimientos. No hay simpatia mas verdadera que la que se encuentra en las personas que son á la vez sensibles y tímidas: la Reina distinguió á la Duquesa; pero esta era muy reservada para procurar acercarsele: observó bien su benevolencia; pero no se atrevió á aprovecharse de ella.

Madama apreciaba la literatura; y se sabe el buen suceso que tuvieron en la córte las obras de la señorita Scudéry: ellas no ofrecian sino figuras ideales, no pintaban el amor; pero hablaban de él siempre: su estilo era noble y puro, y se encontraban en ellas grandes sentimientos é ideas ingeniosas; con esto debian agradar

(1) Véase la obra en folio del P. Menetrier sobre las medallas batidas en el reinado de Luis el Grande.

á las almas elevadas, y talentos delicados. La Duquesa quiso conocer los romances, que eran sin cesar el objeto de la conversacion: esta lectura le dió una idea falsa; pero la mas peligrosa que una jóven puede tener: (1) creyó que una gran pasion es un sentimiento inevitable, invencible, y que subyugando el corazon, puede no desviarlo.... ¡Como si fuera posible que un poder fuese á la vez lleno de atractivos irresistibles, supremo, y sin ningun efecto!.... A la verdad, se decia en estos romances, que es necesario ocultar con cuidado el secreto funesto de un amor contrario al deber, y huir con valor el objeto que lo inspira; pero se le dispensaba el esfuerzo mas penoso, aquel de vencer una inclinacion naciente; pues se le aseguraba, que no se triunfa de un verdadero amor. Sin embargo, los sentimientos religiosos grabados en su alma, combatian ideas tan contrarias á la moral. Era muy raro en su edad no adoptar enteramente

(1) Si esto sucedió á la Duquesa con la lectura de los romances, ¿á qué peligros tan funestos no se exponen nuestras jóvenes con la lectura de libros inmorales, y escritos precisamente con designio de corromper el corazon? ¡Admira, que no haya el zelo mas ardiente en los padres de familia para precaver tan grande mal!

un sistema corruptor, tan seductivo y tan cómodo; pero tambien era gran desgracia, en su situacion, no conocer su peligro y falsedad.

Entre las personas jóvenes, distinguidas por su belleza, que componian la corte de Madama, sobresalian la señorita de Charente, y la señorita de Pons (1). Esta última, viva, picante y coqueta, tenia la ambicion de atraerse las miradas del Rey. La Duquesa, no obstante su inexperiencia, fué la única que se percibió de ello (2): no correspondió á los deseos que la señorita de Pons le manifestó de su amistad; pero la contrajo con otra persona mucho mas peligrosa: esta era la señorita de Artigni, una de sus compañeras, que desprovista de todos los atractivos exteriores, tenia todos los vicios que en la sociedad, y sobre todo en la corte, pueden pasar por cualidades amables, al menos durante algun tiempo: una extrema flexibilidad de carácter le daba la apariencia de la dulzura é igualdad: una excesiva ambicion la hacia capaz de mantener la regularidad de su con-

(1) Despues condesa de Hendicourt, y amiga de madama Maintenon.

(2) La perspicacia del amor, suple la experiencia.—*El Traductor.*

ducta, y la asiduidad á los deberes de su plaza, que se atribuía á una razon perfecta. Es fácil usurpar una buena reputacion por medio de los mismos defectos; pero no de conservarla. La preferencia de la Duquesa por la señorita de Artigni, fué determinada por los motivos mas prudentes; pero padeció un error, cuyas consecuencias fueron muy funestas. Las jóvenes que, como la Duquesa, quieren buscar amistades virtuosas, deben procurar unirse á personas de una edad madura; de estas puede formarse juicio sin conocerlas; porque la estimacion adquirida, despues de largo tiempo, cuasi siempre es fundada.

Durante el viaje de Fontainebleau, una de las mas hermosas tardes de Verano, se paseaba el Rey sobre el terraplen del Castillo: notó, que cuatro jóvenes habian atravesado el patio del Tiber, y entraban precipitadamente en los sotos; la obscuridad no permitia conocerlas. S. M. experimentó aquella especie de curiosidad, que comunmente entre los príncipes nace del enfado y de la ociosidad, y ordenó en secreto á Beringhen las siguiese, tomando él igualmente el camino de los bosquecillos. Las jóvenes eligieron asiento en unos bancos de hermo-

so verdor, y empezaron á conversar de una fiesta que Madama habia dado el precedente dia, en la que S. M. y algunos personajes de la corte habian bailado. El Rey, y Beringhen se ocultaron entre el follage, y escuchaban atentamente esta conversacion. Se trataba de quien debia llevar la preferencia entre los concurrentes: la una se declara por el marqués de Alincourt (despues mariscal de Villeroy); la otra por Monsieur de Armagnac; la tercera por el conde de Guiche; la cuarta guarda silencio: se le obliga á romperlo... y, entonces se hace oír la voz mas dulce y mas tierna. ¡Es posible, dice, que se hagan remarcables los sugetos que habeis nombrado, delante del Rey!.... Ah! ¡es preciso ser Monarca para agradaros! No, replicó, su corona nada añade al hechizo de su persona, antes disminuye el peligro: seria mas temible, si no fuese Soberano; porque al menos preserva de otra seduccion. A estas palabras, el Rey sumamente conmovido se retira; prohíbe á Beringhen contar esta aventura, y vuelven al Castillo. Toda la noche pasó ocupado del secreto que habia sorprendido, tan vivamente lisongero á su amor propio: mas ¡quién era esta joven que le preferia, sin ninguna pretension, y con tanta sinceridad?

Una de las camaristas. ¿Cómo no lo había observado? El estaba seguro de no haber oído jamás este metal de voz encantador, que le habría herido.... Se promete descubrir esta voz tierna, no por la figura, sino oyendo hablar todas las Damas de la corte: su oído solo debe esclarecer su corazón, y dirigir sus deseos. La mañana siguiente se presentó temprano en el círculo de Madama, recorrió con la vista el grupo de las camaristas, y entrevió un semblante encantador detrás de la señorita de Artigni: al momento se acuerda de la jóven enlutada, que dos meses antes le habían presentado, cuya figura noble y melancólica le conmovió, y que desde entonces se mantenía tan retirada, que no la había vuelto á distinguir entre sus compañeras... *Si, ella es!...* El lo quería así, lo creía, y esta idea le causa una turbación indecible. Se empiezan á arreglar las partidas de juego, y, entretanto, Luis se acerca al grupo de las camaristas, dirige la palabra á la señorita de Pons; pero teniendo los ojos fijos en la Duquesa: esta baja los suyos, y se sonrosa; el Rey se abanza, le habla; ella se sobresalta, se pone pálida, responde con una voz temblorosa; pero que no puede desconocerse. Ah, ella es!...

Desde este momento no miraba el Rey en el cuarto de Madama sino á la Duquesa. El cuidado de ocultar su amor, aumentó el ardor y la delicadeza. Tomó diestros informes del objeto que exclusivamente le ocupaba, y todo cuanto supo acabó de cautivarle. Oía alabar su talento y candor; que se adoraba su carácter; en fin todo, hasta la sencillez de su educación, concurría á hacerla interesante á sus ojos. ¡Cuántas veces su inocencia é ingenuidad, se la hacían parecer mas jóven entre sus compañeras de igual edad! La coqueteria envejece al parecer; porque su instinto y astucias, se asemejan á la experiencia; la sencillez será siempre la flor mas fresca de la juventud.

Al día siguiente volvió la corte á S. Germán, y al inmediato propuso el Rey un paseo á los bosques de Vincennes. Partieron en calesas: Luis acompañaba á Madama; pero la Duquesa iba en otro carruaje. Encontraron en el bosque una tienda de campaña hecha de follage, llena de exquisitos refrescos: dejaron los carruages, y toda la corte se reunió bajo este pabellon de verdura y de flores: rompe una música campestre: las ninfas, los sivanos, y los zagales del bosque, corren de todas partes, y vienen cantan-

do graciosas coplas hechas por Benserade. Los zagales presentan flores á las damas, y la Duquesa elige una de lis: al ejecutarlo levanta sus ojos con timidez, y se enciembra con los del Rey que estaba á su lado, y coloreandose sus mejillas dice: esta flor es tambien símbolo de la inocencia. Este aire tan natural hizo sonreirse al Rey, causandole al mismo tiempo la mas dulce ternura. La inocencia?, le contestó, ah! cuánto hechizo le añadís vos!... No pudo continuar, porque Madama se acercaba. La Duquesa, por un movimiento tan pronto como irreflexivo, dejó caer en la cesta, que habia en una mesa delante de ella, la flor de lis, y tomó otra de azucena. Luego conoció la imprudencia de este misterio, y su arrepentimiento empozoñó todo el placer de esta jornada. Permanecieron allí hasta caer el sol, y dieron un paseo á pié por el bosque. Repentinamente sobrevino una gruesa lluvia con tormenta, que obligó á cada uno á buscar un abrigo bajo los árboles. Como la Duquesa marchaba lentamente, quedó sola y la última de todos: el Rey la encontró, le ofreció el brazo; y este apoyo, lejos de asegurar la marcha tímida de aquella á quien sostenia, parecia hacerla vacilar mas.... Luis le prometió conducirla por el camino mas

corto; pero este no tenia fin. La Duquesa inquieta y trémula guardaba silencio; y su sorpresa y turbacion se aumentaron, cuando el Rey, aprovechando una ocasion favorable, le habló de sus sentimientos: su penoso embarazo igualaba su alteracion. Muchas de las personas que buscaban al Rey, se dejaban ya ver por las inmediaciones de la calle donde iba S. M. con la Duquesa: con este motivo la instó á que le diese respuesta; pero no tuvo ninguna. Si él no fuera tan jóven, ó hubiese amado menos, no habria encontrado este silencio tan horroroso: todo el resto del dia lo pasó lleno de tristeza. Era tan excesiva la política del Rey, que ninguno se admiró de que acompañase á la Duquesa, ni menos de que por espacio de mas de una hora hubiera sufrido á cabeza descubierta una lluvia que caía á torrentes, por no ponerse el sombrero dando el brazo á una Dama (1). Tal era el respeto tenido entonces al séxo, en cuyo tiempo los Franceses eran, por confesion de sus mismos enemigos, el pueblo mas amable de Europa. La declaracion respetuosa y apasionada del Rey, tocó muy profundamente un corazon sensible y combatido, que

(1) Pasage verdadero.

ya estaba entregado; mas el movimiento de alegría que experimentó la Duquesa descubriendo la pasión del Rey, le hizo conocer tambien la violencia de sus propios sentimientos, que hasta entonces solo creía eran una simple preferencia. Qué, decía, ¿me lisonjearé del triunfo mas funesto y mas criminal?... ¿Es un amor adúltero el que yo inspiro?... ¿Es posible que, en tretanto él me hablaba, un insensato gozo llenase mi corazón?... ¿He podido olvidar así, la dignidad de mi sexo, y todos los principios que me son tan caros?... ¿Y yo he guardado silencio, debiendo quitarle toda esperanza que me sea injuriosa?... ¿Que piensa él de mí! Sin duda me desprecia.... Yo sabré reparar este momento de error, y de imprudencia! Ay de mí! ¿Qué precio debo dar á su estimación! este es el solo de sus sentimientos que me es licito pretender.... Las resoluciones mas virtuosas fueron el fruto de estas reflexiones. Desde este dia procuró la Duquesa acercarse mas á Madama, y á la Reina, para impedir al Rey que le hablara: se decide este á escribirle; pero se le advierte que la Duquesa escribe perfectamente: él ignora que un billete amatorio no tiene necesidad del arte, y que el mas ingenioso no es siempre el mas per-

suasivo; cree le es indispensable un confidente en tal caso, y elige á Benserade. Este toma la carta del Rey, la enmienda, ó, por mejor decir, la echa á perder: agregó á ella muchas frases espirituales, que quitaban esta verdad de sentimientos, tan preferente á las ocurrencias mas brillantes. El Rey no hizo á Benserade sino una media confianza; le confesó su pasión; pero ocultando el objeto: y aquel no lo sospechó; antes bien supuso que esta carta se dirigía á la Señorita de Pons. Benserade, á los cuarenta y cinco años, siempre galan, amable aún, estaba enamorado de la Duquesa: ella lo ignoraba, y mirandolo cuasi como un anciano, agradecida á sus cuidados, le profesaba amistad, y mostraba confianza.

Recibió la Duquesa la carta del Rey. Ella amaba, y este escrito le pareció un gefe de obra de amor y de talento. El Rey pedia respuesta. Mas, ¿cómo darla á tal carta! Quería quitarle toda esperanza, y sin embargo darle tambien una opinion favorable de su espíritu. Aquella contestacion era la primera y la última, de consiguiente tenia mucha importancia. En este conflicto se decide la Duquesa á consultar á Benserade, ocultandole el nombre del aman-

Tom. I. 6

te, cuyo homenaje rehusaba. En efecto, por la noche, en el cuarto de Madama, le suplicó en secreto, que la mañana siguiente pasase al suyo, despues de las doce. Benserade, transportado de gozo al obtener una cita que no se habia atrevido á pedir, esperaba la hora con una impaciencia inexplicable: llegó, y voló al cuarto de la Duquesa. La halló sola: entra, y se le presenta poniendo una rodilla en tierra. Ella creyendo que le daba las gracias por tal confianza, se sonrió á vista de una demostracion exagerada de reconocimiento. Yo queria, le dice, consultaros la respuesta que debo dar á una carta que he recibido: tengo necesidad de un consejo paternal, y este espero de vos. Al oír estas palabras Benserade, quedó helado; se levantó, y tomó asiento. Entonces la Duquesa, no queriendo descubrir el billete del Rey, se lo leyó con voz clara. Benserade conoció desde la primera linea una obra cuasi suya. Como él era menos amante que cortesano, se consoló prontamente, meditando el partido que podria sacar de esta doble confidencia. Cuando la Duquesa acabó su lectura, con una voz baja y trémula, exclamó Benserade: ahl yo adivino vuestro secreto enteramente; sólo el Rey puede tener tanto talento. La

Duquesa negó con debilidad; pero luego convino en ello (1). Benserade tuvo mucha dificultad en componer una carta al gusto de la Duquesa; porque esta encontraba siempre equívocas las expresiones. En fin, cierto de que la carta no contendría la última palabra de esta correspondencia, se decidió á dictar la respuesta mas altiva y mas rigorosa. Quedando sola la Duquesa, leyó muchas veces esta respuesta, y en el fondo de su alma hallaba, que el tono era sumamente seco y muy duro: se resolvió á no mandar una contestacion que otro habia dictado. ¿Un artificio no es siempre punible, cualquiera que sea la causa que lo motive? Esta sola reflexion, tan propia de su carácter, la habria decidido independientemente de la causa secreta que ella no se atrevia á confesar. Escribió otra carta, y la mandó á Benserade, que se habia encargado de hacerla llegar á manos del Rey. Benserade se hizo confidente de la Duquesa; obtuvo con facilidad toda la confianza del Rey, quien se dejó guiar enteramente por él. No tuvo inconveniente en persuadirle, que no obtendria jamás una respuesta favorable por escrito; mas no se esperaba que la Duquesa consintiese en una cita. Le prome-

(1) Todos estos pasages son históricos.

vió al Rey ganar á la Señorita de Artigni, cuya habitacion comunicaba á la de la Duquesa. Las habitaciones de las camaristas estaban situadas en la parte mas elevada del castillo; pero era posible llegar por los emplomados; mas de esta manera no se podía entrar, sino por las ventanas que caian sobre una especie de terraplén. Conviniéron en que la Señorita de Artigni abriera su ventana, y que de su cuarto pasaria Luis al de la Duquesa. La negociacion de Benserade tuvo todo el suceso que él habia anunciado. La Señorita de Artigni era ambiciosa, y cuando esta passion no se reprime por principios religiosos, dá, segun las circunstancias, el atrevimiento, la audácia, ó la bajeza y dobléz que pueden conducir al fin que se desea. Aquella misma noche, á las doce, el Rey lleno de inquietud y agitacion, escaló los emplomados, llegó al terraplén, halló la ventana abierta, entró al cuarto de la vil de Artigni, y ella le condujo hasta la puerta del cuarto de la Duquesa (1). Esta, que aun no haria un cuarto de hora que acababa de entrar, estaba sentada en una silla de brazos leyendo la carta del Rey: oyó abrir la puerta, volvió la

(1) Hecho histórico.

cabeza, vió que era el Rey: dá un grito, se levanta, y vuelve á caer en su silla casi desmayada. Luis se pone á sus pies, reconoce su carta, vé que se ocupa de él, se enternece, y procura infundirle confianza, protestandole, que sus sentimientos son tan puros como apasionados. La Duquesa no responde desde luego, sino por un torrente de lágrimas, y despues reprueba al Rey una temeridad que puede deshonorarla: él la promete que nada se sabria, y le dá su palabra de que en lo sucesivo no dará paso alguno sin su consentimiento: en fin, le pregunta sobre los sentimientos que él inspira: se le rehusa con firmeza la confesion que solicita; y entonces declara, que oyó toda la conversacion del bosque. La Duquesa oculta su rostro con las manos, y vuelven á correr sus lágrimas. Luis le muestra tanto respeto y delicadeza, que consigue calmarla un poco. En este momento la Señorita de Artigni avisó, que ya empezaba á amanecer; y el Rey se fué.

Al dia siguiente por la mañana, la Duquesa de Navailles, camarera mayor, supo en el acto de levantarse, que á media noche habia andado un hombre sobre el terraplén de las habitaciones de las Señoritas de Artigni y la Va-

lliere: al momento mandó buscar un herrero, é hizo sin dilacion echar rejas á ambas ventanas. Madama de Navailles habia sido siempre de costumbres austéras; pero, orgullosa de su buena reputacion, tenia en esto tanto amor propio, que hacia de la virtud una especie de oficio: queria sacar de su buen nombre una consideracion personal, que no pudiese compararse á otra alguna; y aunque su conducta estaba de acuerdo con sus principios, y no era posible acusarla de hipócrita, podia con justicia reprocharsele exageracion en su manejo, y gusto por las escenas ruidosas. No habia consultado en su juventud sino á su religion y á su conciencia, y el fruto que de esto recogia, quitaba á sus acciones un gran mérito: ella obraba solo para los espectadores. Vanidad cuasi inevitable, cuando uno se encuentra colocado sobre el mas brillante teatro. Así es como la virtud en la córte, sin desmentirse, pierde comunmente sus objetos, olvida su fin, es un papel cómico, y muy continuamente un cálculo de ambicion.

La Duquesa quedó espantada, viendo poner rejas á sus ventanas, y las de su compañera: conocia muy bien que las sospechas caían sobre ella; porque el ningun mérito de la Señorita de Artigni, aseguraba su reputacion en esta mate-

ria. Entregada á la desesperacion, escribió á Benserade, pintandole su dolor; este corrió al Rey, dió cuenta del suceso; y Luis, sin perder momento, ordenó á la Duquesa de Navailles hacerse poner inmediatamente rejas á todas las ventanas de las camaristas, sin excepcion, prohibiendole publicar que él habia dado esta orden (1). Era preciso obedecer. La Duquesa de Navailles se consoló, por el ruido prodigioso que causaria esta especie de ejecucion, honrando siempre su vigilancia y rigidez, y aun con mas publicidad; pero esta precaucion que salvaba el honor de la Duquesa, era causa de ultrajantes sospechas en todas sus compañeras: ella oye sus quejas, ve correr sus lágrimas, y se reconoce culpable de sus penas, y de la injusticia que sufrían se afligió en extremo. Para distraer la córte de este acontecimiento, que era el objeto de todas las conversaciones, anunció el Rey que daría una fiesta á Madama aquella misma noche en los jardines, despues de cenar.

Madama, con toda su córte, se presentó á las once en el parque: el Rey la condujo al bosquecillo donde habia escuchado la conversacion

(1) Hecho histórico.

nocturna de la Duquesa con sus compañeras. Prevenida en secreto por Benserade, no podía ignorar, que ella sola era el objeto de la fiesta, y debía haberlo adivinado entrando al bosquecillo: este estaba magníficamente iluminado, y decorado con guirnaldas de lis; flores raras en aquella estación. Al momento recordó, sonrosándose, la rama de lis que imprudentemente había elegido en el bosque de Vincennes. Las Gracias estaban sentadas en sillas de céspedes, que parecían se hablaban mutuamente: á su lado se veía una soberbia decoración, representando un misterioso templo, sin inscripción ni atributos: las Gracias se levantaron, y ofrecieron á la Princesa y todas las damas ramos de lis; entonces se abrió una de las puertas del templo, salió una voz melodiosa, y cantó los versos siguientes:

Quedad mirto, á los amantes,
que mi amor no tiene par:
nuevo emblema ha de explicar
sentimientos semejantes.

Los que á la esperanza oblais
incienso, ó votos penosos,
sin ella sereis dichosos
si á la inocencia adorais.

¡O noble flor, lis brillante,
gefe de obras de natura;
de una alma cándida y pura
símbolo amable y tocante!

La beldad misma aumentarás
de ese luciente frescor,
atributo del pudor,
si lo que yo amo adornaras (*).

Madama elogió mucho estas coplas, que creyó compuestas para ella; y durante la fiesta tuvo extrema alegría, pues su vanidad jamás había sido tan completamente satisfecha: un triunfo imaginario ó real, no habrá causado en el mundo igual desvanecimiento. Entretanto que ella se envanecía por error, el verdadero objeto de la fiesta solo procuraba confundirse con la multitud, y temblaba de pensar en que se descubriese la verdad: enternecida, confusa é inquieta, recibía con profunda sensibilidad estos homenajes ingeniosos y delicados; al mismo tiempo

(*) NOTA DEL TRADUCTOR.—Por ligarse no solo al concepto, sino á las expresiones mismas del original francés, no puede hacerse una buena traducción en verso castellano, á menos que sea libre, adoptando solo el pensamiento del original, aunque ceñido á objeto determinado, como la flor de lis y la inocencia, asunto del elogio.

se reprendia su gratitud, conocia bien el peligro, y se estremecia viéndose rodeada de tantos observadores perspicaces y curiosos, á quienes sería fácil penetrar su secreto.

Cuando se halló sola en su aposento, entregada á una seria meditacion, recordaba con espanto lo que habia acaecido en el término de ocho dias: es preciso huir, exclamaba! sí, es preciso!..... Estoy circundada de seductores, recibiendo perniciosos consejos: yo debo alejarme de esta peligrosa mansion; al menos por algun tiempo, á fin de recogerme, calmarme, si es posible, y reflexionar maduramente en mi situacion.

La mariscalda de Bellefonds, que estaba en S. German, pasó á París, y la Duquesa obtuvo permiso de Madama para acompañarla quince dias. Luis, admirado de los cortesanos, era amado de los Parisienses; y debia serlo. En el año de 1662 que hubo mucha escasez, dió pan al pueblo, haciendo venir una enorme cantidad de granos, que se repartió gratuitamente á las familias pobres, en la puerta misma de palacio (1). Remitió tres millones de contribucion. Habia adquirido á Dunkerque; restablecido la hacienda;

(1) Véase el siglo de Luis XIV.

calmado los espíritus; destruido todas las facciones; mostrando tanta clemencia como firmeza: su gobierno era respetado de los extranjeros, y tranquilo entre sus vasallos: en fin, todos sus pasos, desde que tomó las riendas del estado, habian sido útiles, nobles y benéficos. La Duquesa, lejos de encontrar en París las distracciones que buscaba, era perseguida por la memoria misma que queria desterrar de su imaginacion (1). El retrato mas parecido del Rey estaba colocado en la sala de la Mariscalda: ella encontraba esta imágen querida bajo todas las formas en los monumentos públicos, en las plazas, en las tiendas, y hasta en el sello de la moneda se le ofrecia este recuerdo cada dia: la escultura, la pintura, el grabado, todas las artes se disputaban la gloria de multiplicarla: el nombre de Luis resonaba incesantemente en sus oídos, estaba eserito en todos los libros (2), y repetido por todas partes. En las conversaciones se hablaba del Rey, siempre con entusiasmo: aun en los espectáculos se oía su elogio, y se veía al pueblo mas amable del universo aplaudir los ver-

(1) Lo que se apodera del corazon y el entendimiento, no permite distracciones.—*El Traductor.*

(2) La aprobacion que los concluye.

sos que celebraban un Soberano adorado, transportándose de gozo, y formando alusiones lisonjeras para el Rey. ¿Adonde huir? ¿Cómo olvidarle? En el santuario mismo no podía ser: allí se oraba por él, se hacían públicos votos por su felicidad y por su gloria!... Todo este concierto de amor y alabanzas, era mas puro en París que en la corte; porque era menos sospechoso. A los reyes se adula en su presencia; pero fuera del recinto de sus palacios se pronuncia la verdad. Cuando, lejos de ellos, todo el pueblo se reúne á bendecirlos, y se llena de orgullo en tenerlos por señores, estas aclamaciones son el brillante grito de una justa fama. Obtener tales homenajes, es merecerlos. Un Rey sabe reinar, cuando sabe ganarse los corazones; y su verdadera gloria es ser amado.

La Duquesa, nunca mas turbada, escribió á su amiga la condesa de Themine, sin desenvolverle el secreto de su corazón: le decía, que padecía muchísimo, que se hallaba en la situación mas peligrosa, que tenía necesidad de consejos, y la suplicaba encarecidamente viniese á su socorro. Un poco tranquila con este paso, le afligió menos su suerte, reflexionando, que la había puesto en manos de una amiga tan fiel; por-

que estaba decidida á dejarse guiar por ella.

Sin embargo, Benserade, enviado por el Rey, vino á instar á la Duquesa para que volviese á la corte: alabó la delicadeza y puros sentimientos del Rey. Ah! dijo ella suspirando, tengo pocas luces; pero la religion me enseña, que esa pureza de que me habláis, es incompatible con una pasión adúltera....—El no ha podido resistirla.—Pero podia ocultarmela.—Quiere sacrificarla á vuestro reposo.—¿Os lo ha dicho?—Quiere, sin consentir en ello, tratar de vuestro establecimiento.—El Rey!....—Sí. Se sabe que el duque de Longueville os ama; el Rey quiere proponeroslo para esposo.—No le aceptaré: mi madre proyectó otra alianza; no he tomado empeño alguno en ella; pero si me decidiese á sacrificar mi libertad, preferiria el esposo que mis padres habían elegido.... La Duquesa dió esta respuesta con un aire de sequedad que no le era natural, cuya observacion no se escapó á Benserade; pero, fingiendo no observar la ligera mudanza de pesar y despecho que asomaba en su fisonomía, continuó instandola, que volviese á S. German; y consiguió le prometiese verificarlo dentro de pocos dias. No era artificial la propuesta del casamiento: el Rey, en efec-

to, despues de su entrevista con la Duquesa, concibió tanta estimacion y admiracion hácia ella, que de muy buena fé formó el virtuoso desig-
nio de respetar sus principios, é inmolarle su amor y tranquilidad. Esta resolucion habia desde luego tocado el corazon de la Duquesa; pero reflexionandola, conocia quanto honraba semejante proyecto al carácter de su autor: creyó no debia temer ya, á quien tenia tanto derecho á su estimacion y reconocimiento (1). Esta seguridad, que no habia consentido hasta entonces, acabó de perderla. De vuelta á S. German, veía al Rey con mas ternura y gozo, que emocion; ella no le temia ya: habia estado siempre menos alerta de sus propios sentimientos que de los que inspiraba. El amor, en el corazon de una muger pura y virtuosa, no excita aquellos movimientos impetuosos, que produce una imaginacion des-
reglada; no se apodera del alma con violencia; se insinúa en ella, no inflama; penetra: es tan tímido y tan oculto, que se confunde con la calma: es tan generoso, que se asemeja á la amistad: no brilla, pero arrastra.

Llegando la Duquesa á S. German, cambió

(1) ¡O astucias del amor, y ceguedad del corazon humano!—*El Traductor.*

de habitacion, le dieron una que se habia des-
ocupado, mas inmediata á la de Madama: tenia esta una antecámara inhabitada y cuasi ruinoso, cuyas paredes llenas de aberturas, dejaban entrever lo interior de una especie de galeria, que servia de paso á la familia real, para el cuarto de Madama. El Rey, por medio de Benserade, pidió á la Duquesa le permitiera hablarle (1) por cualquiera de las hendiduras: ella no vaciló en consentir: se creeria culpable de la mas negra ingratitud, manifestando la menor desconfianza. Para autorizar nuestra imprudencia (2), encontramos siempre pretextos ingeniosos; y á fin de faltar á los verdaderos deberes, nos los formamos imaginarios: cuando somos incapaces de engañar á otros, nos engañamos á nosotros mismos: una especie de dobléz se mezcla siempre á las pasiones; la franqueza y la rectitud inalterables, solo son propias de la virtud.

A fin de evitar toda sorpresa, se fijó la cita para el romper el día. El Rey habló de una manera tan noble, tan tierna, como sincera: renovó la pro-

(1) Hecho histórico.

(2) Hasta concluir este párrafo se verá un retrato del corazon humano en cuatro palabras.—*El Traductor.*

puesta de matrimonio con el duque de Longueville. La Duquesa lo rehusó abiertamente: el Rey no insistió, y empezó á hablar de su esperanza y sus sentimientos. Le escuchó gimiendo; pero tuvo la debilidad de prometerle volveria al mismo sitio los dias siguientes. No sin remordimientos concedió la Duquesa estas nuevas citas: faltaban ya pretextos que las escudasen, pues no se trataba de proyectos de enlace; pero el Rey mostraba sentimientos tan generosos, y un respeto tan obligante: hablaba tan bien de la virtud, como resolverse á herirlo, á affigirlo mortalmente....? Dos veces se vieron despues de esta manera el Rey y la Duquesa; pero habiendo percibido las hendiduras de la muralla la vigilante Duquesa de Navailles, hizo taparlas al momento á los albañiles. S. M. expresó el mas vivo dolor en muchos villetes: pedia á la Duquesa lo admitiese en su cuarto; mas esta se negó con firmeza: con este motivo frecuentó el Rey mucho el cuarto de Madama, y se hizo notable. S. M. se conducia con tal prudencia hácia la que amaba, y con una galanteria tan amable por Madama, que las personas mas espirituales de la córte, que componian esta sociedad, no tenian el menor motivo de sospechar sus ver-

daderos sentimientos; pero se apercibieron de los de la Duquesa. El Duque de Longueville, jóven amable, virtuoso, y dueño de una gran fortuna, estaba sumamente apasionado de la Duquesa, y ella rehusaba un partido tan brillante: esto sorprendió á todo el mundo, les hizo abrir los ojos; porque no era difícil leer en su corazón sin artificio; y el conde de Guiche fué el primero que tuvo sospecha: esta dió lugar á críticas y burlescas conversaciones sobre aquella pasión de novela; pero Madama creía ciertamente, que el Rey no corresponderia, y manifestaba compadecerse de la Duquesa. En efecto, le tiene lástima, decia el conde de Guiche; porque ella la condena al tormento de una desgraciada pasión: el Rey no verá jamás sino el objeto que obscurece todos los demás. Madama escuchaba estos lisongeros discursos con complacencia: aseguraba sonriendose, que el Rey solo era un buen amigo suyo; pero soportaba sin trabajo, que se le contradijera sobre este punto. La Duquesa tenia suficiente talento, para que se le ocultase á qué exceso llegaba la lisonja de Madama, por los sentimientos que se suponian al Rey, y así era fácil que previese lo extremado de su despecho, cuando se desengañase.

Esta idea causaba á la Duquesa un temor insuperable: presentia todo lo que la haria sufrir el orgullo irritado. Un frívolo incidente acabó de traicionarla, y descubrir enteramente su modo de pensar. Una noche, en el cuarto de Madama, presente el Rey, despues de haber hablado de un romance de la Señorita Scuderi, convinieron en dar á todos los que componian la sociedad, segun sus caractéres, los nombres de los personajes de esta obra. Madama, como era regular, recibió el nombre de la principal heroina; la condesa de Soissons, su amiga, tomó el de la confidenta; se acordó que el Rey solamente debia conservar el nombre que inmortalizaba: cada uno eligió el suyo, sacandole de los del romance, y prometiendo sustituirle á su nombre verdadero, y firmarse con él en lo sucesivo, siempre que escribiese billetes de aquella sociedad: olvidaron á la Duquesa en esta distribucion; y el marqués de Vardes que lo notó, en el acto le propuso el nombre de una Princesa jóven, insípida, de quien nadie habia tenido cuidado: la Duquesa respondió ingenuamente, que ella tenia su nombre de bautismo, y no queria otro absolutamente. Se le pregunta ¿cual es? y esta pregunta tan sencilla pareció confun-

dirla: una rápida reflexion causaba esta perplexidad.... Madama, admirada de su turbacion, reiteró la pregunta: la Duquesa conoció cuan ridiculo era titubear tanto para responder, y esta idea creció su agitacion. Las personas tímidas y sensibles, jamás tienen presencia de espíritu; porque cuando el embarazo en que se hallan llega al extremo, las hace caer en el desaliento. Ella se sonrosaba, se ponía pálida, bajaba los ojos llenos de lágrimas, y no tenia valor para articular este nombre terrible. El Rey trató de variar la conversacion; pero insistiendo Madama con una especie de autoridad, obligó á la Duquesa á resignarse: se sometió, y con una voz trémula y una sinceridad encantadora, dijo, que se llamaba Luisa.... A esta palabra se levantó en el círculo un pequeño murmullo burlesco. Madama se sonrió con un aire de lástima, asegurando, que no habia intentado confundir á la Duquesa. Yo lo creo, replicó el Rey; porque se necesita mucha crueldad para formar designo de intimidar tanta ingenuidad, tanta dulzura y modestia. Estas expresiones, pronunciadas con tono severo, y una agitacion visible, causó tal sorpresa, que súbitamente se mudaron todos los semblantes, desaparecieron las sonrisas maliciosas, cada uno to-

mó un aire de benevolencia, á excepcion de Madama, que no pudo disimular su mal humor. Sin embargo, como el Rey continuase siempre amable con ella, se persuadió, que solo la compasion habia producido, en favor de la Duquesa, este movimiento de interés, tan vivo y notable; pero conservó contra ella una especie de rencor; mas sin temer, ni recelar la menor rivalidad.

La Reina Madre solia hacer loterias de alhajas, cuyos billetes repartia entre las personas de la familia real y sus favoritos. Un dia que su córte fué muy numerosa, y la Duquesa se hallaba allí en la comitiva de Madama, se hizo una de estas loterias, y el Rey ganó la primera, que eran unos magníficos brazaletes de diamantes: todo el mundo elogió su hermosura; y Madama particularmente lo hizo con gran exceso; mas ¡cuanto aumentarán de valor cuando sean obsequiados! Y ¡á quien los ofrecerá Luis! La Reina los desea; pero sin esperanza. Madama se creé segura de obtenerlos. Cada uno admirándolos dice, que no tienen precio. Aun no, contesta Madama; pero le tendrán luego. El Rey tomó el cofrecito que estaba sobre una mesa, busca con los ojos á aquella, que jamás heria con

la vista, y siempre era necesario descubrirla con cuidado: atraviesa la cámara, no solo sin embarazo, sino con un aire de triunfo: ¡tal es la altivez y la audácia que adquiere quien trata de vengar lo que ama!.... Se acerca Luis á la Duquesa, le presenta los brazaletes, acompañando á esta accion, no el donaire de la galanteria, sino toda la expresion del respeto, y toda la dignidad de una accion con que se honra á sí mismo. Jamás se tributó homenaje mas brillante con tan noble franqueza. Jamás se vió el semblante de Luis mas tranquilo ni mas magnífico. La Duquesa sobresaltada, penetrada de sentimiento, llena de inquietud, de temor y reconocimiento, creyó que el Rey solamente le mostraba estos soberbios brazaletes, y en voz baja le contestó, son bellisimos, devolviendolos.—Aceptadlos, Señorita, replicó S. M.; os los ofrece la estimacion mas bien fundada, y mejor conocida. La Duquesa no respondió, sino con una profunda inclinacion; estaba cuasi desfallecida. En el momento se fué el Rey á su lugar, y ella se dió prisa á guardar los brazaletes en su bolsa de labor, tomando el último puesto entre las personas que la rodeaban. La admiracion general fué extrema, y el despecho de Madama tan

violento, que no pudo contenerse de manifestar al Rey una acritud que todos conocieron, aunque trató de disfrazarla con tono de alegría; pero sus chanzas tenían tanto de forzado, é iban mezcladas de una ironía tan amarga, que era imposible no conocer claramente lo que experimentaba. El Rey no opuso á sus epigramas sino una sangre fría, inalterable, con cierto aire de distraccion, y un completo descuido, que condujo á Madama al colmo de su cólera; muchas veces estuvo en el borde de representar una escena ridícula: veía que se le miraba con sorpresa; que muchas personas la examinaban con malignidad, penetraban su zelo, y se gozaban de su agitacion: conocia que todo lo que hablaba, era sin medida y naturalidad: se creyó hacer un papel enteramente diverso del que hasta entonces habia representado. Humillada á los ojos de toda la córte, pérdida para siempre en el concepto del Rey, le juró un odio irreconciliable á la Duquesa. Una causa tan frívola exasperó y desnaturalizó de este modo el carácter mas amable. Las pasiones siempre nos ciegan; pero no siempre nos pervierten: mas la excesiva vanidad limita el espíritu, abate el alma, y la despoja de todos los sentimientos equi-

tativos y generosos. ¡Cuan sublime es aquella moral inflexible, que pronuncia tan terrible anátéma sobre el orgullo, y nos enseña, que la fuente de la razon, de la justicia y demás virtudes, no se encontrará jamás por un ser imperfecto, variable y frágil, sino en la imparcial y dulce humildad!

Al día siguiente fué el Rey, segun costumbre, al cuarto de Madama. Su aspecto era lleno de sencillez, y un aire de serenidad; mas solo le manifestó respetos de política, tan sin afectacion, como sin embarazo: toda la noche se ocupó de la Duquesa, con lo cual no quedaron dudas acerca de sus sentimientos. Desde este momento se formaron dos partidos en la córte: uno contra la Duquesa, compuesto de toda la sociedad íntima de Madama; y el otro en su favor, formado de los que se interesaban por ella, de los que no querian á Madama, ó aborrecian á sus favoritos. Los príncipes tienen grande interés en no admitir para su sociedad íntima, sino aquellas personas que gozan de la benevolencia general; porque el aborrecimiento que inspiran sus amigos, recae sobre ellos. Los de Madama no procuraron moderar su humor: estaban poseidos de rábía al considerar,

que la Princesa, á quien gobernaban, perdía el ascendiente que habia tenido hasta entonces sobre el Rey, pues no podían ya engañarse en sus sentimientos. ¡Todo anunciaba una grande pasión, y la primera que habia experimentado! En fin, nadie se atrevía á acusar de coqueta á la Duquesa: su modestia, su extremada reserva, jamás se desmentían. Su conducta era irreprochable: se conocía que amaba; pero que resistía á su inclinación, y evitaba cuanto pudiera dar al Rey la menor esperanza: era imposible interpretar malignamente sus acciones. Se calumnió su carácter: se afirmaba, que esta persona tan amable, tan modesta, tan sincera, era profundamente artificiosa y llena de ambición. Se le suponían todos los designios que otras habrían tenido en su lugar; y pintando un retrato imaginario, se retrataban á sí mismas. Ultimamente, desenfrenándose la mordacidad de sus enemigos contra ella, hacían la sátira de sí mismos. Cada discurso aumentaba el enojo y confusión de Madama: lo presente le esclarecía lo pasado. Era evidente que ya el Rey amaba á la Duquesa muchos meses; se venían á la memoria una multitud de circunstancias, que no dejaban duda alguna. Desde esta época todas las fiestas dadas por el Rey,

habían sido homenajes tributados á la Duquesa; y Madama, sin haber obtenido de la amistad del Rey la confianza de este amor, había servido de pretexto para favorecerlo, y ocultarlo á los demás. El Rey, sin ningún reparo, la había engañado, y hecho representar un papel ridiculo: ¿qué muger dominada por la vanidad, puede perdonar semejantes agravios?

Madama era incapaz de disimulo; pero sus amigos la empeñaron á contenerse, á tratar medianamente á la Duquesa, y recibir al Rey sin enfado. Con dañada intención, ácia la Duquesa, imaginó Madama dar bailes en su cuarto: aquella nunca bailaba; y toda la sociedad de Madama se reunía para hacer valer los atractivos de la Señorita de Pons, la mas bella danzarina de la corte. El Rey bailó con ella muchas veces, y al parecer no fué indiferente á sus gracias; se notó que la Duquesa se turbaba y ponía pálida. Una noche, á la mitad del baile, se desapareció y el Rey, después de haber bailado una contradanza con la Señorita de Pons, se sentó á su lado, le hablaba en voz baja y con vivacidad. Se consiguió el triunfo. Madama tuvo la crueldad de enviar á llamar á la Duquesa: vino con los ojos encarnados, y el aire mas abatido: el

Rey la miró, se conmueve, y se separa de la Señorita de Pons. Los días siguientes no se volvió á acercarse á esta ni á bailar. Se perdió la esperanza que se había concebido con tanto gozo.

La pasión de Luis, cada día se hacía mas peligrosa para la Duquesa; porque aplicaba á ella toda la rectitud y altivez de su carácter. Solicitó de nuevo una cita, no en el cuarto de la Duquesa, sino en el de la Señorita de Artigni, y á presencia suya. Se le rehusa; pero se vacila al mismo tiempo. En fin, se consiente, y se le promete, para el tercer día. La víspera de este recibió la Duquesa un billete de la Condesa de Themine, datado en París, que le causó la mas viva alteracion: esta amiga fiel acababa de llegar de su Provincia, le anunciaba su visita, y avisaba que su correo solo debía precederla una hora. Seis semanas hacia que la Duquesa le había escrito, llamándola en su socorro; y no obstante, la idea de volverla á ver, le causaba el mas penoso embarazo: conoció con horror cuan cambiado estaba su corazón, pues que temia los consejos de la virtud.... Sin embargo, no estaban alterados sus principios: ella era arrastrada, sin ser seducida:

tenia el mismo horror al vicio, y solo se engañaba sobre las intenciones del Rey: las creía siempre puras; no concebía que fuese posible tener el proyecto de corromperla, mostrándole tanta estimacion: á pesar de esto, conocia muy bien que necesitaba una mano valerosa y caritativa, que la sostuviese en la senda tan lúbrica que estaba empeñada. Madama de Themine llegó; la Duquesa la vió con un sobresalto inexplicable: su sola presencia fué para ella una luz. Desde este instante, juzgó sin ilusion, todo lo que tenia que decirle, y previó, sin engañarse, todo lo que pensaria en el particular: experimentó un desaliento que le quitó hasta el deseo de paliar ó excusar sus faltas: ella conocia, que se le iba á proponer un sacrificio cruel, y aun así no tuvo un momento la idea de resistir la voz poderosa del honor y la amistad: se sometió de antemano; pero con desesperacion. Hizo una breve recitacion, muy sincera, de todo lo que había sufrido. Lejos de procurar difrazar sus sentimientos, los describía tales, como hasta entonces no se había atrevido á confesarlos á sí misma. Hallaba una especie de consuelo en despreciar así la severidad de que iba á ser víctima. Ella no lloraba, estaba pálida, opri-

mida; pero se expresaba con un tono firme y sério. Madama de Themine la escuchaba, mirandola con tanta sorpresa como dolor. Cuando acabó de hablar, dijo Madama de Themine: y bien, en un peligro tan inminente ¿qué pretendéis hacer?—Lo que me prescribais. Subyugada por una pasión criminal, no soy capaz de conducirme á mí misma.—Es preciso huirla.—Yo le encuentro en todas partes. ¿A donde no es adorado?—En un convento no oireis hablar de él. Allí es preciso que os retireis por algun tiempo.—Para siempre: consiento en ello.—No, yo no os propongo partidos extremos. Partamos para Chaillot, donde habeis estado ya; desde allí pedireis á Madama vuestra dimision por escrito: hecho esto, partiremos para Turena; allí restaurareis la tranquilidad, y dentro de un año colmareis los votos del hombre apreciable que vuestra virtuosa madre os dió por esposo.—¿Quien, yo? ¿Engañar á un hombre de bien: unirme á él con un corazón manchado por una pasión culpable?—Vencereis con el tiempo esta desgraciada inclinacion.—No, jamás triunfaré de ella.—Así lo creís; y es un error. Pensáis tambien que el rango del Rey no agrega cosa alguna á vuestros sentimientos; y aunque carescáis de am-

bicion, os engañais. ¿Podrá verse sin desvanecimiento el objeto que se ama cuasi deificado? Si Luis XIV. no estuviera en el trono, no le amaríais, ni tan apasionadamente, ni con tanto peligro. Venid, mi amiga; dejad esas ilusiones que os rodean; vos estais pura aún: la felicidad volverá á vos.—La felicidad!—Ah! jamás.—Es preciso partir mañana antes de amanecer.—Mañana! si he prometido al Rey verle por la noche.—Esa misma promesa imprudente es la que debe hacer precipitar vuestra partida.—Se desesperará.—Le escribireis desde Chaillot: él respetará nuestros motivos, y os estimará siempre. ¿Qué recuerdo le dejareis! Se consolará sin duda, y ninguna muger os remplazará en su corazón.

Esta última idea enterneció á la Duquesa, y reanimó su valor. Sí, dijo, yo no debo titubear: disponed de mí.—Yo voy á dormir á la ciudad, y vendré por vos una hora antes de amanecer.—Sí, yo estaré pronta, y os seguiré. A estas palabras se levanta madama de Themine, abraza á su desgraciada amiga, la tiene largo tiempo estrechada en su seno, y la deja en el estado mas deplorable. Eran las cinco de la tarde: la Duquesa tenia que estar á las ocho de la

noche en el círculo de Madama, y tomó la resolución de no asistir, so pretesto de hallarse mala; pero se le ocurrió, que el Rey estaria inquieto, y daria algun paso imprudente: por otra parte, queria verle por última vez, y despues de vacilar mucho, se decidió á presentarse en dicha sociedad. Lo hizo así, y todos notaron la mutacion de su semblante: se quejaba de un violento dolor de cabeza, y se mantuvo, segun su costumbre, en el lugar menos visible de la concurrencia. Su corazon se lastimó, al ver entrar al Rey: antes que él la viese, ella le oyó hablar con el tono de la alegría; y la cita que habia entre los dos le traspasó el alma. Meditaba el dolor que él experimentaria el dia siguiente: le parecia que era engañarlo, hacerle traicion, y que por su fuga iba á exponerse á toda su indignacion, y acaso á atraerse su aborrecimiento. Esta alternante consideracion la dejó helada. El Rey, que la buscaba, se acercó á ella, y se llenó de espanto, viendo el estado en que se hallaba: manifestó su inquietud con una sensibilidad que acabó de oprimirla: no quiso tomar las cartas, se sentó á su lado, y la obligó en voz baja á que le confesara qué sentia. Entonces ella le refirió, que acababa de ver á su

única amiga, despues de siete meses de ausencia; que se habian apoderado de su imaginacion recuerdos muy dolorosos, cuya impresion duraba todavia. El Rey imaginó, que estos se referian á su madre; cuya explicacion le pareció sencilla y muy natural, con lo que se tranquilizó enteramente. Lo que la Duquesa sufrió en esta noche es indecible. Ella envidiaba á todo el mundo: todos los que debian quedarse con el Rey eran á sus ojos tan felices....! S. M. no decia una palabra, que no tuviese para ella un sentido particular, y la tocase el corazon. Nunca le pareció mas amable, ni mas digno de ser amado. Al paso que la noche corria, se agotaban sus fuerzas: una ternura insuperable la hacia no poder contener sus lágrimas: principalmente cuando se veia obligada á hablar, le era necesario un esfuerzo prodigioso para devorarlas. Esta horrible opresion, y la certeza de ser observada con malevolencia, ponian el colmo al tormento de su situacion. Cuando el Rey se levantó para despedirse, la abandonó el valor enteramente: miró con estremecimiento la puerta al tiempo de cerrarla, y se dijo: ¡ya no veré abrirse esta puerta!.... Felicidad, esperanza, dulce porvenir, todo acabó para mí!.... Turbacion horrorosa, pe-

sares, arrepentimiento, recuerdos amargos indelibles, hé aquí lo que me resta!... La Duquesa, puesta en un pié, apoyada contra una columna, se sentía débil queno, nat se atrevia á atravesar la cámara para salir: felizmente estaba cerca de una pequeña puerta escusada; se acercó á ella, y se desapareció. Despues de haber atravesado un corredor, cayó desmayada al empezar á subir la escalera que conducia á su habitacion. Algunos minutos despues pasaron dos de sus compañeras, la socorrieron y llevaron á su cuarto (1).

No pudiendo gustar un momento de sueño, omitió acostarse. Eran los últimos dias del Otoño, y á las cinco de la mañana vino Madama de Themine, siendo aun de noche: la Duquesa, sin proferir palabra, se levantó, dió la mano á Madama de Themine, y salió en este mismo instante: atravesaron rápidamente el castillo, montaron en el coche, y partieron. Luego que la Duquesa sintió el movimiento del coche, se deshi-

(1) Las almas insensibles ó corrompidas, se burlan de semejantes sentimientos, ó los atribuyen á ficción, principalmente en el séxo femenino. La muerte violenta del Marqués de Bragelone, acredita lo contrario, y otros varios sucesos.—*El Traductor.*

zo en llanto. Su amiga no se atrevió á romper el silencio: apretó afectuosamente la mano que tenia entre las suyas; la Duquesa conoció que lloraba, y echándole los brazos al cuello, exclama: ¡ó prudente y virtuosa Eudocia! compadeced una debilidad inexcusable, que sin dudas es imposible de concebir.... Ah! replicó Madama de Themine, yo os admiro tanto, como os compadesco.—Me creis esforzada, y no lo estoy, sino sumisa: pero este dolor que me despedaza, no lo soportaré jamás.—Tal es, tal debe ser la credulidad de esa pasion; ya os lo he dicho, y el tiempo os desengañará.—Jamás. Yo os obedesco; mas sin esperanza de curarme ni poderme consolar.—Escuchad: ¡dentro de dos ó tres años estareis pesarosa de haber hecho el sacrificio doloroso que haceis ahora? No, respondió vivamente la Duquesa, conosco que es imposible arrepentirse de haber seguido su deber. Y bien, replicó madama de Themine, debeis conocer tambien, que la virtud que nos prescribe el sacrificio, ella misma es despues la recompensa; porque si no se encontrára indemnizacion de algun modo, habria lugar al arrepentimiento. Esta reflexion hirió el corazon de la Duquesa. ¡Ay de mí! exclamó: á vos toca, querida Eudocia, sen-

tir todo el poder de la virtud, y creerla suprema; y á mi solo admirarme de no conocerla ya!....

A las ocho de aquella mañana llegaron las dos amigas al convento de Chaillot: encontraron á las religiosas empleadas en una triste ceremonia; hacia los sufragios á una de sus compañeras. La Duquesa se enterneció, cuando tuvo noticia que la difunta era una religiosa de veinte años, que le habia manifestado particular amistad. Concluido el oficio, como el tiempo estaba sereno, se quedó la Duquesa en el cementerio, sentada en el borde de la fuente con su amiga; y mirando el sepulcro de la religiosa que acababan de enterrar, decía: feliz y amable Serafina, ¡qué envidiable es tu suerte! tú no has gustado sino placeres inocentes! ¡no has tenido sino legítimos afectos! ¡tu alma fué tan pura como tu vida: sentimientos culpables, deseos insensatos, pesares vergonzosos no turbarán jamás tu tranquilidad!.... Tú no has temido, no has despreciado más que el vicio y el error: no has tenido entusiasmo más que por la eterna verdad! Tu corazón, lleno de una piedad sublime, siempre tranquilo y satisfecho, ha disfrutado de una felicidad suprema: amó, sin inquit-

tud, sin arrepentimiento, y sin medida!.... Ah! para tí fué la sensibilidad un beneficio del cielo! El Creador nos la dá para exaltar la virtud; é inmediatamente que la profanamos, se convierte en nuestro suplicio!.... (1). Diciendo estas palabras, dirigió la vista á la espalda de madama Themine, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se levantó, tomó su brazo, y le propuso pasearse en el claústro: despues de haber dado algunos pasos se detuvo: ¡ay de mí! dice, con qué amargura recuerdo las reflexiones que este mismo lugar me inspiraba hace siete meses!.... ¡Por qué no cedí al deseo que experimentaba entonces! ¡Por qué abandoné este asilo tan apacible! ¡Qué dulce es fijarse aquí con la inocencia y toda su razon! Pero, ¡qué penoso, refugiarse cargando las pasiones que aquí se reprueban!.... En esta austera soledad todo estaba de acuerdo con mis sentimientos; hoy todo se halla opuesto! Una alma agitada, trastornada, ¡cómo podrá sentir la agradable influen-

(1) ¡Verdad eterna! Por eso los impíos, y los que se abandonan á los placeres, en medio de ellos, y de la mayor grandeza, no gozan la alegría y tranquilidad que el justo, en la austeridad y mayor miseria.—*El Traductor.*

cia del aire tan apacible que aquí se respira! Qué horrible es formar el contraste mas vivo con la paz y la perfecta virtud!... Al pronunciar la Duquesa estas últimas palabras, se sintió un ruido extraordinario, y muchas religiosas atravesaron el claustro: todas, cubiertas con sus velos, pasaban como sombras, sin responder á las preguntas de madama Themine. La Duquesa se sobresalta; un presentimiento la reanima; luego la hace temblar: se apoya contra un arco; no se atreve á adivinar lo que será: teme, espera, respira apenas.... El ruido se aumenta.... Luego se oye abrir la gran reja del convento, con cierta ostentacion, que estremeciéndose por su extraordinaria altura, causó una especie de sonido lúgubre, que anunciaba la llegada de un obispo, ó de un príncipe; porque jamás se abria sino para semejantes personajes. Una involuntaria alegría hizo palpar el corazon de la Duquesa; y al mismo tiempo la sorpresa, el decaimiento y la inquietud, helaban su sangre, dejándola inmovil. Un grupo de religiosas, con sus velos levantados, se avanza tumultuariamente. Se abre; se dispersa, y descubre á los ojos de la Duquesa atónita al Rey, que se vá ácia ella... ¡O mi amiga, exclama, echan-

dose en los brazos de madama de Themine, salvadme! Al punto, por un movimiento involuntario y súbito, toma la fuga; cae en el cementerio al pie de una cruz de fierro, colocada entre una espesura de yerbas al lado de la fuente. Madama de Themine, turbada, no se atreve á seguirla; pero incapaz de abandonarla, se quedó en pie. á veinte pasos, debajo de un arco; y poniéndose de su parte, la mira fijamente. El Rey corre ácia la Duquesa. ¡Qué temeis? le dice, tomando una de sus trémulas manos. Hay aquí otro infortunado, otro suplicante que yo!... Pero no; yo no debo imploraros, debo quejarme y pedir os justicia contra vos misma. ¡He merecido este tratamiento bárbaro? ¡Por qué huír? ¡Por qué reducis á la desesperacion, á quien os ha mostrado constantemente tanto respeto? ¡Qué teneis que reprenderme, que pueda autorizar esta fuga ultrajante? ¡Qué os he pedido, qué he emprendido, qué he obtenido? ¡Qué mas hariais, si tuvieseis que reprimir designios temerarios, ó vengaros de una audácia injuriosa! No: vos no sois capaz de tal exceso de ingratitud: habeis sido conducida aquí contra vuestra voluntad. No: vos no quereis abandonarme; venid. Hablando de esta manera, Luis la tiró del

brazo: ella se resiste, se defiende, y se abraza fuertemente de la cruz: en este movimiento se le deshizo el peinado, cayendo sus hermosos y largos cabellos sobre la espalda: su violenta conmocion daba á su semblante un brillo sobrenatural; su actitud, y la expresion de su fisonomia, tenian un no sé qué de sublime, que jamás habia parecido tan bella á los ojos de Luis. El intenta levantarla dulcemente; la Duquesa mira á su amiga, y la llama con un acento que despedaza el corazon: madama de Themine corre á ella; el Rey se vuelve, y le lanza una mirada terrible; madama de Themine baja los ojos, pero se avanza con valor. Venid, dice el Rey á la Duquesa; un coche nos aguarda: diferir mas, es hacer una escena ruidosa; venid. ¡Qué! Señor, dijo madama de Themine, ¿una Señorita ir con V. M. á solas en un coche!.... El Rey segunda vez mira con profunda indignacion á esta jóven desconocida, que osaba oponerse á su voluntad: esta mirada colérica que exprimía toda la fiereza del Rey, no pudo turbar á madama de Themine, que habia tenido hasta entonces la vista baja; su continente era respetuoso, modesto, pero firme; anunciaba la inflexibilidad de su carácter. Despues de un momento de silen.

cio, tomando Luis la palabra, le dijo: Bien, Madama, venid vos con ella á S. German. No Señor, respondió: yo daria mi sangre, si fuera necesario, porque no volviera allí: yo la seguiré, si V. M. lo ordena; pero jamás la conduciré voluntariamente... Pues vendrá sola conmigo, replicó el Rey vivamente; y si este paso es irregular, tomo sobre mí el cuidado de justificarla... No, no, contestó la Duquesa, siempre defendiéndose. Esta prolongada resistencia, y, sobre todo, la presencia de madama de Themine, pusieron al Rey en el último extremo. Vosotras quereis, exclamó, obligarme á que obre como un tirano, con una voz temible; pues lo conseguireis.... Su tono amenazador hizo estremecer á la Duquesa; pero, indignandose, redobló su fuerza; su corazon se oprimió, se estancaron sus lágrimas, y sus brazos se envararon: no me arrancarán de aquí, exclama, asiéndose estrechamente á la cruz que tenia abrazada. El Rey estaba tan sorprendido como asustado, de esta vehemencia que por primera vez veía en ella; y lo conmovió tanto mas, cuanto su figura angelical expresaba al mismo tiempo el mas doloroso terror. Ah! sosegaos, la dice, poniéndose de rodillas delante de ella: ¿podría dejar de ser generoso, el que os

ama?... ¡Y vos no tendreis compasion, cuando lo pasado os responde de mí; y me basta la felicidad de veros!.... ¿Cuando os renuevo el juramento de respetar para siempre vuestros principios, renunciareis al amigo desgraciado que no podrá vivir sin vos? (1) ¿De qué me sirve el poder que me ha dado la suerte, si no alcanza nada sobre vuestro corazon? ¿Qué me importa la gloria si os pierdo!.... Venid á reanimar esta alma abatida, á excitar la emulacion y el sentimiento de mis deberes; nada puedo sin vos, ¿y podré cerca de vos dejar de reinar sin esplendor? Vuestra sola presencia me dará el entusiasmo por la virtud: todo me dará, en una palabra, hasta el valor para moderar esta inclinacion que os horroriza. Este lenguaje seductor hizo mucha impresion en el corazon y el espíritu de la Duquesa. Este monarca tan altivo, tan magestuoso, estaba rendido á sus pies suplicante, y sus ojos bañados de lágrimas. La Duquesa se quedó pálida, se ablandaron sus brazos, y se desacieron de la cruz: el Rey apro-

(1) ¡Insensato el que fia de sí, poseido de una pasion! Si confia en sus fuerzas es un error; si en las de la gracia, sin poner los medios de su parte, insulta á la Divinidad.—*El Traductor.*

vechó este instante, la levanta, y la lleva. Infortunada! exclama madama de Themine. Luis precipita su marcha: la Duquesa entre gemidos, desvanecida, y apenas pudiendo sostenerse, se entrega, no como una amante apasionada, sino dejándose conducir como una víctima. Ella recobró su espíritu al acercarse á la puerta; pero fué para experimentar un profundo sentimiento de confusion y vergüenza, viendo á las religiosas consternadas, cubiertas con sus largos velos, y bajos los ojos como para no verla. ¡Gran Dios! exclamó: ¿Es posible que yo haya venido á este respetable asilo, solo para profanarle? Se abrió la puerta: se cerró al punto. Habia en el pátio un coche tirado de seis briosos caballos: sube Luis con ella, y parten en el momento. El Rey le renueva sus juramentos de una sumision sin límites; tuvo la delicadeza de no hablarle de su amor, y sí de su respeto, de su admiracion, y de su reconocimiento. La Duquesa, por entregarse al encanto de oírlo, se persuadió fácilmente que hablaba de buena fé, y que en lo sucesivo no exigiría de ella sino la confianza de una íntima amistad. Luego que se calmó un poco, le preguntó, cómo habia sabido su fuga; y el Rey le contó: que dando audiencia á los embajadores

de España, había oído pronunciar su nombre con un aire misterioso al Duque de Saint-Aignan, y al Marqués de Sourdis, que estaban en una ventana: que entonces recordó S. M. el estado en que la vispera la había visto, y acercándose al Duque de Saint-Aignan le preguntó sobre lo que conversaba, y al oír que la Señorita la Valliere había salido para el convento de Chaillot, donde pensaba encerrarse, precipitadamente dejó los embajadores, por ir á pedir un coche; y no permitiéndole su agitacion esperarlo, había bajado á las caballerizas, ensillado él mismo un caballo, á fin de partir sin dilacion, ordenando á los criados venir á Chaillot á encontrarle (1). El Rey agregó, que sus sentimientos nada tenían de criminales; y que siendo tan perfecta la conducta de la Duquesa, no había tampoco que disimular: que él publicaría la verdad claramente, diría que la Duquesa había dejado la córte sin su consentimiento, con el designio de no volver, y que S. M. había hecho todo lo sucedido, por restituir allí una persona digna de su estimacion, que poseía toda su confianza; que él había tenido mucho trabajo en persuadirla á

(1) Relacion completamente histórica.

que volviese; y que el sacrificio que la Duquesa le había hecho de su resolucion y proyectos, lo unia mas á ella por los vínculos del reconocimiento.

Efectivamente, apenas llegó S. M. á Venailles, fué al cuarto de la Reina Madre, y le habló como había anunciado. En verdad, le contestó la Reina, despues de haberle escuchado atentamente, que no sois dueño de vos mismo. Al menos, replicó S. M., yo haré ver que lo soy de los que me ultrajan (1). Quería designar á Madama, y la condesa de Soissons, quienes no podian disfrazar su ódio á la Duquesa. Los demás enemigos de ella se habían guardado muy bien de mostrar tales sentimientos, y aun el conde de Guiche y el marqués de Vardes, á pesar de su intimidad con Madama y la condesa de Soissons, se conducian con tanta destreza y falácia, que el Rey estaba persuadido de su benevolencia ácia la Duquesa, y los trataba siempre con el mismo favor. Habló tambien S. M. á la Reina de la fuga de la Duquesa, atribuyéndola á los caprichos y enemistad de Madama. La Reina, ó por prudencia, ó por

(1) Propias palabras de la Reina Madre y el Rey.

credulidad, no manifestó recelo alguno; trató á la Duquesa mejor que antes: desde este momento la recibió en su cámara interior, sin que concurriese con Madama en su comitiva; distincion que á ninguna otra camarista hizo. En fin, el Rey tuvo una conversacion sobre el mismo asunto con Madama: comenzó por un tono de confianza, diciéndole, que tenia la mas tierna inclinacion á la Duquesa; haciendo un elogio de su virtud y su carácter: Madama se sonrió desdeñosamente, y respondió con altanería: que no debia recibir semejante confidencia, ni favorecer una intriga de este género. Agregó, que solo la autoridad del Rey podia conservar á la Duquesa su plaza cerca de ella; pero que no mirándola en lo sucesivo como una persona de su familia, no la llevaria en su comitiva, ni la admitiria en su sociedad íntima; y le sería permitido entrar solamente los dias que recibia á todo el que se presentaba en su cuarto (1). Yo quiero, replicó el Rey con frialdad, que la Señorita de la Valliere conserve una plaza que honra; por lo demás, Madama, yo no os prescribo nada. La ve-

(1) Se ha dulcificado mucho la respuesta de Madama. No se pueden repetir aquí sus propias expresiones, sin alguna impresion que cause disgusto.

ré en su cuarto sin misterio, ó en los de las reinas, que la recibirán con la consideracion que se debe á una persona de conducta irreprochable, á quien respeto tanto como la amo. A estas palabras se levantó S. M., dejó á Madama, y se apoderó de ella la mas violenta agitacion, y una cólera que pasó hasta el furor. El conde de Guiche estaba ausente por quince dias; Madama no podia consultar sino con la condesa de Soissons, quien le dió consejos violentos, que ella estaba muy dispuesta á seguir. Mandó llamar á la Duquesa para imponerla de todo lo que le habia dicho el Rey; pero lo ejecutó con las expresiones mas despreciables, indicando una opinion injuriosa á la conducta de la Duquesa. Esta, en las circunstancias ordinarias de la vida, se intimidaba fácilmente; pero tenia tanta elevacion de alma como modestia. Pura todavía, y sostenida por el testimonio de su conciencia, creyó de su deber no dejarse abatir por este exceso de injusticia. Yo obedeceré al Rey, dijo, en no dejar la plaza que quiere que conserve, felicitándome en que se proporcione modo de darle esta prueba de mi respeto é inclinacion; y cierta, por otra parte, que nada perderé por esto de la dignidad de un carácter, que no tiene

que reprenderse, ni de la reputacion que merece una conducta sin mancha. La firmeza de esta respuesta confundió á Madama, y exclamó con arrebatamiento: que no le sorprendía ver que la Duquesa desmintiese su fingida dulzura; la acusó de falsa, de hipócrita; y perdiendo su razon y toda medida, la amenazó que se quejaría al Rey de su insolencia. La Duquesa respondió con calma: el Rey no solo no la creerá, si se le cuenta, mas tampoco lo que ha sucedido; porque no podrá persuadirse que Madama olvidase en este punto su propia dignidad.... Al oír estas palabras Madama, saliendo fuera de sí, le ordenó imperiosamente que se retirara; lo que ejecutó la Duquesa sin proferir palabra. Ella guardó un silencio absoluto de esta extraña escena; pero Madama, que no tuvo ocasion de hablar al Rey, porque ya no iba á su cuarto, se quejó amargamente á la Reina Madre, que la escuchó con frialdad, y le dió por respuesta una exhortacion dirigida á que se moderase. Los dos dias siguientes no recibió Madama sino su sociedad particular, á la que no asistió la Duquesa; pero se presentó al tercer dia, que era de gran círculo. Sabia que el Rey no asistiría; y por primera vez se puso los soberbios braza-

letes que de él habia recibido, y que hasta aquel dia no se habia resuelto á usar. Tenia las manos y brazos de una belleza incomparable, y este brillante adorno los hacia mas notables. Estaba con guantes; y, para evitar toda afectacion, se decidió á no dejarlos hasta sentarse al juego: pero el acaso le proporcionó ocasion mas natural. Madama, interin se arreglaban las mesas de juego, recorría el círculo; hablando á las damas que la hacian la córte, dejó caer el abanico: la Duquesa, que estaba á dos pasos de ella, se adelanta, se baja, y quitándose el guante, segun la etiqueta, para presentarle el abanico que alzó, y le ofreció, le pone delante de su vista aquella alhaja, cuyo recuerdo tan vivo habia conservado: fué muy odiosa la impresion que recibió Madama, de manera, que no pudiendo resolverse á tomar su abanico de tal mano, echando una mirada centelleante de despecho y de cólera á la Duquesa, le ordenó lo pusiera sobre una mesa. La Duquesa obedeció sin inmutarse, en seguida se quitó el otro guante; se ponen á descubierto los hermosos brazaletes, y todos los admiran. Madama empezó su partida: las demás camaristas y toda la córte, que notaban claramente el ódio de Madama á la Duquesa, la tra-

taron con extrema frialdad: lisonja para Madama, que no tenia oposicion, estando el Rey ausente. Pero la Duquesa no estaba abandonada en esta numerosa asamblea; todos sus amigos se encontraban allí: el Duque y la Duquesa de Saint-Aignan; el Duque de Longueville, siempre amante, aunque sin esperanza; Beringhen, Benserade, el duque de Roquelaure, el marqués de Sourdis: todas estas personas la rodeaban, y no la dejaron en toda la noche; al contrario, parecian ocupadas únicamente de ella. Esta conducta les ocasionó la desgracia completa de Madama, que se declaró, y cesó de admitirlos totalmente en su intimidad.

Sin embargo, consintió la Duquesa en recibir algunas veces al Rey en su cuarto, con tal que no fuese solo; y la Duquesa recibiría á la misma hora tres ó cuatro señoras de la corte, tratadas por Madama con ligereza; quienes hallarian un extremo placer en desprenderla, haciendo la corte al Rey. Estas visitas del Soberano á una joven que no estaba casada, y que lejos de tener el título de amante, no habia mutacion en su modestia y sus principios, fueron un grande acontecimiento en S. German. Los amigos de la Duquesa decian públicamente,

que el Rey, por esta distincion extraordinaria, queria indemnizarla de las injusticias de Madama; añadiendo en secreto, que la Duquesa era la amiga íntima de S. M.; porque habia resistido ser su Dama. Las personas, en tanto número, que jamás creen lo que sale del órden comun de las cosas, se burlaban de esta opinion; otras pensaban mas fundadamente, que la Duquesa sucumbiria al peligro que se exponia con inocencia y seguridad: en fin, la conducta del Rey y la Duquesa eran admiradas por aquellas gentes sensibles, generosas y crédulas, que se llaman por burla de caracter romancesco. En efecto, juzgan continuamente mal; porque aman con pasion lo que hay mas hermoso en la tierra, lo maravilloso en sentimiento y en virtud; pero esto, sin duda, es infinitamente raro, aunque no es ideal. Feliz el que puede conservar siempre la noble ilusion que le hace ver, ó la esperanza de descubrirlo. El Rey, fiel á su promesa, no pasaba al cuarto de la Duquesa sino acompañado de Beringhen, ó Lauzun. Cier- to de ser amado, quizá en el fondo de su alma esperaba todo lo futuro; pero él tenia un sentimiento de gloria en hacer á la Duquesa gozar de todos los honores de la virtud, en con-

fundir sus enemigos, y quitar á Madama la posibilidad de difamarla: lejos de procurar verla sin testigos, procuraba no sentarse á su lado en la sociedad escogida que encontraba en su cuarto, y si alguna vez lo hacia, jamás le hablaba misteriosamente, ni pronunciaba una sola palabra que pudiese descubrir su amor, ni le escribia; pero se indemnizaba de esta privacion, por el dulce placer de honrar el objeto que adoraba; por la felicidad que gustaba mostrando una justa admiracion de la Duquesa, y elevandola por todos aspectos sobre las demás mugeres; en fin, por la satisfacción de vengar la inocencia, y humillar el orgullo de Madama. Asegurada la Duquesa por una conducta tan pura, tan franca y desinteresada, le amaba con mas entusiasmo; de consiguiente con mayor peligro: persuadida por cuanto la rodeaba, que todo el mundo, sin excepcion, hacia justicia á su carácter y sentimientos, y que aun sus enemigos, procurando calumniarla, tenian de ella la opinion que debian, gozaba menos de este triunfo por sí misma, que por el Rey; á él referia toda la gloria; él solo, á sus ojos, merecia los elogios y una verdadera admiracion. Estas dulces ideas le dieron una serenidad, que hasta entonces no se

le habia conocido, y que la hacia tan amable como interesante: encantaba á cuantos la trataban, por la finura y rectitud de su espíritu, por una alegría llena de gracia, una igualdad de humor, un carácter de dulzura, de indulgencia y de bondad, que no se desmentia jamás.

Tal era el estado de la córte cuando volvió el conde de Guiche, tres semanas ausente. Quedó admirado de las imprudencias que habian dejado cometer á Madama. Ella misma, aunque estaba mas irritada que nunca, comenzaba á arrepentirse: veía, á pesar de la elevacion de su rango, cuan diferentes son los homenajes tributados solo al nacimiento, de los que prodiga el favor. El conde de Guiche, ante todas cosas, prometió vengarla: en seguida le aconsejó, que era necesario acercarse al Rey, aunque fuera en apariencia. No se trataba de volver á ganar su amistad, sino de persuadirlo así á toda la córte, ó al menos de establecer sobre este asunto la duda; que hace obrar á los cortesanos cuasi como la certidumbre; porque en la corte, principalmente las probabilidades, tienen una funesta influencia sobre las conductas. Este género de cálculo es el de la prudencia; él dirige siempre á aque-

llos, cuyas acciones son dominadas por el interés y la ambicion.

El conde se encargó de preparar una conciliacion; y sin prevenirlo á Madama, que la habria rehusado, fué á buscar á la Duquesa. Le hizo una pintura de Madama, abatida, inconsolable, poseída de un profundo sentimiento por el Rey, y no pudiendo soportar una frialdad que la separaba enteramente de él. Otra, en lugar de la Duquesa, orgullosa de recibir tal confianza, que era en sustancia una solicitacion, hubie-ra respondido con las mesuradas expresiones del respeto; pero con la seriedad del rencor y del orgullo, habria exagerado el resentimiento del Rey, á fin de recordar sus agravios personales, y hacer valer su mediacion; pero la Duquesa respondió con su ordinario candor: manifestó un dolor sincero de ser la causa inocente de la desunion del Rey y Madama, y el deseo de reunirlos. Para no atribuirse el mérito de esta reconciliacion, aconsejó al conde hablase al Rey sobre ella; y como si este paso bastase, no prometió siquiera apoyarlo; pero el mismo dia escribió á S. M. dandole cuenta de la conversacion con el conde de Guiche, y diciendole todo lo que podia interesarle en favor de Madama.

Luis vió á Madama particularmente, se abrazaron, se hablaron con sequedad; pero cortesmen-té: se separaron poco satisfechos de esta explicacion; no obstante, los amigos de Madama publicaron, que ella habia quedado muy complacida. Al dia siguiente pareció S. M. en el círculo de Madama; y ésta mandó decir á la Duquesa, que podia pasar á su cuarto con sus otras compañeras: la llevó muchas veces á las cámaras de las reinas; pero siempre la trató, si no con desdén, al menos con una frialdad extrema.

La violencia que se hacia, tan costosa á su carácter, aumentó mas su ódio contra aquella que le quitaba su favor, su crédito, y la forzaba á una especie de reparacion: en fin, ella veia á su rival triunfante, adorada, y aun irrepreensible: la negra envidia envenenó su alma, desterró de ella todos los sentimientos de justicia y generosidad, no dejando en ella mas que la horrible pasion de la venganza.

La pasion de Luis tomaba cada dia nuevas fuerzas: se observó una alteracion sensible en su humor; se puso triste, preocupado y pensativo en fin, escribió á la Duquesa, no ya como un amigo virtuoso, sino como un amante descontento y apasionado. La Duquesa conoció entonces cuanto

se había engañado. En su primer movimiento de sorpresa y dolor, dió una respuesta severa que des-
esperó al Rey. El despecho se unió al pesar de Luis; la virtud, que tanto había admirado, no le parecía sino ingratitud; juró curarse. Mas como desterrar de su imaginacion y de su corazon el recuerdo encantador de una muger modesta, sensible y virtuosa!.... Cuando no se tra-
hen á la memoria sino los talentos, las gracias y la belleza de lo que se ama, se puede olvidar, comparando con otras mugeres; pero cuando se reflexiona el encanto del candor y de la inocencia, se hallan pocos objetos de comparacion. Sin embargo, pareció que Luis se desviaba de la Duquesa, y se había disminuido su ardor por ella. La condesa de Soissons aprovechó este instante, para presentar en la córte á la señorita de Mothe-Hondancourt, jóven de brillante belleza, á quien Madama admitió al punto en el número de sus camaristas. El Rey se deslumbró, y cayó en la red; pero esta intriga solo fué una ligera distraccion: á los dos meses volvió Luis á la Duquesa, con la sumision propia del arrepentimiento, y con mas ardor que nunca. Ella, inflexible, y fortalecida, quizá por la infidelidad pasagera del Rey, mostró el mis-

mo rigor. El Rey cayó en una profunda melancolia, que influyó visiblemente sobre su salud. En este estado tuvo necesidad de abrir su corazon. Beringhen y Benserade, no habian sabido sino ocasionalmente el secreto de su amor; entretanto le eran necesarios los consuelos de la amistad; escogió al duque de Lauzun para su confidente: este era el cortesano á quien S. M. mas amaba. Lauzun tenia ideas cavallerescas, y un aire bizarro de espirtu, que naturalmente debia desagradar al Rey, que poseía tan buen gusto y maneras tan sencillas. Sin embargo, todos los príncipes gustan de lo original, cuya inclinacion nace de la dificultad de encontrarlo entre los que los rodean: el uso y la etiqueta que arreglan todo el aire, los cumplimientos, los discursos, dan á todos los cortesanos cierta semejanza insípida. El modo de Lauzun era diferente al de los demás: tenia al Rey una inclinacion exaltada, que se manifestaba sin cesar por rasgos singulares: un entusiasmo sincero y fundado, le daban el privilegio exclusivo de alabar á Luis con exceso en su presencia. Estos elogios exagerados, y continuamente extravagantes, jamás se parecian á la lisonja, porque se expresaban con el tono de la pasion. El Rey, como decia con

finura madama de la Fayette, *aparentaba burlarse de ellos* (1); pero en el fondo de su alma todas estas locuras lo divertian, le parecian picantes, y esta aficion especial interesaba su corazon. Por otra parte, el ardiente valor de Lauzun, su galanteria romanesca y su magnificencia, le agradaban. Luis pensaba con razon, que un hombre tan brillante no podria ser ridiculo, aunque tuviera alguna singularidad.

Lauzun, despues de haber recibido la confianza del Rey, fué en busca de la Duquesa, con el objeto de solicitar una explicacion para el Rey; es decir, una cita, que fué rehusada. Lauzun se enfadó, se arrebató; pero nada obtuvo. Luis herido, verdaderamente afligido, no tuvo fuerza ni para sofocar, ni aun para disimular su pesar. El mismo dia padeció un acceso de fiebre, y al siguiente se halló tan débil, que no pudo levantarse: se juntaron los médicos, y declararon, que la enfermedad era grave. Al cuarto dia estuvo delirante, y no hablaba mas que de la Duquesa: la llamaba, la rogaba, y creyendo verla la hablaba (2). Ella sufría mas que él, pues tenia expeditas todas sus facultades. Lau-

(1) Véanse las memorias de madama de la Fayette.

(2) Pasage verdadero. Véanse las memorias de Bussy.

zun contándole estos pormenores, y exagerándole el riesgo de la salud del Rey, le despedazaba el alma, y se puso tan mala, que fué preciso sangrarla. Todos conocieron entonces, y aun los mas incrédulos, que la Duquesa resistia á la pasion que inspiraba mas de un año, aunque se hallase poseida de la misma: el estado del Rey y la tristeza profunda que le habia precedido, no podian dejar dudas en esta materia. La Reina Madre envió muchas veces á saber del estado de la Duquesa, y Madama tuvo el pesar de ver toda la corte vivamente interesada en la salud de su rival. El Rey recobró prontamente su conocimiento; Lauzun le dió esperanza, instruyéndole de todo lo que la Duquesa habia padecido, y prometió decidirla á que secretamente viniera á verle. En efecto, al dia siguiente se lo propuso á la Duquesa, persuadiéndola que la vida del Rey dependia de este paso; ella consintió. Al anochecer, Lauzun la condujo por corredores escusados; bajó una pequeña escalera, y por una puerta que se hallaba al fin, cuya llave tenia, la introdujo en el departamento del Rey (1). Este príncipe que la esperaba, se ha-

(1) Memorias de Bussy.

bia levantado para recibirla, no obstante que tenia mucha calentura todavía. Lauzun, sosteniendo á la Duquesa se acercó al Rey con un aire triunfante, puso la espada y huantes á sus pies, diciendole (1): Señor, sed siempre, y en todos los momentos, el depositario de mis sentimientos y de mi felicidad; quien no os ame así, no merece ser amado de vos. Despues de esta accion bizarra, que fué dar una especie de leccion á la Duquesa, se mantuvo Lauzun en una azotea que pertenecía al departamento del Rey. La Duquesa estaba tan turbada, que no tenia fuerza para articular una sola palabra: miraba al Rey, cuya palidez y extenuacion le hacian cuasi desconocible. Luis conoció sin trabajo toda su ternura: no tenia necesidad de pintarle lo que habia padecido, y el exceso de su amor: ella veía la prueba, y el sello impreso en su semblante y toda su persona. El se quejó dulcemente: cada una de sus palabras se insinuaban en el corazon de la Duquesa. Le pidió permiso para ir á verla en secreto; y obtuvo en este asunto el consentimiento que se le negaba tanto tiempo.

(2) La accion es verdadera. Memorias de Madama de la Fayette.

El temor horroso de causarle un trastorno funesto, destruyó en un instante los mas firmes y prudentes propósitos.... La Duquesa habia hospedado en su cuarto á una parienta suya, que un mes ó cinco semanas debia estar en la córte: prometió á Luis recibirle, cuando esta partiese. El gusto y transporte de Luis, hicieron conocer á la Duquesa la importancia del imprudente empeño que acababa de contraer: no pudo contener sus lágrimas. „Ay, de mí exclamó: voy á perder mi reputacion y mi reposo; mas vivid, sed feliz!....” Diciendo estas palabras se levantó, llamó á Lauzun, y precipitadamente dejó al Rey.

Pocos dias despues de esta entrevista, el Rey recibió gentes, y despachó con sus ministros. Durante las cinco semanas de espera, para una cita tan deseada, con tanto ardor, y desde largo tiempo, hizo el Rey preparar magnificas fiestas, que debian durar cuatro dias, las cuales daba solo por la Duquesa. Pasado un mes se trasladó á París con toda la córte. La Duquesa conoció de antemano la intencion de estas fiestas; pero ignoraba el plan. Se hizo una plaza frente de las tullerías, dentro de un vasto círculo, que ha conservado el nombre de *la place du Carrousel*; es decir, la pla-

za de la Carrera. Se formaron cinco cuadrillas: el Rey iba á la cabeza de los Romanos; su hermano á la de los Persas; el Príncipe de Condé á la de los Turcos; el Duque de Enghien, su hijo, á la de los Indios; y el Duque de Guise á la de los Americanos.

Este Duque, nieto de Balafredo, era célebre por su empresa sobre Nápoles, por su prision, sus duelos, sus profusiones, y sus amores novelescos: se decía de él viendole correr con el gran Condé: Hé ahí los héroes de la historia y de la fábula. Las reinas, y las damas estaban bajo de un docél. El conde de Saúlx, hijo del Duque de Lesdiguières ganó el premio (1) que recibió de manos de la Reina Madre.

Los que debían correr el segundo día, tenían las costumbres de los antiguos caballeros. El Rey representaba á Roger; todos los diamantes de su corona brillaban sobre su vestido, y sobre el caballo que montaba: obscurecía á todos los señores de su córte por el esplendor de su magnificencia, y principalmente por la gracia y magestad de su figura. Los caballeros estaban precedidos de heraldos de armas, de pa-

(1) Siglo de Luis XIV.

ges, de escuderos que llevaban sus broqueles, sobre los cuales iban puestas sus divisas, y versos escritos con letras de oro, compuestos por Ben-serade. Antes de dar principio á los juegos, todos los caballeros desfilaron delante las reinas, y trescientas damas, que estaban colocadas bajo de arcos triunfales, soberbiamente decorados (1). La divisa del Rey hacia alusion á la modestia y hechizos de la Duquesa. Era una rosa entre abierta, y cubierta por mitad con las ojas; y estas palabras: *Cuanto si mostra men, tanto é piu bella* (2). Divisa que se habria podido aplicar á todas las jóvenes; pero que solo designaba una de las presentes. Pasando el Rey bajo los arcos de triunfo, ni miró, ni vió otra que la Duquesa; estaba sentada detrás de una de sus compañeras: el mas vivo encarnado embellecía su amable semblante, del que S. M. apenas vió la mitad; sin embargo, recogió una dulce mirada, y al momento inclinándose la Duquesa al otro lado, se ocultó enteramente; entonces el Rey, bajando los ojos sobre su divisa, allí encontró su imágen; porque la alegoría era perfecta.

(1) Siglo de Luis XIV.

(2) Cuanto menos se muestra, mas bella es. Véase la recoleccion de divisas del P. Bouhours.

Cuatro veces obtuvo el Rey el premio de los juegos; él deseaba con ardor conseguirlo; combatía delante de la Duquesa. Mas no pudiendo recibir de su mano, los abandonó, y dejó disputar á los demás caballeros (1). Las otras fiestas se dieron en la parte de los Jardines de Versalles, que acababan de concluirse. Allí fué el Rey con su corte, compuesta de seiscientas personas, las que con sus criados fueron admitidas gratuitamente, del mismo modo que los que concurrieron á los aprestos de estos encantamientos. El Rey y la juventud de la corte representaron allí todas las divinidades de la fábula. Apareció un carro elegante, sembrado de rosas, en el que estaba Madama recostada, figurando a Aurora: en seguida salió el resplandeciente carro del sol, conducido por el Rey, representando á Apolo: este carro reluciente, y que centelleaba por su dorado, tenía diez y ocho pies de alto, quince de ancho, y veinte y cuatro de largo. Las cuatro edades de oro, de plata, de bronce y de fierro; los signos celestes; las estaciones del año (entre las que la Duquesa se hallaba en figura de Primavera), y las

(1) Siglo de Luis XIV.

Horas, seguían á pié este carro: todo estaba perfectamente caracterizado. El último carro que era el de Diana (representado por la Reina) rodeada de sus ninfas, terminaba esta especie de marcha: este era de plata, decorado con guirnaldas de adormidera: la noche, y los sueños ligeros la seguían (1). La Reina Madre y demás espectadores, estaban bajo de arcos de follage y de flores, adornados con quinientas arañas de plata, y de cristal, con multitud de bugias que hacían, en medio de la noche, aparecer la claridad de un hermoso día. Una balastrada dorada cerraba este vasto recinto, que corrieron todas las divinidades del Olimpo muchas veces lentamente en el orden que acaba de referirse. Durante este tiempo, una numerosa orquesta, colocada fuera del circuito, tocaba una música instrumental y vocal. Las expresiones de los aires, cantados en coro, compuestos para la fiesta, estaban llenas de alusiones delicadas y picantes, sobre las personas que representaban las deidades de la fábula, y sobre las pasiones que animaban el corazón. De cuando en cuando cesa-

(1) Este carro caracterizaba mejor que los demás el misterio de la fiesta. ¡Oh Reyes! ¡Oh adúladores!—*El Traductor.*

ba la música, la marcha se detenía, y uno de los actores, formando una especie de pequeña escena, recitaba versos hechos para la Reina, ó para las princesas. Benserade acercándose al carro de Apolo, dirigió al Rey el siguiente.

Je doute qu' en le preme avec rous sur le ton

De Daphnè ni de Phaëton

Lui trop ambitieux, elle trop inhu maine;

Il n' est point là de piège on puissiez donner

Le moyen de s' imaginer

Qu' une femme rous fuie et qu' un homme vous mène!

Dudo que se entienda con vos sobre el tono

De Daphen ni de Phaeton,

El demasiado ambicioso, ella demasiado inhumana;

No hay allí lazo donde vos podais dar

El modo de imaginarse

Que una muger os huye, y un hombre os conduce [1].

Concluidas estas correrías, y llegada la noche, se encendieron las arañas; y á mas cuatro mil gruesos hachones, acabaron de esclarecer el espacio donde se daban las fiestas. Una montaña movediza, artísticamente iluminada, cubierta de verdura, de floridos arbustos, y de las divinidades de los bosques, se acercó hácia el recinto, al son de instrumentos campestres. Descendió de

(1) Siglo de Luis XIV., y obras de Benserade.

ella el dios Pan, seguido de las amadriadas de las ninfas de las praderías; y una tropa de zagales, que formaron un baile, y en seguida dispusieron las mesas: las ninfas que no habian danzado, pusieron sobre aquellas lo que producen las campañas y las florestas de mas delicioso. Despues de la merienda se levantaron las mesas, y la montaña se transformó en un teatro repentinamente, donde se representó por primera vez *la Princesa de Elide*; pieza de Moliere, que ofrecia un hermoso espectáculo de divertimientos variados, y por otra parte llena de rasgos finos y selectos, que debian agradar á tal asamblea. El dia siguiente se pasó en fiestas de diferente especie; pero mas magníficas. Se hicieron dentro del parque muchas tiendas, llenas de alhajas y diamantes, comprados por el Rey, y todas las damas fueron convidadas á elegir lo que les era mas agradable entre ellos. En seguida, se hizo un espectáculo para dar el verdadero brillo á esta fiesta, y fué la primera representacion del *Tartuffe* (1). Cuando (2) las fiestas presentan la reunion de todo lo que la magnificencia puede ofrecer de mas brillante,

(1) Hipócrita.
TOM. I.

(2) Siglo de Luis XIV.
10

y la galanteria, el talento y el génio, pueden producir de mas lucido y encantador, tales diversiones, tan ingeniosas y tan nobles, dejan una eterna memoria, aunque la razon deba vituperar sin duda tales prodigalidades (1); mas en este reinado sirvieron al menos para animar los talentos y perfeccionar las artes: lejos de inspirar, en general, la pasion del lujo, infundieron disgusto á todo lo pequeño y mezquino; la puerilidad del gusto es la que arruina á los particulares. Esta alta magnificencia de Luis no tuvo ninguna odiosa influencia sobre sus costumbres; porque era superior á toda imitacion: este príncipe tan grande, en todo se hacia admirar, pero era inimitable. A mas de esto, era imposible que los particulares, aunque prodigasen sus

(1) Así consumen los reyes absolutos el sudor de los pobres vasallos, en fomentar sus vicios, y hacerlos brillantes. ¿Y cual es el fruto para la nacion? ¿Y se quiere absolutismo, y no monarquía moderada? Sí: porque este es el voto de los que sacan partido de los abusos del Príncipe, de los egcistas, aduladores, inmorales, hombres dignos de ser vasallos del Emperador de Constantinopla. Esto mismo sucede con los que predicando libertad, la destruyen, ollando todos los derechos de la sociedad, de que se constituyen peores tiranos que los mismos reyes, tanto cuanto excede la demagogía á la tiranía.—*El Traductor.*

tesoros, tuviesen á sus órdenes personas que arreglasen y dispusiesen tales fiestas, como Racine, Moliere, Quirault y Boileau (1).

En medio de estos encantamientos, de estas seducciones multiplicadas, y de aquella especie de embriaguéz que debia experimentar la que era objeto de estas suntuosas fiestas, se acercaba el Rey con continuacion á la Duquesa, y le recordaba la entrevista secreta prometida. Ella no olvidaba este empeño imprudente, mas ¿cómo traerlo á la memoria!....

A los dos dias entró el Rey secretamente al cuarto de la Duquesa; pasó dos horas con ella; estuvo siempre respetuoso y reservado; pero no reprimia ya la expresion de sus sentimientos. Por la primera vez no se atrevió á imponerle silencio; le respondió contra su voluntad, y sin saber lo que decia. ¿Se comprende uno á sí mis-

(1) Aunque los particulares no pueden competir con el fausto del Soberano, lo hacen siempre excediendo sus facultades; porque los cortesanos siguen el gusto y aun los vicios del monarca; de consiguiente, este afecto al lujo en los reyes, necesariamente trascendental á toda la córte, que solo trata de agradarle, es la ruina del estado; porque consume sus rentas, y las de la grandeza con especialidad.—*El Traductor.*

mo, ó, al menos, conoce la fuerza de estas palabras involuntarias, que se escapan de lo interior del corazón? ¿No se sabe que una mirada, una sonrisa, un suspiro, descubren su pensamiento el mas íntimo?.... Cuando la Duquesa se encontró sola, le fué imposible resistir las reflexiones que se presentaron de golpe á su espíritu. Acababa de conceder una cita, y de indicar otra; de participar y autorizar una pasión criminal.... Cada una de estas ideas excitaba en ella un temblor y una emoción dolorosa, que parecían disipar todo el encanto del amor: después de un paso tan culpable, y con una alma tan pura, no podía equivocarse: la luz resplandeciente y terrible, producida por los remordimientos, desvanece las ilusiones mas agradables. No confió ya de sí misma; habia perdido este derecho: se vé en el borde del abismo; no hay prestigio, por seductor que sea, que le oculte su profundidad; mira bajo sus verdaderas facciones la vergüenza y el arrepentimiento. ¿Qué esperanza de felicidad podia unirse á esta imagen horrorosa! Ella no conservó de su pasión sino una sensibilidad que se hizo insuperable: el amor, despojado de sus encantos, podia tiranizarla; mas no seducirla: vencida, sin ser engañada.

solo le quedó un funesto error. Se decia: *Si huyo ahora, el Rey no sobrevivirá á mi pérdida!* La virtud me indemnizará; pero nada le consolará en mi abandono: morirá!.... Este pensamiento fijó su destino.... Toda esta noche la pasó en su cuarto. Llegó la hora de recogerse, y al desnudarse quitó de su cuello la cruz de cristal que habia recibido de su madre expirante, y exclamo: ¡ó tesoro, que me eras mas caro que la vida! yo te he profanado: tú debes abandonarme con la inocencia!.... Ya no me es permitido cargarte; pero todos los dias te regaré con amargas lágrimas de arrepentimiento!.... (1).

El Rey debia volver al dia siguiente. La Duquesa estuvo mil veces para escaparse de la

(1) La conducta de la Duquesa nos manifiesta dolorosamente como se corrompe nuestro corazón, por grados, y conservando el conocimiento de todas las ventajas que proporciona la virtud. Ella tuvo resolución para huirse de la Corte, y resistirse fuertemente en el claustro de Chaillot; y si cedió, fué por credulidad á las ofertas del Rey, *de que respetaría siempre sus principios.* Esta misma, conociendo la gravedad de su falta, y experimentando un terrible castigo, antes de consumarla, solo por los remordimientos no tiene valor para evitarla. La religion, su honor, su tranquilidad, todo perdió su fuerza, y desprecia tan incomparables bienes en el momento mis-

Córte en aquella mañana, é ir á buscar un asilo en Turena. Una carta muy afectuosa del Rey le quitó todo su valor, y le impidió fijar su irresolucion: le vió en el cuarto de Madama; su presencia, sus discursos, sus maneras le infundieron un género de confianza; engañó su conciencia agitada, prometiendose hablarle con franqueza, con energía, y solicitar su permiso para retirarse por algun tiempo. Una hora antes de la emplazada subió la Duquesa á esperarle, durante la cual experimentó la agitacion mas violenta y penosa. Cuantas reflexiones habia hecho la vispera, se agolparon confusamente á su imaginacion: se admiraba de su temeridad; no podia estar en un lugar: se levantaba, recorría su habitacion, echaba los ojos al relox, y veía con estremecimiento aproximarse la hora.... el menor ruido la hacía sobresaltarse. ¡O tormento de un amor ilegítimo! exclamaba, volviendo á sentarse. ¡Ah, si yo hubiese previsto todo lo que sufro! ¡qué esfuerzos no habria hecho para prevenir mi pérdida! Pues qué ¡no es tiem-

mo que conoce su desgracia por abandonarlos. ¡Y qué la determina á tan gran sacrificio! ¡El Rey no sobrevivirá á mi pérdida! ¡Qué engaño! ¡Así nos ocultamos nuestros deseos!—*El Traductor.*

po todavía? Mas ¡quién me arrancará de aquí! Sola, abandonada, en vano busco el apoyo de una mano auxiliadora!.... La fuga es imposible! Pronunciando estas palabras, y dirigiendo en contorno confusas miradas, oyó unos pasos lentos, y sintió que su puerta se abría: poco faltó para desmayarse: era el Rey. Su turbacion extrema y su miedo, animaron al Rey: éste supo aprovechar todo el ascendiente que le daban en esta situacion el amor, el temor, y la timidez que inspiraba. Víctima de su imprudencia, y conservando todos sus principios, sacrificó la Duquesa la virtud: esto fué inmolarse ella misma.

Cualesquiera que sean los caprichos de la suerte, no hay en la vida mas que una sola revolucion, verdaderamente gravosa y terrible; esta es la que debe producir en un corazon sensible y generoso la accion criminal que acaba de romper todos los vínculos del deber. ¡Qué horroroso es perder en un instante el derecho feliz de estimarse á sí mismo; de mirarse y desconocerse; de encontrar en oposicion sus opiniones con su conducta; de tener aún todas las habitudes de la virtud, y verse empeñado en la senda del vicio; de compararse con horror á lo

que uno era la vispera; de no poder echar sobre lo pasado sino una ojeada de envidia; y no pensar en lo futuro sino con espanto!.... En el infortunio se puede gozar cualquier encanto, recordando los rápidos días de la felicidad; mas la memoria de la inocencia, llena de acibar los tormentos del culpable: parece que se hace extraño á sus mismas acciones pasadas; ellas no pueden ya honrarlo; él las desmiente, abjura de ellas.... ¡qué digo? ellas le condenan!.... Qué situación! Qué trastorno de ideas! Qué agudo dolor del corazón! Y ¡qué tiempo se necesita para acostumbrarse á sí mismo, esto es, para soportar, sin desesperacion, tan horrenda trasformacion!.... La Duquesa, humillada por su propia falta, no opuso ya á la malignidad de sus enemigos y al trato imperioso de Madama, sino profunda humildad. Hasta entonces habia mostrado una dulzura, mezclada de fortaleza, que habia reprimido el deseo que tenian de darle todo género de disgustos. No hallándose sostenida por su conciencia, y no teniendo calumnias que repeler, se encontró sin defensa contra el ódio: su abatimiento, y el cambio patente que se observó en sus discursos y en toda su figura, dieron lugar á que se pensase, que el

Rey se habia entibiado, ó debilitado su amor; pero bien pronto se convencieron de lo contrario: examinaron, y expiaron los pasos de Luis; reflexionaron, y al fin descubrieron la verdad.

La Duquesa se lisonjeaba poder ocultar su debilidad; ella quiso, al menos, que ninguno la supiese con certeza. Mas ¡qué sintió cuando, pasados algunos meses, conoció que cargaba en su seno la prueba de su deshonor?.... Luis no pudo calmar su desesperacion, sino persuadiéndola, que este secreto era posible de guardarse para siempre, usando de perfecta prudencia; ninguno estaba en él, ni aun los mismos domésticos de la Duquesa. Luis prometió formalmente no confiarlo á Lauzun; y cumplió su palabra. A pesar de esta discrecion, y las precauciones mejor tomadas, la inteligencia misteriosa de los dos amantes no se ocultó á las miradas penetrantes de Madama y sus amigos, y, de consiguiente, toda la corte conoció sus sospechas, que fueron confiadadas como cosa cierta: solo la Reina conservó una entera ignorancia en esta materia: hubiera sido muy peligroso hablarle claramente; el Rey lo hubiera sabido, y esto era concitarse el ódio mas peligroso. Se trato; pero sin éxito, de instruir á

la Reina, sin comprometerse, por palabras equívocas, por este aire misterioso y miradas estudiadas, que dicen tantas cosas. Algunas veces parece que compadecían á la Reina, mirando á su rival: suspiraban, se encogían de hombros, y afectaban tratar á la Duquesa, en su presencia, con una frialdad notable; Madama, sobre todos, mostraba entonces á esta desgraciada un desdén irritante. La Duquesa se ponía pálida, bajaba los ojos, y devoraba sus lágrimas; se conocía en su semblante, que ninguno de los tiros, dirigidos contra ella, eran perdidos; todos le alcanzaban, sin que fueran rechazados, y despedazaban este corazón sensible y fuerte, que juzgándose el mismo con tanta severidad, creía merecer estos ultrages, y los soportaba siempre con dolorosa resignación, sin poder jamás acostumbrarse á recibirlos. Todas estas malignidades no instruyeron á la Reina del secreto que quería descubrirsele: ella estaba zelosa de la Señorita de la Mothe, por quien el Rey habia manifestado inclinación; y esta preocupacion, que duró largo tiempo, preservó á la Duquesa de sus sospechas. Madama, y su amiga la Condesa de Soissons, cólericas con la inutilidad de sus esfuerzos por abrir los ojos á la Reina, consultaron, en una

junta secreta, al Conde de Guiche, y el Marqués de Vardes, el que propuso la mas peligrosa extravagancia; pero esperaban que esta accion tan negra perdería á la Duquesa; y el ódio, mas imprudente que el amor, no vaciló en aprovechar un medio que le prometía pronto suceso. Madama tenia una carta del Rey de España, padre de la Reina, imitaron la letra, y compusieron en español otra carta supuesta del mismo Monarca á su hija, en la que se hallaba detallada toda la intriga de Luis y la Duquesa; y concluía exhortándola que pidiese á Madama enviase á la Duquesa á su provincia (1). Reflexionaron que con el tiempo sabría la Reina que esta carta no era de su padre; pero se lisongearon, que siendo ella la burlada, no descubriría sus autores; que se quejaría á la Reina Madre, tan respetada del Rey; que exigiría el embio de la Duquesa; y que despues de tal suceso, ésta tan dulce, tan tímida, y penetrada de su falta, no se atrevería á parecer mas, y se ausentaria para siempre de la córte.

Si no se conociese la funesta influencia que puede tener sobre caracteres violentos una am-

(1) Histórico.

bicion desmedida, unida al ódio, á la envidia y al orgullo irritado, sería imposible de concebirse, que tan vil trama hubiese sido urdida por personas de semejante rango, y mucho menos por jóvenes, que hasta entonces habian manifestado tantas cualidades amables.

La córte estaba en S. Germán; pero el Rey no debía dormir allí. Conviniéron que aquella misma noche iria la Condesa de Soissons á hacerle la córte á la Reina, y que con destreza dejaria en la cama de esta Princesa la carta supuesta, lo que en efecto se ejecutó. Mas una camarera de la Reina, llamada la Molina, encontró la carta, no dijo nada á su Señora, y al dia siguiente la remitió al Rey (1). Creyendo Luis reconocer la letra del Rey de España, y no poseyendo el español, se hizo traducir la carta por la Molina, quien, despues de haberla leído, le dijo: que el idioma era tan malo y ridículo, que no solo era difícil fuese del Rey, pero ni de mano de un español. Júzguese aquí la cólera é indignacion de Luis. Queriendo esclarecer prontamente este negocio, su impaciencia no le permitió esperar á Lauzun, que en este momento no estaba en S.

(1) Histórico.

Germán, y al punto hizo llamar al Conde de Guiche. Este se estremeció al entrar en el gabinete del Rey: veía y reconocia entre sus manos la carta supuesta: se creyó perdido.... El Rey estaba sumamente agitado, para observar la turbacion del Conde de Guiche, y antes lo animó, aceptando su palabra de encargarse de descubrir los autores de esta maldad: él trato de dirigir sus sospechas sobre la Señorita de Montpensier; Luis respondió, que él la estimaba y la creía incapáz de semejante bajeza: el Conde no insistió, y prometió ocuparse con zelo de la comision que se le daba. Pocos dias despues acuso al Duque y la Duquesa de Navailles, y agregó á esta calumnia atroz tales circunstancias, que la hacian tan verosimil, que el Rey no dudó haber acertado: entonces instruyó á la Duquesa de todo lo que habia pasado; ella tentó en vano dulcificarlo. A pesar de sus ruegos y lágrimas, el Duque y la Duquesa fueron desterrados (1). Sin embargo, la Molina, sabiendo este acontecimiento dijo al Rey, que ella habia descubierto una cosa que le daba mucho que sos-

(1) Toda esta relacion es completamente histórica.

pechar de otra persona; y le contó, que la jóven Felipa, (una española al servicio de la Reina) que estaba sentada detrás de la cortina, en una ventana de la cámara de esta Princesa, habia visto entrar en ella, sola y furtivamente á la Condesa de Soissons, la noche misma que se encontró la carta, que se acercó á la cama, levantó la ropa, y en seguida volvió á salir con precipitacion. Esta relacion era verdadera. El Rey fué al cuarto de la Condesa, y sin preámbulo le declaró, que tenia certeza de que ella era la autora de la carta. Cuando un hombre culpable pierde la cabeza en una ocasion peligrosa, se corta, se contradice, pero persiste negando; entretanto que la muger, á quien falta presencia de espíritu, comunmente confiesa todo sin detenerse: en general, las mugeres no saben luchar con la suerte. La Condesa de Soissons convino desde el primer momento, en que habia escrito la carta; pero tuvo la debilidad de denunciar á Madama y al conde de Guiche: éste y el marqués de Vardes fueron desterrados; castigo bien suave para tal ofensa. Bajo un principe menos generoso hubieran perdido su libertad. El Duque y Duquesa de Navailles fueron llamados: Luis creyó de su deber indemnizarlos públicamente,

y le dió al Duque una plaza que deseaba mucho tiempo, y no se habia atrevido á pedir (1). El Rey tuvo una escena muy acalorada con Madama; estuvo mucho tiempo sin ir á su cuarto; las repetidas instancias de la Duquesa lo empeñaron á volver. Madama estaba bien castigada; ella no habia podido perjudicar al objeto de su ódio; perdía á un tiempo la estimacion del Rey, á su amiga, á su amante, y la esperanza de vengarse. Todas estas intrigas afligieron vivamente á la Duquesa. Yo no he hecho hasta ahora sino mal, decia: estas disenciones, estos destierros yo los causo; tienen justo motivo de aborrecerme: ¡ahl ¡si al menos no tuvieran el derecho de menospreciarme!.... Habia trahido la Duquesa una camarera de Turena, á quien amaba con extremo; porque esta se habia educado con ella, y tenia mas educacion y talento que el que ordinariamente poseen las personas de esta clase.

Rosalia, este era su nombre, amaba y reverenciaba á su Señorita, á quien siempre miraba como el modelo de la virtud; porque ignoraba su pasion y su debilidad. Un dia, bañada

(1) Memorias de la Señorita de Montpensier, y de madama de Motteville.

en lágrimas, se echó á sus pies, le confesó que engañada y seducida, estaba próxima á ser madre. ¡Desgraciada Rosalia! exclamó la Duquesa con extrema agitacion.... ¡Ah Señorita, replicó Rosalia, yo conosco cuan culpable me debeis encontrar! ¡Pero me mostraron tanto amor!....— ¡El que os ama es libre?— ¡O cielos! Señorita, ¡podeis creerme tan despreciable para sospechar que haya cedido á un hombre casado!.... Esta respuesta sencilla era opresora, y causó todo el efecto que podía sobre el corazón mas delicado y mas sensible. La Duquesa aterrorizada ocultó su semblante en el pañuelo, y guardó silencio. Rosalia instaba que la perdonase: ¡ah, Rosalia, le dice: ojalá que todavía estuvieramos en la feliz provincia donde nacimos!.... Mas una vez que tu amante es libre, vos podeis ser feliz....— Ay de mí! yo lloro mi falta, y su inconstancia: me ha abandonado!....— Pues no os ha tenido amor....— Su pasion fué extrema; pero se ha mudado súbitamente.— ¡Y eso es posible?— Sí, para los hombres.... A estas palabras se conmueve la Duquesa y se inunda su semblante en lágrimas; abraza á Rosalia, y le promete no abandonarla.

Madama de Themine escribía siempre á la

Duquesa, que no pudiendo soportar los elogios que hacia de su caracter, se decidió á confiarle su penoso secreto. La muger mas sincera nunca hace semejante confesion, sin suprimir alguna cosa. La Duquesa habló de su debilidad; pero ocultó sus consecuencias: madama de Themine dió la respuesta siguiente:

“Quién, yo dejar de amaros, cuando sois „mas digna de compasion que nunca! ¡Ah mi „amiga! no teneis necesidad de pintarme las pe- „nas que despedazan vuestro corazon: confesar- „me vuestra falta, es instruirme de ellas. ¡Una „debilidad, en medio de la vida mas pura, es la „mas funesta desgracia!.... ¡Podeis recelar de „mí! ¡Podeis pensar que conociendoos desde la „infancia, me será posible despreciaros?.... Si „este desgraciado secreto se descubre, es verdad „que todo el mundo tendrá derecho de juzga- „ros con severidad, de no creer vuestros remor- „dimientos, ni vuestro desinterés, y de suponeros „una ambicion tan vil como culpable; ¡pero yo „puedo en el fondo de mi alma desconoceros? „¿Puede mi imaginacion calumniaros un solo ins- „tante?.... No lisonjeis mi conducta: celebrad „solamente mi felicidad. Yo no he abandonado „la dichosa soledad donde, gracias al cielo, me

„he fijado para siempre: vuestro ejemplo me ha
 „ce conocer todo el peligro de la seduccion que
 „os rodea; y cuando veo que vos habeis sucum-
 „bido, aprendo á desconfiar de mí misma. La
 „falta que llorais, lejos de elevarme á mis ojos,
 „no puede servir sino para humillarme mas. Te-
 „nemos las mismas opiniones, y los mismos sen-
 „timientos. ¿Han podido disuadiros, induciendoo
 „al sacrificio? No, sin duda. Las mismas relacio-
 „nes existen entre nosotras: vuestra alma no ha
 „variado: nosotras vemos, juzgamos, sentimos del
 „mismo modo. Sí, yo tengo siempre la misma
 „vanidad de conservar vuestro afecto; me enso-
 „berbezco siempre de nuestra amistad; mas ¡ay
 „de mí! Hoy, con qué amargura!.... participo
 „de vuestros dolores, de esas lágrimas amargas
 „que derramais: vuestros tormentos me arrancan
 „el corazon; y, sin embargo, yo no debo procu-
 „rar consolaros: yo deseo ver ese arrepentimien-
 „to tan sincero y profundo; él me penetra, os
 „oprime, y si pudiera libraros de él, no lo haria
 „ni lo mitigara. Ningun sacrificio escusaré, cuan-
 „do sea necesario, para ahorraros un verdade-
 „ro pesa; pero el colmo de la desgracia seria
 „para mí, veros apacible y feliz en la situacion
 „que os hallais. ¡Qué extraño trastorno de ideas

„y de sentimientos!.... Mi amistad por vos es
 „inalterable: me parece que vuestra confianza ha
 „echado el sello; y la mas tierna compasion la
 „hace mas viva; pero desviandoo, habeis des-
 „truido todo su encanto!.... Ah! volvedmelo, que
 „podeis! ¡Por qué diferis restitueros á la virtud, sin
 „la que ninguna ilusion de felicidad existirá pa-
 „ra vos? ¡Que poco comun; mas qué hermoso
 „seria decidirse, sin titubear, al sacrificio que se-
 „guramente hareis algun dia!.... ¡O mi amiga!
 „no es un rigido censor el que te condena; es
 „la compañera de tu infancia la que gime y te
 „llama. Vén: estos apacibles lugares no han cam-
 „biado: vén, y encontrarás el reposo y á tu ami-
 „ga. Tú traerás un corazon ardiente, agitado;
 „pero una accion sublime, que ejecutada, da mil
 „veces mas fuerza que la que ha sido necesá-
 „ria para ponerla por obra. Vendrás triunfan-
 „te, me dirás: cuando amo con pasion, cuando
 „soy adorada, entonces me aparto de todas las
 „seducciones del amor!.... Vén, llorarémos jun-
 „tas. Piensa, ¡ay de mí! que el tiempo despoja
 „siempre de esos vínculos criminales: rómpelos
 „ahora mismo; quebranta esa cadena vergonzó-
 „sa, á la vez pesada y débil, que solo deja una
 „cicatriz indeleble cuando nos obstinamos en ar-

„rastrarla. ¿Querrás tú correr tan funesta car-
 „rera? No. Desde los primeros pasos debes re-
 „troceder con un horror, que te fortalecerá pa-
 „ra lo futuro en el camino feliz de la virtud.
 „¿Podrás dejarla con todo eso? ¿No sabes lo
 „que cuesta separarse de ella?... Un tardío
 „arrepentimiento, se confunde con el cansancio
 „y el hastio; pero, ¡cuanto se esmalta con el bri-
 „llo de la juventud y la belleza!... ¿Quieres
 „que vaya por tí? Di una sola palabra, y par-
 „tiré. Me parece que esta ardiente amistad, es-
 „te afecto tan puro que me inspiras, debe dar-
 „me sobre tí la autoridad de una madre: ¡ay de
 „mí! si la tuya existiese, te extenderia, sus bra-
 „zos: ¡y tú los rehusarias? Vén, que yo la rem-
 „plazo, yo tengo su ternura, yo sufro todo el
 „dolor que ella tendria!... Acuérdate que ex-
 „pirante me ordenó velar sobre tu destino. Lo
 „que debo á la memoria de mi bienhechora, y
 „sobre todo, á la amistad, quizá me prescribe exi-
 „gir de tí este pronto y riguroso sacrificio. ¿Mi
 „ruego, mis lágrimas no bastarán para obtener-
 „lo? ¿Preferirás la pasión de un día, ó de una
 „sola estacion, al sentimiento de todas las eda-
 „des? ¿Temes afligir al que te ha perdido; y no
 „tienes compasion de tu fiel amiga? ¿Le falta-

„rán distracciones ó compensaciones á un aman-
 „te que ocupa el trono? Pero yo, ¿qué haré en
 „estos lugares, que me recuerdan incesantemen-
 „te los dias inocentes y felices que hemos pa-
 „sado unidas! ¿Qué dolorosas sensaciones se exci-
 „tarán en mí, paseando estas nuevas alamedas
 „de sauces, en las que cuasi todos los árboles
 „tienen impreso el nombre de Luisa y Eudo-
 „cia! Estas praderas, que me recuerdan los dias
 „de nuestra infancia: esta selva, donde durante
 „nuestros largos paseos, hemos formado tantos
 „virtuosos proyectos.... No me digas: ya no es
 „tiempo. A los diez y nueve años se posee todo
 „lo futuro; y el error de un momento no pue-
 „de manchar lo pasado.... Date prisa: cuando
 „respire tu aire pátrio, este aire apacible y pu-
 „ro, creerás haber recobrado una nueva vida; y
 „la inocencia.... Si vacilas, tu debilidad te dar-
 „rá muy pronto una odiosa celebridad; no po-
 „drás ya ocultarla: la amistad consternada no po-
 „drá ya defenderte: tu nombre, llevado hasta las
 „extremidades de la tierra, no será conocido sino
 „por tu deshonor: la mas modesta de todas las
 „mugeres será la mas blasonada; su pudor y for-
 „taleza harán su suplicio.... ¿Y qué haré yo
 „que me envanecia tanto de sus virtudes y tu

„reputacion! ¿Qué haré cuando no pueda oír hablar de tí sin sonrosearme!....

„Si, á pesar de mis votos y mis instancias, no obtengo de tí sino una repulsa, esperaré.... Mis brazos te estarán siempre abiertos.... Yo no puedo ir á los lugares donde habitas, sino para arrancarte de ellos;.... pero estaré pronta á recibirte. ¡A Dios, cara y desgraciada amiga! Si la ingratitud y la inconstancia te hacen gemir un dia, di: al menos hay un corazon que no ha variado para mí, un corazon sensible, compasivo y fiel; este es el de Eudocia”....

Esta carta inspiró tal entusiasmo de reconocimiento á la Duquesa, que habria partido en el instante mismo, si la situacion en que se hallaba, le hubiese permitido emprender tan largo viage. Por otra parte, como habia de volver en tal estado á su Provincia, y presentarse á su amiga!.... Le respondió con las expresiones de la mas viva sensibilidad: le prometió formalmente, y con sinceridad, dejar la corte dentro de dos ó tres meses.

Entretanto, llegó este momento terrible y tan temido. La Duquesa, despues de haber padecido en silencio, durante un dia entero, sintió en la noche dolores tan violentos, que hizo avisar al Rey. Luis corrió prontamente con el médico, á

quien secretamente habia preparado, con una enfermera, y la Señorita de Artigni, despues Marquesa de Sourdis. Los dolores de la Duquesa se prolongaron extremadamente, por el silencio horroroso que se impuso. La infortunada, creyendo ser oída, no dió un grito ni un gemido. El médico la exhortaba á no sofocar sus dolores: ah! respondia, ¡no me es permitido quejarme!.... Luis, nunca se mostró mas tierno, ni mas apasionado: no quiso dejarla un solo instante. Bañado en lágrimas, preguntaba al médico á cada minuto: ninguna respuesta le satisfacía. La veía padecer; todo lo asustaba: repetia con extravió de su „razón: „salvadla.... mi vida os pido.... todo lo „que poseo es vuestro.... salvadla!”....

Hasta las tres de la mañana no olvidó la Duquesa sus dolores, sus temores, y su vergüenza. Era madre, tenía á su hija en sus brazos!... El Rey, enagenado, abrazaba cuanto habia en el cuarto. Su gozo fué tan excesivo, como lo habia sido su inquietud (1). Las pruebas de tan viva ternura acabaron de encadenar á la Duquesa. ¡(El reconocimiento es tan poderoso cuando está unido al amor)! Desde este momento,

(1) Detalles históricos.

retraetó el empeño contraído con madama de Themine, y le substituyó un juramento que le costó menos: prometió en el fondo de su corazon no abandonar jamás á quien sabia amar tan bien....

Despues de haber descansado algunas horas, despertó la Duquesa con una especie de temor, pensando que la Reina vendria á las doce del dia. En efecto, esta Princesa que iba á misa á una capilla particular, diariamente pasaba por el cuarto de la Duquesa, por evitar un largo rodeo. Convinieron en impedirle la entrada; pero la Duquesa, á fin de evitar toda sospecha, formó en el acto la extraña resolucion de recibirla, haciendo llenar su habitacion de jalcintos orientales, de cuya flor tenía su cama una guirnalda en contorno: respirando estos perfumes, tan peligrosos á su estado, creía exponer su vida; pero esperaba salvar su honor.... La Reina vino; se le dijo que la Duquesa estaba un poco mala, y se le abrieron todas las puertas: perfumada de ámbar, se acercó á la cama, y habló á la Duquesa con bondad. Media hora despues ésta se desmayó: no obstante, al dia siguiente tuvo valor para levantarse, vestirse, y acompañar á la Reina hasta la capilla, y pre-

sentarse á la noche un momento en el círculo de Madama (1).

Sin embargo de tanto valor y precauciones, este acontecimiento solo fué ignorado de la Reina; todo el mundo se instruyó de él, y la Duquesa no tuvo ni el consuelo de poderse engañar; porque se le hizo sentir de mil maneras, que su secreto el mas íntimo era conocido. Redobló su prudencia, y el misterio: muy natural y muy sincera para disimular sus sentimientos, queria al menos que no se le pudiese reprender el escándalo de una conducta audáz (2): que, en fin, si ella no podia sofocar las sospechas, ninguno tuviese el derecho horrible de acusarla con certeza.

La pasion del Rey, lejos de debilitarse, parecia aumentarse cada dia. La dulzura, la sensibilidad de la Duquesa, sus mismos remordimientos, y, sobre todo, el misterio, renovaban continuamente su encanto y ardor. Se calculó vanamente que un amor, que duraba ya tres

(1) Hechos históricos.

(2) Es el último grado de depravacion hacer alarde de los vicios. Y ¡cuántas veces sucede esto, artificialmente y manifestando lo contrario.—*El Traductor.*

años, debía estar en su ocaso: se hicieron nuevas tentativas sobre el corazón de Luis, que todas fueron superfluas. Ni la belleza de Madama de Monaco, ni la de Madama de Soubise, ni las gracias seductoras de la Princesa Palatina, pudieron desviar á Luis de la que únicamente amaba, y poseía toda su confianza: no consiguieron mas que poner en alarma á la Duquesa. Sus inquietudes expresadas con toda la delicadeza del sentimiento mas tierno, la hicieron mas interesante á los ojos de su amante; y el cuidado de disiparlas, hizo brillar mas el amor que inspiraba. El odio creció, menos por sus venganzas, que por lo infructuoso de sus esfuerzos. Esta es, de todas las pasiones, la que mas se exalta por los vanos deseos, y por las esperanzas burladas. Los enemigos de la Duquesa se hicieron tan ardientes, que la constancia del Rey y el exceso de su pasión, les forzaron á reprimirse, y tomar la apariencia de la moderación.

La salud de la Reina Madre hacia algun tiempo que estaba quebrantada: repentinamente se agravó: y los facultativos declararon que la enfermedad era mortal. El Rey, el mas dulce, el mejor de los hijos, mostró en esta ocasion

la sensibilidad mas tierna. La Duquesa recogía sus lágrimas; y partiendo su dolor, se envaneía con la felicidad de verle tan digno de ser amado. Durante esta enfermedad de la Reina Madre, ella no se separó de Madama, quien estuvo siempre en el departamento de esta Princesa moribunda. El Rey estaba profundamente afligido; con esto todo el mundo parecía estarlo. La Duquesa encontraba una dulzura inexplicable en llorar con él, sin reparo, á pesar de tantos testigos; en unirse á él públicamente por medio de sus penas, sus votos y sus sentimientos; en dejar ver todo lo que los demás fingieron sufrir; en no contener los movimientos de su corazón, que todos se reglaban por los del Rey; en esperar, en temer, en enternecerse, en temblar con él; en fin, en pensar que solo ella podría consolarle.... Le veía pasar á la cabecera del lecho materno tres dias con sus noches, sin separarse un instante, ni desnudarse; que en un momento, que la Reina cedió al sueño y cerró los ojos, se desmayó. Luis creyó que espiraba; y no era extraño perdiese el uso de los sentidos.... La Reina iba á morir de un cáncer, y su llaga gangrenosa exhalaba un olor tan sofocante, que las personas de su servicio

no se acercaban á la cama, sino usando de aguas espirituosas. Luis no quiso tomar ninguna de estas precauciones: sentado á la cabeza de su madre bajo las cortinas, teniendo una de sus manos, pasó los días y las noches con el semblante apoyado cerca del seno desgarrado que le dió la vida; y sin duda esta piedad filial fué un bálsamo saludable que le dulcificó los vivos dolores (1). La Reina, el día antes de su muerte, dió al Rey su testamento, pidiéndole lo leyese con atencion, haciéndole las variaciones que creyese convenientes, y en seguida lo firmase. Luis en el acto lo firmó sin leerlo. Muerta la Reina, aunque andaba malo, se entregó enteramente al trabajo de esta disposicion testamentaria: era de su deber, y tuvo todo el valor para llenarlo; por cuya causa en mas de seis semanas no se presentó en público. A la memoria de esta Madre, tan respetada como querida, hizo los homenages mas brillantes (2). En esta época fué, cuando hizo batir aquella hermosa medalla, cuya idea dió él mismo: por un lado representaba el perfil de Ana de

(1) Memorias de la Señorita de Montpensier, y de madama de Motteville.

(2) Memorias de madama de Motteville.

Austria, y por el otro la religion y el pudor, abrazándose y apoyándose sobre un altar (1).

Hacia mucho tiempo que el Rey deseaba ardientemente substraer á la Duquesa de la dominacion imperiosa de Madama, y libertarse él mismo de una penosa violencia, declarando públicamente la culpable eleccion de su corazon. Por no afligir mortalmente á la Reina madre, habia contenido hasta entonces una pasion tan violenta; y faltando ya este temor, quiso realizar un proyecto tan deseado. Habló de él á la Duquesa; y ésta se opuso con tanta energia como sinceridad: su primera objecion fué, el justo dolor que causaría á la Reina este escándalo. Os engañais sobre sus sentimientos, respondió Luis: yo os aseguro, que no tiene pasion por mí. Ah! es imposible! exclamó la Duquesa. Yo os ruego encarecidamente, no agregueis á la debilidad, que debo reprenderme, el delito abominable de indignar y afligir la virtud!.... Bastante culpable soy; no me hagais odiosa! Meditad en vuestra propia gloria: esta es hoy la mia, y no tengo otra!.... Dejadme en el olvido; y si es

(1) Véase la obra con láminas, del Padre Menetrier, sobre las medallas batidas durante este reinado.

posible en la obscuridad. El brillo y la fama, no pueden ser para mí, en adelante, sino instrumentos de deshonra. ¡Ah! Ya que me perdí por vos, conservadme, al menos, esta reputación sin mancha, que me dá siquiera el derecho de envanecerme. ¿Qué sentimiento de honor podrá entretanto elevar mi alma, si cesais de merecer el entusiasmo que inspirais? La admiración que se os tiene, no puede justificarme; pero ella me escusa, y, sobre todo, me consuela. No la debilitéis, mostrando públicamente el desprecio de la fé conyugal; dando un ejemplo audáz, que tendrá la mas funesta influencia sobre las costumbres. Vuestras debilidades se respetarán, en tanto que se os vea cubrirlas cuidadoso; aunque esto no baste para que no se sepan; pero si vos mismo las publicais; ¿seréis acreedor á indulgencia?.... Y ¡cuál será mi desesperación, viendo alterarse el respeto público, y que yo soy la causa fatal!.... No me citeis el ejemplo de vuestro abuelo, amante de mugeres ambiciosas, que solicitaron el título vergonzoso de favoritas, arrojando el ódio y el desprecio, á fin de dominar y acumular riquezas. ¿Queréis confundirme con ellas? ¿Queréis que la historia trasmita mi nombre á la poste-

ridad entre estos hombres deshonorados?....

El Rey, conmovido con tan noble resistencia, aparentó ceder á sus razones; pero estaba muy distante de renunciar un proyecto del cual dependia su felicidad.

Algun tiempo despues de esta conversacion acompañó la Duquesa á Madama á Compiègne, donde estuvo la córte seis semanas. El Rey iba con continuacion á cazar á la selva. Uno de estos dias iba la Duquesa en la caleza de Madama, tenia los ojos fijos en el Rey, que, principalmente á caballo, aventajaba toda la brillante juventud que le rodeaba; porque ninguno montaba con tanta gracia como valentia. Este príncipe, queriendo cortar camino, se halló detenido por un largo foso: le propusieron volverse; y la Duquesa se estremeció al oír responder riendose, „que un obstáculo no lo hacia volver á atras.“ en efecto, ¡que peligro hay que obligue á retroceder á vista de lo que se ama! Luis enterró las espuelas al caballo, saltó este enorme foso; pero el animal, con semejante esfuerzo, se abatió, y tiró al Rey..... La Duquesa no vió mas: un gemido que pareció su último suspiro se arrancó de lo íntimo de su corazón,... Sus ojos se cerraron, y se accidentó. El

Rey se quebró un brazo (1); y á pesar del agudo dolor que sentia, se levantó al punto: la caleza de Madama se acercó al lugar de la desgracia rápidamente, sin que en este momento de turbacion y temor se pensase en socorrer á la Duquesa, que habia perdido el conocimiento. Obligan al Rey á que suba al carruage: consiente en ello, y echando los ojos á la Duquesa, la vé pálida, exánime, sin movimiento, y con la cabeza apoyada en el hombro de la persona que estaba á su lado: poco le faltó para desfallecer. ¡Gran Dios! exclamó, socorredla... Diciendo estas palabras, tomó un frasquito que Madama sacó de su bolsillo, y la hizo respirar por medio de aquella agua espirituosa: abrió los ojos; miró al Rey; y rompió en llanto.... Las lágrimas de Luis se confundieron con las suyas. Madama, enfadada interiormente, procuró vengarse, afectando en su semblante cuan incomoda le era aquella escena. Ella habria podido disminuir el escándalo, mostrando compasion sobre el accidente que la causaba; pero su aire frio y su sequedad, hicieron mas patente,

(1) Este accidente sucedió con poca diferencia en aquella época.

por el contraste, la muy viva sensibilidad de la Duquesa.

Nadie manifestó en este instante el vivo interés que se habria ponderado en otra ocasion: cada uno en secreto envidiaba de algun modo los movimientos involuntarios, que acababan de hacer traicion á una union tan apasionada: conocian que todos los demás testimonios de afecto serian débiles comparados con este: y cuando en esta materia no hay esperanza de exceder, ni igualar, se renuncia á esta especie de lisonja: el desaliento no permite fingir; y el despecho dá continuamente una aparente sensibilidad, que no hay.

La Duquesa, volviendo en sí, vió aproximarse una de las carrosas del Rey; quiso bajar de la caleza, só pretexto de dejar lugar: el Rey no se lo permitió; y él mismo se apéo, y tomó su berlina. Se ignoró que tenia el brazo quebrado, hasta que los facultativos lo contaron. Cuánto admiró la Duquesa su valor, y se enterneció por tanto amor!.... Su inquietud sobre el estado del Rey no le permitia meditar en la imprudencia que habia cometido; pero Luis supo sacar partido de ella: sostuvo, que despues de tal suceso era supérfluo el misterio: agregó, que no

podia verla soportar las altanerías y afectados desdenes de Madama: en fin la instó, la suplicó con las mas vivas expresiones. El estaba enfermo, adolorido, apasionado; sin embargo, no pudo obtener un consentimiento formal; pero se condujo como si lo hubiese conseguido.

Los suntuosos edificios de Versalles estaban cuasi acabados: luego que el Rey estuvo convaleciente, fué con toda la corte á aquel lugar, que él mismo habia criado: compró el palacio de Biron, con intento de establecer allí á la Duquesa. Cuando todo estaba dispuesto para la ejecucion de su designio, reconoció los dos hijos, de que era madre la Duquesa, en la misma cuna; adquirió para ella la tierra de Vaujour, la erigió en Ducado-Par, y la dió el nombre de Duquesa de la Valliere, que llevó despues en la corte (1).

En vano procuró el mas grande Rey del

(1) Aunque el original no la dá el título de Duquesa hasta aquí, sino el de mademoiselle la Valliere; yo he usado desde el principio de este nombre uniforme, ya porque se trata de una cosa, en que no se comete anacronismo; ya porque el nombre Señorita, equivalente de Mademoiselle, era menos propio para tan repetido en nuestro idioma.—*El Traductor.*

mundo elevar el objeto de su amor. La desgraciada Duquesa, en medio de toda la pompa de su nueva fortuna, se sintió mas que nunca agoviada bajo el gravoso peso de la deshonra!... Fuera del esplendor que aseguraba á sus hijos el rango de principes de la sangre, suplicó al Rey la dejase vivir en un rincon retirado de Versalles; rehusó todos sus dones; pero Luis la obligó á aceptarlos, empleando para ello toda la autoridad de monarca el mas grave, y todo el imperio de amante adorado.

Los soberanos pueden conceder plazas eminentes, y prodigar riquezas; pero no tienen tesoros que puedan rescatar el honor. La Duquesa de la Valliere no vió en estos brillantes favores mas que nuevos objetos de confusion. Le fué imposible pedir su licencia verbalmente á Madama, porque no habria podido sostener sus miradas: le hizo presentar su dimision en la forma mas respetuosa; y se encerró en la soberbia habitacion que el amor habia adornado para ella. Se encontró dentro de esta morada magnífica con una profunda humillacion. Por fin, decia, veisme aqui colocada en el rango despreciable de aquellas mugeres altaneras y sórdidas, á quienes la inflexible historia marca para siem-

pre con el sello de la infamia!.... Este fausto que me rodea, publicando mi deshonor, me priva tambien de cuanto podia excusarlo. ¡Ay de mí! yo me he dado; y el universo entero creerá que me he vendido! ¿Qué es á los ojos de todos, la amante declarada de un Rey? La cortesana mas célebre de su nacion. Y ¿como soportar este exceso de ignominia?.... Esta terrible reflexion hirió de tal manera á la Duquesa, que á pesar de las súplicas del Rey, estuvo quince dias encerrada, sin resolverse á salir, ni aun á recibir sus amigos mas íntimos.

Ella habia encontrado en su cuarto un cofrecito lleno de los mas preciosos diamantes; no quiso guardar uno; los hizo vender, y con su importe fundó dos hospitales, uno para pobres ancianos, y otro para la educacion de jóvenes huérfanas (1).

En fin, era necesario presentarse en la corte, porque el Rey lo exigió formalmente. Al salir la Duquesa de su casa, quedó admirada, viendo al rededor de su silla una multitud de gentes del pueblo, que habia reunido la curiosidad: se figuró ver en todos los semblantes la expresion

(1) Rasgo histórico.

de un insultante desprecio, ó de un ódio oculto: pálida, trémula, apenas se atrevia á levantar los ojos; y su turbacion se aumentó al entrar en el castillo: todos los cortesanos que la encontraron, se disputaban el saludarla; pero estos nuevos homenajes sirvieron para aumentar su confusion. Cuando entró al cuarto de la Reina, y distinguió á esta Princesa, creyeron que se accidentaba, por la mutacion de su semblante; le fué imposible articular palabra: su penosa agitacion fué tan visible, que la Reina misma pareció compadecerla, y le habló con aquella dulzura que la caracterizaba: la Duquesa se inclinó profundamente, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Madama le ocasionó menor mal, recibéndola con la mas desdeñosa frialdad.

La Duquesa se propuso volver á la corte rarísima vez: jamás, despues de su falta, se habia encontrado tan desgraciada; nunca sus remordimientos le habian ocasionado mayor amargura. Un trágico suceso puso el colmo de ellos.

El marqués de Bragelone, que en otro tiempo habia concebido por ella una viva y tierna pasion en el castillo de la Valliere, conservaba este profundo sentimiento, no obstante la ausencia de cinco años. Madama de Themine por

mucho tiempo lo habia exaltado mas con sus cartas; pero cesó de escribirle. El marqués, siempre en el ejército, no atribuyó la falta de esta correspondencia, sino á la dificultad de los correos, y así calmó su inquietud, tratando solamente de hacerse digno de la que adoraba; se distinguió por varias brillantes acciones de guerra. La reputacion que adquiria, aumentaba sus esperanzas, y de consiguiente su pasion; y lleno de doble entusiasmo de gloria y amor, quiso aprovechar algunos instantes de descanso y libertad, para volar á Versalles, ignorando enteramente lo que todo París sabia tres semanas. Habiendo hecho el viage con la mayor rapidez, sin preguntar á nadie cosa alguna, llegó á Versalles; pregunta por la Señorita de la Valliere, camarista de Madama: todos extrañan la pregunta; mas la respuesta fue un rayo para este desgraciado amante!.... Qué ha de suceder, cuando á la vez se pierden, y en un instante, todas las ilusiones que hacian la vida encantadora, toda la esperanza de felicidad, y de hallar consuelo en lo futuro!.... Un horroroso espanto se apoderó del Marqués, dejándolo inmóvil algunos minutos; pero al punto recobró sus fuerzas. Vamos, dice, quiero verla, aunque sea una y la última vez!.... Se di-

rige al palacio de Biron. Para no tener dificultad en ser recibido, se hace anunciar de parte de madama de Themine: al oír este nombre, sin preguntarle nada, se abren las puertas; atraviesa con una indignacion que lo oprime una multitud de piezas magníficamente adornadas; llega á un gabinete donde encuentra á la Duquesa, sola, mas bella, mas encantadora que jamás, en la actitud melancólica y descuidada, de una persona sumergida en la mas profunda meditacion. Estaba sentada en un canapé, frente al retrato del Rey.... Al aspecto imprevisto del marqués de Bragelone se sobresalta, se colorean sus mejillas, y se cubre el rostro con las manos.... El Marqués se habia detenido á algunos pasos de ella; y apoyándose sobre una mesa, en pie, pálido, inmóvil, la miraba atentamente.... Ella creyó ver un espectro.... Ayl... huid, le dice, huid una muger culpable, indigna de vuestros sentimientos!.... — Angel caido! exclamó.... A estas palabras, la Duquesa no pudo contener sus lágrimas.—Oh, si pudiera llorar! prosiguió el Marqués: tú, á quien adoraba como el modelo de la augusta virtud, en quien todavia encuentro aquella imagen celeste; mi mayor suplicio es, al mirarte, adver-

tir que no has podido padecer tal extravio, sin perder para siempre hasta la sombra del reposo!.... Mas ¡ay de mí! vos nada me habeis prometido! nada tengo que reclamaros; lo sé; pero cesando de admiraros, pierdo la idea de la felicidad, y el entusiasmo dichoso de una alma ardiente y llena de virtud.... Yo dejo de existir, viendos víctima de la seducción!.... Ah, dijo la Duquesa; al menos la reputacion y la gloria, podrán consolaros!....—La gloria.... y ¿por quién combatiré? ¿qué mano me dará el precio del valor?.... Al pronunciar estas palabras echó la vista al retrato del Rey, se estremeió, y despues de un momento de silencio: á Dios, dice, á Dios!.... esperanza, emulacion, ambicion, patriotismo, todo lo habeis trastornado; todos los sentimientos de este corazon despedazado!.... esto es arrancarme la vida!.... A Dios!.... Y, haciendo un último y poderoso esfuerzo sobre sí mismo, salió impetuosamente. Apenas se hallaba al fin de la escalera, cuando vió entrar bajo la bóveda la carrosa del Rey: se apoyó sobre el pasamano, diciendo con una voz muy débil: esto es demasiado!.... El Rey bajó precipitadamente, y pasó con tanta rapidéz, que no advirtió en el desgraciado Brage-

igne, colocado en la parte exterior de la escalera, y medio oculto por el pasamano, que era muy mazizo y cargado de doraduras. Entretanto, el Marqués solo quiere abandonar esta casa funesta: vacilante dá algunos pasos;.... mas una nube espesa cubre sus ojos: llama á sus criados; y cae sin conocimiento bajo la bóveda. Le llevan á su berlina, y luego á la posada: recobra los sentidos; mas una horrorosa palidez, un temblor convulsivo, una espantosa sofocacion, anunciaban que era demasiado peligroso el estado de su salud. El huésped y sus criados, enviaron en busca de médico. Ah! dice el Marqués, el golpe es aquí!.... poniendo la mano en el corazon: es mortal!.... Efectivamente, todos los recursos fueron inútiles. El infeliz, pasadas pocas horas, rindió el último suspiro.

Este deplorable acontecimiento llenó de dolor y espanto á madama de la Valliere. Ay de mí! decia; si yo hubiese conservado la inocencia, él viviria! ¡No podia existir sin estimarme! Su corazon tan noble, tan generoso, no ha podido soportar la deshonra de la que amaba! ¡Y yo vivo, á pesar de tantos remordimientos?.... No puedo, ni quiero sofocarlos; todo los reanima, y

los aumenta; y, con todo, ¡deberé disimularlos, y principalmente á quien los causa! ¡Podrá él ser feliz, si conoce el fondo de este corazón siempre combatido, siempre incierto, aunque subyugado!.... ¡Podrá él contar conmigo, cuando sin cesar formó proyectos terribles, para romper tan amables lazos!.... Por interés de su felicidad, por no alterar su dulce seguridad, me veo precisada á engañarle, á ocultarle mi arrepentimiento, y á mostrarme á sus ojos mas indigna de lo que en efecto soy!.... Entretanto, los días, los años se pasan.... ¡Gran Dios! ¡Me envejeceré en este estado! Siempre agitada, irresoluta, sintiendo lo pasado, mirando con terror lo futuro; aborreciendo el vicio, sin volver á la virtud; muy débil para ceder á los remordimientos; muy sensible y muy constante, para triunfar de un desgraciado amor!.... Ah! No quisiera extinguirlo.... (Nunca he formado este deseo quimérico). Mas plugó al cielo tuviese valor para sacrificarlo.... ¡Como cesar de amar, pues que el olvido es imposible!.... Si; si él pudiera existir sin mí, seria mas feliz lejos de él con su memoria!.... En la mas profunda soledad oiria hablar de él, de su gloria; en cualquier parte de Francia viviria bajo su imperio

y sus leyes; le amaria en silencio, y sin tener que reprenderme!.... Lloraria sin amargura, nada temeria del tiempo, del tiempo rápido y destructor, que arrebatara la juventud, las gracias y la belleza!....

Estos diversos pensamientos sumergieron á la Duquesa en una melancolía, que á pesar de sus esfuerzos se manifestaba en todas sus acciones y discursos. Luis lo conoció; se quejó con viva inquietud; y las respuestas embarazosas de la Duquesa no lo aquietaron. Pasaba cuasi todas las noches en el Palacio de Biron, con algunas personas de su sociedad íntima. Benserade dijo una noche que Madama de la Fayette estaba componiendo un romance; se le preguntó el asunto. Su proyecto, dijo, es pintar todos los tormentos de una pasión desgraciada. ¡Esta pasión no es legítima? preguntó la Duquesa suspirando. No, respondió Benserade, y es una muger interesante quien la experimenta.—¡Ella cede á su inclinación?—No, resiste.—Ah! El autor no llenará su objeto! Jamás pintará todos los tormentos que puede causar el amor!.... Luis, alternativamente conmovido y lastimado, puso fin á este diálogo, cambiando de conversacion. Cuando quedó á solas con la Duquesa se quejó, y por primera vez con

el despecho del amor propio irritado. Madama de la Valliere, que tenia tanta finura como candor, conoció que el Rey estaba ofendido, principalmente por haber ella hablado así delante de testigos: él queria que todos creyesen era perfectamente feliz la persona que amaba. Nada lastimó á las almas sensibles como la suma delicadeza del orgullo; perdonan cuantas faltas vengan del corazon, y no tienen indulgencia para las que produce la vanidad. La Duquesa, ofendida á su vez, respondió con amargura. Luis sorprendido, irritado, no disimuló lo que pasaba en su interior, y se expresó con una arrogancia que acabó de irritar á la Duquesa. Los príncipes, bien como amantes, ó como amigos, hallándose descontentos, vuelven á tomar naturalmente el tono de la superioridad!... Entonces se conoce bien toda la ilusion de esta igualdad sentimental, que ellos mantienen con tanta gracia, mientras que nada les contraría.... La Duquesa mostró una fortaleza, que Luis tomó por frialdad; la dejó con un humor y una cólera concentradas, que se parecian á la insensibilidad: quedó desesperada.

O! qué sensible es el primer disgusto, la primera queja, quando se ama con pasion! Es un

acontecimiento tan extraordinario, tan imprevisto!... La Duquesa quedó confundida, abatida de sorpresa y dolor. El le habia hablado con acritud; se habia separado con frialdad. Ella le habia permitido partir, y separarse de ella, sin procurar dulcificarlo! El, en esta cruel disposicion, habia podido ausentarse de ella por el espacio de veinte y cuatro horas!... Despues de haber atravesado un salón, tres antecámaras y un vestíbulo, no habia vuelto atrás!... ¡Qué noche tan agitada y dolorosa, hicieron pasar á la Duquesa este recuerdo y estas ideas!... El Rey, por su parte, no estaba mas tranquilo: se persuadia que la Duquesa le amaba menos, porque no tenia ninguna idea de sus remordimientos. Conocia muy imperfectamente sus sentimientos religiosos; é interpretaba de la manera mas falsa la tristeza que observaba en ella, desde que habitaba el palacio de Birón. Al dia siguiente por la mañana, que la Duquesa no le esperaba, fué á visitarla: entró en todas las piezas de su departamento; no la encontró: se le avisó que estaba en el segundo piso, y ya bajaba. Este segundo cuerpo de la casa no contenia mas que habitaciones de criados; y Luis recordó, que ya otra ocasion, á la misma hora, que vino sin que le aguar-

dase, se le habia contextado de la misma manera. Cuando uno está descontento, poco basta para capsar inquietud, y todo lo que parece singular, inspira cierta especie de desconfianza. Vino la Duquesa pálida, abatida. A Luis le pareció que venia con un aire embarazoso; le preguntó, de donde venia; ella eludió la respuesta: Luis no insistió, y estuvo frio y preocupado. El Rey habia venido con intencion de solicitar perdon por el mal humor que manifestó la víspera; pero evitó toda explicacion, abrevió su visita, y dejó á madama de la Valliere mas afligida, y mas digna de compasion que antes. Preguntó secretamente á un ayuda de cámara de la Duquesa; y solo descubrió, que ésta se habia reservado en el segundo piso un gabinete, en el cual se encerraba todas las mañanas á la misma hora. Deseoso de penetrar este misterio, halló modo de procurarse una llave; y una mañana, á la hora que la Duquesa estaba encerrada, entró de repente. Quedó inmóvil viendo á madama de la Valliere de rodillas, en un reclinatorio, sobre el cual estaban clavados el retrato de su madre, y la Cruz de cristal que de ella habia recibido.... Tan sorprendida, como atemorizada la Duquesa, se vuel-

ve, y muestra un semblante bañado de lágrimas.... Gran Dios! exclama el Rey con la mas viva emocion; ¿asi es como me amais? Todos los dias gemís en secreto!.... Ah! respondió ella: solo cuando no os veo!....—Y yo no soporto vuestra ausencia, sino pensando en vos! Vuestra memoria entónces forma el encanto de mi vida: ¿y la mia os aflige?....—Todas las lágrimas vienen del corazon: llorar es amar!.... —Pero ¿se puede uno entrégar al pesar, á la melancolia, cuando ama y es adorada?.... ¿Qué designio os conduce á este lugar tan sombrío y misterioso? Aquí venís á dar pábulo á vuestras penas, que me desesperan! Aquí meditais mi pérdida! Aquí formais el proyecto de abandonarme!—Aquí pido al cielo el valor que no puedo conseguir!....—Escuchadme: si teneis la barbaridad de huirme, sabed, que no hay asilo sobre la tierra donde podais sustraheros á mi amor. Me habeis dado el derecho de perseguiros; y aunque estuviéseis en la otra parte del mundo, sabria ir, buscaros, robaros, y traheros cerca de mí. El respeto humano, el temor de un escándalo, que sonaría en toda Europa, sería muy débil para contenerme. Perderos, solamente es superior á mi valor. Jamás me so-

meteré á esta desgracia horrible!.... Si de un amante sumiso y feliz, quereis convertirme en un tirano usurpador, huidme; pero estad segura, que en adelante, á despecho de la suerte, de los acontecimientos y de vuestra voluntad, mi muerte solo podrá separarme de vos.

El Rey hablaba con un fuego y una impetuosidad, que causaron espanto á la Duquesa; sin embargo, esta misma violencia la libertó de un gran suplicio, cual era meditar sin interrupcion un pronto retiro, ó, al menos, repetirse que debía hacerlo. Le fué agradable, pensar que la fuga sería imposible, ó solo serviría para ocasionar las escenas mas escandalosas. Con una resolucion firme habría podido fácilmente huir y ocultarse, al menos, durante largo tiempo: el Rey, al fin, se hubiera calmado y aprobado su retiro (1); pero ella no podia, ni queria persuadirse, antes creía que este proyec-

(1) Luis habría sentido la fuga de la Duquesa; pero sin ofensa, cediendo al principio sublime que la causaba. ¡Cuántos amantes virtuosos han elegido un claustro, en la imposibilidad de verificar su legítima union? Mas, cuando la preferencia de otro objeto es causa de la separacion, lo es tambien de la muerte misma, en el desgraciado que la sufre, pues que no halla una indemnizacion tan noble como el

to, para cuya ejecucion no tenia valor, era verdaderamente quimérico, ganaba mucho en no pensarlo, y se escusaba un horrendo tormento. ¡Cuántas otras penas le quedaban que sufrir!.... La extrema delicadeza es un manantial inagotable de pesares. Cuasi todas las conversaciones generales la mortificaban, principalmente en presencia del Rey: encontraba siempre en ellas algunos tiros que la herian mortalmente. El elogio de una muger virtuosa, era para madama de la Valliere una reprension; en lo interior de su alma la aplaudia; mas, con qué amargura!.... Las conversaciones mas frívolas, aun las que recaían sobre los romances, le eran penosas. En aquel tiempo, los romances eran tan puros! Se condenaban en ellos las debilidades con tanta severidad!.... Una noche, en el palacio de Biron, habló el Rey de la famosa Cristina, Reina de Suecia, diciendo: que la mayor singularidad de esta Princesa extraordinaria, era, ser á la vez sabia, sencilla y natural; tener costumbres grotescas sin ser ridi-

que cede sus sentimientos, y renuncia su amor á la virtud: ejemplo el marqués de Bragelone.—*El Traiductor.*

cula; maneras bizarras, y, por tanto, agradables, y un hechizo inexplicable; aunque no tenia ni gusto, ni dignidad, ni hermosura. Agregó, que aunque tenia aversion á las mugeres sábias, le habia parecido Cristina tan amable como original en su primer viage (1); es decir, antes que el asesinato de Monaldeschi le hubiese inspirado horror á ella. Luis, en seguida, contó, que esta Princesa hizo una visita á la Ninon. Todos zeprobaron la indecencia de esta jóven Reina, que, entre todas las mugeres francesas, habia dado acogida solo á una cortesana; y algunos añadieron, que la Ninon verdaderamente era una muger sin costumbres, y no una cortesana; porque siempre habia rehusado los dones de sus amantes; y pudiendo haberse enriquecido, se contentaba con la fortuna mediócre, adquirida de sus padres.

Están los cortesanos tan acostumbrados á mirar la Dama declarada de un Soberano, como la muger que ocupa la plaza mas envidiada de la córte, que ninguno imaginó pudiese la Duquesa aplicarse esta última observacion; pero la desgraciada se abatió al oirla. Una pro-

(1) Memorias de Montpensier y de Motteville.

funda humillacion marchitó su alma; y, durante el resto de la noche, le fué imposible tomar la menor parte en la conversacion. ¡Con qué júbilo hubiera depuesto en aquel acto el título fastuoso, que le recordaba su deshonor! ¡Qué placer hubiera encontrado en restituir á Luis todos sus dones punzantes!... No pudiendo despreciar una fortuna que el amor y el orgullo la forzaban aceptar, hacia de ella el uso mas noble. Solo era remarcable por su extrema sencillez. Siempre puesta con una elegancia, debida á su gusto natural y á su gracia, habia deserrado de su adorno el oro, la plata, y las piedras preciosas. Siempre que podía, separaba de sí toda clase de fausto y aparato brillante. En fin, hacia inmensas limosnas. Su palacio solitario, siempre cerrado á los intrigantes, estaba abierto á los desvalidos, á quienes personalmente iba á buscar. Mas, repartiendo tantos beneficios, estaba muy distante de creer, que tal generosidad debia reparar ó justificar el desorden de su conducta. Sabia, que la moral religiosa no admite tarifa para las debilidades criminales; que no se compra con la plata el derecho de entregarse á los vicios; y que no se expian los errores sino abjurándolos, y renun-

ciando á ellos. Sin duda, decía, yo me satisfago abriendo mi corazón á la piedad; pero auxiliando á los desgraciados, quizá los corrompo: saben quien soy, y el reconocimiento debilita en ellos aquel santo y saludable horror que tienen al adulterio: sirviendo á la humanidad, perjudico á la moral.... Solo la virtud puede hacer bien con fruto, ó al menos con perfecta utilidad! Estos afligentes pensamientos decidieron á madama de la Valliere á ejecutar sus buenas obras, ocultando su nombre y su persona. Otras veces, cuando las circunstancias lo permitian, hacía distribuir las limosnas en nombre del Rey; sin que éste jamás lo percibiese.

Si el arrepentimiento y los escrúpulos turbaban su vida; el amor agitaba cada dia mas su corazón. Aunque siempre era amada con pasión, los negocios y sus deberes no permitian al Rey aquella ocupacion de todo momento, que solo habría podido satisfacer un corazón que se había entregado sin reserva. La ficcion de una negligencia, el mas ligero olvido, eran para la Duquesa penas reales, que se renovaban sin cesar. Tenia la doble pena de resentirlas con amargura, y reprendérselas vivamen-

te. Las frecuentes cazas del Rey eran para ella otra causa de inquietud, desde el acontecimiento que causó la caída del caballo. En fin, se trataba de guerra: Luis estaba decidido á ponerse á la cabeza de sus ejércitos; y la Duquesa se estremecía de antemano, entreviendo los peligros futuros: tenia en los dolores presentes el presentimiento funesto de los que debía sufrir.

Un nuevo motivo de terror, mas horroroso que los pasados, acabó de trastornarla. Un dia, contó el gran Condé, (que llegó á ser el amigo mas sincero del Rey) manifestando horror, y en presencia de la Duquesa: que en Auxerre se había encontrado un retrato de Henrique IV atado á un poste, con un puñal clavado en el pecho, y en lo alto del poste una inscripcion latina, que amenazaba á Luis con la misma suerte. „Lo que me consuela, dijo el „Rey, que semejantes atentados nunca se perpetraran contra los monarcas decididos é inútiles” (1). Respuesta admirable en todos sentidos, y que solo podría dar una idea del es-

(1) Sus propias palabras. Memorias de madama de Motteville.

píritu superior de este Príncipe, de su valor heroico, y de la grandeza de su alma.

Esta relacion del gran Condé, que no inspiró al Rey sino una expresion sublime, sumergió á la Duquesa en inquietudes las mas fuera de razon, y que despedazaban su alma. Estaba penetrada de miedo, al pensar que existia en Francia, y en una ciudad cerca de París, un malvado capaz de asesinar al Rey. ¿Este mónstruo no tenía cómplices? ¿no podia formar una conjuracion? ¿este complot execrable no estaba ya formado? En fin, el Rey salía de continuo sin ningun séquito; era tan fácil de acercársele, y pararlo (1).... Estas negras ideas la perseguian sin descanso; se mezclaban, durante el día, á todos sus pensamientos; le turbaban el sueño durante la noche; mil veces la despertaban sueños horrorosos, que le representaban á Luis asesinado; el desvelo mismo no podia disipar estas funestas ilusiones. Ella conservaba una opresion de corazon, un mie-

(1) Cualquiera tenia la libertad de acercársele, y ponerle un memorial en sus propias manos; él lo recibia, y se detenia voluntariamente, cuasi siempre, para hacer cualquiera pregunta. Memorias de Saint-Simon.

do, que la hacian mirar cualquier vano sueño como un fatal aviso del cielo. Los temores insensatos y vagos de la sensibilidad, producen fácilmente la supersticion!.... Todo lo que parece sorprendente, se convierte en presagio para los corazones lastimados! La Duquesa enviaba á palacio; esperaba al mensagero con una agitacion, un temblor, que cada minuto parecia aumentar la violencia. Si durante este tiempo oía en la calle algun ruido extraordinario; si desde su ventana observaba por accidente cualquier movimiento en el pueblo, ó algun corrillo, dirigiéndose al Castillo, esto era para ella cuasi la confirmacion de la mas horrible desgracia!.... Mas de una vez, el sobresalto la privó de los sentidos.... Si le trahian un billete del Rey, se deshacia en lágrimas, daba gracias al cielo, como si hubiese recibido alguna noticia no menos inesperada que feliz. Hablándose á sí misma decia: ya no tomaré estos vanos temores por presentimientos; y quando volvía á ver al Rey, se creía libre de ellos para siempre; mas en quedando sola, se posesionaban de ella con la misma fuerza. Luis nunca supo estos pormenores: madama de la Valliere se hubiera avergonzado de mostrarle

tanta debilidad: él jamás conoció hasta qué ex-
ceso fué amado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA DUQUESA

DE

LA-VALLIERE.

POR MADAMA DE GÉN LIS.

*Historia que en Paris se imprimió por la vez
nona en la oficina de Maradan; y que traducida por
el Señor Don J. M. E. ha reimpresso*

Luis Abadiano

EN MÉXICO.

1839.

TOM. 2.

EN LAS ESCALERILLAS NUM. 13.

Se expende en la Librería de la 1.^a calle de
Santo Domingo junto al núm. 12.

tanta debilidad: él jamás conoció hasta qué ex-
ceso fué amado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA DUQUESA

DE

LA-VALLIERE.

POR MADAMA DE GÉNLIIS.

*Historia que en Paris se imprimió por la vez
nona en la oficina de Maradan; y que traducida por
el Señor Don J. M. E. ha reimpresso*

Luis Abadiano

EN MÉXICO.

1839.

TOM. 2.

EN LAS ESCALERILLAS NUM. 13.

Se expende en la Librería de la 1.^a calle de
Santo Domingo junto al núm. 12.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

El presente libro es propiedad de la biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

LA DUQUESA DE LA VALLIERE.

Es muy natural que las mugeres sean mas sensibles, y mas desgraciadas que los hombres en todos sus afectos, aun en los mas legitimos: como esposas, como madres, ¡qué no tienen que sufrir!... La Providencia, en el repartimiento hecho á los dos séxos, ha puesto de una parte el valor y los peligros; y de la otra, por una consecuencia necesaria, los temores, las inquietudes y los dolores!... Era necesario que aquel que debía exponerse á todos los riesgos, tuviese un corazon mas firme y menos tierno; pero no lo es menos, que la compañera, á quien protege y defiende, estuviese pronta á alarmarse y estremecerse por su causa, que mirase con miedo y horror todo lo que él arrostra, todo aquello á que hace frente: la debilidad misma de la muger es el garante de su reconocimiento; su admiracion y su amor se aumentan con ella: es

tímida, medrosa, tiembla, y continuamente por quimeras; pero sabe amar mejor!....

Tantos golpes y violentas agitaciones, alteraron la salud de madama de la Valliere: Luis experimentó los tormentos de la mas viva inquietud. Consultó secretamente á su primer médico de cámara sobre el estado de la Duquesa (1), y se pensó que un aire mas puro la mejoraría: al momento partieron para San German. Madama de la Valliere tuvo allí una casa separada, con un gran jardin que caía á la selva. Ella gustaba, con pasion, del campo; se divertia en cultivar flores, ó, al menos, en gozar, como un resto de felicidad en medio de la Côte, los placeres tan gratos de su primera edad. Una tarde de Otoño se hallaba sola en el jardin: el tiempo estaba calmoso, puro, y el aire embalsamado: se sentó en un cuadro lleno de naranjos, fabricado sobre un terraplén, que dominaba la selva de San German, y se distinguia á lo lejos. Esta vista le oprimió el corazon, recordando con viveza las soberbias sombras que de la misma manera coronaban una parte del castillo de la Valliere!.... Echó los ojos sobre los ar-

(1) Memorias de Bussy.

bustos floridos que la rodeaban, y este golpe de ojo encantador excitó en ella un sentimiento vago, indefinible, compuesto de mil diferentes sensaciones, de confusos pesares, y lleno de turbacion!.... Despojada de la inocencia, no gozaba la calma deliciosa, cuyos encantos habia gustado en otro tiempo, admirando las bellezas de la naturaleza. La agitacion y la inquietud se mezclan á todos los sentimientos de un corazon extraviado, que carece de reposo; porque no tiene reglas!.... Los ojos de la Duquesa se fijaron en los cielos: contemplando el bello espectáculo del sol en su ocaso, su alma se dirigió con arrebatamiento ácia el Creador de tantas maravillas; pero luego, volvió sobre sí misma, y este movimiento religioso le ocasionó indecible pena.... Ser Eterno! exclamó: tú no puedes ver en mi amor por tí, mas que una horrible consecuencia, y una profanacion en mis homenajes! Entretanto no deberías inspirarme sino temor de tus terribles juicios; sin embargo, este corazon tan débil, indeciso y trémulo, se complace siempre en desahogarse delante de tí! Yo encuentro siempre la mayor dulzura en no dudar, ni de tu existencia, ni de tu poder supremo! Mas ¡tú no me has abandonado! Me res-

pondes que no. Ah! sí: yo conosco todavía tu voz terrible y severa: ella me llena de ternura; pero tambien de abatimiento!... La escucho con sobresalto: no obstante, quiero oírla! Anonadada en tu presencia, tengo continuamente necesidad de ponerme ante ella, de ofrecerte mis lágrimas, mis sentimientos supérfluos, de humillarme delante de tí! Tú no puedes fijarme; pero me atraes! Ay de mí! ¿No es á tí, mi Dios, á quien busco en la soledad, y solo á tí encuentro en ella?.... Indigna de servirte, ¿no me atrevo á invocarte; y tú me llamas! Mas yo no espero de tí sino justos castigos! Ven, castigame; pero no te separes de mí! Oh! dignate hablarme siempre, que quiero mejor tus reproches, que tu silencio!....

Diciendo estas palabras la Duquesa, enjugó sus lágrimas que salian dulcemente. Las que hacen correr la piedad, aún á los culpados, no son amargas. El dia espiraba, con esto se levantó, y despues de media hora de paseo entró bajo una calle hermosa, que formaba un toldo de madereslva: allí reposó hasta la noche.

Este mismo dia, habiendo sabido que un Religioso pedia limosna en la Côte para socorrer los necesitados de un lugar incendiado, encargó

á una de sus amigas se lo remitiese en aquella tarde: fué en efecto; pero á las ocho de la noche: la luna solamente podia alumbrar el jardin; mas sus rayos era imposible penetrasen la espesura del follage, bajo del cual estaba sentada la Duquesa. Un ayuda de cámara anunció al Religioso, y lo condujo á su presencia: ella quería hacerle varias preguntas, y así ordenó al criado le entregase cincuenta luses cuando se retirára. El ayuda de cámara, recibida esta orden, los dejó solos: el Padre guardaba un profundo silencio. Madama de la Valliere se levantó, y marchando léntamente para volver al Padre: mi Padre, le dice, se me ha hecho la pintura mas lastimosa de los desastres sucedidos en ese lugar; querría ir á él.... Ella esperaba respuesta, y no recibíendola; yo os ruego, Padre mio, (repitió) me digais cuál es la familia mas interesante de ese pueblo: el dinero que se os entregará al salir, es para los desgraciados habitantes en general; pero á mas, quiero encargarme de socorrer una familia en particular.... Al concluir estas palabras la Duquesa, suspiró el Religioso; mas sin responder todavía cosa alguna. Y qué! dijo ella, ¿temeis confiarme la suerte de cualquiera desgraciado? ¿Temeis po-

ner en mis manos los jovencitos huérfanos? No tengo derecho para ofenderme de vuestra infundada desconfianza? Padre mio, les ocultaré mi nombre, y los pondré en colegios y conventos... Aquí cesó la Duquesa: el Religioso gemía en secreto; lloraba, y no respondía. La noche, la obscuridad, estos sollozos reprimidos, este silencio extraordinario, la sorprendieron y la causaron una especie de terror que no pudo vencer. Asustada, trémula, tuvo sin embargo valor para darse prisa á marchar: el Religioso la seguía; ella sentía sus pasos, y precipitaba los suyos como si quisiera huirle. En fin, salió del sombrío toldo: la vista de su casa, y la claridad de la luna, le restituyeron su valor; se detiene, vuelve atrás, y vé de frente, cerca de sí, al Religioso inmóvil, con los brazos cruzados, los ojos bajos, y el semblante bañado en lágrimas!.... Lo mira con atencion, y tiembla de miedo..... reconoce en él al virtuoso P. Anselmo, aquel santo Religioso, amigo de su niñez y guía de los primeros años de su juventud; aquel que le habia dado tan buenos consejos, y recibió los últimos suspiros de su madre!.... Todos estos recuerdos oprimieron su corazon, y con las manos puestas y un aire suplicatorio, se hincó sobre la

yerba derramando un torrente de lágrimas, y exclamó: ¡oh Padre mio! Dios me perdonará... soy tan desgraciada!.... Sí, dijo, en fin, el venerable anciano; una alma como la vuestra, debe convertirse á él!.... A estas palabras se vá precipitadamente, y se desaparece (1).

Al dia siguiente, luego que amaneció, partió la Duquesa para el lugar incendiado, situado á dos leguas de San German: sus criados iban sin libreas, con vestidos grises, y llevaban orden de ocultar su nombre. Ella tenia noticia de la familia mas infortunada de este lugar; porque el P. Anselmo la habia entregado al ayuda de cámara, al tiempo de recibir los cincuenta uises. El corazon sensible de la Duquesa se lespedazó entrando en este triste lugar devastado, que no ofrecia mas que ruinas. Ay de mí! dijo: las llamas que produjeron estos destrozos, no han destruido los gefes de obra de las artes, ni los monumentos del orgullo: han causado infortunios mas reales y mas dignos de compasion: estos desgraciados habitantes no sienten aquellas brillantes bagatelas, que acumula una

(1) Toda esta relacion es histórica, y la respuesta del Religioso verdadera.

frívola vanidad; pero sí lloran la pérdida de su absolutamente necesario!... Aquí, el fuego no ha devorado vanos objetos de lujo, sino lo que era útil, y fruto de un penoso trabajo!... Cuán dignos de lástima son estos desgraciados, tan valerosos, tan moderados en sus deseos, y tan fáciles para adquirir su felicidad! Jamás han corrido sus lágrimas por penas imaginarias: cuando ellos lloran, es por males cuya sola imagen nos haría estremecer!... Cuando ellos gimen, sucumben, mueren!... Desdichados de los corazones insensibles y feroces, á quienes no enternecen semejantes quejas! Haciendo estas reflexiones atravesó madama de la Valliere todo el lugar: la casa que buscaba estaba al fin de la calle principal: ésta era una granja, cuyos habitantes ocho dias antes vivian con comodidad, pero el fuego habia consumido los graneros, los trojes, los granos, los vestidos, y hasta las bétias; no quedaba mas que una gran pieza despojada de muebles, en la que se hallaba un viejo octogenario, su hija, su yerno y ocho hijos cuasi desnudos, el mayor de doce años. Las paredes ennegrecidas por el humo, y las vigas maltratadas por el fuego, atestiguaban la pena que la desgraciada familia habia tenido para con-

servarse este último abrigo!... Madama de la Valliere, entrando en la sala, se distrajo de su piedad por un objeto inesperado; éste fué, una señora jóven, de admirable belleza, que llevaba á la muger un cofre de ropa: la bella desconocida se sorprendió viendo una persona tan notable como la Duquesa: se miraron mutuamente con la mas dulce expresion de benevolencia y sensibilidad; la incógnita, despues de hecha su oferta, se retiró. La Duquesa quiso saber su nombre; pero no le pudieron dar razon. En seguida se acercó al anciano, que parecia sumergido en un profundo dolor, le preguntó já cuánto montaría, poco mas ó menos, el valor de lo que habia perdido en el incendio? Como la pregunta le pareciese un rasgo de pura curiosidad, le respondió en un tono seco, sin mirarla, cerca de ochó mil francos. Y bien, replicó la Duquesa, aquí teneis cien luises, y fuera de ellos, mañana se os entregarán dos mil ducados. El efecto de estas pocas palabras fué inexprimible... El anciano, uniendo sus manos trémulas, dejó correr dos arroyos de lágrimas por sus venerables mejillas: su yerno, lleno de asombro, miraba á su bienhechora, sin poder pintar siquiera su reconocimiento; porque no conocia language que pu-

diera expresarlo: su muger, trasportada con el mas tierno movimiento de la naturaleza, exclamó: venid, hijos mios, ahora os abrazaré con gusto!.... Esta buena madre, despues de ocho dias, solo habia encontrado en sus caricias un suplicio mas: la beneficencia acababa de restituirle toda la dicha de la maternidad.... Despues de haber gozado la Duquesa de esta escena deliciosa, hizo muchas preguntas sobre los hijos; y el resultado fué, encargarse de pagar el aprendizaje de los dos mayores. Partió, colmada de bendiciones de la feliz familia, despues de haber pasado una de las mas agradables mañanas de su vida.

La salud de madama de la Valliere se restableció en San German; y á fines de noviembre se volvió á Versailles. El Rey la amaba siempre perdidamente; mas ella conservaba un fondo de melancolía que lo disgustaba: él creia que el amor vencería con el tiempo todos sus escrúpulos. Estaba zeloso de su tristeza; se irritaba su vanidad en secreto; no obstante, este carácter de que se quejaba, prolongaba la duración de su pasión.

Madama de la Valliere, la mas sensible de todas las mugeres, debia ser la mejor de las

madres; pero su ternura extrema con sus hijos, no fué para ella un sentimiento mas feliz que el amor. La mayor de sus hijas, la Señorita de Blois, tenia cinco años, y ya anunciaba aquella maravillosa hermosura, que fué despues la admiracion de la córte. El Rey, que la adoraba, se habia dedicado con esmero á buscarle una aya; y propuso á la Duquesa muchas mugeres de la córte, que le parecian á propósito para este empleo, obligandola á elegir. Ay de mí! dice la Duquesa: es preciso, no hay remedio, darle á esta hija querida la aya, que por sus principios, sus lecciones y ejemplo, me haga inexcusable á sus ojos! Tal será el fruto de una excelente educacion: yo debo prescribir á la institutora de mi hija, que absolutamente la obligue á despreciarme!.... Esta afligente reflexion, que era muy verdadera, desagradó al Rey como padre, y como amante; la combatió con todos los sofismas del amor. Madama de la Valliere nada respondia; mas tales discursos podian cambiar su opinion; y estas tristes ideas se renovaban dolorosamente, sobre todo, cuando se entregaba á las efusiones de la ternura maternal. ¡Qué, decía, yo he de temer lo que hace la mas dulce esperanza de todas las madres?.... ?Debo te-

mer la época en que la razon alumbre á mis hijas?.... Entonces, es cuando ellas podrán juzgarme!.... En el curso ordinario de las cosas, el tiempo echa un velo á las debilidades de las mugeres culpables: sus hijos, llegando á la juventud, pueden ignorar lo que se les quiere ocultar, ó, al menos, lo que se puede siempre negar; mas el nombre del que me ha perdido, perpetuará de edad en edad la memoria de mis desvios: su gloria eternizará mi deshonor. El título sagrado de madre, para mí, es un oprobio.... Qué pensará de mí esta hija, esta niña querida, cuando despues de haber recibido las instrucciones de la religion; despues de haber meditado esa moral sublime, reflexione sobre mi vida y su nacimiento!.... De consiguiente, ¿qué consejos podré darla, ni con qué cara le hablaré de sus deberes y de la virtud?.... Indigna de su estimacion, ¿me será posible guiarla, ó pretender su confianza? Me parece, que el dulce nombre de madre, cuando es ilegítimo, no es otra cosa, que una usurpacion tan desgraciada como deshonorosa, pues que no dá ninguno de los derechos que este mismo titulo asegura á todas las mugeres virtuosas!....

Entretanto que esta infortunada se conde-

naba ella misma con justicia; pero tan rigurosamente; el público, mas indulgente con ella, admiraba el espectáculo tan nuevo de una favorita humillada de su propia elevacion, viviendo sin fausto y en la soledad, no mezclándose en asunto alguno, y dando ejemplo del mas perfecto desinterés. La que en tal situacion mereció el nombre de: *La humilde Violeta* (1), no sería, seguramente, una muger comun: ella fué amada del pueblo; y, á pesar de su debilidad, ¡interesó á todos los corazones sensibles y virtuosos; mas en la córte no se le juzgaba de esa manera. La falta de ambicion (cuando no se puede poner en duda), se atribuye á falta de talento, ó defecto de genio: es una virtud tan sin lugar en la córte, que á nadie haría honor. Lo que en ella produce, esto que llamamos estimacion, ninguna otra cosa es, que la consideracion adquirida, no por la admiracion estéril del príncipe, sino por la facultad y voluntad activa de poder servir, ó dañar. La Duquesa, despreciando las riquezas y la intriga; no solicitando cosa alguna; viviendo retirada; no existiendo sino para el Rey y sus hijos; consa-

(1) Por madama de Sevigné.

grándoles, en el retiro, todos los momentos de su vida, pareció á los cortesanos una persona muy inferior á su situacion: su dulzura y su bondad constante, aumentaron la audácia de sus enemigos: el ódio podia intentar todo, contra una muger incapáz de vengarse, y aun de quejarse. Sus amigos se desagradaron de su excesiva moderacion; se llenaron de frialdad, perdiendo la esperanza de emplear su crédito á gusto de su ambicion: no obstante, ella les había hecho grandes servicios, solicitándoles gracias mas de una vez; pero las personas que gozan favor en la córte, tienen una extraña desgracia, y es, que todo lo que hacen por sus amigos, se mira como un empeño de hacer mas en lo sucesivo: en este singular comercio, los beneficios, lejos de pagar las deudas de la amistad, las contrahen eternas. La Duquesa era continuamente importunada, regañada, reprendida de sus amigos, quienes llamaban su desinterés, locura romanesca; su desafecto á la intriga, indolencia ridícula; y su moderacion tontería. Los que la aborrecian, la calumniaban sin temor, y, de consiguiente, sin miramiento: los que se preciaban de amarla, estando cuasi siempre descontentos de ella, la defendian débilmente: el

resto de los cortesanos no la amaba: una dama uraña, inaccesible, que no daba fiestas, que no hacia ningun papel, no podia menos que desagradarles. Así, esta persona tan interesante, tan desgraciada por sus afectos y sus desvíos, no encontraba consuelo, sino pensando en los sentimientos del Rey: ella los creía inalterables, y estaba muy lejos de preveer los nuevos tormentos que iba á sufrir muy pronto!....

En este tiempo, se presentó á la córte Athenais de Mortemar, marquesa de Montespan. Deslumbró el brillo de su figura, de sus gracias, de su vivacidad, y de los encantos de su talento. Lauzun, que estaba íntimamente unido con su familia, elogió mucho á madama de la Valliere su carácter, conducta y sentimientos, y le inspiró gran deseo de conocerla. La Duquesa fué una noche á la partida de juego de la Reina, sabiendo que allí estaba la marquesa de Montespan: ésta, tenia igualmente la mas viva curiosidad de conocer á la muger que, despues de siete años, fijaba el corazon del Rey. Esta primera entrevista, fué un reconocimiento, que produjo una especie de escena. La sorpresa de la Duquesa fué extrema, reconociendo en madama de Montespan aquella bella persona, que

nabia visto en la cabaña del lugar incendiado: la Marquesa mostró la misma admiracion, echando los ojos sobre madama de la Valliere. Ambas se acercaron, se hablaron misteriosamente, y con aire de un tierno interés. Se les hacian varias preguntas: la Duquesa callaba; pero madama de Montespan contó con gracia y por menor, una aventura, que de todas maneras le acomodaba se supiese, principalmente porque le proporcionaba un motivo muy natural para intimarse con la favorita, y un medio cierto de encontrarse siempre con el Rey: ventaja inestimable en la corte, aun para aquellos que no tienen grandes miras de ambicion. La Marquesa en su relato, hizo valer, con el tono del entusiasmo, la beneficencia de madama de la Valliere, cuyos detalles habia sabido, porque tenia una casa de campo cerca del lugar incendiado, y los aldeanos le dieron razon de todas las particularidades de la accion de la Dama incógnita. La Duquesa quedó reconocida á los elogios que le daba, con sensibilidad, una persona tan encantadora; creyó encontrar en ella un alma semejante á la suya; y, desde aquel momento la amó. La Marquesa supo aprovecharse de esta primera impresion: la mañana siguiente fué

á casa de madama de la Valliere, quien la recibió con los brazos abiertos. La union mas íntima se formó prontamente: la Duquesa usó toda la franqueza de su carácter, y toda la sensibilidad de su alma; y la marquesa de Montespan toda la seducción de su talento y de sus maneras.

Madama de Montespan tenia entonces veinte y dos años: unía á la regularidad de sus facciones, á la perfeccion de su talle, y á su belleza, todo el frescor de la primera juventud, y la fisonomía mas animada y mas agraciada: su talento tenia poca extension y solidéz; pero era original y brillante: un cierto aire vivo, ingenioso y satírico, daba á su conversacion una especie de singularidad sorprendente, sobre todo en la Corte: sabia variar este tono epigramático: unas veces era seria, y parecia llena de discrecion; otras, la alegría mas amable hacia excusable su malignidad: su extrema vivacidad le daba el aire de la franqueza. ¡Cuántas personas miran la imprudencia, como el garante de la sinceridad!.... Madama de Montespan no sabia, en efecto, ni dominarse, ni reprimirse; pero sabia tomar todas las formas, y sin hacer gran esfuerzo: se habia ejercitado desde

Tom. II. 2

temprano en esto; y era en ella mas bien una habitud, que un sacrificio: poseía dos grandes medios de agradar y acertar en el mundo: tenia mucha falsedad de caracter, y mucha naturalidad de talento: incapaz de sufrir un sentimiento tierno y durable; pero no habia persona mas susceptible de entusiasmo: ó amaba con pasion, con arrebatamiento; ó no amaba absolutamente: si no se le volvia la cabeza, no se le agradaba: si no estaba enteramente subyugada, no se tenia ningun imperio sobre ella; pero si en seguida su imaginacion se resfriaba un momento, pasaba repentinamente de la admiracion y enagenamiento, á la indiferencia, á la aversion y al disgusto. Tenia toda la arrogancia que es propia de la ambicion, los caprichos del orgullo, y no de la elevacion del alma: no teniendo ninguna idea de la verdadera grandeza, tomaba un vano brillo, el fausto y la ostentacion, por verdadera gloria: todo lo que brillaba, ó hacia ruido, le parecia grande: tenia designios profundos, y motivos pueriles: á la vez, insaciable y frívola en sus deseos, queria dominar; no para conducir, ó reinar, sino solamente por parecer: queria elevarse con el único objeto de atraer sobre sí las aten-

ciones: en fin, aunque no tenia avaricia, era ambiciosa de riquezas; pero para prodigarlas, y comunmente sin eleccion y sin discernimiento: daba, del mismo modo que recibia, solo por mostrar magnificencia. Pareció apasionarse de madama de la Valliere, de quien obtuvo la mas tierna amistad y toda su confianza. La Duquesa le abrió su alma enteramente: le manifestó sus escrúpulos, sus remordimientos, su tristeza, y aquel sentimiento tan profundo... aquel amor aumentado, á costa de tantas penas y sacrificios, que ella no podia vencer, ni moderar! Madama de Montespan la compadeció, y, sobre todo, alabó su arrepentimiento: convino en todo con élla, y le agregó con mucha delicadeza, que jamás seria feliz, entregándose á una passion que ella misma se reprendia tan vivamente. Ay de mí! respondió madama de la Valliere, si pudiera arrancarme de su lado, sin desesperarlo, tendria valor para hacerlo quizá!... Pero afligirlo, herir su corazon, emponzoñar el resto de su vida por precio de tanto amor, cuidados y constancia, nó, no tendré nunca esta fortaleza inhumana!... Al oír semejantes discursos madama de Montespan, caía en una especie de meditacion, que acababa por entene-

oerse y lastimarse de la suerte de su amiga. Ella era la primera persona de la Côte, que lejos de combatir los remordimientos de la Duquesa, manifestaba comprenderlos y aprobarlos; y ésta, por lo mismo, la estimaba mas, y creía reconocer en ella los principios y la valerosa amistad de madama de Themine. En fin, se decía, aquí encuentro una verdadera amiga!.... De este modo madama de Montespan cada dia se hizo mas necesaria; y ya se veían, cuasi siempre, privadamente, sin admitir otra persona, cuando hablaban de semejante materia. Para estar mas tiempo unidas, procuró que madama de Montespan fuese admitida en la sociedad íntima del Rey. Lauzun se unió á la Duquesa, para prevenir á S. M. en su favor; y Luis, al momento de conocerla, suscribió á los elogios que se le habian hecho de ella. Madama de la Valliere, que siempre temia se disgustase el Rey en su casa por cualquier accidente, advirtió con placer, que la conversacion y agudezas de madama de Montespan lo divertian; y mostraba su agradecimiento, llena de candor, á su amiga, por el esmero con que procuraba agradar á S. M.: madama de Montespan, instruida por las conversaciones y confidencias de la Duque-

sa, conociendo con anticipacion perfectamente los gustos, el carácter y el espíritu de Luis, aprovechó esta ventaja con un arte profundo. Bajo la apariencia de ligereza, y algunas veces de aturdimiento, lo lisongeaba de mil maneras indirectas, sin que él pudiese suponer proyecto: ella mostraba las opiniones, que iban de acuerdo con las suyas, y los sentimientos que lo conmovian: siempre variada, siempre ingeniosa, conservaba en todo momento aquella medida y delicadeza, que solas pueden dar gracia á la alegría. Toda esta seducción, reunida á los hechizos de una figura atractiva, produjo el efecto que ella esperaba.

La duquesa de Saint-Aignan, y la marquesa de Sourdis, no vieron sin recelo la intimidad de esta union con madama de Montespan; pero la Duquesa, conociendo el egoismo y ambicion de ambas, descifró, sin trabajo, sus verdaderos motivos, y esta penetracion la cegó sobre la verdad de las advertencias que se le hacian. Se le hizo entender, que esta nueva amiga, tan jóven, tan brillante, esposa de un hombre bizarro y ridiculo, á quien despreciaba, y del que se burlaba abiertamente, podia convertirse en una rival peligrosa. Esta idea le pa-

reció una calumnia atroz. A sus ojos, era pintar el caracter del Rey con los mas negros coloridos; y su seguridad, sobre los sentimientos de Luis, era inalterable. Rechazó, pues, estos tristes avisos y saludables consejos, con tanto desdén como indignacion: sus antiguos amigos se le separaron, y unieron á sus enemigos. Madama de Montespan cada vez le era mas amable, teniendo-se por feliz de poderse entregar á un sentimiento legítimo; su amistad con ella no tuvo ya limites: á fin de pasar dos ó tres dias de la semana enteros con ella, quiso disponerle una habitacion en su casa. Tanta ternura empezaba á causar embarazo á madama de Montespan; sus proyectos se entorpecian, y todo el mundo los ayudaba. Madama la atrajo á su sociedad, y con esto el Rey frecuentó mas su cuarto: allí oía continuamente citar y elogiar á madama de Montespan; se alababa su hermosura, su naturalidad, su talento; no se perdía ocasion de hacerla valer. Nada embellece mas á una muger amable, que los sucesos y la benevolencia general: la confianza, unida á las gracias, dá una especie de calma, se asemeja á la dulzura, y aun á la modestia. Para emplear con facilidad todos los medios de agradar, es necesario con-

tar con una prevencion favorable; no se obtiene mucho, sino arriesgando un poco. Y, ¿qué no se emprende, con ciencia positiva de que nada se juzgará con rigor, y que todo lo que puede aprobarse, recibirá un aplauso universal!... Las personas tímidas y modestas, no ven en un círculo mas que observadores importantes, y jueces ilustrados y severos: las gentes, de un amor propio confiado, no ven en él sino inferiores y admiradores: si éstas tienen bastante destreza y gusto para ocultar esta opinion, ¿qué ventaja no tendrán sobre las otras!... El Rey miraba al objeto de tantos elogios con tanta turbacion como espanto: madama de Montespan era en todo tan diferente de madama de la Valliere, que encontrarla encantadora, era cuasi una infidelidad; no era posible, pues, amar todavia á la una, admirando la otra con entusiasmo. Lauzun y el duque de Longueville, ayudaron con todo su poder los designios de madama de Montespan; el primero, por miras ambiciosas; y el segundo, por el interés de un sentimiento que jamás había podido vencer. El amaba siempre á madama de la Valliere, y esta pasion era mas fuerte aún, que la delicadeza que habria debido empeñarlo á renunciarla. Madama dió un baile de más-

caras, en el cual el Rey no buscó sino á madama de Montespan: la descubrió, y reconoció al punto.... Se separaron de la concurrencia á un gabinete distante: la conversacion fué larga, y se terminó por una declaracion y un consentimiento, quedando indicada una cita para el dia siguiente. Durante este tiempo, la Duquesa sola, encerrada en su casa, sabiendo que el Rey y madama de Montespan estarian en el baile de Madama, pensaba en ellos con la mas dulce seguridad. Estoy segura, se decia, que se buscarán mutuamente, que se hablarán, y conversarán siempre de mí.... Con este pensamiento se acostó, y su sueño fué apacible!... El amor no dá absolutamente presentimientos. Engañoso en todo, las confianzas ó los temores que inspira, son igualmente poco fundados: agita, cuando se pueden gustar algunos momentos de calma: ciega, cuando se pierde todo lo que se ha prometido!....

Entretanto, el Rey, con la embriaguez de un triunfo brillante y de un nuevo amor, no estaba sin remordimientos y sin inquietudes; todos sus sentimientos por madama de la Valliere no estaban extinguidos: él no se la representaba ya bajo las facciones arrebatadas que le

habian encantado; pero todavia era, á sus ojos, la mas interesante de todas las mugeres. Madama de Montespan supo disipar sus escrúpulos: no le bastaba hacerlo infiel, era necesario volverlo ingrato: á fin de no hacer un papel evidentemente odioso, elogiaba sin temor el caracter de la Duquesa: sabia que la estimacion puede fortificar el amor; pero no encenderlo. Madama de Montespan, haciendo justicia á las virtudes de la Duquesa, sostenia, que jamás habia amado verdaderamente á Luis, pues que habia podido conservar su arrepentimiento: aseguraba, que el amor no recuerda sus sacrificios, sino para aplaudirse de haberlos hecho: que cuando este es extremo, se cree justificado, y lo es en efecto, porque cede á una fuerza irresistible. El Rey se dejó fácilmente persuadir lo que vivamente deseaba que fuese verdad: por otra parte, encontraba en madama de Montespan todos los trasportes de una pasion. Cuando él comparaba esta violencia á la dulce y profunda sensibilidad de madama de la Valliere, se persuadia, que era amado por primera vez: el amor lo embriagaba, y, sin embargo, no penetraba su corazon del modo que en otro tiempo. Estos raptos tumultuosos no dejan mas que

ideas fugitivas y confusas; pero el encanto de la ternura las excita muy dulces sobre lo pasado! Entretanto, Luis, cierto de que la Duquesa experimentaría un dolor agudo cuando supiese su infidelidad, trató de ocultar su nueva intriga. Madama de Montespan, que tenia que guardar ciertos respetos, y usar de precaucion, deseaba tambien que su debilidad fuese ignorada, al menos, durante algun tiempo: así se condugeron ambos con gran misterio, que fué impenetrable solo á la Duquesa.

En esta época falleció Felipe IV, padre de la Reina: Luis tuvo pretensiones á su herencia, principalmente sobre los Países Bajos: se resolvió la guerra, y Luis anunció su marcha á Flándes, á la cabeza del ejército. ¡Qué trastorno causó á madama de la Valliere esta noticia! Todos los riesgos, todos los horrores de la guerra se ofrecian á su imaginacion; el Rey iba á exponerse á mil peligros y arrostrarlos.... ¡Cómo habia de gustar un instante de reposo con tal pensamiento! ¡Cómo habia de desecharlo!.... La presencia misma del que amaba redoblabá su pena. No podia mirarle, sin que su corazon se partiera de dolor. Siempre penosamente enternecida, al verle, perseguida de las mas ne-

gras ideas cuando estaba sola, carecia aun del triste consuelo de quejarse, no por querer afectar un valor que no tenía; sino porque hay temores tan terribles, que quitan hasta la facultad de articularlos: se presentan al entendimiento como imágenes confusas que no se pueden separar, y, no obstante, se fija siempre en ellos el pensamiento involuntariamente; y por una supersticion, de que no se pueden fácilmente preservar los corazones sensibles, le parecía á la Duquesa crearía siniestros presagios, mostrando sus mortales inquietudes: en fin, quería dejar al Rey todo su valor, y pensaba debilitarlo, descubriendole su dolor. Mientras que ella se esforzaba por aparentar calma, madama de Montespan, á solas con el Rey, le pintaba enérgicamente sus temores y cuidados, se los detallaba y exageraba vivamente. Estos vehementes discursos, acompañados de torrentes de lágrimas, de frecuentes deliquios, inspiraban al Rey todo el reconocimiento propio de un amante que estaba apasionado: no obstante, le excitaba mas ternura y amor una sola mirada de madama de la Valliere, que todas estas violentas demostraciones. Se entiende tan bien este language, cuando se ama, que ningun otro es

necesario; pero cuando se ha dejado de amar, el semblante, cuyos movimientos parecian tan expresivos; los ojos, donde se leían tantas cosas, nada dicen ya: es preciso preguntarlos con un vivo interés para comprenderlos: la indiferencia es todavia sensible á la belleza; pero no observa ya la expresion que forma todo su encanto. Madama de la Valliere estaba sumamente ocupada de su dolor, para notar la variacion del Rey: ella sí advertía que estaba distraído y preocupado; pero, lejos de alterarse, atribuía su frialdad y tristaza, á pesar de su amor á la gloria, al pesar que le causaba su separacion.

Luego que la estacion permitió, partió el Rey para Flándes. Este viage dejó á la Reina y á la Duquesa, en un estado verdaderamente digno de compasion; con la diferencia, que la primera recibia toda especie de consuelos; y la segunda, carecia de todo lo que podia dulcificar sus pesares: á la Reina hacia honor su aficcion, todos los corazones se interesaban en ella, y la estimacion pública disminuía su amargura. Tal es la felicidad de los sentimientos legítimos, que no nos privan de gozar, en medio de las penas mas amargas. Y

¿cómo se soportará el dolor, cuando es objeto de escándalo, que excita solamente el desdén y la censura de los malos é hipócritas, y una humillante compasion de los virtuosos! La Duquesa recibia con frecuencia correos del Rey, y cartas de Lausun, que le escribia todos los pormenores relativos á su persona: le referia en una de ellas, que Luis, en la trinchera de Sila, exponiendose con la mayor temeridad, habia visto morir delante de sí un page; y que un soldado antiguo, tomándole del brazo groseramente, le dijo: „quitáos de aquí: ¿es este vuestro „puesto?“ (1) Estos detalles, exaltando la admiracion de la Duquesa, llevaban sus temores al último término; y de su parte, la Reina, experimentaba los mismos alarmas.

Parece que las vivas inquietudes, y una profunda aficcion, originada por la misma causa, suspenden la rivalidad entre dos mugeres hechas para amarse: los corazones igualmente afligidos, se unen por una inclinacion natural; porque ellos solos pueden entenderse. No se aborrece á aquella que llora los males, que una misma gime: se vé con ternura, en su semblante,

(1) Memorias de Choisy.

la expresion y señal de lo que en sí mismo se siente, y se encuentra con placer su mirada melancólica.... ¿Cómo se podrá resistir á la simpatía de la desgracia?....

La Duquesa iba con mas frecuencia al cuarto de la Reina: habia siempre amado á esta Princesa, sin inspirarle jamás la animosidad que debia una rival preferida: la Reina conocía la dulzura y generosidad de madama de la Valliere, tenia el derecho de quejarse; sin embargo, hacia una justicia á su carácter, que le rehusaban todas las mugeres de la Côte. Se observó con sorpresa, que despues de haber partido el Rey, la Reina daba mas favorable acogida á la Duquesa; y aun parecia haberse establecido entre ellas una suerte de inteligencia muy estraña. Si se hablaba de la guerra, ó del Rey, se miraban mutuamente con una expresion extraordinaria de interés y sensibilidad: parecia enter necerse ambas sobre el decaecimiento de su salud, que les causaban sus penas. Cuando la Reina recibia noticias del ejército, su primer movimiento era instruir de ellas á los amigos de madama de la Valliere, aunque S. M. no tuviese ninguna amistad con ellos. Esta conducta originó una infinidad de falsas conge-

turas: los cortesanos adivinan con maravillosa facilidad los artificios y designios de la ambicion; pero todos los generosos movimientos de una estraña sensibilidad, no son para ellos sino caprichos extraordinarios é inexplicables: ellos no han estudiado mas pasiones humanas que las que excita el orgullo; menos malos é injustos, que ciegos, desconocen los corazones sensibles, y los calumnian sin intencion.

Una mañana que la Duquesa esperaba noticias del ejército, sumamente consternada, observando que no llegaba correo, le avisaron, que la Reina estaba llena de inquietudes, y al momento se fué al castillo. Este era un paso extraordinario, porque ella jamás se presentaba por la mañana en el cuarto de la Reina; pero aquel dia experimentaba un deseo irresistible de verla. Su rango le proporcionaba las *grandes entradas* en la Côte, de que hasta entonces no se habia aprovechado: penetró, sin obstáculo, hasta la cámara de la Reina, donde no encontró á nadie; se dirigió silenciosamente y con timidez, ácia el oratorio de la Reina, cuya puerta estaba abierta (1), y vió á esta Princesa so-

(1) En aquel tiempo todas las Reinas de Europa tenian oratorios en sus aposentos.

la, de rodillas, en disposicion que no podía ser vista de los de fuera. La Duquesa, profundamente movida, se detuvo, contemplando á la Reina con un sentimiento de envidia. Sin duda, se decía, por él implora al cielo: ¡qué feliz es! su virtud le dá el derecho de rogar con esperanza.... La Reina oye suspirar, se vuelve, y, mirando á la Duquesa inundada en lágrimas, exclama con espanto: ¡Dios mio! ¿sabeis algo de nuevo? No, Señora, respondió la Duquesa con una voz cortada; mas inquieta, del mismo modo que toda la Corte, por la tardanza del correo, me he atrevido á venir.... En la situacion que me hallo, contextó la Reina, solo veo con placer las personas que se interesan vivamente en los peligros á que el Rey se expone.... Pronunció S. M. estas palabras con todo el encanto que la dulzura, la indulgencia y la bondad, pueden dar á la virtud. Madama de la Valliere, en este momento, habria sido capaz de sacrificarle su amor: seducida por un movimiento tan tierno como irreflexivo, se puso de rodillas, y, tomando una de sus manos á la Reina, la puso sobre su corazon, apretándola fuertemente: la Reina, enternecida, la levantó y abrazó. La Duquesa, deshecha en lágrimas

solo decía: ¡ah, Señora, disponed de mi triste existencia! Ella, sin duda, pensaba en proseguir una virtuosa vida, y formar en aquel instante su propósito, cuando la Reina oyó ruido en su cámara.... En la sociedad se hallan tantas conveniencias y caprichos, opuestos á la bondad comunmente, que la Reina hubiera experimentado una mortal turbacion, si la hubiesen sorprendido con madama de la Valliere, y ambas enternecidas: así, pues, se dió prisa á dejarla; y la Duquesa, no atreviéndose á seguirla, quedó sola en el oratorio. Ella miraba con una suerte de espanto este asilo secreto de la piedad, y el lugar que la Reina acababa de ocupar: aquel cojin de terciopelo, todavia hendido, sobre el cual, al pie de un Crucifijo, ésta virtuosa Princesa acababa de rogar con tanto fervor por un esposo infiel.... Sin embargo, el embarazo de la Duquesa creció extremadamente, notando, que la cámara de la Reina se llenaba sucesivamente de todas las Señoras de la corte; se arrepentia de no haberla seguido; porque no podia salir del oratorio, sin causar un espanto prodigioso: á mas de esto, habia comprendido, por qué la Reina se habia separado de ella tan bruscamente: ella se abochorna de

su bondad para conmigo, se decía la Duquesa: ¡ay de mí yo soy, en efecto, tan culpable, que, hasta la indulgencia que se me concede, debe ser misteriosa, temiendo perder la dignidad, y ser acusada de débil por mostrarla!....

Al paso que hacía estas dolorosas reflexiones, oía un gran movimiento en la cámara de la Reina, y que se anunciaba un correo del ejército: entonces, su delicado manejo, el temor de promover una escena, todo se echó en olvido: fuera de sí misma se arrojó á la cámara en el momento que la Reina, despues de haber leído rápidamente un billete, exclamó: La Flándes está conquistada; todo acabado; el Rey vuelve cubierto de gloria.... A estas palabras, todas las Señoras manifiestan su júbilo por gestos, exclamaciones y aun lágrimas: la Reina, trasportada, abraza á todas, exceptuando una solamente!.... Recorre el círculo, pasa delante de la Duquesa con un aire severo, y aun sin honrarla con una mirada! El Rey volvía; habia cesado su inquietud, y ya no veía en la Duquesa sino una rival.... Ella le habia permitido participar de su dolor; pero el gozo de una rival, solo es una ofensa: es fácil dolerse con ella; mas no regocijarse. Todos pusieron los ojos

en la Duquesa, sin poder combinar, cómo se hallaba allí impensadamente, y salía del oratorio de la Reina, donde solamente tenían derecho para entrar las favoritas. La manera en que la Reina la trataba, hacia mas extraño aquel accidente: la miraban con una malévola curiosidad, que en cualquiera otra ocasion la habría atormentado cruelísimamente; pero un solo pensamiento la ocupaba: ella se repetía *¡el Rey viene victorioso!* Esta idea la ponía fuera de los alcances del ódio, y la hacía superior á la malignidad de la envidia, de los ultrages, y, en fin, de todo. ¡Qué no se arrostra, cuando se pasa súbitamente de un opresivo dolor al colmo de la felicidad: cuando el corazon y el amor propio se satisfacen á un mismo tiempo; y cuando todos los votos mas ardientes que se han formado, repentinamente se ven cumplidos! Madama de la Valliere estaba inquietísima por volver á su casa, cierta de hallar allí carta del Rey; por lo que, pasados pocos minutos, corrió al palacio de Birón: para ir á él, era necesario atravesar todos los pátios del castillo, y una parte de la fachada principal. El pueblo, instruido ya de las felices nuevas, se entregaba á todos los transportes de un inmoderado júbilo;

en todos los patios resonaban repetidos gritos de: ¡*Viva el Rey!* estos penetraban hasta el fondo del corazón de la Duquesa. ¡Oh, cuán justo le parecía, y qué fundado, este entusiasmo general! ¡Cuán amable era, á sus ojos, este pueblo impetuoso en todos sus sentimientos! ¡Con qué delicia se embriagaba el amor, con la gloria de un objeto adorado!

Al volver á su casa, halló en efecto la Duquesa un billete de Luis, en que le decía: mandaba á la Reina que fuese hasta Amiens, donde se hallaba; invitandola para que hiciese el mismo viage. El billete era corto; pero todo causa contento cuando uno es feliz, y la Duquesa estaba perfectamente satisfecha de él. Mandó luego llamar á madama de Montespan, quien dilató en venir, y no hizo larga su visita: estaba con extremo agitada y preocupada, y dió por razon, la contrariedad que experimentaba, segun decía, de tener que seguir á la Reina hasta Amiens. El dia siguiente, á la madrugada, debian partir. Madama de la Valliere no se ocupó mas, que de los preparativos del viage; y aunque ella no era de la comitiva de la Reina, partió la mañana siguiente, al mismo tiempo que esta Princesa. Por respeto, y por de-

coro, ella no se habia atrevido á adelantar, y su coche iba confundido con los de la comitiva. Este viage fué un encanto para madama de la Valliere: se representaba la entrevista que iba á tener con el Rey, como el momento mas agradable y mas bello de su vida: ella le volvia á ver, desembarazado de la preocupacion de la guerra, apasionado, feliz, todo para ella; últimamente, gozando por ella de sus sucesos y su gloria: cada uno de sus pensamientos le causaba una emocion y unos latidos del corazón, que jamás habia experimentado. ¡Cuán pródiga fué con todos los mendigos que encontró durante el camino! Todos ellos gritaban: ¡*Viva el Rey!* ¡*Viva nuestro bien, nuestro gran Rey!* ¡Cuánta ternura excitaban en su alma estos gritos de la miseria! Los oía, y les daba con reconocimiento. A pesar de sus males, ellos bendecian á su Soberano. La Duquesa, vertiendo dulces lágrimas, les decía: amigos míos, amadle siempre y rogad por él: él vela sobre vosotros, sufre vuestras penas, y hallará modo de remediarlas. Hablando de esta manera, les distribuía el oro pródigamente. Se unía en esta vez á la viva ternura que tenía la Duquesa por el Rey, una exaltacion de imaginativa,

que bastaba para formar lo que se llama comunmente una pasion violenta. Esta embriaguez se entretuvo, durante el camino, por las aclamaciones del pueblo que encontraba. ¡Qué armonía mas encantadora, que la que forma la reunion de tantas voces, celebrando con brillantéz un objeto que se ama apasionadamente! ¡Qué filantropía se encuentra! ¡Qué buenos, qué sensibles nos parecen todos aquellos que experimentan tal delirio! ¡Qué admiracion causa, en semejante caso, que haya quien piense tan negramente de la especie humana! ¡Cómo embriaga el poder decir: *El objeto de todos esos homenages, ese héroe, ese Soberano adorado, á mí sola me ama! Yo solamente puedo unir su felicidad á tanta grandeza y tanta gloria! Sus pueblos bendiciéndole, la Europa entera admirándole, solo formarán su fama; pero él no puede ser feliz sino por mí!* Estas ideas y esta embriaguez destruyeron, durante el viage, los sentimientos, el arrepentimiento y los remordimientos que hasta entonces habian mezclado tanta amargura á este amor tan tierno y tan constante. Despues de tantos alarmas, un gusto tan repentino ocupaba enteramente el alma de la Duquesa! Ella desterraba de sí los dolorosos re-

cuertos, y todo otro sentimiento; se creía justificada por la gloria de su amante; gozaba no solamente de la que acababa de adquirir, sino tambien de todo lo grande que él debia hacer en adelante; su corazon le daba anticipadamente el título glorioso que recibió (1); el amor, sobre un solo punto, le descubria lo por venir. ¡Puede dejarse de preveer lo que honra su objeto? Ah! solo á él toca predecir los sucesos y triunfos!

Ya se acercaban á Amiens, estando solo á distancia de tres leguas, cuando, en la altura de una montaña, descubrió la Duquesa una partida del Ejército.... A vista de ella, la prudencia y la razon la abandonaron, y olvidó todas las consideraciones humanas; ella no estaba ya capaz sino de hacer un solo cálculo, y es, que dejando el camino real, y tomando uno menos frecuentado, verá al Rey algunos minutos antes que los demás (2). Al momento ordena á sus cocheros que lo ejecuten; en vano le representan que es cuasi impracticable: es

(1) A la vuelta de la conquista de Flándes, recibió Luis XIV el título de: Luis el Grande.— *El Traductor.*

(2) Memorias de Montpensier.

muy bueno, responde, pues es el mas corto.... En fin, variaron el camino, á pesar de que era horroroso. Aunque la Duquesa era naturalmente muy tímida, en este momento nada la intimidaba; no consideraba el peligro de voltearse el coche, sino en la desgracia de la tardanza: ningun otro riesgo existía en su pensamiento. El amor dá á la vez la confianza y la intrepidez: cuando uno se expone por él, se cuenta de tal modo con su estrella, que todos los riesgos desaparecen.

A pesar de los surcos, piedras y hoyos profundos, la Duquesa esforzaba fuertemente á los cocheros á que avanzasen con rapidéz: ya quedaba poco camino; pero para ella era inmenso, pues la separaba de Luis! Con la mas violenta agitacion, sacando la cabeza fuera de la puerta, y el rostro bañado en lágrimas, ella dirigia sus ansiosos ojos á lo lejos, aunque la llanura del terreno y gran cantidad de árboles no le permitian distinguir las tropas; pero sabia que se acercaba, y cada paso aumentaba su agitacion y el ardor de su impaciencia. Nosotros vamos á verle, exclamaba; oh! ¡cuál será su alegría! ¡cuál mi felicidad! En medio de estas ideas deliciosas, de repente caen en una grande ho-

ya, se volteó la berlina, y se quebró un cristal, recibiendo madama de la Valliere dos heridas bastante profundas, una en la barba, y otra en el brazo derecho, que con el choque de la caída se habia tambien lastimado. En el momento mismo de este accidente, su primer movimiento fué gritar á los criados, que levantarán prontamente el carruage: obedecieron, y continuaron la marcha. La Duquesa sufría grandes dolores del brazo, que se habia hinchado excesivamente, á pesar de que lo llevaba colgado de un pañuelo; pero se repetía las siguientes palabras: *El conocerá el riesgo que he corrido por anticiparme su vista!*.... Sin embargo, para no causarle susto, enjugó cuidadosamente la sangre de sus heridas. En este instante, echando los ojos sobre la campaña, un grito penetrante salió de lo mas íntimo de su corazon: ella veía las tropas, y distinguía ya al Rey!.... Este Príncipe, que conoció la berlina y libréas de madama de la Valliere, partió de galope ácia la Duquesa desatinada; se acerca á la puerta del coche, diciéndole: ¡Pues qué, primera que la Reina! Estas fueron sus primeras palabras: palabras que reprobaban su empeño imprudente, sin duda; pero muy tierno!....

¿Un reproche severo á tanto amor!.... La Duquesa, herida como de un golpe de rayo, quedó inmóvil, helada, humillada, guardando un profundo silencio: ¿qué habia de decir para justificarse, cuando él la condena? Sin embargo, dirigiéndole la vista, percibe que trae un brazo pendiente del pañuelo, se conmueve, la pregunta la causa; la Duquesa no estaba capaz de responder, y sus criados le explican lo que acababa de suceder. Ah! exclamó entonces el Rey: cuando yo estaba enfadado de veros venir por ese camino, era un presentimiento de la pena que experimento! Esta frase reanimó un poco á la Duquesa; pero no la consoló: hay ocasiones en que nada repara una palabra dura, escapada en un primer movimiento: la perdona fácilmente quien ama; pero no la olvida jamás: un corazón, profundamente herido, nunca se cura; porque la ternura y la dulzura preservan del resentimiento; pero no del sufrimiento. El Rey se mostró muy sensible; pero ya no era tiempo: todas las quimeras de felicidad acababan de desvanecerse; una cara ilusion se habia, en fin, disipado! La conversacion fué corta, por estar el Rey precisado á continuar su camino para encontrar á la Reina; no obstante, dijo á la Du-

quesa, que para procurarle algunas horas de descanso, él dormiría en Amiens. Al oír la Duquesa la palabra descanso, no pudo la infeliz contener un profundo suspiro; mas el Rey no lo oyó, y la dejó. Ella se sentía medio desmayada, no obstante le seguía siempre con los ojos; pero él no volvió una sola vez la cabeza!.... Muy luego una nube de polvo lo oculta á su vista; entonces, cuasi sin sentidos, cayó oprimida en medio de su coche: se asusta de hallarse sola, entregada á sí misma; en vano quiere ahorrarse crueles reflexiones; un pensamiento dominante y terrible oprime su corazón y ocupa su imaginacion; una voz fúnebre grita en lo interior de su corazón herido: *él no me ama ya!...* Los recuerdos vivos y rápidos, semejantes á la luz del relámpago pavoroso, le hacen entrever la horrorosa verdad, y acordarse de cuantas advertencias ha despreciado. Los sentimientos mas amargos se unieron á su dolor, de tal manera, que le impedían hasta el desahogo de las lágrimas; porque las secaba la indignacion. Su brazo la hacia padecer mucho, y este dolor físico producía uno moral, mil veces mas sensible, al que atribuía la causa y el resultado. Apenas llegó la Duquesa á Amiens, cuando el

Rey, seguido de un cirujano, entró en su cuarto: ella no vió en este paso sino un esmero, propio de la humanidad y la compasion. Mientras el facultativo examinaba la herida, llegó madama de Montespan; la Duquesa se sobresalta, y, en el momento, mira al Rey, quien manifestó un aire confuso. Madama de Montespan corrió á abrazar á la Duquesa, á quien tocó ligeramente el brazo; ésta la repelió, diciéndole: ay! *retiraos, que me haceis mal!* Madama de Montespan, que de nada se turbaba, manifestó entender estas expresiones del modo mas sencillo; pero no quiso tomar asiento, porque dijo, tenía que volver al instante á la compañía de la Reyna, y salió. Ocho minutos despues se despidió Luis de madama de la Valliere, informado ya por el cirujano, que el brazo de la Duquesa no estaba ni dislocado ni quebrado.

Una sola sospecha basta comunmente para disipar un largo error; se abren los ojos, se mira, y se le vé. La inteligencia del Rey, y madama de Montespan, le pareció tan clara á la Duquesa, sobre todo, recordando tantos rasgos que la confirmaban, que ya solo se admiró de su pasada ceguedad; sin embargo, su corazon combatia la conviccion de su entendimiento; ella se

repetia: *yo no tengo pruebas ciertas.* Ella no estaba por eso menos convencida de su desgracia; pero sentia algun consuelo en poder decirse esta frase (1). Sus criadas la desnudaron para meterla en cama; estaba tan agoviada del cuerpo y del espíritu, que no podia moverse ni sostenerse, y así se dejaba sin ayudarlas ni hacerles resistencia. Le presentaron un espejo, y dirigiendo á él sus ojos, se sobresalta al ver el cambio de su semblante: al momento recuerda la brillante figura de madama de Montespan, se compara á su rival, y un sentimiento humillante llena su corazon de amargura. A pesar de sus extravios, habia en su alma tal fondo de pureza, que jamás habia pensado que los encantos de su figura fuesen un medio de atraer al Rey; pero en aquel instante, aunque se avergonzase de ello, deseaba la hermosura: ella encontraba mayor la pérdida de lo que era efectivamente; tenía las mismas gracias, unos ojos incomparables, y una fisonomía celestial; pero teniendo tanta sensibilidad, ¿cómo podia conservar el vivo frescor de la juventud!

(1) ¡O rareza del amor, que aun las ficciones se desean, y se procura darles el aspecto de verdad!

A pesar de su fatiga y descaecimiento, no pudo en toda la noche gustar un momento de sueño: no obstante, á la mañana siguiente su brazo estaba cuasi bueno, y partió al mismo tiempo que la Reina. ¡Cuánto sufrió en este camino, que acababa de pasar en una situacion muy diferente! Todo lo que habia causado su alegría y sus transportes, le causaba ahora las mas dolorosas sensaciones, que la sumergian en un horrible abatimiento. Aunque amase al Rey con mas pasion que nunca, ella experimentaba un sentimiento indefinible y penoso, al oír al pueblo celebrar sus hazañas: entonces debió conocer, cuán egoista es el amor mas tierno. Aquellos gritos patrióticos no podian ya lisongearla, embriagar su amor propio, ni producir sino un triste movimiento, parecido á la embidia. Lo que hay mas horroroso, despues de la inconstancia de un amante, es perder, antes del rompimiento, toda ilusion sobre sus propios sentimientos; y no poder ya deificar este afecto, al cual todo se ha sacrificado, y que se creía tan desinteresado, tan poco comun, tan generoso. Entonces, examinándolo, ¡cuántas pequenezes, cuántas personalidades se descubren! ¡Cómo se reprehende su debilidad, tratándola de imprudente

y culpable! ¡No hay consuelos, no hay excusa! ¡Ah! Para ser buen juez de si mismo, es necesario dejar de ser amado. Esta fatal desgracia nos quita siempre algo de nuestra propia estimacion, y destruye todos los prestigios, todos los encantos del amor.

Llegaron tarde á Versalles: la Duquesa á nadie vió, y se encerró en su casa. Madama de Montespan refirió al Rey, que la Reina estaba excesivamente ofendida de que madama de la Valliere hubiese querido verle antes que ella; aunque no dejó de exagerar el resentimiento de la Reina, y sí procuró pintar con los mas vivos colores la indignacion de toda la Côte. Ella sostuvo, que la frialdad natural de la Duquesa (así llamaba su modestia) haciéndola incapáz de entusiasmo, no habia podido ejecutar tal accion, sino por insultar á la Reina. Madama, y la Señorita de Montpensier, enemigas personales de la Duquesa, aprovecharon tal ocasion para declamar contra ella; agregaron que la Reina, en el momento de ver salir su carruage del camino real, tuvo impulsos de mandarlo detener por sus guardias (1); y que

(1) Memorias de la Señorita de Montpensier.

al mismo tiempo habia dicho, que conocía claramente, por la insolencia actual de madama de la Valliere, que toda la humildad manifestada, durante la ausencia del Rey, no habia sido sino obra de la bajeza y la falsedad. Aunque todas las damas que iban en la carroza de la Reina no habian perdonado nada de cuanto podia irritarla contra la Duquesa, esta Princesa no habia dicho semejantes expresiones; mas este discurso fué tan repetido y tan aprobado, que la Reina, acaso lisongeandose de que se le atribuyera, no tuvo la franqueza de desmentirlo; con lo que necesariamente se veía obligada á tratar á la Duquesa con mas sequedad que antes. Esto era lo que se deseaba, esto lo que se esperaba....

La mañana siguiente no pudo la Duquesa escusarse de recibir muchas personas, que vinieron únicamente á instruirla de estos pormenores. Benserade, que le profesaba una sincera amistad, y que siempre se habia conducido lealmente con ella, no se habia atrevido, sin embargo, á advertirle la traicion de madama de Montespan; pero no le ocultó la perfidia con que ella habia tratado en esta ocasion de irritar el ánimo de la Reina y el Rey: madama

de la Valliere suspiró, devoró sus lágrimas, y no respondió cosa alguna: su corazon estaba muy lastimado para descubrirse.

A poco vino el Rey; la Duquesa se pone pálida al encontrarse sola con él, temerosa de una explicacion: en efecto, no podia hallar en ella mas que la completa confirmacion de su desgracia! El Rey estuvo frio y turbado: rompió la conversacion anunciando hallarse cargado de negocios, que solo le permitían demorarse un instante; y luego dijo á la Duquesa: que con ocasion de su vuelta, y la conquista de Flándes, se presentaria aquella noche toda la corte en el cuarto de la Reina, adonde deseaba verla. Madama de la Valliere hizo una señal de obediencia, bajó sus ojos llenos de lágrimas, y guardó silencio. Conoció que el Rey exigia este paso respetuoso como una especie de reparacion del agravio, que se le imputaba, hecho á la Reina. Continuó el Rey hablando de otras cosas, y, repentinamente, sacando su muestra, salió con precipitacion: la Duquesa quedó en un estado de abatimiento, semejante á la estupidez; en fin, á la noche se presentó en la cámara de la Reina. Todos los patios estaban iluminados, un inmenso pueblo los ocupaba; to-

do anunciaba felicidad, gozo; y esta misma alegría pública parecía agravar los males de la infortunada Duquesa. La Reina la recibió con la mas seca gravedad; todas las Señoras le manifestaron un aire de ceremonia; porque en tales lugares no se ejecutan escenas, y la malevolencia y el desdén, solo se muestran por medio de una política afectada, seria y graciosa. La Duquesa, penetrada de dolor, débil y aun enferma, no experimentaba toda la confusion que deseaban causarle; porque su estado no permitía reflexionar, ni observar; pero sí sentia cierta indisposicion y un desaliento, que le infundian los mas vivos deseos de substraherse á tan penosa violencia. Estaban todos de pie; y la Reina, despues de haber recorrido el círculo, se apoyó en la cornisa de una chimenea, y esperaba al Rey para comenzar las partidas de juego, platicando con madama Henriqueta, la Princesa Palatina, madama de Soubise y madama de Montespan. La Duquesa se hallaba al extremo opuesto del salon, y como las señoras que allí se habian reunido, hablaban entre ellas con viveza, no le dirigian una sola palabra, ni aun manifestaban haberla observado; ella se habia separado dos ó tres pasos del corrillo mas inmediato, y no pu-

diendo cuasi sostenerse, pálida, inmóvil, los ojos tristemente fijos á la puerta, por la cual debia entrar el Rey, esperaba con encogimiento que apareciese en la cámara, decidida á irse en el momento. Repentinamente madama de Montespan deja el grupo que cercaba á la Reina, atraviesa el salon con un aire triunfante, y se acerca á la Duquesa; le habló de un modo interesante, como compadecida de su aislamiento y confusion. Esta afectada bondad, sacó á madama de la Valliere de su distraccion; mas no pudiendo soportar la proteccion de madama de Montespan, la recibió con la mas notable sequedad. Madama de Montespan, sin darse por entendida, la dijo, sin embargo, tres ó cuatro expresiones en un tono indiferente y ligero, y en seguida se separó. Un minuto despues se abrió la puerta, y el Rey se presentó: echó la vista sobre aquella reunion, y con una ojeada penetró cuanto pasaba y lo que habia precedido: vió á madama de la Valliere mal acogida, desamparada, aislada, humillada, hallándose en la concurrencia solo por obedecerle!.... En este momento, su equidad natural, su grandeza de alma y su arrogancia, ocuparon el lugar del amor, que ya no le tenia; y acercándose á ella, le ha-

bló con una expresion que confundió á los observadores. La primera persona que nombró Luis para su partida de oca (1), fué á la Duquesa; y notando que estaba medio trémula, y tendría incomodidad en atravesar el salon, hizo poner la mesa en el lugar que ocupaba, y comenzó la partida. No llamó á madama de Montespan, ni la miró una sola vez en toda la noche, é hizo sentar á la Duquesa á su lado, ocupándose de ella solamente: halló modo de decirle, de mil maneras, las cosas más tiernas y más lisongeras, con aquella delicadeza y gracia que era propia solo de él: ella, no obstante, no vió en esta conducta sino la generosidad que le conocia; pero su corazon luego se engañó, y empezó á recuperar, por grados, la esperanza de toda su felicidad. Fácilmente se apodera de nosotros un error cuando se quiere! y ella habia siempre confundido en su alma la pasion y la fiel amistad, con lo que volviendo á encontrar la ternura en las miradas del Rey, creía encontraba tambien el amor. Al acabarse el juego vinieron á participar al Rey, que en los patios de

(1) Juego francés, de suerte, que ellos llaman Hocca.

Versalles, el pueblo se habia entregado a un entusiasmo tan extravagante, que para hacer fogatas de regocijo, estaban quemando las sillas de manos de las damas; y que en el pátio de los principes echaban al fuego los artesonados y entarimados que se destinaban para la gran galería. S. M. se echó á reír: dejad que hagan lo que quieran, respondió, harémos otros; no quiero turbarles su alegría (1). Esta respuesta hizo correr las lágrimas á la Duquesa: la admiracion le restituyó toda su confianza; se le figuró que era imposible que quien mostraba un reconocimiento y una bondad tan tierna, aquel que parecia tan sensible á la dulzura de ser amado, pudiese ser ingrato con ella.

Luego que el juego se acabó, se levantó el Rey, y todos quedaron de pie medio cuarto de hora: madama de Montespan y los enemigos de la Duquesa, dejaban ver en sus semblantes una expresion patente de confusion y descontento; la demás concurrencia, de uno y otro sexo, rodeó á madama de la Valliere, quien jamás mostró más sencillez, agrado y modestia. La Reina, á quien el Rey acababa de hablar en voz muy

(1) Memorias de Choisy.

baja, se acercó á ella con un aire un poco turbado; pero le dirigió la palabra con mucha benignidad: la Duquesa conoció, que aun era el Rey quien le hablaba, pues le fué fácil adivinar que él habia prescrito este paso, y su ternura no le permitió responder sino con una inclinacion respetuosa, y una mirada la mas afectuosa: de este modo salió del salon, reanimada y vuelta á la vida. Muchos cortesanos la acompañaron, disputándose la preferencia; y al concluir las escaleras llamaron á sus criados, y dijo ella: *supongo que mi silla fué una de las quemadas*: en efecto, era así. Entretanto que se informaban, llegó madama de Montespan sola, porque todos los favoritos del Rey estaban con su rival: su fisonomía estaba sombría, y su continente agitado. Madama de la Valliere, acercándose á ella, le habló con un semblante agradable y sereno; y madama de Montespan, aparentando un tono de ingenuidad, la felicitó por hallarse menos abatida que cuando entró al cuarto de la Reina: ciertamente, respondió la Duquesa con naturalidad, estaba entonces tan dolorida!... pero ya no lo estoy.... A estas palabras, madama de Montespan se sonrió maliciosamente, con deseo que se observase su sonrisa: quería

poner en duda el favor de madama de la Valliere, y al mismo tiempo renovar la inquietud de su rival: la Duquesa no se alarmó; pero, penetrando su intencion, se irritó vivamente. A la sazón le avisaron, que su silla estaba reducida á cenizas: ¡ahl tanto mejor, exclamó, nos iremos á pie. Lauzun y el Duque de Roquelaure, se ofrecieron á acompañarla: el primero, que debia cenar en casa de madama Montespan, dirigiendo á ésta la palabra, se excusó de conducirla hasta su casa; á lo que ella respondió irónicamente: esto es muy sencillo, madama de la Valliere necesita mas de un apoyo, y yo puedo pasarme sin él (1). Si, Madama, respondió la Duquesa, es cierto que necesito de apoyo; pero jamás lo busco; y concluyendo estas palabras la dejó. Entrando la Duquesa en su casa y hallándose sola, empezó á reflexionar todo lo que habia pasado aquella noche, y se confirmó en la dulce opinion de que habia recobrado todos sus

(1) La ironía de madama Montespan era ofensiva á la Duquesa en doble sentido: ella era coja, y se le suponía caída del favor del Rey; la Duquesa penetró su intencion, por eso en su aguda respuesta le dice, que *ella no busca apoyo*; aludiendo á la embidia de madama Montespan, é intrigas contra su rival.—*El Traductor.*

derechos sobre el corazón de Luis, ó por mejor decir, que nunca los habia perdido; mas ella conservó todas sus sospechas contra madama de Montespan: acababa de ver su despecho y acritud, y no podia olvidar una infinidad de rasgos, que probaban su ambicion y falsedad. Este mismo caracter la aseguraba mas; no se persuadía que el Rey concibiera una gran pasion por una persona, que bajo de ningun aspecto merecia su estimacion: á pesar de esto, se vió obligada á confesar, que madama de Montespan habia seducido al Rey un momento; mas pensó que esta fantasía pasagera solo habia dejado en su corazón un profundo desprecio ácia aquella que habia hecho traicion á la amistad, con tanto artificio y perfidia: imaginó que madama de Montespan no volvería á visitarla; pero se engañó. Esta, furiosa con el triunfo obtenido por la Duquesa, conoció que era peligroso manifestar al Rey su sentimiento; veía que Luis gustaba de que se honrase siempre el objeto que tanto habia amado; y que, por otra parte, conservaba á madama de la Valliere una adhesion que podia, á los ojos de los demás, confundirse con el amor: en fin, se persuadió, que jamás empeñaría al Rey á declarar públicamente su inconstancia, y rom-

per con la Duquesa. No obstante, madama de Montespan no podia contentarse con ser preferida en secreto; todos los intereses de su corazón y su vanidad, le hacian desear con ardor ocupar, sola, lo que se llamaba en la Côte la plaza de madama de la Valliere. Ella se repetía, que su rival no sabia distinguir el amor de la amistad; que crédula y confiada, no atribuía la frialdad del Rey sino á efecto de una larga habitud; y que siempre que él le manifestase los mismos cuidados y la misma ternura, estaría satisfecha, ó, al menos, no se quejaría jamás. Madama de Montespan tenía, indudablemente, por el Rey una violenta pasion, que la hacia mayor la gloria que este gran Príncipe acababa de adquirir: ningun sentimiento de honor era capaz de reprimir su ambicion: no ignoraba que todos conocian su debilidad, y que los numerosos enemigos de la Duquesa le mostraban tanto interés, porque esperaban que triunfaría de su rival. Conocía bastante la Côte, y estaba segura que todos sus partidarios la abandonarían, observando que estaba desavenida con la Duquesa, y no tenia ascendiente para obligarla de nuevo á dejar la Côte. Pero, ¿cómo se habia de manejar esta intriga, siendo Luis incapaz de semejante

crueldad, indignándose solo de que se le aconsejara, y debiendo la Duquesa conocerla por pruebas muy formales y positivas? Madama de Montespan no se atrevia á declarar la verdad, temiendo irritar al Rey: esto habria sido faltar á sus promesas, y rasgar groseramente el velo que cubria su ambicion. Era preciso, pues, que el acaso descubriese todo á madama de la Valliere, ó que al menos, le quedase alguna disculpa á madama de Montespan: esta reflexion le sugirió la idea de una extratagema, que ejecutó al momento.

Madama de Montespan tenia un librito de memoria con el retrato del Rey, y dos cartitas muy apasionadas, escritas de su propio puño: lo metió en su bolsillo, y se dirigió á casa de la Duquesa. Esta, no previendo tal visita, no habia podido excusarse, y se sorprendió sumamente al verla entrar. Madama de Montespan fingió una turbacion, que ciertamente no tenia, y daba á entender, que deseaba una explicacion, que rehusó la Duquesa. La conversacion fué lánguida y forzada; pero duró bastante la visita: se levantó madama de Montespan, y salió precipitadamente. Pasados algunos minutos, dirigió casualmente la vista la Duquesa,

sa, al lugar que acababa de ocupar madama de Montespan, y divisó un libro de memoria, abierto, de manera, que medio percibió el retrato del Rey: se quedó inmóvil un momento, con los ojos fijos sobre este objeto: en seguida, con una mano trémula, toma el libro de memoria, bien cierta que no se habia quedado por olvido, sino con algun designio: lo mira, conoce la letra del Rey, y empieza á leer temblando.... La primera carta estaba datada tres meses antes del viage de Amiens; y la segunda, despues de la vuelta. ¡De este modo se descubrió repentinamente la verdad á la infortunada Duquesa! La opresion que experimentó, creyó serle funestísima; porque no pudo verter una sola lágrima. Un amargo resentimiento, una profunda indignacion sofocaban su sensibilidad, ó, al menos, reprimian su desahogo: echando en su contorno miradas de admiracion, se veía sola en el universo; sola, con la vergüenza y los remordimientos!.... ¡Fausto ignominioso! exclamaba: ¡pompa horrible! ya puedo, en fin, despreciaros!... ¡Un nudo fatal me tenia en este palacio; ya se rompió!.... yo no soy ya sino una esclava extrangera. Mas, ¿qué lugar me servirá de asilo? ¡Me atreveré á presentarme en mi patria?....

¡No me basta huir; es preciso ocultarme: elegiré un retiro obscuro; allí podré vivir olvidada, y ya ninguno vendrá á buscarme!... Esta última reflexion oprimió de tal modo su corazón, que sintió la abandonaban todas sus fuerzas; sin embargo, no quería llamar á ninguno para que la socorriese, y perdiendo ya el conocimiento, anunciaron á Benserade. La vista de un amigo la reanimó, se enterneció, y sus lágrimas al fin corrieron. Benserade, vivamente compadecido, le pregunta la causa de su situación; y ella solo responde con un torrente de lágrimas, dándole al mismo tiempo el libro de memoria y diciéndole, que madama de Montespan lo habia dejado allí. Y bien, respondió Benserade: está conocido que ella quiso instruiros de un secreto ignorado solo de vos; pero el medio de que se ha valido os prueba, que ella lo ejecutó sin consentimiento del Rey, y aun contra su intencion: cuando el Rey os ha ocultado esta intriga, tiene deseos de conservaros; vengáos de madama de Montespan quedándoos. Haced que nada sabéis, y que no habeis visto tal libro de memoria. ¡Qué me proponéis! exclamó la Duquesa, disimular? quedarme, cuando él me engaña y me hace traicion; cuando ya no me ama?....

Si vos quereis, replicó Benserade, reinareis siempre, sola, y á despecho de vuestra rival.... Ay! ¡qué me importa? interrumpió madama de la Valliere: cuando él no amaba sino á mí, ¿he querido reinar? No, respondió Benserade, é hicisteis un perjuicio á vuestro mismo amor. No creais que se liga sólidamente á los principes, sino aprovechando su favor brillantemente, y obteniendo de ellos gracias extraordinarias; las que conceden son, á sus ojos, y á los de las damas, la medida del sentimiento que experimentan; ellos creen haber amado, de modo, que no puedan romper, ni desdeirse, cuando se admiran de sus propios beneficios; no quieren formar nueva union, que daria el mismo derecho de tener igual ambicion; porque tienen interés en que se crea que no harian semejantes gracias por ninguna otra persona. Vuestra moderacion os ha valido la estimacion de los Parisienses; pero os ha privado de toda la consideracion que podiais haber tenido en la corte. Recobrad este imperio; aun es tiempo: no le tendreis como dimanado de la primera embriaguez de la pasion, será aun mas sólido; el reconocimiento y la amistad os lo darán, y nada os podrá quitarlo. Ay! exclamó la Duquesa: de

qué me serviría ese imperio odioso, que se me ofrecería como una indemnización!.... Yo lo he rehusado del amor, ¿y había de recibirlo de la compasión? En el tiempo que he sido amada, he mirado como una especie de insulto las solicitudes de los que no conocía; los mandaba con sequedad á los ministros y demás personas públicas, y por eso me he formado tantos enemigos. Después de haber sacrificado mi reputación, quería honrar, al menos, con mi desinterés, el sentimiento que he tenido por él; quería, en fin, mostrar hasta qué exceso merece ser amado!.... ¡Yo, consolarme por la ambición; usurpar un crédito deshonesto á mis ojos!....

—Llevais demasiado lejos vuestra delicadeza; la reflexión os dará otros pensamientos.—Jamás.—Mirad que es delicioso despojar y humillar una rival con todos sus partidarios; y si tomáis un partido violento, colmaréis todos sus votos.—¡Qué me importa su alegría!.... Yo no puedo pensar sino en mi dolor: que ellos triunfen ó no no seré por eso menos desgraciada. El no me ama ya! ¿Qué otro pensamiento puede unirse á este? Ay de mí! El zelo mismo no podría distraerme de él.... El no me ama ya! No soy ya necesaria á su felicidad; ¡qué digo! soy un

obstáculo á ella. El ya no padecerá estando lejos de mí; no me buscará; me olvidará! Ideas terribles, incomprensibles, hielan y confunden la imaginación! Al pronunciar estas palabras, estaba pintado en el semblante de la infortunada tal trastorno, que Benserade se llenó de temor, y le dijo todo cuanto su amistad pudo sugerirle de mas consolatorio. La Duquesa no respondía; había tomado su partido, y no se confía una resolución firme, cuando se sabe que ha de ser combatida. Apenas Benserade se retiró, cuando la Duquesa, llamando á su secretario, escribió al Rey la siguiente

CARTA.

„Vos no me amáis ya! He visto este decreto horroroso, trazado, de vuestra propia „mano; le he leído!.... y al menos no me será confirmado de vuestros propios labios. Esa „voz, querida, que hasta ahora no ha herido mis „oídos, sino para asegurar mi corazón y enter- „necerlo, no la oiré perjurar! No veré en vuestro „semblante la expresión cruel de la confu- „sion y la indiferencia.... Voy á partir!.... „Ay! ¿Cómo despojada ahora de toda ilusión quer- „ría veros? Ya no os conocería!.... ¡O cielos!

„Qué será de mí! En todo el universo no en-
 „cuentro mas que una horrorosa soledad, y en
 „lo interior de mi alma una desesperacion, que
 „se apodera de ella enteramente. Ay de mí!
 „Cuando me amabais, conservaba aún la virtud
 „por los remordimientos; vuestro amor aun los
 „fortificaba: podia consolarme, creyendome in-
 „digna de vuestra ternura bajo de todos los as-
 „pectos, y no justificar vuestra union por un ca-
 „racter irrepreensible? Mas, cuando he perdido
 „vuestro corazon, ¿qué puedo echar menos? To-
 „do me habeis quitado! sí, todo, hasta el sen-
 „timiento, que acaso escusaba mis faltas. De na-
 „da os culpo; no: vos no me habeis seducido;
 „yo misma me he perdido! Antes que me hu-
 „bieseis descubierto, yo os amaba: mientras que
 „estaba ignorada de vos, oculta entre la mul-
 „titud, yo no veía otro objeto que vos (1), ya
 „no existía sino para vos: cuando vuestras mi-

(1) Esto hace referencia á lo que hemos dicho al principio. La Duquesa, cuando entró de camarista, por su genial timidez, se ocultaba entre sus compañeras; pero no atendía en la córte sino á los movimientos del Rey, quien le habia inspirado grande interés, y deseo de conocerle personalmente, como se ve por el suceso del retrato en la Posada de Tours. Véase el tom. 1. fól. 25.—*El Traductor.*

„radas distraidas caían sobre mí solo por ca-
 „sualidad, las mias os buscaban con anhelo!....
 „Me entregué á vos sin esperanza; debia per-
 „deros sin admiracion! Sí, yo sola soy la in-
 „sensata y culpable; mas tambien sola soy dig-
 „na de compasion! Ciertamente, que vos podeis
 „olvidarme del todo! Que ¿cuando ausente gima
 „en un profundo retiro, sin distraccion; ya no
 „pensareis en mí! jamas oireis si existo, ó si he
 „dejado de padecer!.... Qué aterrante idea! Ah!
 „Ni la de la muerte me parecia tan terrible, du-
 „rante los rápidos dias de mi felicidad! ¿Qué se-
 „rá mi vida cuando, para siempre, me vea bor-
 „rada de vuestra memoria? Pero, la compasion,
 „quizá me presentará á ella algunas veces!....
 „La compasion! Sí: ved, pues, el único sentimien-
 „to que en adelante puedo esperar de vos! Des-
 „graciada! Ayer, esta misma mañana, me creía
 „amada!.... La noche pasada he gustado el mas
 „dulce reposo. Mi primer pensamiento, al des-
 „pertar, fué un sentimiento de felicidad; y una
 „hora despues he visto desvanecerse, para siem-
 „pre, todas las vanas fantasmas de una prospe-
 „ridad engañosa! No me queda mas, que una re-
 „putacion infamada; un amor desgraciado sin
 „ilusion; una vergüenza indecible sin arrepen-
 Tom. II.
 5

„miento!.... Oh! si mi debilidad me llenaba de
 „rubor cuando era amada, ¿cómo soportaré aho-
 „ra el peso de la deshonra? No me queda otro
 „refugio que la obscuridad, ni otra esperanza que
 „el olvido!.... Poseyendo vuestro corazon, era
 „criminal á mis ojos; pero no estaba envilecida
 „á los de los demás! Vuestra gloria no reflejará
 „ya sobre mí; siempre me será grata; pero no
 „me dará el derecho de envanecerme. Habeis
 „separado vuestro destino del mio; y yo no soy
 „ya sino un ente desgraciado, inútil en la tier-
 „ra, y consagrado, hasta mi último dia, al dolor.
 „En medio de la sorpresa de una revolucion tan
 „súbita, en el tumulto de mis pensamientos, no
 „se me oculta que me es imposible conocer los
 „horrorosos pormenores de mi situacion, y me
 „estremesco al penetrar que cada reflexion debe
 „agravar mi amargura; así el tiempo, lejos de
 „ser remedio á mis males, no podrá sino llevar-
 „los á su colmo!.... Soy madre, ¡ay de mí! y
 „mis hijos no me pertenecen. Viendome preci-
 „sada á huiros, debo abandonarlos. Si alguna vez
 „salgo de mi soledad, será á verlos furtivamen-
 „te. Oh! cuánto se avergozarán de tener tal ma-
 „dre! Y ¿qué excusa les daré? ¡Sabrán que de-
 „jasteis de amarme!.... Hija mia! No la he vis-

„to desde que supe mi desgracia! ¿Qué haré, qué
 „le diré cuando me hable de vos? No pronun-
 „ciará vuestro nombre sin despedazarme el co-
 „razon; y sin embargo, desearé oirlo de su bo-
 „ca. Su ternura por vos es, aún, un vínculo pa-
 „ra mí tan dulce!.... Hijos míos! Vos los ama-
 „reis siempre! Existe, pues, todabia un sentimien-
 „to, que nos es comun, que ambos experimen-
 „tamos, sin que otro ninguno pueda participar de
 „él. A Dios! A mis hijos dejo todos vuestros do-
 „nes; solo uno llevo conmigo, y es, el primero
 „que recibí!.... Estos brazaletes no me dejarán
 „jamás!.... Ay de mí! Ya nadie me los envi-
 „diará! A Dios! Nunca os he amado tanto! Sí,
 „quiero deciros por última vez, lo que siempre
 „sentiré! Mas ya no me respondereis! Oh silen-
 „cio horroroso y terrible! el de la tumba es me-
 „nos funesto, porque le acompaña el reposo!....
 „A Dios!.... Si alguna vez mi memoria se ofre-
 „ce á vuestra imaginacion, que no os turbe: he
 „merecido mi suerte por imprudente y débil: es-
 „toy resignada: gimo, pero no murmuro; mas en
 „cualquier instante que penseis en mí, decid: ella
 „llora lo mismo que el dia de su partida.”

La desgraciada Duquesa encargó á uno de
 sus ayudas de cámara de entregar esta carta al

Rey, á su salida del consejo. Luego, despues de haber abrazado á sus hijos, vertiendo un diluvio de lágrimas, se arrancó de sus brazos, y fué á encerrarse al convento de Chaillot. Esta era la segunda vez que se refugiaba allí por su voluntad; mas ¡con qué diferencia, y qué mudanza en su situacion! La primera vez, pura todavia, huía de un amante apasionado: la arrogancia, la gloria, la virtud, todos los mas nobles movimientos del corazon sostenian entonces su valor; y ahora, despues de haber perdido su propia estimacion; oprimida de la vergüenza y el dolor; no previendo mas que una manifiesta desgracia, se oculta de quien la abandona.

Las religiosas de Chaillot, llorando sus errores, le habian conservado una tierna amistad. Madama de la Valliere, lejos de olvidarlas durante su morada en la córte, se complacía en colmarlas de beneficios, enviandoles todos los años limosnas para sus pobres, y ricos presentes para su iglesia. Su primer movimiento, despues de llegar, fué encerrarse sola en su aposento, adonde pasó el resto del dia, reflexionando y pensando poco. Ella fijaba el oído.... El menor ruido que viniese de los patios, ó de ácia las puertas; el mas ligero movimiento de la ca-

sa, le causaba violentas palpitaciones de corazon, y luego caía en un estúpido abatimiento: así pasó el dia. Llegada la noche, perdió enteramente la secreta esperanza que confusamente habia conservado hasta entonces; y este momento puso el colmo á su dolor. La agitacion de una precipitada partida, y la idea vacilante del efecto que produciria en el corazon del Rey, la habian fortalecido hasta esta época; pero estaba ya ocho horas en Chaillot; la dejaban allí abandonada; no se dignaban responderle; se unian á la inconstancia, la dureza, el desprecio mas bárbaro!.... Qué reflexiones!.... El despecho y la indignacion, son de todos los sentimientos los mas penosos y mas amargos, para los caracteres que juntan la dulzura á la generosidad. Las nuevas impresiones que sentia madama de la Valliere, eran tanto mas dolorosas, cuanto se hallaban en oposicion con su sensibilidad natural. Hasta entonces su amistad, su profunda ternura por el Rey, habian aventajado su amor; pero su resentimiento y su cólera exaltando su pesar, parece aumentaban su pasion: sus sentimientos, mucho menos tiernos, se hacian mas violentos: la vanidad herida, les mezclaba toda la acritud de la personalidad, todos los tormentos

del zelo. Su pensamiento se fijó en su rival, y con desesperacion: se representó á madama de Montespan con todo el brillo de su belleza, todo el encanto de sus gracias, triunfante, adorada, ejerciendo sobre el Rey un soberano imperio; vió á sus enemigos rodearlo, recibiendo de él los testimonios del favor, y formando á su rival una brillante córte. Recordó los consejos de Benserade; y aunque los despreció con tanta sinceridad como desden, se arrepentia de no haberlos seguido (1). Por la mañana hablaba solo el corazon, y en este momento de tan cruel abandono, el egoismo y el amor propio irritado, hacian oír sus voces tumultuosas. Sí, exclamaba, yo he debido quedarme; al menos los habria obligado á contenerse: jamás, en mi presencia, se hubiera atrevido á declararse abiertamen-

(1) Es muy difícil distinguir el amor que se profesa á los principes y á los potentados, de la galanteria; ó, al menos, que este no decline, tomando mas parte en él el amor propio que el corazon. Madama de la Valliere que, en tiempo de su privanza, por interesar mas á su amante no quiso brillar; porque solo apetecia reinar en su corazon; cuando ve preferida á su rival, aunque en secreto, ya siente no haber sofocado sus resentimientos, para derribarla; sin embargo que la infidelidad del Rey estaba cometida, y su triunfo solo seria exterior.—*El Traductor.*

te por ella. Fingiendo ignorarlo todo, yo obligaba á esta muger pérfida á prolongar un papel odioso, cuyo fin hubiera sido envilecerse á los ojos del mismo que me la ha preferido. No habiendo podido hacerme desterrar, ha precipitado mi fuga, y yo caí en el lazo!.... Ah! Qué he hecho? Ella, sin duda contiene al Rey; teme que vuelva á verme, y que me escuche!.... Piensa, pues, que podré enternecerle aún, y acaso atraerlo! ¡Y, qué! yo no estoy desterrada: ¿no podría volver á Versailles, y aparecer allí para confundir mis enemigos? Sí, quiero ver al Rey; hablarle; reprender en su presencia á mi rival su negra traicion: él sabrá con qué artificio ella ganó mi confianza; yo le diré: la amaba!.... Sí, mientras tramaba mi pérdida, la amaba!.... Ella me robaba vuestro corazon: ella os habia seducido; y yo la amaba!.... Sabré vencer mi natural timidez, y me vengaré.

La Duquesa no persistió largo tiempo en resoluciones tan contrarias á su caracter; muy pronto, succediendo el desaliento al despecho, la abandonó su cólera, y no le quedó mas que su desesperacion. Nuevamente empezó á acusarse de ser ella misma el origen de todos sus males.

Cuando todo el monasterio se recogió, el profundo silencio que reinaba, le causó una especie de sobresalto, pues se hallaba aun mas sola: se horrorizó, y á sí misma se temia. Ah! quién no temeria entrar en lo mas profundo de su corazón, estando despedazado por el amor y los zelos! Es imposible entonces sondearlo, sin envenenarse, y aun sin descubrir nuevas heridas!.... Abrió la Duquesa una ventana que caía al pátio principal: hacia un calor excesivo, la noche estaba serena y brillante: fijó sus ojos, nadando en lágrimas, sobre la reja de fierro, que no se abria sino para los obispos y los principes, y se acordó que, seducida por el Rey, habia abierto con él esta puerta de la clausura. Gran Dios! dijo, que no tuviese entonces valor de resistirle! Habria, al menos, conservado su estimacion y la mia; estaria ahora apasible, honrada! Mas de ocho años han corrido desde aquella época fatal; y, á pesar de sus cuidados y su ternura, no he disfrutado en este tiempo un solo dia de tranquilidad!.... No me he endurecido en el vicio; no he cesado de llorar la pérdida de mi inocencia; me parece que solo he permanecido en un amor criminal, para agotar todas sus amarguras!.... Mas, cuánto me amaba! Con qué violencia, con

qué amor me forzó á seguirlo! Aquí todo me retrata la pasion que él tuvo por mí; y en el lugar que habita todo le convida á olvidarme! Mientras que yo, extranquera, profano este asilo de santidad; sola, desamparada, fugitiva, paso la noche sin reposo; esperando el dia sin proyecto ni esperanza; él está en medio de una córte floreciente, rodeado de gloria, de homenages y de placeres: puede echar menos á la desgraciada que ha sacrificado! Esta es la hora que él dedica todas las noches á la sociedad. Sin duda en este instante, entregado al encanto de una conversacion que le divierte, escucha con interés, responde con su gracia acostumbrada, y tiene la sonriza en sus lábios!.... Y yo, sucumbo á mis mortales penas! Mis gemidos se pierden bajo estas bóvedas solitarias; el éco del claustro repite por primera vez las insensatas quejas del amor.... El objeto que las causa no puede oír las, ni ningun amigo recogerlas!.... A estas palabras se levantó, dió con un paso vacilante algunas vueltas en su aposento, y luego tomó la resolucion de ir á pasar una parte de la noche en el cementerio; no por buscar allí el fresco de la fuente y las yerbas, sino para retratarse mejor un evidente recuerdo, y acabar de embriagarse de

dolor. En aquel siglo famoso, las mugeres eran tímidas y medrosas: las mas sensatas y espirituales, no aplicaban su razon sino á su conducta, y al empleo del tiempo y de la vida: no procurando jamás penetrar los secretos de la naturaleza, su imaginacion viva y flexible multiplicaba los misterios y prodigios de aquella: perfectamente instruidas en sus deberes, y comunmente, aun en los negocios, teniendo las mas justas y las mas sanas ideas de la moral, probaban, que una extrema ignorancia de la fisica no se opone á la solidéz de caracter, á los encantos del espíritu, y á la perfeccion de costumbres.

Madama de la Valliere, educada en lo interior de una provincia, tenia, con mas razon que otra cualquiera, estas debilidades supersticiosas, que provienen menos de credulidad y de una creencia determinada, que de un entendimiento vivamente alucinado desde la infancia. Sin embargo, sin disiparse estas ideas sombrías, parece que un dolor profundo liberta del terror que ellas inspiran. La Duquesa, cuando todo el mundo se entregaba al sueño, bajó á media noche sola al claustro. Una lámpara espirante repartia una luz imperceptible en medio de un lar-

go dormitorio embovedado, que atravesó lentamente. Al entrar al claustro, se guió por la claridad de la luna, que alumbraba por las aberturas de los arcos. Ella oyó el ruido melancólico de la fuente; y el murmurio de esta agua, que serpenteaba al rededor de los sepulcros, le pareció formar quejosos sonidos; se conmovió, y se detuvo.... A medida que se acercaba, crecia su turbacion: avanza, y queda repentinamente petrificada de sorpresa, al aspecto de un objeto extraordinario: percibe de perfil una figura en la primera flor de la juventud, de una celestial belleza, que estaba de rodillas sobre el montecillo de césped, que servia de peana á la cruz, y abrazada de ella. La Duquesa, preocupada, creyó reconocer su propia figura, tal cual era en otro tiempo, en el mismo lugar, y en igual actitud cuando el Rey vino á llevarla.... Se acuerda de que en las tradiciones fabulosas se refiere, que quien ve una fantasma que se le parece, está amenazado de una muerte inevitable.... Se pone pálida, y fijando sus ojos sobre este objeto, que le parece inmóbil: gran Dios! exclama, representando mi imagen bajo los rasgos de la inocencia, que entonces tenía, y ahora he perdido, quereis á la vez reanimar mis re-

mordimientos, y anunciarme mi fin cercano! Mas, ¿por qué este horror que se apodera de mí, y me hiela!.... ¡O Dios de misericordia! yo debo temer la muerte: ¿y puedo sentir perder la vida, si me dais un verdadero arrepentimiento?....

Diciendo estas palabras, dió algunos pasos mas. Al mismo tiempo la figura prosternada se vuelve, y parece, á su vez, asustarse. Madama de la Valliere comienza á criar ánimo, notando que esta joven tiene velo blanco, y el hábito de novicia. ¿Quién sois? le pregunta.—Yo soy Emelina, responde la Novicia; mañana profeso, y me he levantado para venir á pasar aquí, orando, la noche.—¿Qué edad teneis?—Diez y seis años.—¿Os habeis levantado porque no podeis dormir!—Si, no puedo; el gusto me lo impide: mañana es para mí un dia tan bello!.... ¿Habeis vivido en el siglo?—Estoy en este convento desde mi infancia, y jamás he salido de él.—Ah! sois feliz en efecto! Oh hija mía! no podeis conocer toda vuestra felicidad! No sabeis de qué peligros, de qué dolorosos combates, de qué pesares inútiles y devorantes vais á libertaros! Esa barrera invencible, que pondreis mañana entre vos y el mundo, es un fuerte que os defiende de los ataques mas terribles, y de las mas opresivas pe-

nas: esa reja que va á cerrarse delante de vos, para no volver á abrirse, os separará de los seductores, de los perversos, y de los envidiosos. Ah! No mireis jamás este sagrado recinto como una prision! que aquí solamente se puede gozar de la deseada libertad, de seguir constantemente, y sin obstáculo, los principios que se reverencian, y las inspiraciones de la conciencia.... Fuera de estas murallas, sereis cruelmente tiranizada por el ejemplo, la costumbre y las pasiones.... Aquí habitan la paz y la verdad; todo está en armonía con los sentimientos de un corazon puro é inocente!.... Hablando de este modo, madama de la Valliere, no podia contener sus lágrimas; su rostro estaba inundado de ellas.... ¿Llorais, le dijo la joven Emelina; teneis algun pesar? Orémos juntas, Dios os consolará.—Emelina, rogad por mí!—De todo mi corazon.... Pronunciando estas palabras la novicia, abrazó la cruz de fierro, juntando las manos con un compasivo fervor! Interesante Emelina, exclamó la Duquesa: no dejes jamás ese reverente signo de nuestra salud; oh! no os dejes arrancar de él nunca!.... Sus sollozos la impidieron seguir; aplicó el pañuelo á sus ojos, y se retiró. Vuelta á su aposento se acostó;

allí se representó mas vivamente el sueño espantoso que habia tenido, nueve años antes, en aquel mismo lugar; en el cual vió en medio de una iglesia desconocida, sobre una tribuna elevada, aquella figura magestuosa, convidandola á refugiarse bajo un velo misterioso, que le presentaba. Sus ideas religiosas, sus proyectos vacilantes, pero virtuosos, calmaron un poco sus vivos dolores; y, durante su sueño, vió siempre á la piadosa é inocente Emelina velando, y orando por ella al pie de la cruz. Dos horas despues de amanecer despertó menos agitada; pero poniendose á la ventana que caía al pátio, sintió muy pronto renacer una secreta esperanza que le volvió la turbacion, y todos los movimientos que habia experimentado el dia anterior.

Despues de hallarse sentada en la ventana mas de una hora, percibió á lo lejos el ruido de un hombre á caballo, á todo galope, y luego una berlina tirada por seis ú ocho caballos, que á poco paró delante de la puerta principal del convento. Sin poder quasi respirar, escucho todo con un sobresalto inexplicable: tocan la puerta; corren las religiosas; hablan por la parte de afuera. Madama de la Valliere no

oye lo que dicen; pero se estremece, viendo que las religiosas bajan precipitadamente sus velos. El es! El es! exclama con transporte, y la alegría engañosa llega todavia á seducir su corazon agitado!.... Todo se perdonó, todo se olvidó: las penas, la cólera, el zelo, todo, hasta la fiereza.... Qué digo!.... Ah! lejos de conservar resentimiento, creía estar obligada á un reconocimiento apasionado. El es! El ama siempre! La memoria de lo pasado no deja otras señales en su alma, que el remordimiento de haber podido dudar de él. La reja se abre;... mas, ¡qué sintió la Duquesa cuando en lugar del Rey, á quien esperaba con toda certeza, vé al gran Condé! El venia solo (1)! La desgraciada Duquesa se retira de la ventana, y toma asiento!.... Algunos minutos despues entra el Príncipe en su aposento; se avanza á ella con todo el aire de la diligencia y el esmero; le entrega una carta del Rey, diciendole: que él está comisionado para conducirla; que el Rey la aguarda con impaciencia, y está extremadamente afligido con su fuga.... En otra oca-

(1) En esta segunda fuga de la Duquesa fué el gran Condé á traerla, por orden de Luis XIV.

sion, dijo Madama de la Valliere, él venia á buscarme en persona (1).... Al concluir estas palabras, abrió la carta con una mano trémula: en ella exprimia Luis una ternura, que era imposible rehusar á tan atractivas cualidades: le rogaba encarecidamente á la Duquesa que volviese: le protestaba, que no podia ser feliz sin ella. Este tono era el de una sincera amistad; pero no ya el del amor. Madama de la Valliere puso la carta sobre una mesa, y bajando los ojos guardó un profundo silencio. El Príncipe tomó de nuevo la palabra; le habia profesado siempre amistad, y le dió consejos muy semejantes á los que habia ella recibido de Benserade. Le habló de ambicion; ella no le escuchó; pero despues de haber reflexionado algun tiempo, vamos, dijo; él me llama: yo dejé este asilo, antes, por seguirlo; no quiero hoy rehusar á la amistad, lo que tuve la debilidad de conceder al amor. Diciendo estas palabras se levantó suspirando, y apoyandose sobre el brazo del gran Condé, salió con él: en la puerta del convento abrazó á las religiosas llorando: no es esta una última despedida, les dice, segura-

(1) Sus propias palabras.

mente volveré, y acaso bien presto [1].... Montó al coche con el Príncipe, y tomaron á toda prisa el camino de Versailles.

Durante la corta ausencia de madama de la Valliere, habian sucedido muchas intrigas en la córte. El Rey no pudo leer su carta sin enternecerse, y sin remordimientos; con cuyo motivo tuvo una explicacion con madama de Montespan, quien le sostuvo, que el suceso habia sido obra del acaso: el Rey manifestó creerlo, pero dudó de ello; y, á pesar de los esfuerzos é insinuaciones de madama de Montespan, quiso sostenerse y volver á llamar á la Duquesa. Madama de Montespan habia previsto el retiro de su rival, y se lisongeaba, que dando este paso, el Rey se alegraría, en lo interior de su alma, de verse desprendido de una muger á quien ya no amaba; porque ella no creía, que una tierna amistad pudiese suceder á un amor extinguido. Los corazones malos, á pesar de la finura del espíritu, hacen falsos cálculos. La elevacion de sentimientos es causa muchas veces de nobles errores; mas, tambien, en otras ocasiones, la sola grandeza de alma es una luz; se

(*) Histórico.

necesitaba de ella para juzgar bien á Luis XIV.

Madama de Montespan tuvo todavia que sufrir un pesar, que le fué enteramente imprevisto. La Duquesa tenia pocos enemigos, y menos partidarios: no obstante, el ruido de su desgracia parecia inspirar un sentimiento general muy favorable á ella. No la envidiaban ya; habia partido; se creía que no volveria jamás. En la córte, un destierro perpetuo produce los mismos efectos que la muerte. Entonces cada uno da una triste ojeada sobre sí mismo secretamente, y la fragilidad del favor causa á los mas intrépidos una suerte de espanto!.... La desgracia de madama de la Valliere hizo odiosa á su rival, y brillar mas su dulzura, su bondad y su desinterés: cada uno temia el carácter de madama de Montespan; conocian que no debía fiarse de quien habia derribado y sacrificado á su amiga, con tanta audácia como dureza: el interés personal y la compasion, se unieron á la justicia: los amigos mismos de madama de Montespan manifestaron admiracion, la que en tal caso era desaprobar su conducta. Deseaban que ella fuese preferida á su rival; pero tanta violencia, tanta prontitud horrorizó; porque todo el mundo, desde luego, supuso que la Duquesa habia

recibido orden de alejarse. El código moral de los cortesanos permite bien procurar la pérdida de aquellos á quienes se teme; pero prescribe ciertas formas, ciertos manejos indispensables para no incurrir en el vituperio universal. La córte es el lugar del mundo donde hay menos escrúpulo sobre el fondo de las acciones, pero mas delicadeza sobre las apariencias; las costumbres, bajo todos los aspectos, parecerian allí mejores que en cualquiera otra parte, si el secreto de los negocios pudiera siempre guardarse: cuando uno no recibe ninguna confianza, rara vez desaprueba lo que ve ú oye; pero se admira continuamente de lo que descubre en la córte.

Una nueva favorita, que no puede aspirar á la consideracion que da el aprecio, tiene contra sí cuasi á todos los que nada esperan de su crédito; así los que jamás habian tenido conexion con ninguna de las dos favoritas, declamaron contra madama de Montespan; los unos por verdadera indignacion, y los otros por acreditar rectitud y sensibilidad. Se sabe por experiencia, que en el mundo, vituperar con energía las malas acciones de otros, es una de las maneras que cuesta menos, y acierta mas para hacerse valer.

Madama de Montespan, tan asustada como sorprendida de este desenlace, tomó el partido, aunque con sentimiento, de publicar, que la Duquesa había partido voluntariamente; que el Rey la extrañaba, y la hacia llamar. Era muy duro para una persona tan vana y tan ambiciosa, verse forzada á debilitar ella misma la opinion que se había formado de su valimiento; pero su amor propio no podía tolerar el clamor universal: ella sostuvo á sus amigos, y aun al Rey mismo, que amaba siempre á madama de la Valliere; que la vería con gusto, y que deseaba tuviese el Rey por ella los cuidados y respetos de la amistad. Al efecto compuso frases ingeniosas sobre la amistad, y el poder invencible del amor: persuadió al Rey, seduciéndole; no solamente escusó su traicion, sino que encontró en él sentimientos compasivos y generosos.

A penas madama de la Valliere llegó á Versalles, cuando Luis corrió á su casa: la ternura que experimentó al verla, lo preservó del embarazo que debía haber tenido; y así no hubo explicacion; el Rey la estrechó fuertemente en sus brazos, vertió sinceras lágrimas, le pintó con la mas verdadera sensibilidad el pesar que

había tenido, y antes de despedirse fué á buscar á su hija, se puso de rodillas con esta encantadora criatura diciéndole: *No nos abandoneis mas...* No se necesitaba tanto para satisfacer un corazon tan tierno. No pudiendo engañarse madama de la Valliere sobre la inconstancia del Rey, creía que él se equivocaba acerca de sus propios sentimientos, que estaba arrastrado, seducido, y que él volvería á ella enteramente. Esta ilusion disipó, como por encanto, su dolor, y la indemnizó de cuanto había sufrido.

Como ninguno había aprobado su aparente desgracia, cada uno quiso hacerse honor con un sentimiento autorizado por la conducta del Rey: las mismas personas pesarosas de su vuelta creyeron debían sostener la opinion que imprudentemente habían mostrado: los enemigos esperaban una reconciliacion, y la desearon; porque temieron, que madama de Montespan perdería todo su imperio, si era verdad que ella no había contribuido á la separacion de la Duquesa: por otra parte, la conocían bastante para no dudar, que había hecho vanos esfuerzos á fin de impedir su vuelta. Supusieron que la Duquesa, ilustrada por la experiencia, rompería de un modo ruidoso con su rival, y trataría de to-

mar un ascendiente, que la preservase para lo futuro de toda suerte de reveses. Estas ideas le revivieron todos sus amigos, prometiendose darle buenos consejos, y esperando que ella tendría mas docilidad para seguirlos: todos los indiferentes, que se habian declarado en su favor al tiempo de su evasion, se imaginaron haber adquirido derecho á su reconocimiento. Repetian ya en alta voz lo que se habia dicho al oído solamente, ó en conversaciones particulares: se podia, sin bajeza, mostrar una especie de entusiasmo por la favorita, cuya desgracia poco há se habia compadecido. Todo el mundo se arrojó á su casa con precipitacion; hasta Madama envió á saber de ella; sus amigos volvieron á ofrecerse á sus pies; y todos tomaron, en union de los demas cortesanos, el aire importante y misterioso que habian abandonado hace algun tiempo: en fin, el triunfo fué completo. Madama de Montespan, con el corazon envenenado, pero arrastrado, por decirlo así, de la multitud, se presentó tambien en casa de la Duquesa; mas se quedó en la puerta y no entró. Para colmo de su pesar, conoció que el brillante recibimiento que se hacia á la Duquesa, producía una viva impresion en el espíritu

del Rey: sabia, que él habia dicho muchas veces estaba muy complacido de que se hiciera justicia á madama de la Valliere, y que veía con gusto por el interés que se le manifestaba en esta ocasion, que secretamente siempre habian tenido por ella la estimacion que tan dignamente inspiraba. Circundada de tantos motivos de temor y de despecho, madama de Montespan, dominada por la cólera y por el resentimiento, hizo muchas imprudencias: ella era de aquellas personas que tienen un arte extremado para manejarse, cuando están animadas y sostenidas por la fortuna, ó, al menos, por una viva esperanza; pero que en los reveses no pueden vencer los movimientos de un humor imperioso, y muestran entonces una indomable altanería. Madama de Montespan hizo sangrientos epigramas contra todos los que abiertamente se declararon por su rival. Se quejó de sus amigos, perdió muchos de ellos, resfrió á todos, y se crió enemigos irreconciliables: pasó cuatro ó cinco dias en las mas crueles ansiedades: despues de muchas reflexiones, tomó un partido singular, y fué, el de hablar al Rey con una suerte de franqueza sobre su situacion: púsole por obra, diciendole: que madama de la Va-

liere, rehusando verla, le hacia un agravio irreparable en la opinion pública: que se le habia perdonado una rivalidad, á quien servia de excusa la mas imperiosa de las pasiones; pero que el patente resentimiento de la Duquesa, hacia creer, que era culpable de perfidias inauditas contra ella: que muchas gentes pensaban que la habia hecho desterrar, y que despues el Rey se habia arrepentido de semejante rigor; que no podian atribuirse sino á esta falsa idea (injuriosa al Rey mismo) todas las demostraciones de interés que acababan de prodigarle; y que para hacer cesar esos rumores calumniosos, debia el Rey exigir de la Duquesa que volviese á ver á una muger que jamás habia dejado de amarla, y cuya única falta era no haberse podido defender de un sentimiento, al cual ella misma habia cedido. El Rey se compadeció de esta explicacion: amaba todo lo que se parecía á la sinceridad; no obstante, le pareció extraña la proposicion de forzar á la Duquesa á que recibiese á su rival, y la combatio. Madama de Montespan le respondió, que en otro tiempo habia exigido de Madama quasi lo mismo, ácia madama de la Valliere. En fin, insistió con fuerza, suplico con instancia, lloró,

amenazó de dejar la córte.... El Rey estaba enamorado; y despues de mucha resistencia, le dió su palabra de hacer lo que deseaba. No atreviéndose á aventurar tal proposicion de viva voz, escribió á la Duquesa, haciendole esta demanda con expresiones muy tiernas, y al mismo tiempo con un tono de autoridad muy marcada. Cuando madama de la Valliere recibió este billete, estaba sola con Benserade; su sorpresa igualó á su pesar. Benserade, informado por ella, le aconsejó, sin titubear, que rehusase francamente tal pretension: *pero él lo quiere*, respondió ella gimiendo. No, replicó Benserade, el Rey es justo; aprobará vuestra negativa; estimará vuestra resistencia; y, últimamente, ya es tiempo de mostrar caracter....—Ah! Benserade, cuando se ha tenido la debilidad de hacer traicion á sus principios, ¿no será una falta mas, tener firmeza en una ocasion, que se puede prescindir de ellos sin crimen?—Vos no debéis admitir mas en vuestra sociedad una muger peligrosa y pérfida, que os ha hecho traicion con indignidad: vuestra desavenencia con ella la deshonra; si la volveis á ver, la justificareis á los ojos del mundo sobre los puntos

mas esenciales; perdereis este ascendiente de consideracion que acabais de adquirir sobre el Rey; y sereis acusada, justamente, de una debilidad inexcusable; quitareis el entusiasmo, y toda especie de zelo á vuestros nuevos partidarios; vuestros antiguos enemigos, dulcificados y desarmados ahora, tomarán contra vos armas mas peligrosas que las del ódio; no os harán ya el honor de atacaros con violencia; no mostrarán sino un frío desprecio, y una insultante burla; no os perseguirán ya con arrebatamiento, y os anonadarán por el ridículo. Todos los que se han unido á vos, solo por ambicion, se separarán tambien, y por esta vez, para no volver mas. Solo el duque de Longueville y yo, os quedaremos; y no os ofreceremos mas que una amistad estéril, que no podrá seros útil, ni preservaros de los amargos y superfluos sentimientos que entonces tendreis seguramente. Conosco la fuerza de vuestras razones, replicó la Duquesa suspirando; pero, mi amado Benserade, quereis absolutamente hacerme representar un papel importante, y yo no soy capaz de él: yo habria podido, como otra cualquiera, aprovechar, para hacer bien, un fa-

vor legítimamente adquirido; mas, en mi situacion, toda idea de ambicion me horroriza; mi nombre desgraciado se colocará sin duda, en la lista ignominiosa de las damas de los Reyes.... Sin embargo, mi único consuelo es pensar que, al menos, la equitativa historia me distinguirá, por un caracter particular, de estas mugeres ambiciosas; que no me confundirá con mi rival; y que en mi desvio solo se acusará el amor. Así, aun cuando rehusase volver á ver á madama de Montespan, no por eso tomaria mas crédito, ni perderia menos la benevolencia de los intrigantes y los ambiciosos; porque estoy irrevocablemente decidida á no mezclarme jamás en los negocios, y vivir siempre en la soledad. Al menos, dijo Benserade, no degradeis vuestro caracter por una cobarde complacencia.—¿Qué se puede rehusar á aquel á quien se ha sacrificado su honor?—¿Por qué exponeros á las mas extrañas humillaciones?—Ay de mí! todas las merezco. Por otra parte, mi amigo, si el Rey no está compadecido de mi sumision, si abusa de ella, mi retiro está marcado, iré para siempre á encerrarme; pero estoy persuadida, que él quiere solamente reciba yo una vez

a madama de Montespan, á fin de cerrar la boca á los que pretenden, que no contenta con haberme usurpado el corazon del Rey, hizo desterrarme, y se ha opuesto á mi vuelta.— Yo creo esta última acusacion muy fundada....— Y yo estoy ahora cierta de lo contrario....— Cómo!....—El Rey me da su palabra que ella jamás le ha hablado de mí sino con estimacion y ternura....—Ternura!—Sin duda era una afectacion; pero que debe probar, que ella no ha hecho las maldades que se le atribuyen.—Admiro vuestra credulidad!....—No, yo conosco hoy á madama de Montespan; me ha hecho mucho mal, para que pueda juzgarla con indulgencia; sin embargo, no debo reusar justificarla de las faltas imaginarias que se le imputan; y en fin, ya os lo he dicho, él lo quiere!.... Ah! exclamó Benserade, á pesar de vuestro talento, y vuestras razones todas, no podeis jamás, con semejante caracter, evitar caer en los lazos de los malos: habeis nacido para ser su víctima!

No obstante esta conversacion, y la suma repugnancia que madama de la Valliere tenia por recibir en su casa á madama de Mon-

tespan, escribió al Rey la respuesta siguiente.

„Me seria imposible, aun para restaurar „vuestro corazon, hacer ó decir una falsedad; „así no os disimularé, que jamás puedo creer en „la sinceridad de una persona que ha hecho traicion á la confianza y la amistad, con tantos „artificios y crueldad; más me sacrificaré por „satisfaceros. Consiento en obedeceros, recibiendo á madama de Montespan.”

Aquella misma tarde fué madama de Montespan á casa de la Duquesa: hizo una especie de escena sentimental; la abrazó muchas veces, y lloró mucho. Madama de la Valliere estuvo fria y silenciosa; no podia ser la burla de estas demostraciones; sin embargo, una suerte de pudor la contuvo de recibirlas con desprecio: las encontraba tan viles, que no se atrevia á manifestar, que conocia toda la falsedad de ellas. Hay cosas que dan vergüenza de significar que se descubren; parece que percibir las ó adivinarlas es una mancha. Esta delicadeza, que muchas gentes no podrian comprender, dá continuamente, á las personas que piensan con nobleza, la apariencia de una cegue-

dad, ó de una credulidad que no tienen (1).

Habiendo sido recibida por la Duquesa madama de Montespan, sin enojo y sin desdén, se lisonjeó por todas partes de haber tenido con ella la explicacion mas satisfactoria. Se alabó con énfasis de su sensibilidad. Unos se burlaron del error de madama de la Valliere; otros encontraron en esta conducta la falsedad y cobardia. Se necesitan fórmulas magestuosas y un aparato mas imponente, para hacer admirar en la córte el perdon de las injurias; esta es una virtud heroica, que allí no se aplaude sino en las personas reales. Cuando no se le puede dar el gran nombre de clemencia, no parece sino una pretencion ridícula, ó una absoluta falta de carácter.

El Rey, prevenido por madama de Montespan, creyó que en efecto la Duquesa se habia enternecido al verla, y le pareció hallar en este manejo debilidad é inconsecuencia; y esta idea anonadó á sus ojos todo el mérito del sacrificio que acababa de obtener. La Duquesa se

(1) Cuasi todos estos detalles, relativos á la reconciliacion simulada de las dos rivales, son históricos.

sorprendió extraordinariamente de ver que madama de Montespan volvía á su casa todas las tardes, como siempre, á la hora en que el Rey solía ir con algunas personas de la sociedad íntima de madama de la Valliere. En vano ésta recibió á su rival con sequedad; madama de Montespan mostró no conocerla: constantemente sostuvo la conversacion; y nunca pareció mas brillante y mas amable. Mientras que ella divertía al Rey con sus gracias, su vivacidad, y la originalidad de sus agudezas; madama de la Valliere triste, pensativa, oprimida, padecía en silencio. Lejos de hallarse en estado de luchar con las gracias de su rival, no podía menos que experimentar el desaliento, cuando oía al Rey alabarla. Conociendo cuan caída estaba, y aun abatida, por la confianza y la insultante alegría de madama de Montespan, unía al tormento del zelo el resentimiento, que una conducta tan audáz debía inspirar, y todo el embarazo que podía causar un papel que era imposible de sostener cómodamente y con dignidad.

Después de haber usurpado á madama de la Valliere toda la ventaja de una situacion interesante, se entregó madama de Montespan, sin violencia á los movimientos impetuosos de un

carácter altanero, ambicioso y vengativo: calculó, que en su estado era mas ventajoso quizá hacerse temer, que procurar hacerse amar. Esta es la política de todos los malos corazones, para los que tiene grandes ventajas; contenta el orgullo, y todas las pasiones que dimanar del rencor, y ofrece medios seguros, prontos y fáciles. Madama de Montespan no pensó mas que en señalar su poder, por la desgracia de los amigos de madama de la Valliere: expuso al Rey, que estaba sumamente afligida, en lo interior de su alma, por la manera seca, y aun impolitica, con que madama de la Valliere la trataba: agregó, que despues de la sensibilidad que esta le habia manifestado en su primera entrevista, ella no podia estar contenta de una conducta tan inconsecuente, que atribuía á Benserade y el duque de Longueville, cuyos consejos ciegamente seguia la Duquesa. Esta artificiosa confidencia hizo la impresión que de ella esperaba madama de Montespan; pero el Rey, antes de explicarse, quiso examinar por sí mismo si sus sospechas eran fundadas. Sus observaciones particulares le hicieron bien luego conocer, que Benserade y el duque de Longueville, aborrecian á madama de

Montespan: por otra parte, supo algunos discursos imprudentes que habian proferido ambos. Entonces el Rey les retiró aquel favor de que hasta esta época habia dado pruebas; y madama de Montespan, queriendo probar que ella era la única causa de esta desgracia, se quejó de ellos á todo el mundo, y afectó tratarlos con la altanería mas imperiosa. Ella habia prometido á Lauzun emplear todo su valimiento para la consecucion de un asunto importante; mas él se compadeció de la fuga de la Duquesa, y el negocio se frustró en el momento mismo que se creía seguro del éxito (1). Esta conducta violenta inspiró á todos los cortesanos un respetuoso temor, que los redujo al silencio. Detestaban el carácter de madama de Montespan; mas no se permitian ni quejas, ni críticas, y muchos intrigaron para reconciliarse, ó aproximarse á una favorita que se habia hecho tan terrible. Madama de la Valliere mostró en esta ocasión el valor que la amistad dá siempre á una bella alma, y habló al Rey en favor de sus amigos. Luis se guardó muy bien de confesarle la verdadera causa de su desgracia; mas

(1) Histórico. Tom. II.

se quejó de la ligereza de sus discursos, y manifestó una firme decision de no concederles jamás sus antiguas bondades. „Ah, le dijo la Duquesa; ese sentimiento no es vuestro, os lo han inspirado; pero ¿cuál debe ser el ascendiente de la persona que puede alterar hasta tal punto vuestra equidad natural?” Este reproche animoso hizo tal impresion en Luis, que quedó un instante suspenso y mudo; luego tomando la palabra le dijo: „Solo vos, en el mundo, podeis responderme así; veis, pues, que siempre tenéis sobre mi corazon el mismo ascendiente, y estad segura que ninguna otra le obtendrá semejante.” Esta respuesta conmovió tan vivamente á la Duquesa, que le pareció una explicacion que la aseguraba de los sentimientos del Rey por madama de Montespan: no olvidó estas pocas palabras; continuamente se venian á su memoria, y mientras mas las comentaba, mas se persuadia que el Rey, como se habia ella lisonjeado, le conservaba en lo interior de su alma el mismo sentimiento, y que no pudiendo estimar á madama de Montespan, acabaría por romper con ella.

Sin embargo, Benserade que hacia algunos años empezaba á sentir la necesidad del repo-

so y de la libertad, enteramente se disgustó de la córte, cuando vió que habia perdido el favor del Rey: le profesaba una verdadera amistad, porque á este príncipe no se le amó medianamente. Habiendo hecho Benserade el año anterior la adquisicion de una casa de campo en Gentilly, resolvió retirarse á ella, y no volver mas á la corte. Ejecutó sin dilacion este designio; partió, y al llegar á casa tomó un formal empeño de no dejarla, haciendo grabar sobre la puerta de su gabinete estos cuatro versos.

*Adieu, fortune, honneurs; adieu, vous
et les vôtres!*

Je viens ici vous dublier.

*Adieu toi même, amour! bien plus que
tous les autres*

Difficile à congédier (1).

TRADUCCION.

A Dios, fortuna, honores,

Y mundanos placeres:

Con vuestros seguidores

Aquí vengo á olvidaros para siempre.

(1) Histórico.

Amor, aun á tí mismo

Es preciso te deje;

No obstante que resistas

Mucho mas que los otros prepotente.

La Duquesa creyó debía dar á Benserade una prueba de su sincera amistad. Al dia siguiente de su partida fué á Gentilly, á casa de Benserade, diciendole, que iba á estarse allí seis semanas con él: insistió en esta resolucion, á pesar de todas las reflexiones de Benserade, quien le detalló todo lo que debía temer estando largo tiempo separada de la córte. La Duquesa vió en casa de Benserade una muger interesante, de quien él le habia hablado constantemente, sin objeto, pero con admiracion. Madama de estaba establecida en Gentilly con su familia, en una casa vecina á la de Benserade. A pesar de que tenia cuarenta y cinco años, era de una belleza admirable, y, sobre todo, muy notable por su talento, por una amable y picante alegría, y por el encanto de su sociedad. La Duquesa y madama de hicieron una tierna amistad. La Duquesa sabia que Benserade habia estado sumamente apasionado de madama ésta habia preferido á

un hombre menos joven, mucho menos amable, y que no tenia ni la fortuna, ni el nacimiento de Benserade. Un dia que ella le preguntaba sobre esto; madama de para satisfacer enteramente su curiosidad, se empeñó en contarle en pocas palabras su historia, lo que hizo en estos términos.

„Yo nací en una provincia, á pocas leguas „de Orleans: mis padres tenian una fortuna considerable, que se halló cuasi enteramente disipada á la muerte de mi padre. Las inmensas „deudas, los acreedores ambiciosos y enredistas, „produjeron tal desorden en los negocios, que „habriamos sido completamente arruinados, sin „la generosidad, la inteligencia y el zelo de uno „de nuestros vecinos: este era monsieur Mi „madre, para seguir varios pleitos, tenia necesidad de dinero: M. de se lo prestó. Hizo „á mas de esto todas las demás diligencias; dió „todos los pasos necesarios, durante el tiempo „de mas de tres años: en fin, salvando algunos „restos de la fortuna de mi padre, llegó á asegurarnos una mediana suerte, pero decente. Yo „tenia entonces veinte años: una pequeña herencia condujo á mi madre á París, llevándome consigo. M. de creyendo sernos útil

„nos acompañó: posamos en casa de una her-
 „mana suya. Poco tiempo despues cayó mi ma-
 „dre enferma de peligro, y muy pronto llegó
 „á los últimos momentos de la vida: entonces,
 „en presencia de M. me habló de los sen-
 „timientos que él tenia por mí, que hasta este
 „instante yo ignoraba, y me significó el deseo
 „de verme corresponder á la aficion de un fiel
 „amigo á quien debiamos tanto reconocimiento.
 „M. de tenia treinta y cuatro años, y era
 „por su nacimiento, sus bienes, y por la consi-
 „deracion de que gozaba, un partido muy ven-
 „tajoso para mí; mas, por otra parte, cuando no
 „hubiera tenido la mas perfecta estimacion de
 „él, me habria sido imposible resistir el último
 „voto de una madre moribunda: iba, pues, á dar
 „á mi madre la última seguridad de lo que de-
 „seaba, y M. de se opuso á ello. No os em-
 „peñeis, me dijo; la piedad filial, en este mo-
 „mento, no os deja ninguna libertad. Madama,
 „vuestra madre nada os prescribe; y si teneis
 „la desgracia de perderla, podeis, sin ningun es-
 „crúpulo, hacer otra eleccion.... Cerca de es-
 „te lecho, donde participo de vuestros dolores,
 „os juro una fraternal amistad, y sabré limitar-
 „me á ella, si vuestro corazon en adelante no

„me permite entregarme á otros sentimientos.”
 „M. de no desmintió esta compasiva ge-
 „nerosidad. Murió mi madre, y M. de sin
 „hablarme jamás de su amor, fué mi único pro-
 „tector. Seis semanas pasó, acompañandome á
 „llorar la muerte de mi madre; en seguida par-
 „tió para nuestra provincia, á fin de poner en
 „orden sus negocios y los míos, dejándome en
 „casa de su hermana la condesa de L.... viuda,
 „muy rica y jóven todavia, á quien visitaban mu-
 „chas gentes. Nos hallábamos entonces en to-
 „das las turbulencias de la Fronda, no obstan-
 „te se vivia en París en una perfecta seguri-
 „dad. El pueblo francés, el mas valiente del uni-
 „verso, es tambien el mas benigno y amable;
 „aun su ódio no es violento, sino cuando lo pro-
 „duce su amor: solo es implacable con los ene-
 „migos de aquellos á quienes profesa afecto. Su
 „adhesion á los principes, y su entusiasmo por
 „el gran Condé, causaron, sobre todo, su resen-
 „timiento contra el cardenal Mazarino. M. de
 „y la Condesa su hermana, eran del partido de
 „los principes, y así mi opinion se fijó por la
 „que reconocí en ellos. El espíritu de partido,
 „inspirado por una entera confianza de aquellos
 „que amamos, es, acaso, mas ardiente que el

„que se forma conforme á nuestras propias lu-
ces; este último puede cambiarse por la re-
flexion; pero un sentimiento ciego no podrá
„modificarse porque no raciona.”

„Yo veía en casa de la Condesa las mu-
„geres mas bellas de la córte, y los hombres
„mas célebres, por su talento y por el papel
„que hacian en el partido de la Fronda: la du-
„quesa de Longueville, madama de Chatillon,
„madama de Montbazon, el gran Condé, el du-
„que de Nemours, el duque de Beaufort, Fos-
„seuse, Sevigné, Matha, el duque de la Roche-
„foucauld. La conversacion era siempre anima-
„da: *solo se hablaba allí de negocios de esta-
„do, de cualquiera edad y sexo que fuesen las
„personas. Mientras mas ignorancia habia, mas
„osadamente se decidia* (1). *Nunca se oyeron
„mas conversaciones de generosidad, sin honor,
„ni mas bellos discursos, y tan poco juicio: ja-
„más se vieron tantas acciones sin designio, tan-
„tos designios sin acciones, tantas empresas sin
„efectos* (2). Estos movimientos extraordinarios
„ocupan fuertemente entre tanto que duran; aun

(1) Pasage extraido de las memorias de Ne-
mours.

(2) Extracto de las memorias de Rochefoucauld.

„se puede, por falta de reflexion y de expe-
„riencia, empeñarse vivamente en los diferen-
„tes partidos, con noble y pura intencion; pero
„cuando estas tormentas pasan, no queda mas
„para los corazones rectos, y los espiritus bue-
„nos, que una admiracion mezclada de remor-
„dimientos de no haber siempre tenido el mis-
„mo desafecto á las sublevaciones que han cau-
„sado tantos males: sin embargo, se saca de es-
„tos acontecimientos un gran bien, que es apre-
„ciar la paz y tranquilidad como merecen.”

„Poco tiempo despues de la partida de M.
„de me dijo la Condesa, que incesantemen-
„te esperaba uno de los parientes de su difun-
„to marido, á quien amaba mucho, aunque fue-
„se Mazarino; y agregó, que me suplicaba le
„ayudase con todo esfuerzo para empeñarlo en
„el partido de los principes. Me lisongeeé mu-
„cho de verme asociada, en cierto modo, á los
„asuntos de estado. Esperé con impaciencia á
„este realista, que se me anunciaba como el hom-
„bre mas amable y mas brillante de la córte;
„se trataba de combatirlo y de ganarlo, y ja-
„más se forman friamente tales proyectos. Yo
„me prometia mostrarle el mas grande despre-
„cio del Cardenal, y una grande admiracion de

„Príncipe (1). Conocía bien que para arrastrar-
 „le no bastaría murmurar y elogiar; entreveía
 „confusamente, que seria necesario tambien tra-
 „tar de agradarle, y me preparaba á ello por
 „el bien de la causa; en fin vino; éste era Ben-
 „serade, jóven, (no tenia treinta años) lleno de
 „gracia, de talento y sensibilidad, aunque ya
 „cortesano y hombre á la moda. Desde esta pri-
 „mera visita conocí que habia fijado su atencion
 „sobre mí; y el gozo secreto que sentí de es-
 „to, lo atribuí á mi zelo por los príncipes, y me
 „hice la persona de mi edad mas apasionada del
 „partido. Benserade venía á casa de la Con-
 „desa con frecuencia; él se ocupaba solo de mí.
 „La Condesa no tuvo mucho trabajo en pene-
 „trar mis sentimientos, y puso mucho cuidado
 „en exaltarlos. Entré perfectamente en sus mi-
 „ras políticas, y cuando me entregaba al pla-
 „cer de oír á Benserade, cuando expresaba frán-
 „camente lo que sentia, y cuando, sin obstácu-
 „lo, le manifestaba la preferéncia menos equi-
 „voca, creía no trabajar sino por interés de la
 „buena causa, y tener la finura y toda la pro-
 „fundidad del mas consumado hombre de es-
 „tado.”

(1) El gran Condé.

„La Condesa era de la sociedad de Ma-
 „demoiselle (1), en la cual se reunian todos los
 „frondistas de la córte; me presentaron á ella;
 „la Princesa, prevenida en mi favor, dió á mi
 „zelo elogios que acabaron de trastornarme la
 „cabeza: imaginé que el mejor medio de justi-
 „ficarlos seria seducir enteramente á Benserade:
 „de: habia llegado á persuadirme que la victo-
 „ria mas brillante para nuestro partido era la
 „conquista de Benserade. En efecto, ¿cómo de-
 „jar de creerlo? Benserade tenia una alegría
 „encantadora; conversaba con tanto agrado; ha-
 „cía tan lindos versos!... habiendo compuesto
 „para mí aquel célebre soneto, que originó tan
 „grande rivalidad entre él y Voiture; los dos
 „sonetos, como es sabido, formaron partidos en
 „la córte y en la ciudad; pero unánimemente
 „convinieron que tenia mas delicadeza y sensi-
 „bilidad el de Benserade. Debía envanecerme
 „de este juicio, y mi corazón lo confirmó. Sin
 „embargo, Benserade no me habia hablado de

(1) Quiere decir, Señorita; pero dicho así abso-
 lutamente es la hija mayor del hermano, ó del tío
 del Rey; del mismo modo que Madame es la hija
 primogénita del Rey, ó muger de su hermano, quien
 se llama Monsieur.—El Traductor.

„su amor todavía, no nos habíamos encontrado
„solos: él esperaba una ocasión favorable, que
„el acaso le procuró muy luego.”

„Monsieur el príncipe había hecho tomar á
„sus soldados unas trenzas y lazos de paja, que
„traían atados al brazo; prontamente todos los
„frondistas se adornaron con esta especie de
„distintivo, y como el pueblo insultaba á los que
„no la llevaban, los realistas no se atrevían á
„salir á pie por las calles ó paseos públicos, y
„solo lo ejecutaban en carruage, ó cuando ya
„empezaba á obscurecer (1). Un día me dijo
„la Condesa, que Mademoiselle acababa de man-
„darle una cita para el paseo, donde iría des-
„pues de comer. Se decidió que yo fuera de la
„partida, y que esta fuese á pie. Levantándo-
„me de la mesa, subí á mi cuarto á vestirme,
„y luego entré á mi gabinete para hacer un
„ramito de paja, y llevarlo en la cabeza, como
„el mejor adorno. Me senté delante de una me-
„sa, sobre la cual estaba puesta una canastita
„llena de trenzas y varitas de paja; en este mo-
„mento se abrió mi puerta, y vi entrar á Ben-
„serade. Este día era el de mi fiesta, y Ben-

(1) Memorias de Mademoiselle de Montpensier.

„serade me traía un ramo de rosas. Hincando
„una rodilla me presentó cuatro versos, que leí
„rápidamente, y contenían la mas apasionada
„declaración de amor. Mi agitación fué extre-
„ma... y pensé que el interés del estado me
„prescribía no dejar escaparse una ocasión que
„podía ser decisiva... Después que acabé de
„leer, le dije: me parece que no podría recibir
„y cargar este ramo, sin contraer una especie
„de empeño. — Ah! exclamó Benserade, no le
„desprecieis!... ¿Qué es necesario hacer para
„obtener tal dicha? Hablad... Diciendo estas
„palabras oímos ruido; él se levantó, y al ins-
„tante mismo entró la Condesa, acompañada de
„Bouteville, y de Coligny, aquellos dos genero-
„sos amigos de M. el Príncipe que en otro tiem-
„po, en una batalla, expusieron su vida y sa-
„crificaron su libertad por salvar á este héroe.
„La Condesa venía á buscarme para ir al pa-
„seo, Benserade, imaginando que delante de tes-
„tigos no me atrevería á rehusar su ramo, vol-
„vió á ofrecérmelo: arrebatada del deseo de ob-
„tener un triunfo brillante, ó por mejor decir,
„dominada por mi corazón, lo admito, le dije;
„pero con condición que acepteis este en cám-
„bio, y vengais al paseo con nosotros; y le pre-

„senté una trensa de paja. Benserade, confuso,
 „me miró con un aire de asombro sin respon-
 „derme. ¿Me desairais? le dije. — Ah! exclamó,
 „puedo hacerlo, si vos acceptais mis flores!...
 „A estas palabras tomé el ramo: Benserade me
 „tendió el brazo, al cual até el cordon de pa-
 „ja. La Condesa, trasportada, me abraza: Bou-
 „teville y Coligny volaron al cuello de Bense-
 „rade, y lo trajimos en nuestra compañía para
 „no dejarlo reflexionar: me dió el brazo,
 „y la Condesa, Bouteville y Coligny caminaron
 „delante. Yo los seguí con un aire triunfante,
 „complacida de mi conquista y de la gloria que
 „acababa de adquirir. Cuando salimos á la ca-
 „lle, conocí una extrema alteracion en el sem-
 „blante de Benserade. ¿Qué teneis? le dije son-
 „riendome. El me miró, apretó mi brazo con-
 „tra el suyo. No preguntéis mi razon, respon-
 „dió, sino leed en mi corazon!... Esta res-
 „puesta me turbó; yo habria podido contestarle
 „con las mismas palabras. Al cabo de algunos mi-
 „nutos entramos en el paseo, y vimos, en medio
 „de la calle principal, una multitud prodigiosa reu-
 „nida en grupo, que aplaudia con entusiasmo gri-
 „tando: *Vivan el Rey y los príncipes, y mueran los*
 „*Mazarinos!* Nos acercamos, y Frontenac, de la

„compañía de Mademoiselle, distinguiendonos de
 „lejos, vino á decirnos que este gozo tumultua-
 „rio era excitado por Mademoiselle, que se pa-
 „seaba con un abanico en mano, al cual esta-
 „ba atado un ramo de paja, amarrado con una
 „cinta azul cuyo color era distintivo del par-
 „tido (1). El pueblo que nos rodeaba, nos in-
 „vitaba á gritar *mueran los Mazarinos*; como lo
 „hicimos. Benserade se enrojecia y se callaba;
 „yo le reprobé su silencio. Yo quiero de muy
 „buena gana romperlo, me dijo, si os dignais ha-
 „blarme de todo. Me encontré cogida en mis
 „propios lazos. Me fué imposible resistir al amor
 „y la vanidad. Si creis tener necesidad de mas
 „seguridad, repliqué yo, ¿no me habeis enten-
 „dido todavia? A estas palabras tan positivas
 „Benserade, fuera de sí exclamó: *Mueran los*
 „*Mazarinos! Mueran los Mazarinos!*... Esto
 „era responderme. Embriagada de tal suceso,
 „no pensé sino en el efecto que produciria en
 „mis amigos, y en la heroína de la Fronda. Me
 „miraban de una manera tan lisongera; Made-
 „moiselle se sonreía conmigo con un aire de in-

(1) En efecto, Mademoiselle se presentó en el paseo con este ramo, y fué muy aplaudida. Véanse sus memorias.

„teligencia; yo creía hacer un papel tan brillante!... y Benserade no dirigía su vista sino á mí; él estaba feliz, trasportado. No se necesitaba tanto para trastornar la cabeza á una provinciana de veinte años.”

„Mademoiselle solo se paseó media hora; luego que partió, dejamos el paseo para volvernos á casa de la Condesa. Entrando en las calles, Benserade distinguió á uno de sus amigos en coche, que sacando la cabeza por la puerta lo miraba con la mayor sorpresa; él se puso pálido, y bajó los ojos. Y qué! le dije, ¿os arrepentís ya? Ah! respondió, podeis ser premio de una mala accion, vos que debeis ser la recompensa de la virtud! yo no podia obtener vuestro corazon, sino faltando á la fidelidad á mis amigos! Cuando reflejeis en mi conducta ¿os será posible estimarme aún? Estas últimas palabras me hicieron entrar en mí misma, y aplicarlas á mi propia situacion. La memoria de M. de.... se ofreció á mi imaginacion, y me estremecí.... Benserade estuvo un corto rato en casa de la Condesa, y luego que salió corrí á encerrarme en mi cuarto. Allí, echándome sobre una silla, ¡gran Dios! exclamé, ¿qué he hecho? yo he osado dispo-

„ner de mí, sin el consentimiento del que fué bienhechor de mi madre y mio, de aquel á quien me dejó por tutor, y me eligió por esposo!.... He faltado al reconocimiento, y aun al respeto, al mejor y mas generoso de los hombres! Si no fuera por su delicadeza, ya habria recibido mi fé; en lo interior de mi alma yo me habia dado á él; habia autorizado sus justas esperanzas: él no há amado á otra mujer que á mí; nada lo consolará de mi ingratitud; y en premio de tanta constancia y tantos beneficios, haré su desgracia!.... No, no.... Sin embargo, Benserade recibió mi palabra; acabo de comprometerlo con la córte y con su partido; ¿cómo podré desdecirme?.... El teme mis reflexiones; mas ¿cuáles serán las suyas cuando examine mi conducta? En fin, su nacimiento es mas distinguido que el de M. de.... su fortuna es mucho mas considerable; ¿no creerá que he sacrificado á la ambicion mi primer compromiso, que el reconocimiento y mi respeto á la memoria de mi madre debian haberme tan caro? Esta última idea fijó mi resolucion: me decidí en el momento á escribirle á Benserade; le conté mi historia con la mas perfecta sinceridad; le confesé que lo ama-

„ba, me acusé de imprudencia y aturdimiento; pero le declaré con firmeza, que no le recibiría, sino para oír sus justos reproches, y llorar con él, diciéndole un eterno á Dios. Al momento que concluí esta carta, la remití.”

„Cuando se dá un paso honroso, que no se puede retractar sin caer en un profundo envilecimiento, por penoso que haya sido el sacrificio, no deja ningun arrepentimiento, no solamente porque la conciencia está satisfecha, sino tambien porque toda pasion se amortigua con la pérdida de la esperanza. Por otra parte, yo no habia dado tiempo al amor de tomar un imperio sobre mi corazon, y es siempre fácil vencerlo en su nacimiento: cuando se balancéa, ó se difiere, entonces es peligroso. Se apodera menos de los caracteres vivos y decididos, que de los otros. Vino Benserade, empezó á colmarme de reproches, á quejarse con arrebatamiento, y concluyó enterneciendose y cediendo á mis razones. Yo le permití y le aconsejé, que llevase mi carta á la Reina madre; sabia que esta Princesa, lejos de ser vengativa, habia siempre mostrado generosidad y clemencia; y sobre todo á este bello caracter se debió la reconciliacion sincéra de las facciones enemigas, y la cesacion

„de todas las turbaciones. Benserade desechó mi proposicion, y me protestó, que renunciaba para siempre á la ambicion, á la córte, al amor, á la felicidad. Hablaba de buena fe en este momento; pero pocos dias despues siguió mi consejo. La Reina leyó mi carta, y perdonó, sin esfuerzo, el error de un momento, de quien el amor era la causa y la escusa. Yo no volví á ver á Benserade, y me casé con M. de que me ha hecho la mas feliz de todas las mugeres; y si hubiera preferido á Benserade, tan amable y brillante, habria sufrido todo lo que la inconstancia del hombre mas ligero puede hacer padecer de inquietudes, de despecho, y de zelo á una esposa fiel y sensible. Benserade habria sido el peor marido del mundo; pero enmendado de sus juveniles errores, es hoy un amigo perfecto. Yo le volví á ver, por primera vez, hace dos años; y le ví con un tierno interés. Estoy establecida en este lugar, y Benserade lo ha elegido para acabar aquí sus dias cerca de nosotros. Yo puedo, sin avergonzarme, recordar nuestro primer amor; y nuestra amistad se fortifica mas, por la memoria misma de el, que la razon tuvo poder para extinguirlo.”

Esta relacion hizo en el corazon de madama de la Valliere la mas dolorosa impresion; ella encontró en la historia de madama de grande semejanza con la suya. Ay de mí! dijo ella á Benserade, que no hubiese yo tenido el valor y la virtud de madama de! ¡Que no hubiese tenido el mismo respeto á la última voluntad de mi madre! El desgraciado marqués de Bragelone viviria aún; seria su esposa, y gustaria ahora la felicidad inestimable, cuya imagen veo en madama de! Poseeria su estimacion, y aun la admiracion del que me sacrifica y ya no me ama!.... No habria soportado todas las penas que despedazan el corazon, que pueden oprimir una alma sensible y elevada, y estaria tranquila sobre el porvenir, que ahora me es imposible mirar sin extremecerme!.... Torrentes de lágrimas interrumpian estos tristes discursos. La infortunada, siempre perseguida por los remordimientos, encontraba en todos los acontecimientos y en todas las circunstancias de la vida, objetos que la herian, y reflexiones que la oprimian. Habia perdido toda esperanza de felicidad y sosiego. Ella conocia, que la alma virtuosa que no ha cumplido su destino, está para siempre de-

dicada á la desgracia; como continuamente lo presenció.

Pasadas las seis semanas volvió á la córte. Luis habia aplaudido públicamente la prueba de amistad que ella acababa de dar á Benserade desgraciado. Este Príncipe era hecho para amar tales acciones. El tuvo, lo mismo que su abuelo, esta grande alma, que en los reyes honra todas las virtudes generosas; y por su aprobacion y su ejemplo acabó de hacerlas nacionales.

Madama de la Valliere, llegando á Versailles, supo extrañas noticias. Monsieur de Montespan, despues de vanas tentativas para robar á su muger, habia hecho las escenas públicas mas bizarras y extravagantes, y el Rey acababa de desterrarlo. Esta primera accion tiránica causó mucha admiracion en Versailles, y una grande indignacion en Paris. Madama de la Valliere sintió entonces un nuevo pesar, y que fué acaso el mas sensible que habia experimentado; el de oír universalmente vituperar al Rey, y con justicia. Olvidaron cuán ridículo era monsieur de Montespan por sus maneras, y poco digno de estimacion por su caracter y conducta; él no fué, á los ojos de todo el mundo, mas que un marido ultrajado, y tratado con indignidad; y to-

dos se enternecieron de su suerte, y no vieron en la víctima del despotismo sino una persona interesante. La Duquesa, afligida, resolvió hablar al Rey. Esta muger, tan débil y tan tímida, cuando se trataba de ella; esta muger, siempre dispuesta á sacrificarse á la voluntad de Luis, no tuvo necesidad de vencerse para hacerle entender la voz de la verdad. Ella encontraba en su corazon, y en el exceso de su amor, todo el valor de que tenia necesidad! Inmediatamente dió cuenta al Rey de todo lo que se pensaba en Paris sobre el destierro de Mr. de Montespan. El Rey jamás interrumpia á los que le hablaban en particular, por desagradables que fuesen las cosas ó las personas que escuchaba. Este Principe, tan imponente en público, no mostraba á solas sino serenidad, dulzura, y una paciencia inalterable. No deseaba entonces sino infundir confianza, y comprender bien. Se podia cualquiera explicar con vivacidad, levantar la voz, contradecirle; todo lo permitia, fuese con el deseo de justificarse de una falsa imputacion, ó con designio de instruirle, ó darle conocimientos útiles. Con intenciones puras y buena fé, seguramente se cautivaba su atención, se obtenía su

estimacion y una decision favorable (1). El escuchó tranquilamente á madama de la Valliere, y cuando esta acabó de hablar, respondió con embarazo, que él debió castigar la insolencia inaudita de Mr. de Montespan; que no lo habia desterrado, sino por discursos y acciones tan extravagantes, que cualquier otro soberano, en su lugar, habria mostrado mucho mas rigor. Es verdad, replicó la Duquesa, él ha hecho locuras inconcebibles; pero la locura interesa á todo el mundo, cuando la causa un sentimiento de honor, y un amor legitimo.—Mr. de Montespan no es un hombre apreciable, ni está enamorado de su muger; hace tiempo que piensa separarse de ella.—El público ignora esta circunstancia.—¿Qué importan los vanos discursos del público?—Vos sois su Señor; pero él es vuestro juez: vos mismo le habeis dado el derecho de ser severo. Las primeras acciones heroicas de los reyes, lejos de servir de escusa á sus debilidades, son unos garantes para lo futuro; son empeños solemnes, tomados á la faz del universo, para marchar con un paso firme en una via tan gloriosa. Sus virtudes son promesas; y su ejemplo tiene

(1) Memorias de S. Simon y de Bussy.

ne mas fuerza que las leyes. Ellos no pueden desmentirse, sin hacerse perjuros, y sin atentar á su propia autoridad.... Concedid, pues, el doloroso asombro que deberá causar ver en vos un raptor, y el opresor del hombre á quien usurpáis, á la vez, su esposa y su honor!.... Ah! yo no os acuso de tal accion; no, estoy segura, vuestro corazon la condena y la desaprueba: ¡gracias al cielo, toda la infamia recae sobre madama de Montespan! Yo la justificaré, dijo el Rey, con un tono irritado.—No llegareis á eso, replicó la Duquesa: se conoce demasiado vuestro caracter y el suyo, y este último rasgo pone el colmo al odio que le tienen. Yo misma la he aborrecido: en fin, ella es causa de las primeras murmuraciones que se excitan contra vos!.... Podria escusar su perfidia contra mí; pero ¡cómo perdonarle que debilite la admiracion universal que se os ha tenido!.... Qué me usurpe vuestro amor, con tal que no os prive del de vuestros vasallos, sufriré, y moriré sin quejarme!.... Ah! prosiguió, echándose á los pies del Rey, inmoladme; consiento en ello; pero no sacrifiqueis vuestra gloria. Conservad este tesoro inestimable de los héroes; el único objeto de orgullo, y el solo consuelo que me queda. Lla-

mad a Mr. de Montespan!.... Hablando estas palabras, bañaba con sus lágrimas las rodillas del Rey, que estrechaba fuertemente contra su pecho: al precipitarse á tierra, se desataron sus hermosos cabellos cubriendo sus espaldas. Este desorden, las lágrimas, su actitud, su belleza, que no parecia hecha sino para conmover el alma, y que el dolor y las lágrimas hacian incomparable, todo en este momento suscitó al Rey un recuerdo, que la inconstancia misma no habia podido desterrar de su memoria; y los sentimientos mas sólidos, cuya duracion perpetuaba el amor á su pesar. Los razgos ligeros del amor no gravan un sello profundo; la admiracion y el reconocimiento dejan vestigios indelebles. Luis creyó ver á madama de la Valliere en el cementerio de Chaillot.... Contemplaba con sorpresa esta figura tierna, que parecia adornada de todos los encantos de la inocencia; veía, á la vez, su victima, y á la que habia adorado!.... Este cuadro le restituyó la ilusion de sus primeros sentimientos, y la ternura y compasion reanimaron todos sus remordimientos.... Confuso, penetrado, fuera de sí, no pudo contener sus lágrimas: levantó á la Duquesa, la estrechó contra su seno, diciendo con una voz cortada:

voy á firmar el decreto para que vuelva Mr. de Montespan!.... Dios! exclamó la Duquesa, obtengo de vos este generoso esfuerzolo.... Sí, replicó el Rey apretándole la mano; si, jamás me hablareis en vano. Esa voz tan dulce y tan amable, siempre será oída.... Yo no os dejaré jamás! dijo la Duquesa con un movimiento apasionado.—Me lo prometéis?—Os lo juro. Desde ahora todo lo disculpo.... Seré feliz.... Recordaré esta conversacion, y nada podrá ya turbar mi reposo y mi dicha....—Voy á obedecer: voy á firmar el decreto; pero por vos solamente, únicamente por vos; y no para que cesen discursos temerarios, que solo pueden irritarme. A estas palabras el Rey la dejó, y ella quedó en el colmo de la alegría y felicidad. En este primer trasporte escribió á Benserade una carta, que mandó por un correo, y contenía lo siguiente.

„Oh! volved, amigo mio; volved! todo ha
„cambiado. Soy feliz: volved. ¡Qué revolucion!...
„En fin, él me ha hecho leer en su alma!...
„Yo lo sabía, lo os he dicho; se engañaba á sí
„mismo! No era mas que un error de su ima-
„ginacion; pero su corazón!... Ah! estad segu-
„ro de él; es siempre el mismo; lo he vuelto á

„encontrar todo entero!.... Amigo mio! las cen-
„suras del público eran injustas; monsieur de
„Montespan ha hecho cosas que merecian los
„mas severos castigos; el Rey solo ha querido
„castigar su insolencia; debia hacerlo, y lo lla-
„ma: nunca tuvo intencion de prolongar su des-
„tiero.... ¡Qué grande es! ¡Qué sensible! Ya
„no me reprendereis mi timidéz; le he hablado
„con una osadía, que me admiro cuando pienso
„en ella. ¡Lo creereis? Me arrebaté hasta hacer-
„le, sin miramiento, reproches amargos, que eran
„infundados!.... ¡Con qué dulzura, con qué bon-
„dad me escuchaba!.... Vos sabeis el modo con
„que oye. ¡Quién supo mejor que él apreciar los
„motivos y el zelo? ¡Quién fué mas digno de oír
„la verdad, y le dió mejor acogida?... Tiene
„tanto talento y virtud! Y, con toda esa resplan-
„deciente gloria que lo rodea, ¡qué honradéz,
„qué simplicidad natural y magestuosa!.... Lo
„admiran, lo adoran; pero no hallais, ni amigo,
„que jamás se ha hecho un elogio bastante de
„él? Siempre falta alguna cosa de sensible y de
„esencial á las alabanzas que se le tributan: no
„se le conoce bastante. ¡Cómo lo pintaría!...
„Mas, ¡quién podría creerme? Un retrato, cuyo
„original no se asemeja á ningun otro, solo pa-

„rece obra de la imaginacion; y yo misma ¿esta-
 „ria en estado de presentar en toda su claridad
 „aquellas cualidades eminentes que lo distinguen
 „de los demás reyes? No puedo sino entrever-
 „las, y admirar los resultados. Me consuelo pen-
 „sando, que será alabado por sus hechos digna-
 „mente, por la historia, por la grandeza que im-
 „prime á este siglo, que sin duda se llamará el
 „suyo. Si, como se llama el siglo de Augusto.
 „Nuestros descendientes dirán un dia: el siglo de
 „Luis el Grande. Oh! cuánto amo la gloria, cuando
 „veo brillar el resplandor que reparte sobre él!
 „Qué bella me parece, cuando es él á quien co-
 „rona!... Mi amigo, ¡qué ocupado de él, y de
 „mi felicidad está mi corazon! ¡Qué necesidad
 „tengo de que hablémos! de deciros que nunca
 „ha estado tan tierno conmigo, tan profundamen-
 „te conmovido!... Lo he visto turbarse, poner-
 „se pálido, correr sus lágrimas, estar temblando.
 „Sí: á él, á aquel héroe, nuestro Soberano, que
 „arrostra ¡ay de mí! todos los peligros.... Esta
 „mano, que tiene con tanta firmeza las riendas
 „de un vasto imperio, que acaba de aumentar;
 „esta mano poderosa temblaba entre las mías!
 „¡El temblar! ¡ó prodigio de la sensibilidad! ¡Y
 „yo sola soy quien lo produzco!... Yo sola! El

„me lo dijo!... Venid, pues; le hablareis tam-
 „bien. ¡Por qué le habeis dejado sin explicacion?
 „Es una falsedad, mi amigo; él os habria dete-
 „nido: siempre os ama; no lo dudeis: todo el
 „mundo aquí os echa menos; y ninguna cosa
 „puede remplazaros cerca de mí.”

Benserade encontró en esta carta tanto can-
 dor y credulidad, como entusiasmo y amor: dió
 en el momento la siguiente respuesta.

„Permitid, Madama, me quede en mi sole-
 „dad. Mi adhesion á vos es todavia menos sos-
 „pechosa aquí, que donde os hallais: esta idea
 „me hace mas amado el retiro á que me con-
 „sagro. Estad bien segura que siempre partici-
 „paré de vuestra felicidad; pero antes de felici-
 „taros por lo que me referis, quisiera saber si
 „madama de Montespan ha sido despedida de
 „la Côte, si ha partido. Mientras ella habite
 „en Versalles, no estaré tranquilo. Esta inquie-
 „tud os parecerá, si no odiosa, al menos grose-
 „ra;... pero dignaos considerar, que tengo cin-
 „uenta y cuatro años, y que de ellos treinta he
 „pasado en la Côte.”

Acabando de leer esta carta la Duquesa,
 alzó las espaldas diciendo: es muy cierto que
 ninguno, excepto yo, conoce al Rey!.... Sin em-

bargo, Luis, fiel á su promesa, firmó sin demora el decreto, llamando á Mr. de Montespan. Al mismo tiempo le hizo ofrecer cincuenta mil escudos, que Mr. de Montespan tuvo la bajeza de aceptar (1).

El Rey vió á madama de Montespan, y recobró todo el amor que un piadoso recuerdo acababa de suspender!.... No se acordó de la escena que habia pasado entre él y la Duquesa, sino para arrepentirse de haberle mostrado demasiada sensibilidad. Temió que ella hubiese concebido la esperanza del sacrificio de madama de Montespan; resolvió no dejarle esta ilusion; y en este pensamiento, y, sobre todo, por irresolucion, no fué al dia siguiente á su casa; lo que sorprendió dolorosamente á la Duquesa. Al dia siguiente fué acompañado de Lauzun y de Beringhen: estuvo con un aire el mas frio y mas distraido, hasta el momento en que llegó madama de Montespan; entonces se animó, se hizo amable; pero no echó siquiera una mirada á la Duquesa. De su parte se condujo madama de Montespan de la manera mas chocante con madama de la Valliere; no observó con ella siquie-

(1) Histórico.

ra los mas simples respetos de política; jamás le dirigió la palabra; se ocupó solamente del Rey con afectacion, hablándole de continuo al oído con un aire de misterio ó de malignidad. La Duquesa, confundida, no estaba vivamente admirada sino de la conducta del Rey, no pudiendo concebir un cambio tan repentino. Sus miradas suplicatorias buscaban en vano las de Luis; él las temia, y evitó siempre su encuentro. Cuando el Rey se salio, la Duquesa se levantó para seguirle; ella habria querido decirle una palabra, muy despacio en la puerta; pero madama de Montespan, corriendo, sepuso entre ella y el Rey, y dijo á la Duquesa en un tono de chanza: yo me encargo de acompañarlo, y *hasta la galeria de los Principes*; (esta era su habitacion en el Castillo). A estas palabras, el Rey se puso á reír, y salió. Madama Montespan le siguió; y la desgraciada Duquesa quedó de pie, y petrificada cerca de la puerta (1). Desde este dia, conociendo el Rey que la Duquesa podia acusarle de inconsecuencia é ingratitud, tomó por ella esta especie de desvio (tan fatal en los principes) causa-

(1) Se han dulcificado mucho los rasgos de la impertinencia de madama de Montespan hácia la Duquesa. Véanse las memorias de aquel tiempo.

do por un insuperable embarazo. Embriagado de amor por madama de Montespan; decidido á no sacrificarla; no estimandola, pero encadenado por su belleza, amaestrado por sus mismos vicios, por sus arrebatamientos en todo género, por su audácia y su picante malignidad, tomó el partido, no de romper enteramente con la Duquesa, sino de no tener ya con ella sino los respetos públicos. Cesó totalmente de verla á solas; y, fuera de esto, en lugar de ir á su casa todas las tardes con sus favoritos, ya no fué sino cada semana dos veces. Los demas días iba públicamente á casa de madama de Montespan, quien por burla convidó á la Duquesa á sus pequeñas reuniones, diciendole que allí veria al Rey.

Madama de Montespan, tan sin pudor como sin principios, lucía el fausto mas brillante: daba fiestas y grandes cenas; recibia á los Ministros, y se hacia temer de ellos; tomaba, á pesar del desprecio público, todo áquel aparato de consideracion que dan siempre en el mundo un lujo prodigioso, el favor de un soberano, el gusto de la intriga, y, sobre todo, el poder de hacer mal. Ella no se mezclaba en los asuntos políticos; el Rey no lo habria tolerado; se ocupaba demasiado de ellos, él mismo, para concederle esta clase de imperio.

A mas de sus dones particulares (y cuasi siempre sin su noticia) ella se contentaba con obtener una multitud de gracias subalternas, no para hacerse creaturas, sino para enriquecerse. Ella pensaba que en la Corte los partidarios de una clase inferior no sirven de nada á la amante de un Rey, que no puede jamás estar sostenida por la opinion y la estimacion pública; así, en tal caso, no obligaba, sino vendiendo sus servicios. Acumulaba riquezas, nada pagaba; de cuando en cuando hacia cubrir sus deudas al Rey. Obscurecia á la Reyna por su magnificencia. Sucesivamente lisongeaba, engañaba á sus amigos, y los sacrificaba continuamente á una buena expresion por divertir al Rey. Hacia temblar á sus enemigos, á quienes perdia alegremente, cubriendolos de ridiculo: burlaba á las personas austeras por su arrogancia é ingeniosidades: su espiritu satirico no era menos temible que su poder; ninguno se atrevió á tratarla con sequedad: el doble temor que inspiraba, se parecia al respeto; y ella, decia, se lisongeaba de haber restablecido todos los privilegios de favorita que la Duquesa de la Valliere habia dejado echar en olvido.

Entretanto que madama de Montespan ha-
Tom. II. ρ

cia público su favor con tanto orgullo, el palacio de Biron estaba desierto!... La desgraciada Duquesa experimentaba una admiracion que suspendia en alguna suerte el dolor que habria debido tener: en una conducta tan clara, en procedimientos tan poco dudosos, no veia sino un enigma inesplicable. Cuando Luis era con ella evidentemente ingrato é injusto, todo á sus ojos era incomprendible. Lloraba en silencio, y esperaba la esplicacion de este misterio impenetrable. El concluirá por hablarme, se decia; es preciso oirlo antes de acusarlo!... Este estado de abandono animó á Lausun á descubrir un proyecto que meditaba algun tiempo. Redobló sus visitas á madama de la Valliere, y concluyó pidiendole su mano (1). Madama de la Valliere lo escuchó con una dolorosa sorpresa; una sola cosa le hizo impresion en esta propuesta, hecha por el mas íntimo favorito del Rey, ¿vos estais, pues, bien seguro, le dijo llorando, que él no me ama ya, y me renuncia para siempre? Lausun, perfectamente tratado por la Duquesa á causa de su amistad con el Rey se habia lisonjeado que ella consentiria, y así

(1) Histórico.

lo habia dicho públicamente. Luego que fué desechada por la Duquesa su propuesta, sus enemigos se aprovecharon de esta ocasion para burlarse de él, poniendolo en ridiculo: esta accion fué tanto mas vituperada, cuanto se sabia que el amor no era el motivo de este enlace. Lausun tenia sus asuntos desarreglados, deudas inmensas, con lo que se le acusaba de haber querido sacrificar su honor al mas vil interes. Madama de Montespan, que lo aborrecia, le preguntó un dia delante de mucha gente, ¿desde cuando estaba enamorado de la Duquesa? Desde el momento en que vos fuiste su confidenta y amiga íntima, respondió Lausun. Esta respuesta picante no turbó á madama de Montespan, quien jamás manifestaba comprender las cosas que podian causarle embarazo; pero no las olvidaba en su vida. Vos probareis, contestó ella, que no es imposible, como se supone, ocultar una gran pasion, pues nadie lo duda. A mas de esto, replicó Lausun, de ningun modo es absolutamente necesario que yo estuviese enamorado de madama de la Valliere para casarme... — Y ¿qué motivo habrais tenido entonces? — ¿Cómo? exclamó Lausun, ¿obtener la preferencia de la sola muger á quien el Rey ha

amado verdaderamente!.... Estas palabras perdieron á Lausun; pero él salvó su honor. El entusiasmo escusa ó repara todo, cuando él está de acuerdo con el carácter y sentimientos que siempre se han mostrado. Madama de Montspan, confundida y sin respuesta, por la primera vez de su vida, juró en lo interior de su alma vengarse con estrépito. Se sabe que esperó la ocasion con tanto disimulo como paciencia, y con qué perfidia y acierto llegó á satisfacer á la vez sus antiguos resentimientos y su ambicion.

El Duque de Longueville, con sentimientos mucho mas interesantes que Lausun, no fué mas feliz que él: ofreciendo á madama de la Valliere casarse con ella, le propuso dejar para siempre la Corte, y renunciar todos los bienes que Luis la habia forzado á recibir. ¡Qué! le dijo la Duquesa enternecida, ¿me amais todavia?— ¡Ah! ¡jamás he cesado de adoraros!...— ¡Ay de mí! por qué sois, para mi desgracia, el unico hombre capaz de constancia? Despues de esta exclamacion tan sincera, el Duque, sobrecogido quedó algunos momentos sin hablar, y luego renovó sus instancias. Madama de la Valliere las rehusó con estimacion; pero con aque-

lla firmeza fria que no deja ninguna esperanza. El Duque, penetrado de dolor, se ausentó de la Corte, y estuvo largo tiempo sin volver á ella (1).

Sin embargo, madama de la Valliere no viendo ya cuasi al Rey, ni pudiendo en el espacio de tres semanas decirle una palabra en particular, conoció en fin que habia perdido, no solo los derechos del amor, sino tambien los de la amistad. Benserade estaba ausente, y faltando el duque de Longueville, no le quedaba un solo amigo verdadero. Los echaba menos en este momento, mas que en otro cualquiera. Sabia hasta qué punto hubieran hallado culpable al Rey, si fuesen testigos del modo que la trataba: cuando se ama, no se podria, sin un horroroso y vivo dolor del corazon, quejarse á los demás del objeto de su afecto: disimular sus faltas, dar un aspecto favorable á sus acciones las mas punibles, y cuando no se puede excusarlas, dar á entender que razones ocultas las justifican; en fin, defender con una elocuencia persuasiva, ó con una destreza ingeniosa; ved aquí los sacrificios irreflexivos tan naturales, que son

(1) Histórico.

cuasi producidos por instinto, y de un primer movimiento, con la mas grande franqueza de carácter. Madama de la Valliere se admiraba y gemia lejos de todos: en el momento que se hallaba sola corrian sus lágrimas cuasi sin interrupcion, y continuamente se entretenia con ellas. Cuando su espíritu llegaba á distraerse de su dolor, lo resentia su corazón siempre!.... Una mañana, sentada frente á un gran retrato del Rey, pintado por Rigaud, y de una perfecta semejanza, fijó sus ojos en este cuadro. ¡Ved aquí todo lo que me queda! se decia.... ¡Ay de mí! sin cesar perseguida por esta querida imágen, no tengo necesidad de mirarla, para estar siempre viendola!.... ¡O! tu, cuyas facciones todas anuncian la bondad, puedes tratarme con tanta barbárie! No es el amor ya el que te pido, sino tu amistad: ¡puedes rehúsarmela!.... ¡Tú me has hecho prometerme no dejarte jamás; y es para desterrarme de una manera mas cruel! ¡Qué soy aquí sin tí! ¡Qué puedo ser sin verte, estando cerca de tí!.... ¡Muy pocos pasos tienes que dar para acercarte á mí, y me desamparas, me olvidas! ¡No vivo en la mansion que habitas mas que

para oír hablar de tu inconstancia, y ser testigo de ella!.... ¡Qué has hecho de ese corazón generoso y sensible que sedujo el mio? Ya no te conosco, y este es mi mayor tormento! ¡No, tú no podrías ser injusto, inhumano!.... No, tú eres el que no me conoces.... Si tú supieras lo que sufro; si alguna vez hubiera podido pintarte hasta qué exceso te amo, vendrias á enjugar mis lágrimas con tu confianza.... ¡Es pues mi ternura á la que aun temes? ¡Ay de mí! ¡No sabes que sin partirla puedes satisfacerme todavia? Solo exijo de tí que no me huyas, y me escuches. Ven al menos para aprender como es posible amarte, que lejos de mí no lo sabrás!.... Oh! ven! no me dejes acabar y morir, cuando puedes reanimarme con una palabra, con una mirada!....

En medio de tan tristes ideas, no pensó todavia dejar la Corte. Ya no esperaba admirar al Rey ni conmooverlo por esta accion, ni volver á ser llamada. Quería mejor morir de dolor, á sus ojos, que arrancarse de su lado, sin llevar la esperanza de dejarle grandes pesares. Para libertarse de oír la voz de la razon, se repetía, que habia prometido al Rey no dejarle.

como si el trato que recibia, no la libertase suficientemente de semejante juramento. Produciendo en ella el desaliento el aparente efecto de la resignacion, sufría las humillaciones mas estrañas, se abandonaba á su destino, á fin de no combatir una pasion que habia tomado sobre su alma tan funesto imperio.

Escribió al Rey, únicamente para quejarse de no verle sino delante de testigos: sus reproches eran dulces y moderados; pero el amor se dejaba ver á cada palabra en su carta. El Rey, sin duda, queria conservar siempre por amiga esta muger interesante, cuya angélica dulzura y generoso caracter admiraba; pero su nueva pasion no le permitia considerar con tranquilidad, sino cuando madama de la Valliere estaria curada del amor que le tenia. Entonces conocia que le restituiria toda su confianza, sin ningun esfuerso, y que ella seria para él la amiga mas cara y mas perfecta. Creyó, pues, que les era necesario á su mútua felicidad quitarle hasta el último rayo de esperanza. En esta idea, y para desembarazarse de todo inconveniente, tuvo el valor y la crueldad de escribirle sin embargo y con claridad. Le declaró, que jamás vol-

veria á tener por ella una pasion que sentia por otra; la suplicaba se limitase á la amistad, único sentimiento que estaba en su poder, en lo sucesivo, concederle.

Aunque parece que esta respuesta no debió manifestar nada de nuevo á la Duquesa, le causó tanta sorpresa como dolor. Esta cruel declaracion destruía toda esperanza de atraer al Rey, y la misma mano de Luis habia trazado este decreto irrevocable!... Aquellos, cuyo corazon ha padecido, saben la enorme diferencia que se encuentra entre el temor mejor fundado, y aquel que deja al menos esperanza á la razon, y la certidumbre completa!...

Este último golpe oprimió de tal modo á la Duquesa, que le fué imposible escribir segunda vez al Rey: hizo cerrar su puerta, y pasó doce dias en una soledad completa. Luis envió á saber de ella; pero no fué á visitarla: temia mucho verla. La Duquesa, mortalmente herida, salió en fin de este largo descaecimiento. La indignacion, sin desprenderla, le dió una especie de fiereza. El me despreciara, decia, si supiera, que despues de tales procedimientos tengo la indigna debilidad de alimentar aún una pasion

tan desgraciada!.... Conservemos, al menos, su amistad!.... Esta última idea sostuvo su valor: reflexionó sobre su situación, se formó un nuevo plan de conducta, y esto fué para ella una especie de consuelo. Cuando se llega al colmo de la desgracia, la inacción y la indolencia conducen á la desesperación; nada alivia como un proyecto extraordinario ó violento, que ocupe la imaginación, y que, sobre todo, imponga la necesidad de obrar.

Madama de la Valliere tomó la resolución de renunciar á toda especie de fausto, y vivir con la cuarta parte de sus rentas, dando el resto á los pobres. Vendió en veinte y cuatro horas los pocos diamantes y joyas que tenia todavía, á excepcion de aquellos brazaletes preciosos, primer don de Luis. Despidió la mitad de sus criados, asegurándoles pensiones. Concluyó á toda prisa con los artesanos un ajuste, por el cual cambió las soberbias tapicerías de sus departamentos, y todos sus muebles magníficos, por un menaje el mas modesto y menos costoso. Se quitaron de los salones las arañas altas, y las de mesa, cuasi todos los espejos, y solo quedaron en ellos los retratos del Rey. Haciendo todas estas cosas, satisfacía su verdadero gusto. Esta

alma tan noble y tan benéfica, habia siempre despreciado el lujo; pero ella no pensaba sin un secreto gozo, que esta sencillez recordaría al Rey con qué repugnancia ella habia recibido en otro tiempo sus dones, y con qué moderación habia hecho uso de ellos. En fin, se decia: él comparará estos departamentos con los de madama de Montespan; reflejará, á pesar suyo, sobre la diferencia de caracteres!.... Cuando todo estaba ya trasformado en el vasto palacio de Biron, la Duquesa escribió al Rey: la carta era corta, porque ella ya estaba tibia y racional, y habia empleado algun tiempo para componerla: le decia al Rey, que despues de haber examinado su corazón, no hallaba en él sino los sentimientos que él deseaba, y que se lisonjeaba vendria á su casa sin inconveniente, pues en adelante le veria sin turbarse ni conmoverse.

Este laconismo y esta tranquilidad sorprendieron al Rey, y en tal caso la admiración va siempre mezclada de una especie de despecho secreto. Se sabia que el duque de Longueville interesante por la contancia de su pasión, habia instado á madama de la Valliere que aceptase su mano: se sabia igualmente, que debia haberle propuesto renunciar la fortuna que ella tenia

del Rey.... y, aunque habia salido con celeridad de Versalles, algunos suponian que habia partido tan precipitadamente, para arreglar los negocios relativos á la boda. Todas estas ideas ocurrieron al Rey, hirieron su orgullo y lo turbaron. Por primera vez se representó, despues de largo tiempo, esta muger atractiva, que habia sacrificado; la vió tal cual era siempre, joven, bella, tierna, hecha para inspirar una union tan fiel como de la que el duque de Longueville le daba una prueba tan extraordinaria.... El amor propio excitó una especie de arrepentimiento: este corazon tan tierno y tan delicado, que se habia despedazado, despreciado, fué cuasi apreciado en el momento que se creyó se escapaba, ó se habia ya perdido!.... Con estas disposiciones interiores, el Rey mandó decir á la Duquesa, que á las siete de la noche iria á su casa solo: ella reunió todas sus fuerzas para recibirlo con calma. A fin de contenerse mas seguramente, imaginó romper esta primera contestacion por su hija, y esta idea le inspiró la de un último sacrificio, al que no habria podido resolverse sin el deseo de admirar y conmover al Rey. Dió á Mademoiselle de Blois los brazaletes que tanto amaba, y con

una opresion de corazon inexplicable los puso en los brazos de esta criatura. El Rey, entrando en el palacio de Biron, quedó vivamente admirado del cambio que por todas partes observaba: pensó en el instante que este sacrificio de todos sus dones anunciaba el casamiento de la Duquesa con el duque de Longueville. Para justificar á sus propios ojos la inconsecuencia del despecho que sentia, se dijo, que se deberia haberle consultado. Esta falta de respeto le pareció inexcusable: se sintió irritado, sobre todo contra el duque de Longueville.... Al momento que se presentó en el salon, Mademoiselle de Blois corrió á echarse en sus brazos, y cuasi al mismo tiempo le enseñó los hermosos brazaletes que acababa de recibir. El Rey, excesivamente herido y confirmado en sus sospechas, volviendose á la Duquesa, le dijo: os confieso, Madama, que todo esto me admira.... Pronunció estas palabras con una gravedad, una sequedad, y al mismo tiempo una agitacion, que hicieron saltar de gusto á madama de la Valliere. Hubo un momento de silencio, durante el cual el Rey consideró el salon enteramente mudado de nuevo. La Duquesa, tomando la palabra, dijo: he dado estos brazaletes á uno de

los objetos de vuestro singular cariño: ¿no era este su primer destino?.... Sin duda, respondió el Rey, y por esa misma razón debíais haberlos guardado.... Pero, prosiguió, ¿se os puede preguntar la causa de tan extraño cambio como estoy viendo?—Quiero vivir en adelante en un absoluto retiro; todo ese fausto me era inútil: sabéis que siempre me ha disgustado.— En lugar de una respuesta tan vaga, esperaba una confidencia.... Luis pronunció estas últimas palabras titubeando, y con una sonrisa forzada. Como? dijo la Duquesa admirada.... Pues ¿qué? replicó el Rey, ¿queréis hacerme un misterio? Se asegura, continuó poniéndose encarnado, que os casáis con el duque de Longueville.... Y lo habeis creído! exclamó la Duquesa. A estas palabras sacó de su bolsillo una carta, que el Duque le habia escrito al partir de Versalles, y se la dió al Rey, quien la leyó en el momento.

Esta carta desengañó al Rey, al mismo tiempo resfrió su imaginación. No habia ya otra victoria que ganar. Admiró la conducta de la Duquesa; pero se quedó tranquilo. No obstante, la Duquesa observó su turbación y descontento: imaginaba que una viva conmoción viene

siempre del corazón; los movimientos del amor propio le eran cuasi enteramente desconocidos. Ella volvió á su primera ilusión sobre los sentimientos del Rey; pensó que siguiendo con paciencia el plan de vida que se habia trazado, hallaria con el tiempo lo que habia perdido. Luis prometió volver con la misma continuación que antes; y cumplió su palabra por algun tiempo; pero siempre venía con madama de Montespan, la que lejos de hallarse confusa, por el contraste que formaba con su magnificencia la extrema sencillez de madama de la Valliere, hizo burla de ella. Decía que la Duquesa solo queria singularizarse. Yo, agregaba, quiero agradar, y atraer gentes á mi casa: mi cálculo es mucho mas comun que el suyo; pero vale mas. La única persona de la corte que no trató á madama de Montespan fué Madama, por estar desavenida con ella desde la vuelta de la Duquesa. Madama, llena de arrogancia, y naturalmente sincera, no pudo soportar las maneras altaneras de madama de Montespan, y mucho menos sus epigramas picantes. La trató con esta ligereza que los príncipes acostumbran, tanto mas chocante, cuanto parece obra

de la distraccion ó del olvido, y que no se sabe como quejarse de ella. Madama, para despreciar mejor á la nueva favorita, quiso acercarse á sí á madama de la Valliere; y le manifestó un interés que la llenó de gratitud. Estas dos personas se volvieron á ver, se conocieron mejor, y se amaron.

El Rey, que meditaba la conquista del Franco-Condado, ejecutó este proyecto en medio del invierno. Una inquietud renaciente y terrible vino entonces á distraer á la Duquesa de sus disgustos particulares, y de los tormentos del zelo. No pensó ya sino en los peligros que iban á rodear al Rey. Sus temores cesaron muy pronto: esta nueva guerra solo fué para Luis una carrera rápida y triunfal; en tres semanas la conquista de esta bella provincia y la paz, fué el feliz fruto de tan brillante expedicion. Durante esta campaña, no escribió el Rey á madama de la Valliere sino una vez, y un billete corto y frío sumamente; mientras madama de Montespan recibió cinco ó seis correos. Ella se lisonjeó de esto, principalmente en presencia de su rival, bajo pretesto de darle noticia del Rey y del ejército. Madama de Montespan,

para celebrar la paz, dió brillantes fiestas: madama de la Valliere fué secretamente á buscar los pobres, y libertar los prisioneros: parece que la gloria y la fortuna, dá al espíritu y al carácter una cierta independenciam y una especie de franqueza, que rara vez se halla sin ella; la arrogancia que inspira, no permite ya tener el trabajo de disfrazarse, ó de contenerse. La prosperidad no corrompe siempre; pero siempre descubre lo que es verdadero. Los héroes, ó los que llegan á serlo, que parecen cambiados por los sucesos y por las riquezas, no hacen continuamente otra cosa que dejar una máscara engañadora, y libertarse de una atadura inútil. La felicidad anima; la adversidad contiene; y por cuanto el hombre necesita de freno, la escuela severa de la desgracia es para él la mas saludable.

Luis, en medio de los elogios y de los universales transportes que excitaba su nueva victoria y la paz, se mostró siempre generoso, clemente, sensible al amor de sus pueblos; pero se entregó, sin sujecion, á su gusto por la magnificencia, por las fiestas, y á su pasion por madama de Montespan. La Europa entera re-

sonaba con sus alabanzas: no solamente en Francia los grandes poetas y los literatos, enriquecidos por sus beneficios, y honrados por sus sufragios, celebraban, con tanta emulacion como entusiasmo, sus hazañas y gloria; mas tambien los sábios y doctos extrangeros colmados de sus dones, y de las señales de distincion mas lisonjeras, repetian su elogio en todas las diversas lenguas de la Europa. Si hubo alguna exageracion en este prodigioso número de panegiricos, no tuvo al menos nada de vil y ridiculo: el reconocimiento lo hacia respetable, y tanta grandeza y victoria parecia autorizarlo. La historia debe ser severa; porque la inflexible verdad lo es siempre; mas los coctáneos, los vasallos, sobre todo, de los buenos reyes, deben ser reconocidos. ¿Se tiene derecho de juzgar rigorosamente á sus bienhechores? La admiracion pública es la recompensa de los grandes hombres: no se la embidiamos; bastantes trabajos les cuesta.

Luis quiso dar, con este motivo, una fiesta de parejas y cañas. Los tiempos estaban bien cambiados. El Rey no llevaba ya sobre su escudo el tierno emblema de la rosa entreabierta; estaba adornado de los colores de madama de

Montespan. Uno de los amigos de esta le compuso una divisa, que llevaba sobre fondo azul una soberbia estrella de diamantes, rodeada de una multitud de estrellas de plata con estas palabras: *Por la mas brillante y la mas bella.* Esta divisa, poco lisonjera para las demas bellezas de la córte, no lastimaba, sin embargo, las reglas generales de la galanteria. El espíritu caballerezo autorizaba para alabar á su amada, á expensas de todas las mugeres del universo. Otras costumbres han producido, acerca de esto, diestros manejos; pero cuando á la vez no se amaba sino á una sola dama, se hizo una especie de profesion pública de no admirar mas que á ella. La inconstancia no es una cosa nueva; al menos entonces no se prevenia. Los hombres amaban con ilusion. ¿Qué mas se les podia pedir?

Durante la corrida de parejas, madama de la Valliere, tristemente encerrada en el Palacio de Virón, recordaba dolorosamente aquellas ingeniosas fiestas, de que ella habia sido objeto en otro tiempo. ¡Qué horroroso cambio! y, ¡cómo comprenderlo, cuando descendiendo á lo interior de su corazon despedazado, encontraba allí todavia todo el amor que causó sus des-

vios! Desde este dia, el Rey, aún en su presencia, no disimuló ya sus sentimientos, ni pareció empleado mas que de su rival. La Duquesa toleró esta conducta mas de un año con una paciencia inalterable: ella habia perdido toda esperanza de hacer volver al Rey; pero estaba sostenida por el pensamiento, que dándole ella pruebas de un sacrificio sin límites y sin ejemplar, Luis, al menos, haria justicia á tal afición. No gozaba sino de la opinión que le suponía de sus sentimientos. El no me ama, decía; pero sabe que ninguno en el mundo le amará como yo jamás. El tiempo y el reconocimiento me restituirán su confianza y su amistad; y aunque no fuese sino en mi vejez, tendré todabia sobre la tierra algunos instantes de felicidad. Un accidente inesperado acabó de trastornar su alma, y destruir sus resoluciones. Hacía algun tiempo que se habia encargado de una pobre familia, compuesta de la viuda y cinco hijos de un caballero de su provincia: los hizo venir de Turena para establecerlos mas cerca de ella, y pasó á París, para buscarles un alojamiento en el arrabal de S....

Fué á ver una casa para alquilarla, cuyo jardin, bastante grande, tenia una puerta de co-

municacion con el de la casa vecina. Bajó al jardin: apenas estuvo en él, cuando vió correr por la mencionada puerta un niño de tres años, bello como un angel, que vino riéndose á encontrarla. La Duquesa amaba con pasión á las criaturas: tomó éste en sus brazos, y, mirándolo atentamente, se sorprendió de su semejanza al Rey: lo examinaba con extrema alteracion, cuando una muger de mas de cuarenta años, de una figura agradable y noble, vino tambien del otro jardin, y se dirigió á ella con un aire inquieto.... Esta era madama Scaron.... La Duquesa la conoció, aunque jamás la habia hablado; pero la habia encontrado muchas veces en las galerías de Versailles, y sabia que era la amiga de madama de Montespan.... ¿Quién es este niño? le preguntó con una voz trémula, mirándole fijamente al ponerlo en tierra.... Madama Scaron se puso encarnada; no respondió; hizo una profunda reverencia; tomó el niño de la mano, y salió de prisa; cerró la puerta del jardin y se desapareció. La Duquesa, llena de admiracion, preguntó á los propietarios de la casa, y supó que madama Scaron no era conocida de ellos por su verdadero nombre. Se

le dijo que esta señora pasaba por tía de aquel niño, á quien criaba con el mayor cuidado; que por otra parte era muy solitaria y muy silvestre, y no recibía á persona alguna. Este misterio singular, la patente semejanza del niño, y la union de madama Scaron con madama de Montespan, iluminaron á la Duquesa y le hicieron conocer la verdad entera. Descubrió que madama de Montespan era madre tambien, y que el hijo que acababa de acariciar era de su rival y del Rey. Tal descubrimiento la affligió tanto, como si hubiese ignorado hasta este momento la infidelidad de Luis. Se llenó de zelos como amante y como madre, y, sobre todo, de aquella semejanza perfecta que sus hijos no tenian con el Rey. ¡Ay de mí! decía: ¡no basta que esta muger artificiosa y pérfida me haya usurpado el corazon del Rey, sino que arrebate á mis hijos la ternura de su padre! Al menos este afecto será ahora dividido!.... ¡Qué llena de vanidad debe estar con este niño, cuya fisonomía ofrece ya una semejanza tan gloriosa y tan cara, que dispondrá todos los corazones á amarle!.... Yo misma no he podido defenderme de ello; ¡y aun podré mirarlo sin en-

ternecerme!.... Feliz niño!.... Y los míos no recordarán sino mi vergüenza; no se parecen sino á su infortunada madre!.... El corazon de la Duquesa estaba muy profundamente herido, para que le fuera posible encerrar un dolor tan vivo. Despues de haber escrito al Rey que ya no le amaba, habia perdido el derecho de quejarse; sin embargo, rompió y le hizo todos los cargos que una pasión puede inspirar. Luis la oyó con una fria sorpresa; la acusó de caprichosa é inconsecuente. Esto todavia era nada; mas una palabra imprevista, una palabra fulminante se escapó de su boca: afirmó que ella nunca le habia tenido amor. A este golpe inaudito de ingratitud, la Duquesa, llena de espanto, quedó sin voz y sin respuesta. El trastorno universal del mundo no habria podido causarle una opresion mas dolorosa, una sorpessa y un estupor mas terribles.... Pálida, inmóvil miraba al Rey con los ojos turbados, y fijos....

Si no se repara inmediatamente un grande agravio, cuando no se quiere ni expiar ni reconocer su injusticia, se pone el colmo á él, no por un verdadero endurecimiento, sino por una especie de desesperación ó de cólera, cau-

sada por el mismo remordimiento: no porque uno sea inaccesible á la compasion; sino, al contrario, porque ella despedaza, se le repulsa con mal humor, y continuamente con dureza. Qué! dijo en fin la Duquesa con una voz concentrada, ¿no os he amado?....—Nó, no he podido triunfar de vuestros escrúpulos....—Es verdad que mis principios me eran mas amados que mi vida; pero os los he sacrificado....—Jamás habeis tenido amor.—Entonces me vendí por ambicion?.... Esta palabra, en boca de una persona tan noble y desinteresada, confundió al Rey; pero no podia suceder esto sin irritarlo. No, respondió él, la ambicion no puede dominar las personas sin energía.—Segun esa máxima, escusais, lisonjeándoos, la vil, la insaciable codicia de la que preferis á mí!....—Madama de Montespan ha merecido mi aficion por un amor verdadero.... —¿Mas tierno que el mio?—Mil veces mas real.—Ingrato! exclamó la Duquesa, ¿podeis proferir esa mentira inhumana que todos vuestros recuerdos desmienten? ¿Quereis quitarme todo consuelo?.... ¿Deshonrada á los ojos de todos, privada de vuestro amor, no estaba todavia despojada del todo: al

menos pensaba que no os era posible comparar los sentimientos de otra á los míos; y, ¡ahora teneis la crueldad de decirme, que madama de Montespan sabe amar mejor que yo! Pues todos esos sacrificios que yo os he hecho ¿son perdidos? ¿Es á vuestros ojos per insensibilidad, que yo recibí en mi casa á la que me hizo traicion? Sus altanerias, su arrogancia, sus caprichos, que he soportado con tanta dulzura, ¿no os han dejado contento? ¿He vencido mi ódio, reprimido mis resentimientos, devorado mi zelo, ocultado mi dolor y mi amor, sin excitar vuestro reconocimiento ó vuestra compasion? Virtud, reputacion, amor propio, arrogancia, reposo, todo os he inmolado; y ved aqui el premio que recibo de ello! Ah! ¿No valia mas echarme, desterrarme? En lo interior de un desierto lloraría sin violencia, y, al menos, podría decirme: en vano busca en otra el sentimiento que tengo por él! Qué! este sentimiento tan profundo y tan tierno, aún no ha bastado para enseñaros á conocer el amor! Podeis estar satisfecho de un corazon, cuyas pasiones dominantes son la vanidad y la ambicion!.... No habeis podido perder la memoria de mi ternura, sin olvidar tambien como se ama. Ah! ja-

más, jamás mi rival os lo recordará!.... A estas represiones tan fundadas, él no respondió sino vagamente, y con un frío laconismo: había cometido muchas faltas para enternecerse. Esta conversacion lo confundia cruelmente; la terminó con una especie de autoridad, suplicando á la Duquesa le ahorrara en lo futuro escenas tan inútiles como afflictivas. Sí, respondió la infortunada, enjugando sus lágrimas, yo guardaré en adelante un profundo silencio: no tengo mas que decir.

Esta última injusticia del Rey, hizo en el espíritu de madama de la Valliere una impresion, que hasta entonces no había sentido. No se liberta en un momento de una pasión, á que se ha entregado sin reserva por espacio de diez años; mas cuando el pago es la ingratitud, llega un término donde el corazón, en fin, puesto en movimiento, conoce toda su locura; y este es un principio de curacion. Por primera vez la Duquesa formó un proyecto mucho mas valeroso que el de huir: se prometió ensayarse para desterrar de su corazón un amor tan funesto: había sufrido tanto por su sensibilidad: había llegado á tal exceso de desgracia, que para formarse idea de una perfecta felicidad so-

bre la tierra, no podia imaginarse sino una perfecta indiferencia. Había mas verdad en esta idea, que en la que nos persuade que un sentimiento apasionado solo puede procurar la felicidad: mas ¿qué fuerza se necesita para arrancar de su alma una pasión violenta que ya no está dividida!.... Es necesario repeler la esperanza que renace tan fácilmente cuando se ama: abrir de nuevo en sí mismo todas las llagas de su corazón, acordandose de ellas para curar todo lo que se quería olvidar: es preciso despojarse de toda prevención, renunciar á la indulgencia, y juzgar con rigor los procedimientos y las acciones que siempre se habían interpretado favorablemente: es preciso, por último, romper todas sus habitudes, y dedicarse, durante mucho tiempo, á no pensar sino en lo que desespera, á no obrar sino con esfuerzo, y contra todas sus inclinaciones. Ved aquí cuanto cuesta recobrar la razón: cuán menos penoso es conservarle siempre!

Madama de la Valliere se representaba con amargura los procedimientos inexcusables del Rey: pensaba entonces que le sería posible separarse de él; mas ¿cómo hacerlo, cuando le veía mas admirado, y mas digno de serlo que

nunca!.... Todo le hablaba de su gloria. Esas artes que ella amaba, la pintura, la música, la poesía, le debían todo su brillo; él era en cierto modo su creador; no se podía dar un paso á Versalles, á Marly, á París, sin hallar el sello de su grandeza, de su gusto y de su magnificencia. Versalles ostentaba todas sus maravillas; su salon y su soberbia galeria se ennoblecían mas por los trofeos de nuestras victorias (1). Los deliciosos bosquecillos se formaban, la mecánica acababa de producir un gefe de obras para regarlos y adornarlos (2). El talento de Le Notre, animado por la proteccion de Luis, daba á la Capital un jardin magestuoso: la religion bendecía al Rey en los templos que habia nuevamente construido, reparado, ó enriquecido: gracias á sus beneficios, las ciencias podían perfeccionarse: acababa de concluirse el observatorio; y, entretanto que se ponían los fundamentos del edificio para los inválidos, la arquitectura preparaba un palacio digno de ser habitado por los gefes de la Nacion

(1) Pinturas de Lemoine, y de Lebrun.

(2) La máquina de Marly.

francesa. La columnata del Louvre (1) se estaba levantando: el genio poderoso que presidía este reinado, vivificaba todo á la vez: ilustraba la Francia de un extremo á otro; habia restablecido la disciplina militar; inspiraba á Vauban para defender y garantir sus conquistas; hacia florecer la agricultura y el comercio abriendo inmensos canales, formando nuevos caminos, y poblando los talleres de Tours y de Leon; formaba colonias, y creaba una marina temible: en fin, él pulía las costumbres, daba elegancia á las maneras, agrado á la sociedad, y fijaba para siempre la lengua que servia para celebrar todos estos prodigios, y que debia hacerse universal.

¿Cómo podia la Duquesa entibiarse, respecto á quien hacia tantas cosas milagrosas!.... Sin cesar destruía en ella el entusiasmo público la obra penosa de la razon. Ah! decía, sin duda él ha hecho injusticias conmigo; pero soy francesa; ¡puedo cesar de adorarle!.... No obstante, algunas veces se persuadía que le amaba menos, y se aplaudía de ello; mas una mirada de Luis, una palabra, que interpretase á

(1) Así se llama en Francia el palacio real.

su agrado, le restituía toda su sensibilidad natural: entonces se entregaba á la mas dulce ternura, como si hubiese hecho un feliz descubrimiento; y estas ilusiones pasajeras no servian despues sino para hacerla sentir con mas amargura los mas justos objetos de descontento y dolor. Conoció por fin todos los tormentos del zelo. Su rival no solamente era adorada, sino que Luis no creía ser amado con pasion mas que por ella! Madama de Montepan usurpaba, á la vez, el corazon de Luis y su reconocimiento!.... Qué reflexiones tan crueles, qué amargo arrepentimiento debia inspirar esta idea!

El Rey, cesando de amar á madama de la Valliere, nada habia perdido del ascendiente que el amor le daba sobre ella: él conservaba sobre su corazon y su espíritu sus antiguos derechos, y su misma indiferencia parecia asegurarle de ellos nuevamente. La Duquesa no tenia la confianza que inspira la certidumbre de agradar: esta dulce igualdad que una union reciproca establece siempre, no existia entre ella y el Rey: media dolorosamente, y por primera vez, la distancia enorme que la separaba de Luis. Hasta entónces su respeto, por este ran-

go supremo que no habia provenido sino de la admiracion y del entusiasmo, no era ya para ella sino una especie de abatimiento: el Rey, sin querer, cambiaba de tono con ella insensiblemente; la Duquesa intimidada, y, sobre todo, desanimada por la desgracia, se dejaba dominar por el temor y la humillacion. Nada podrá reanimar la arrogancia de una alma grande, cuando penetrada de arrepentimiento sufre el castigo de una falta irreparable. Mientras mas elevados son los sentimientos, mayor es el abatimiento en las penas: consecuencias inevitables de las inclinaciones criminales! La fortaleza, en semejante situacion, sería una vil indiferencia ó descaro. El castigo representa el extravio, y es un oprobio mas: solo á la inocencia y la virtud, corresponde elevarse y brillar en la desgracia; ellas solas pueden dar dignidad al infortunio. Mas el vicio, despojado de la ilusion de los sucesos, vuelve á entrar en el polvo: los reveses de la suerte, acaban de deshonorarle á los ojos de todos; y el último grado de desprecio se une siempre á la humillante compasion que inspira...

Disponiendo Luis hacer un viage hácia sus nuevas conquistas, á Dunkerque y Lila, confió á la Duquesa los motivos de él: esta prueba

de estimacion la trasportó de gozo: nada indemniza del amor como la confianza: es un sentimiento aparte, y que además puede ser exclusivo: es imposible lisonjearse de que una rival preferida no lo obtiene.... Luis quería separar la Inglaterra de la Holanda; Madama estaba encargada secretamente de esta negociacion, cuyo misterio cubria el viage del Rey. La pompa y la magnificencia de los antiguos reyes del Asia, distaban mucho del esplendor de este viage: treinta mil hombres precedieron ó siguieron la marcha del Rey; unos, destinados á reforzar las guarniciones; otros, á escoltar la familia real, y otros á allanar los caminos. El Rey, llevando consigo la Reina, las Princesas y las mas bellas personas de la córte; la duquesa de la Valliere y madama de Montespan fueron de este número. El Rey repartia por todas partes liberalidades excesivas; el oro y las piedras preciosas se prodigaban á cualquiera que tenía el menor motivo de hablarle. Madama se embarcó en Calais; Carlos II, su hermano, la esperaba en Cantorbery. En medio de las fiestas de esta entrevista, la Princesa tuvo la gloria de concluir el tratado, que trajo firmado (1).

(1) Siglo de Luis XIV.

Ella volvió triunfante á Saint-Cloud. En la flor todavía de la juventud y la belleza, habiendo llegado al mas alto grado de favor, ocupando el segundo lugar de un poderoso imperio, divisaba una larga carrera, tan brillante como afortunada é ilustre; y no veía la tumba entreabierta, donde tantas esperanzas, al parecer bien fundadas, iban á enterrarse para siempre!.... Un mal repentino la redujo improvisamente al último extremo: no se engaña sobre su estado, conoce que es preciso morir, y dentro de algunas horas; y separándose con valor de todas las ilusiones que la rodeaban, se arroja enteramente en brazos de la religion. El Rey corre: la duquesa de la Valliere, espantada, llena de dolor y asombro, fué tambien á Saint-Cloud: entra en el departamento de Madama; vé á esta Princesa, bella todavía, pero pálida, moribunda, descabellada, en su féretro, apoyandose sobre el seno de madama de la Fayette, llena de lágrimas, y teniendo sobre su pecho un crucifijo á quien miraba fijamente.... Bossuet estaba de pie á la cabecera. Toda la magestad de la religion estaba repartida sobre la figura importante de este prelado augusto, y él no ha-

blaba.... Aguardaban en silencio y con sorpresa la exhortacion que iba á hacer. La cámara estaba llena de los amigos de Madama, y de las personas adictas á su servicio.... De repente se sobresaltan, caen de rodillas: Bossuet toma la palabra.... „Qué es nuestra existencia! exclamó: pensémos en esto bien, cristianos: qué es nuestra existencia! Dínoslo ¡ó muerte! porque los hombres demasiado soberbios no me creerian.... O eterno Rey de los siglos, vuestro ser eternamente inmutable, ni se pasa, ni se muda, ni se mide; y *ved aquí que vos habeis hecho mis días mesurables, y mi ser nada es delante de vos* (1). O Dios! otra vez, „qué somos! Si echo la vista delante de mí, „qué espacio infinito donde no existo! Si la vuelvo hácia atrás, „qué consecuencia espantosa „donde ya no existo! y qué poco lugar ocupo „en este abismo inmenso de los tiempos!.... „Soy arrebatado tan rápidamente, que me parece todo huye de mí, y todo se me escapa! „Todo huye en efecto! Y mientras que estamos „aquí reunidos, y nos creemos inmóviles cada „uno avanza su camino, cada uno se aparta, sin

(1) Salmo 38.

„pensarlo, de todos los objetos de sus afectos „terrenos, pues que cada uno marcha insensiblemente á la última desesperacion (1).”

A esta imagen tan viva y tan tierna, madama de la Valliere se estremeció, echando al Rey los ojos bañados de lágrimas. Se conmovió su alma tan fuertemente, que se retiró con precipitacion á una pieza vecina, no pudiendo ya dominar su alteracion. Entró en el tocador de Madama. Dios! exclamó, dejándose caer sobre una silla: qué cuadro!.... Esta Princesa tan bella, tan jóven, tan brillante ayer, y aun esta mañana, se muere, y vá á desaparecer para siempre!.... Pronunciando estas palabras, dirigió la vista á un tocador elegante, colocado frente de ella. Ay de mí prosiguió: no hace muchas horas que este espejo reflejó ese semblante amable, donde brilla todavia toda la frescura de la juventud y de la vanidad! Ese semblante, cubierto ahora de las sombras de la muerte!.... Y estas flores, preparadas para adornarse esta noche, á pesar de su fragilidad, durarán mas que su vida!.... A estas palabras enjugó la Duque-

(1) Sermon de Bossuet.

sa sus ojos llenos de lágrimas; y dirigiendo otra vez sus miradas al tocador, percibió un billete rotulado á ella: tembló de miedo, y abrió esta carta, que estaba datada de aquella misma mañana, en la que Madama le encargaba no dejase de asistir á la funcion que daba aquella noche en Saint-Cloud. Oh! Qué funcion, exclamó la Duquesa: qué se verá aquí, gran Dios? En lugar de una brillante iluminacion, cirios mortuorios!.... en la sala preparada para el baile, un féretro!.... en lugar de baile, funerales!.... El billete de Madama concluía con estas palabras: „Venid temprano, me hallareis sola; tengo proyectos importantes en que estoy vivamente empleada; os quisiera participarlos.” Ah! repitió la Duquesa; proyectos. Qué locura es formarlos para la noche, aun del dia en que existimos en todo el brillo de la juventud! Desgraciada Princesa! esos proyectos importantes para tí esta mañana, qué frívolos te parecerán ahora! y acaso culpables á vista de la eternidad!.... En este momento avisaron á la Duquesa, que Madama iba á recibir la extremauncion. Entró en la cámara; todavia oyó hablar á Bossuet; y herido su corazon y conmovido su espíritu, dejó á Saint-Cloud, perseguida de saludables reflexiones, que

debían muy pronto producir en ella una espantosa revolucion.

Madama espiró á las cinco de la mañana. La Duquesa oyó la oracion fúnebre de esta Princesa, pronunciada por Bossuet. Su entusiasmo por este incomparable orador la empeñó en seguir sus sermones; ella no podia dejar de admirar con qué valor y elocuencia se atrevia á hablar delante del Rey contra la guerra y las conquistas; y delante de los cortesanos contra el orgullo y la ambicion. Un dia no pudo evitar de estremecerse oyéndole esclamar: „*Sí, sí, yo vendré á vos, oh pecadores! con toda la fortaleza, toda la luz, toda la autoridad del Evangelio!*... (1) Redobló su atencion; pero escuchaba temblando.... Su corazon se conmovió, y palpitó, cuando él pronunció estas palabras:

„Una súbita y penetrante luz brilla á los ojos de Magdalena: una llama toda pura, toda celestial, comienza á encenderse en su alma: „una voz se levanta en lo interior de su corazon que la llama al arrepentimiento, á la penitencia (2).” Al oír estas palabras, la Duque-

(1) Sermon de Bossuet.

(2) Sermon de Bossuet.

sa juntó las manos, levantó los ojos al cielo, y corrieron sus lágrimas.... Entrando en sí misma, y meditando este pasage, oh luz brillante y terrible! exclamó; no cerraré mas los ojos para no verte!.... Oh voz divina, despreciada tanto tiempo!.... habla.... ya te escucho!.... Ah Demasiado conosco qué sacrificio vas á prescribirme! pero yo no puedo dejar de amar sin un prodigio: te lo pido, Dios de bondad! pues que tu poder es sin límites, arranca de mi corazon este amor culpable que lo agita y lo despedaza; la arrogancia, la razon, la ingratitud misma no pueden triunfar de él; las penas mas amargas no podrían inspirarme valor de libertarme de él; me he acostumbrado al dolor; se sufre cuando se ama sin pasion, despues de mucho tiempo!... Necesito una fuerza sobrenatural para volver á tomar el imperio debido sobre mí misma. Ah! si es necesario para perder la vida, ¿lo es menos para separarse del objeto á quien se habia consagrado su existencia? Qué! podré yo ver sin alteracion este héroe que hace la felicidad y la gloria de mi pátria; podré oírle alabar sin turbacion; separarme de él sin desesperacion; podré consentir que otro corazon fuese mas tierno para él que el mio!.... Resolucion incom-

parable! ah! la religion sola podrá producirla!...

Poco tiempo despues de la muerte de Madama, hizo el Rey la conquista de una parte de la Holanda. Habiendo llegado al colmo de la gloria y de la prosperidad, Luis XIV acababa de recibir el renombre de Grande. Algunos dias despues de su vuelta á Versalles, la duquesa de la Valliere fué convidada por la Mariscala de Bellefonds, para ir á París á asistir á la profesion de su hija mayor, que debia pronunciar sus votos en el convento de Carmelitas de la calle de S. Jaime. Esta renuncia del mundo, este desdén magnánimo de la fortuna y de las grandezas, no era raro en aquel tiempo, y aun entre los jóvenes del mas alto nacimiento: entonces se reunian los amigos y todos los parientes, que no dejaban jamás de juntarse en estas solemnidades, que la piedad hacia tan interesantes (1). La Duquesa fue á París á dormir á casa de la Mariscala de Bellefonds; sin amarla, se complacia la Duquesa en la relacion de esta familia, cuyo gefe era el hombre mas virtuoso de la córte. El Mariscal de Bellefonds unía á una perfecta pie-

(1) La Mariscala tenia una hija, y una hermana Carmelitas.

dad, grandes talentos militares, y un espíritu superior: como todas las gentes ilustradas y religiosas, tenía principios austeros inflexibles, y una indulgencia inagotable: conocía la situación de la Duquesa; y movido de sus cualidades naturales, de su dulzura, y aun de esta pasión culpable que la causaba tantas penas, la compadecía, y después del favor ruidoso de su rival, le manifestó mucho afecto. La Duquesa lo estimaba profundamente; se sentía dispuesta desde entonces á concederle su confianza. Llevada por la Mariscal, fué á las Carmelitas; no conocía este convento, y lo veía por primera vez. La condujeron á la iglesia las religiosas. Ella amaba á Mademoiselle de Bellefonds, quien á los veinte y dos años, con la devoción mas exaltada, poseía todas las gracias de su edad: la Duquesa, enternecida y aun turbada por la idea de la ceremonia solemne que se preparaba, no pudo entrar en la iglesia sin un movimiento que se hizo extremo luego que dió algunos pasos.... A vista del coro de las religiosas, un antiguo recuerdo, pero vivísimo, vino á su memoria y ocupó su imaginación.... Se puso pálida, y creía reconocer la iglesia que en otro tiempo habia visto en aquel sueño espantoso, siempre fijo en su pensamien-

to.... Ved aquí de cada costado el mismo número de sillas, los ornamentos góticos de madera, las vidrieras de color, y la misma figura de las ventanas en forma de cruzeros.... Mas la tribuna misteriosa debe estar en alto, colocada sobre la puerta.... Se vuelve la Duquesa y la descubre!.... La reja de esta está medio abierta; y la Duquesa, perdida, espera que se aparezca la misteriosa fantasma que en su sueño le presentó el velo de una blancura brillante!.... Se le figura que oye repetir estas palabras: *Tú no hallarás sino aquí el reposo y la tranquilidad!*.... Esto no es ya para ella una ilusión, ó una predicción vana y confusa; es una invitación real y ejecutiva; el cielo es quien se declara y se explica; este es un orden positivo! Es necesario obedecer!.... La idea de un prodigio eleva, exalta su alma, y la llena de entusiasmo; pero no por eso está menos oprimida por la idea repentina y terrible de una eterna separación. Experimenta el mismo asombro que podría causarle la cercanía de una muerte imprevista y cierta, cuyo horror solo podia dulcificar la fé mas ardiente, y todos los consuelos de la religión. Se somete convencida, con transporte, y, sin embargo, su corazón

está despedazado.... Dios la llama repentinamente con una voz imperiosa. Llegó el instante fatal.... No tiene ya dudas, ni incertidumbres; pero sí todo su amor!.... Se detiene, y fijando sobre la tribuna sus ojos llenos de lágrimas; oh Dios! exclama; no es una pasión debilitada la que debo inmolaros, es una pasión mas viva que nunca la que te sacrifico.... Al pronunciar estas palabras se doblan sus rodillas; una horrorosa palidez se reparte en su semblante; se cierran sus ojos, y parece hallarse en los instantes de una piadosa pero dolorosa agonia: cae privada en brazos de Bellefonds (1). La llevaron á la sala de comunidad, donde recobró sus sentidos, viendo á Mademoiselle de Bellefonds, á esta joven interesante, que sin tener ningun motivo de arrepentimiento ó de pesar, iba á pronunciar con tanto gusto y serenidad un juramento irrevocable!.... La Mariscal jamás reflexionaba en las cosas que no comprendia al momento; se contentaba con juzgarlas bizarras ó ridículas, y no volvía á pensar

(1) Ella creyó en efecto reconocer la iglesia que habia visto en sueños. Véase el compendio de su vida á la cabeza del discurso de Bossuet.

mas en ellas. Habia puesto poca atención á las palabras extraordinarias que madama de la Valliere profirió antes de perder el conocimiento; pero las religiosas estaban muy compadecidas de ella: preguntaban con instancia á la Mariscal, quien les respondía sencillamente, que la Duquesa estaba *vaporosa*. Así llamaba á todas las personas sensibles ó romancescas.

Habiendo llegado la hora de la ceremonia, volvieron á la iglesia; la atención y ternura de la Duquesa fueron sumas: ella se identificaba con la que renunciaba para siempre el mundo, los placeres y las pasiones; su corazón palpita con violencia cuando Mademoiselle de Bellefonds pronunció sus votos.... interiormente hacia el mismo juramento!....

No se hace una resolución de tal importancia, sin sentir la necesidad de abrir su corazón: naturalmente se apetece confiar una cosa extraordinaria: este es un placer del amor propio que queda todavía, aun cuando se renuncian los demás. Madama de la Valliere eligió por primer confidente al Mariscal de Bellefonds, quien le aconsejó consultar á Bossuet; lo que hizo, pero secretamente. El candor de ma-

dama de la Valliere era conocido; Bossuet no dudó de su sinceridad: no obstante, le conoció tanta pasión, tan fuertes pesares; la resolución que tomaba era tan sorprendente con tales sentimientos, que él creyó de su deber hacerle muchas objeciones: ella respondió á todas llorando, pero con firmeza; y despues de una larga conversacion, Bossuet exigió de ella, que por espacio de seis meses examinase y reflexionase su proyecto, sin decir á nadie una palabra. Lo prometió, y cumplió su palabra. Esta discrecion le costó mucho; se deshacia por comunicar al Rey su resolución; gozaba de antemano de su admiracion, y de pensar que además recogería la expresion de algunos sentimientos, y acaso algunas lagrimas....

Mas silenciosa, y mas humilde que nunca madama de la Valliere, ultrajada por madama de Montespan, despreciada por el Rey, soportaba con una paciencia, que ya era sublime por sus motivos, la indiferencia del Rey, los desdenes, las altanerías y caprichos de madama de Montespan, cuasi siempre insultantes; su dulzura habia tomado un caracter de calma y de resignacion, que la daba el aspecto de la insensibilidad: se concluye por creer impasibles á los

que saben sufrir largo tiempo con constancia; no se les tiene compasion, cuando se debia unir á ella el espanto y la admiracion. Parece que nosotros exigimos que la piedad se nos pida, y que es necesario implorarla para obtenerla, por eso no se concede sino á los que se quejan. La religion daba á la Duquesa un valor, que sorprendia á ella misma: su alma sensible y generosa, se elevaba hácia el Ser Supremo, sin violencia, como manantial eterno de amor y clemencia; su arrepentimiento, mas vivo que nunca, lejos de estar acompañado de amargura, era un sentimiento consolatorio que la aseguraba del perdon; gozaba de los mismos pesares involuntarios de su desgraciada pasión; el sacrificio de ellos tenia mas mérito, soportaba con calma las incomodidades y penas de su situacion; iba á expiar sus faltas, á libertarse de la vergüenza, y á sustraerse de la esclavitud de la corte: no conservando mas esperanzas, no tenia ya zelos, y libre de pasiones violentas, si el amor la enternecía aún, su corazon no estaba ya trastornado por los movimientos tumultuosos del odio y del resentimiento.

Uno de los felices efectos de la piedad vi-

va y verdadera, es libertarnos de los frívolos pesares, causados por la ambición ó la vanidad, siempre inquieta y capaz de ellos. Cuando uno se desengaña de los falsos bienes, cuasi todos los intereses de la vida pierden su importancia: los errores no nos perturban, las contrariedades no tienen influjo en nuestro carácter; últimamente, se posee la verdadera filosofía. No se agita uno por bagatelas; se conoce toda la puerilidad del orgullo; no se tienen vanas pretensiones: uno es indulgente, porque ha sondeado su corazón, y se ha aplicado cada día á verse sin ilusión, á juzgarse no solamente sin imparcialidad, sino con extremo rigor.... Y ¡quién de nosotros, examinándose con severidad, podrá ser intolerante con los demás!.... Tiene una calma, porque ya no hay incertidumbres; porque es guiado por una regla invariable, animado por grandes sentimientos, sostenido por esperanzas sublimes; en fin, se goza de una inestimable felicidad, de aquella de estar siempre de acuerdo consigo mismo, y de lanzarse hácia el objeto de sus deseos, con seguridad de alcanzarlos. Feliz carrera, donde la emulación jamás puede producir celos; donde aquellos que nos aventajan, lejos de excitar nuestra embidia, ob-

tienen la mas tierna veneracion, á donde se camina sin conocer rivalidades, seguido, admirado de los mas débiles, y constantemente animado por los mas fuertes!....

Madama de la Valliere pasó los seis meses de reflexion y discrecion, prescritos por Bossuet, en todos los ejercicios de la mas ferviente piedad; sin embargo, ella los ejecutaba con misterio; porque queriendo todavia ocultar su secreto, temia ser acusada de hipocresía. De todas las humillaciones consiguientes á los dilatados extravios, la mas cruel acaso, es no poder dejar el vicio sin hacerse sospechoso de falsedad; por esta causa, en la vuelta al camino de la virtud, los partidos extremos no pudiendo dejar dudas, cuestan menos que las resoluciones moderadas. Madama de la Valliere se habria avergonzado de ser sorprendida en sus devociones particulares, y tenia la mas viva impaciencia de decir públicamente que iba á ser Carmelita. Este momento, en fin, llegó. Encontrándose un dia sola con Luis, se decidió á hablarle; pero con una turbacion extrema: ella no habia previsto el embarazo que experimentaría, y su alteracion se aumentó. Luis la escuchó con sorpresa, manifestó enternecerse, y la Duquesa se deshizo en

lágrimas; entonces combatió el Rey un proyecto tan extraordinario, però con tal sequedad de expresion, que secó prontamente las lágrimas de la Duquesa: ella respondió con un tono firme, que su partido estaba tomado tiempo ha, y de una manera inalterable. El Rey reflexionó un momento; y, volviendo á tomar la palabra, la suplicó escogiese al menos un convento menos austero, y le ofreció la mas rica abadía de Francia (1). Ah! exclamó la Duquesa: ¡cómo podré yo conducir á otros, habiéndome yo misma perdido!.... (2) Ay de mí! prosiguió: no me decidí la ambicion á entregarme á vos; ¿lo habeis olvidado?.... y, ¿podré, renunciándoos, concebir ideas de vanagloria y de dominacion!.... El Rey no insistió ya; pero exigió formalmente de la Duquesa le prometiera quedarse un año en la córte todavia. Se vió obligada, aunque con sentimiento, de ceder á una autoridad, á que jamás habia sabido oponerse. Pero desde el mismo dia, no temiendo empeñarse de manera que no pudiera retractarse sin cubrirse de ridiculéz, anunció públicamente su retirada, y el designio irre-

(1) Histórico.

(2) Sus propias palabras.

vocable de entrar á las Carmelitas. A excepcion del Mariscal de Bellefonds, todos sus amigos se afligieron, é hicieron todo lo posible por variar su resolucion. Fué para la Duquesa un motivo continuo de impaciencia oír repetir sin cesar, como consejos luminosos, todos los lugares comunes que se pueden alegar contra la vida religiosa; por mas que les respondiese, que decidida mas de seis meses á consumir este sacrificio, habia debido hacer todas las reflexiones que se le presentaban. El zelo de la amistad no le ahorraba ninguna de estas trivialidades, que podian alegarse sobre esta materia; se vió obligada á soportar el enfado de oír á cada amigo en particular, y aun á gentes indiferentes, combatir su vocación por los mismos argumentos, y cuasi siempre los mismos términos. Benserade corrió á Versailles, únicamente para hablar con madama de la Valliere sobre un proyecto, de que estaba vivamente horrorizado. Entre otras cosas la dijo, que sin tomar semejante empeño, podia vivir con tanta regularidad como en un convento, y que debia quedar en el mundo para edificarlo. Ah! respondió ella: despues del escándalo de mi vida, sería en mí una horrible

presuncion creerme propia para edificar los demás!.... (1).

La conversion de madama de la Valliere interesó á todo París, é hizo poca sensacion en la corte; porque en general no se creyó: los unos dijeron simplemente, que no tendría jamás valor de hacer á los veinte y ocho años tal sacrificio: otros, sostuvieron que no anunciaba tan extraña resolucion, sino para enternecer al Rey, y con la esperanza de revivir sus primeros sentimientos: esta fué la opinion secreta de madama de Montespan; pero se guardó bien de manifestarla; aparentó creer perfectamente en esta ocasion la sinceridad de una rival, que aun temía, á fin de acostumar al Rey á esta idea, y de hacer mas difícil, ó, al menos, ridicula la retractacion de madama de la Valliere.

A pesar de todo, insensible la Duquesa á todos los discursos de los cortesanos, sacaba cada dia nuevas fuerzas de las conversaciones con Bossuet. ¡Qué impresion debian producir las exhortaciones sublimes de este grande hombre, en esta alma noble, sensible y tan bien preparada, por remordimientos tan fuertes y tantas penas!...

(1) Ella dió, en efecto, esta respuesta.

La Duquesa escuchaba con ansia esta voz poderosa, que tantas veces animó la virtud, hizo temblar el vicio, y cayó como un rayo sobre la impiedad; esta voz, órgano augusto de la verdad, que no se oía jamás sin fruto, ó sin espanto! Madama de la Valliere se dejaba enteramente guiar por sus consejos y los del Mariscal de Bellefonds, á quien todos los dias escribia cuando estaba en París: una de sus cartas concluía asi:

„Dios es tan bueno, que de mil maneras me dá infinitos consuelos, y cada momento me inflama tan fuertemente de su amor, que ahora mismo ardo en deseos de entregarme á él, sin reserva! Qué gracias! Y por donde las he merecido!... Sin duda, esta dedicacion entera que exige de mí, no bastaría para reconocer sus favores y reparar mis ofensas! Por tanto, conozco que, á pesar de la enormidad de mis faltas, el amor tiene mas parte en mi sacrificio, que la obligacion que tengo de hacer „penitencia” (1).

(1) Carta histórica, á la que nada se ha quitado ó variado. Léase la vida de madama de la Valliere, que precede el discurso de Bossuet sobre su profesion.

Madama de la Valliere llevaba despues de algunos años un género de vida tan solitaria, que, sin hacer nada singular, podia dedicar cuasi todos los dias á la meditacion y á la piedad; sin embargo, iba de cuando en cuando á la corte. Partiendo el Rey una mañana para la caza con mucha gente, pasó por el palacio de Birón, y, deteniéndose allí, hizo avisar á la Duquesa que bajase y siguiese la caza, que no duraria mas tiempo que el de un paseo: consintió en ello, y montando con distraccion en la primera berlina que se le presentó, se encontró en una pequeña gondola á solas con madama Scaron, y distinguió delante de ella al Rey con madama de Montespan en una caleza.... (1). Necesitó en este momento de toda la humildad cristiana para soportar semejante situacion: le era extraño verse en público, siguiendo la comitiva del Rey y su amante, retirada con una persona subalterna entonces, y confidenta de madama de Montespan.... La Duquesa estaba lejos de sospechar que esta muger, obscura, protegida por su rival, debia un dia vengarla, y reinar legitimamente en Francia!....

(1) Véanse las memorias de Maintenon.

Madama de la Valliere guardaba silencio: madama Scaron tomó la palabra, y habló con tanta gracia y hechizo, que sacó á la Duquesa de su estado pensativo, y llegó hasta interesarla. Muy pronto cayó la conversacion sobre el proyecto de retiro de madama de la Valliere, que desaprobó madama Scaron, principalmente la eleccion de un convento de Carmelitas. ¿Cómo podreis, le dijo, acostumbraros á tales austeridades? Ah! Madama, respondió la Duquesa, mostrando la caleza del Rey; si allí tengo algunas penas, no haré mas que recordar las que me han hecho sufrir esas dos personas (1)!

La condesa de Themine, esta amiga fiel de madama de la Valliere, le escribió suplicándole, prefiriese al convento de Carmelitas un retiro en Turena; agregándole, que dentro de pocos meses iria á verla con la esperanza de traerla consigo: madama de la Valliere le respondió lo siguiente.

„Vuestra amistad no mira mas que el rigor de mi sacrificio; pero no vé sus consue-
los, ni sus ventajas. Ah! ¿Qué me importa

(1) Memorias de Maintenon.

„dejar el mundo, que nunca he amado, y re-
 „nunciar á vanos divertimientos que me fatigan?
 „Me consagro á la obscuridad; pero ¡cuánto no
 „debo aborrecer la celebridad! Ella forma mi
 „deshonra, y me colma de dolor!.... Qué mé-
 „rito puedo tener en abrazar la pobreza? Siem-
 „pre he despreciado el fausto y las riquezas.
 „Aun antes que la religion hubiese acabado de
 „ilustrarme, mi situacion y mis extravios han
 „debido preservarme de la embriaguez de los
 „falsos bienes; el brillo, la fortuna, los ho-
 „nores, no fueron para mí sino otras tantas
 „manchas. En el seno de la opulencia y de las
 „grandezas humanas, suspiraba por el olvido y
 „embidiaba la humilde mediocridad!.... Yo no
 „hago sino un solo sacrificio; él es inmenso, es
 „verdad: dejo para siempre lo que amo!....
 „juzgad por este esfuerzo, del poder del senti-
 „miento que me determina!.... La razon so-
 „la me prescribia separarme.... Ya no
 „soy amada...! Mas, despues de haber triun-
 „fado de semejante pasion, ¿qué seria de mí
 „sin la piedad?... ¡Qué triste victoria, si no
 „ganase en ella mas que una insípida indife-
 „rencial.... Ah! este corazon tan sensible, pue-

„de pues, en fin, amar sin medida, y fijarse
 „con seguridad!.... Oh! ¡qué reposo se encuen-
 „tra en un gran sentimiento, al que se puede
 „entregar con toda la vivacidad de su imagi-
 „nacion, y toda la energia de su alma! ¡Qué
 „deliciosos me son mis desvios, y la reflexion
 „no podrá destruir su dulzura!.... Nada hay
 „ilusorio en la virtud; todo es real; todo es du-
 „rable en la felicidad que ella procura: sus bie-
 „nes, sus placeres no se agotan, la habitud y
 „la perseverancia redoblan el premio, porque
 „aumentan el mérito.... Sí, solo la religion
 „puede dulcificar la amargura, ó el horror de
 „los mas crueles recuerdos! Ella borra lo pa-
 „sado, adorna lo presente, encanta lo futuro!...
 „Lo futuro! no lo mira sino con terror! gracias
 „al cielo, yá no me es temible! he roto el ve-
 „lo fúnebre que me lo ocultaba; lo veo, lo con-
 „templa con delicias; todos mis deseos y mi
 „corazon se arrojan á él.... Mas, gozo del
 „tiempo que me separa de la eternidad: ®
 „me preparo un destino y galardón inmor-
 „tal!.... Grandes de la tierra, víctimas in-
 „fortunadas del tiempo que os devora, agitaos,
 „atormentaos por frívolos intereses de un mo-

„mento; lejos de embidiaros, os compadezco!.....
 „Persiguiendo con ardor tantos bienes imagina-
 „rios, correis tambien con un paso igual hácia
 „la tumba; ella está entreabierta delante de vo-
 „sotros; en vano desviais los ojos; vos la en-
 „treveis á despecho de los errores que os se-
 „ducen; y este objeto inevitable no ofrece á
 „vuestra vista sino un abismo!.... En cuanto
 „á mí, á pesar de la debilidad de un séxo tí-
 „mido, puedo fijar sobre la muerte un ojo in-
 „trépido y tranquilo: qué digo! ella es cada dia
 „el objeto de mis mas dulces meditaciones; ve-
 „ré desvanecerse el sueño de la juventud, co-
 „mo se vé acabar un dia tempestuoso: para el
 „alma religiosa, la pesada vejez no es sino una
 „noche apasible, seguida de un sueño encanta-
 „dor!.... Vos me decís, mi amiga, que debe-
 „ría quedar libre, y seguir el género de vida
 „de una reclusa: añadís, que entonces podria
 „hacer mucho bien. Este proyecto sería quimé-
 „rico, ó, al menos, su ejecucion difícil y peno-
 „sa: para llenar invariablemente los deberes aus-
 „teros, hay, sobre todo, necesidad de ejemplos;
 „cuando todo camina á nuestro rededor con un
 „paso igual, cuando todos nos dirigimos á un
 „mismo fin, con el mismo zelo, no sentimos

„nuestra propia fatiga, nos avergonzariamos de
 „amortiguarnos; la emulacion sostiene nuestras
 „fuerzas; entretiene el ardor de nuestros pri-
 „meros movimientos. Ay de mí! Si el ejemplo
 „solo puede arrastrarnos hácia el vicio, ¿cuál
 „será pues su poder, cuando nos invita á se-
 „guir la virtud?.... Pensad, además, que abra-
 „zando la vida religiosa, puedo infinitamente ser
 „mas útil á los pobres, que quedandome en el
 „mundo; pues que con la renuncia absoluta de
 „todos mis bienes, me es posible darles mas.
 „¿Cuál es, pues, esa injusta y falsa idea sobre
 „los claustros, que hace decir, que los que allí se
 „encienrran son entes tan completamente inú-
 „tiles como ociosos? ¡A los mundanos toca ex-
 „clamar sobre la pérdida del tiempo? aquellos
 „que, aun cuando sus costumbres son inocentes,
 „lo consumen en diversiones tan pueriles ó tan
 „peligrosas?.... Ah! cuando sea recibida en ese
 „santo asilo, donde quiero pasar el resto de mi
 „vida, expiaré á la vez las faltas, y la ociosi-
 „dad de mi vida pasada! No abusaré ya de las
 „facultades de mi espíritu y de mi corazon; no
 „profanaré mas mi sensibilidad; no obraré mas,
 „sino con un motivo racional y benéfico; ya no
 „tendré mas actividad que para el bien!....

„Estado respetable, donde seré obligada, por
 „conformarme á la ley general, á no hablar
 „sino para alabar á Dios, ó para servir á mis
 „compañeras; á no trabajar sino para los altares
 „ó los pobres; á no velar sino para cantar ala-
 „banzas al Eterno, ó para cuidar á los enfer-
 „mos!.... O Dios mió! entonces gozaré de la
 „existencia que os debo; emplearé dignamente
 „todos vuestros dones, y no podré ensoberbe-
 „cerme de ellos! En el mundo, la regularidad
 „cristiana parece cuasi un prodigio; en el claus-
 „tro no es sino un simple deber; allí es sola-
 „mente donde con la perfeccion de la conduc-
 „ta, se puede conservar la humildad.”

„Vos os admirais que pueda renunciar la
 „felicidad de vivir con mis hijos; y, bien, mi
 „misma ternura para con ellos bastaría sola pa-
 „ra afirmar mi resolucion! No se avergonzarán
 „de tener tal madre; ella habrá reparado todo!
 „Voy á merecer su estimacion! Mis errores no
 „corromperán á mi hija; ella juzgará de mis pe-
 „sares, de mis remordimientos, por mi sacrifi-
 „cio; yo sacó partido de una gran falta, para
 „darle la mas sensible leccion! Consagrándome
 „á Dios, adquiriré todos los derechos de la ma-
 „ternidad; indigna de guiar á mi hija, estando á

„su lado, instruiré su juventud desde lo interior
 „de mi soledad: dentro de este palacio no me
 „atrevo á hablarle de la virtud, sino avergon-
 „zándome! pero me será permitido recibirla den-
 „tro de mi claustro; y, allí en mi celda, le en-
 „señaré sus deberes con fuerza, con autoridad.
 „Tendré necesidad de decirle, que el amor y la
 „pompa de las grandezas, no consuelan de la
 „pérdida de la inocencia! Esa reja, que debe
 „para siempre separarme del mundo; ese velo
 „sagrado, que vá á ocultarme á los ojos de to-
 „dos, serán mas persuasivos que los mas elo-
 „cuentes discursos. Asegurada que algun dia se-
 „ré sentida de mi hija, me parece que ahora la
 „amo mas, y que me pertenece mas!.... Sin
 „duda, despues de seis meses, no puedo mirar
 „mis hijos sin enternecerme profundamente!...
 „Mas, si el partido que tomo no tuviera nada de
 „penoso, ¿cómo podría reconciliarme con el cie-
 „lo, y conmigo misma? Yo he dado los mas
 „ruidosos escándalos; debo á la Europa entera
 „el ejemplo de una grande expiacion! Sí, seré
 „privada de oír cada dia, ó de ver los objetos
 „de mi afecto.... Existe uno de ellos, á quien
 „no veré jamás.... Su nombre no saldrá mas
 „de mi boca!.... Poco me costará guardar un

„eterno silencio: ¿qué ganaría en elegir un con-
 „vento menos austero? no toleraría allí la mis-
 „ma violencia? ¿me sería permitido hablar de
 „él?... Mas, en todos los instantes podré ro-
 „gar á Dios por su felicidad y por su gloria,
 „con todo el fervor de una dulce confianza!...
 „Oh! cuán consolatoria y sublime es la cari-
 „dad cristiana! nos priva el olvido!.... y, por
 „la memoria y los votos, nos une tambien á los
 „objetos mismos de que la religion nos sepa-
 „ra!....”

„No me compadezcáis, pues, mi amiga:
 „pensad en los males de que me liberta mi re-
 „tiro; pensad que la ingratitud no me hará ver-
 „ter mas lágrimas!.... Ah! cuando no tenía
 „ningun imperio sobre mí misma, era cuando
 „merecía vuestra compasion. ¡Cuánto me han
 „hecho sufrir el amor, los remordimientos, la
 „vergüenza y el zelo! ¡Qué horroroso me
 „era pensar, que todos aquellos á quienes
 „reverenciaba, de quienes ambicionaba sufra-
 „gios, debian despreciarme!.... Qué grato es
 „salir de un largo abatimiento, volver á con-
 „quistar la estimacion, y obtener la aprobacion
 „de aquellos á quienes jamás se ha cesado de

„admirar!.... Ay de mí!.... yo debo, hasta
 „la tumba llorar mis faltas; pero ya no estoy
 „en el caso de las mugeres despreciables: mi
 „historia no será una autoridad para el vicio;
 „interesará los corazones sensibles y virtuosos;
 „se verá en ella que la debilidad produce toda
 „clase de penas; y que todos los consuelos, una
 „victoria gloriosa y la paz del alma, son los
 „frutos felices del arrepentimiento.... A Dios,
 „mi amiga. Venid, os espero con impaciencia.
 „¡Qué placer experimentaré viéndoos! Ya no
 „me avergonzaré á vuestra vista! La continua-
 „cion de mi vida justificará vuestra fiel amistad.
 „Venid, no para combatir un generoso desig-
 „nio; sino, al contrario, para aprobarlo, y para
 „aplaudir los sentimientos que lo hacen inmu-
 „table.”

Entretanto, el tiempo se pasaba, y mada-
 ma de la Valliere veía espirar el término de
 un año, pedido por el Rey. A excepcion de Bos-
 suet y el Mariscal de Bellefonds, ninguno en el
 mundo sospechaba que ella estuviese en vispe-
 ras de partir.... Hizo pedir secretamente una
 audiencia á la Reyna, y consiguió el permiso de
 ella para ir al castillo al anochecer. Sabiendo la

Duquesa que el Rey no vendría á su casa en la noche, pensaba partir aquella misma. Era el mes de Mayo. A las nueve de la noche, madama de la Valliere, vestida de sayal negro, cubierto el semblante con un velo, fué á pie á buscar una silla de manos de alquiler á la plaza, y en este humilde equipage se hizo conducir al castillo. La introdujeron al cuarto de la Reyna, á quien encontró sola en su gabinete. Al entrar la Duquesa levantó el velo, y descubrió un semblante inundado de lágrimas: se acerca temblando, con las manos puestas; se echa á los pies de la Reyna: yo vengo, le dice, á implorar un generoso perdon.... Ah, Madama, no me rechazeis! Dentro de pocas horas estaré, para siempre, encerrada en el convento de las Carmelitas!.... A estas palabras, la Reyna, profundamente enternecida, levanta á la Duquesa y la abraza estrechamente. Oh! exclamó la Duquesa: desde este momento me creo verdaderamente reconciliada con la virtud!.... Cuando pronunciaba estas palabras se abrió una puerta, y apareció el Rey.... El queda inmóvil viendo á la Duquesa en brazos de la Reyna.... Comprendió que recibía el último á Dios, y es-

te pensamiento lo hizo sobresaltarse.... Veía la víctima de su seducción y de su inconstancia, dispuesta á encerrarse para siempre en el claustro mas austero, y la veía todavia en todo el brillo de su juventud (1). La Duquesa se habia puesto encarnada al ver entrar al Rey; sus lágrimas, el vivo color que hermozeaba sus mejillas, el velo de crespon, que relevaba mas su brillante blancura, todo, en este instante, dió á su belleza un resplandor sobrenatural. Luis, contemplándola, tomó su espanto y admiracion por remordimientos.... juró, en su interior, no dejarla partir: esto era obtener sobre ella una segunda victoria: el amor propio tuvo quizá tanta parte en esta repentina resolucion, como la ternura y la piedad.

No pudo la Duquesa defenderse de un movimiento de alegría al ver al Rey, á quien habia creído no volver á ver jamás: echó sobre él la mas tierna y mas dolorosa mirada; pero, al momento, besando la mano á la Reyna y estrechándola fuertemente contra su corazon: á Dios, Madama, le dijo en un tono sensible; pero no obstante muy firme.... A estas palabras, incli-

(1) Tenía la Duquesa veinte y ocho años.

nó profundamente su cabeza, y salió con precipitacion.

Esta aparicion del Rey, habia involuntariamente turbado á la Duquesa en tales términos, que su razon no podia superarla. A las diez de la noche entró en el palacio de Biron, agitada, trémula, y, sobre todo, horrorizada de una alteracion que ella misma se reprendia; procuraba distraerse, presidiendo personalmente los preparativos de su partida. Sus damas y domésticos, instruidos, en fin, de su resolucion, obedecian sus órdenes llorando; ella no oía á su rededor sino gemidos: por mas que les repitiese para calmar su dolor, que les habia asegurado á todos una suerte feliz, el reconocimiento aumentaba su pesar; no le respodian mas que por suspiros y sollozos; y la Duquesa mezclaba sus lágrimas, á las que hacia repartir, encantada quizá en su interior, de tener un pretexto para enternecerse y llorar. A las diez y media se oye entrar en el patio una berlina; la puerta estaba cerrada!... Oh Dios mió!... exclamó la Duquesa poniéndose pálida: ¿quereis todavia que sufra una cruel prueba! Oh! dignaos sostener mi valor!... Diciendo estas palabras, se levantó por un movimiento maqui-

nal, como si quisiese huir: en este instante sus damas se diéron prisa á salir, y anunciaron al Rey! La Duquesa cayó en su silla; Luis se adelanta... pero no era ya aquel Príncipe indiferente despues de tanto tiempo, y tan frio aún la vispera: sus miradas, su continente, su expresion, el sonido mismo de su voz, todo estaba mudado; todo le recordaba á la Duquesa un tiempo, que quisiera olvidar; todo le representaba el hechizo á que habia cedido... El estaba tierno, suplicante; tenia toda la delicadeza, toda la dulzura atractiva y tímida, que dá la incertidumbre y la esperanza... Comenzó por declararle, que jamás habia concedido su consentimiento para un proyecto, cuya sola idea le horrorizaba: agregó, que todo lo habia esperado de la amistad, y de un año de reflexion.... Dejádme, prosiguió; abandonadme, pues que no podeis volver á encontrar el reposo, sino á costa de mi felicidad... Os dejó la libertad de afligirme, y hacer la infelicidad de mi vida; pero no os permitiré jamás dejáros correr á la vuestra: elegid otro retiro, vivid lejos de mí; pero quedad libre....—Ah! ¿y lo podré hacer? ¿Me es posible estar á la vez separada de vos, y dueña de mis accio-

nes?...—Y ¿por qué huirme?...—Porque ya no pertenezco á mí misma; he jurado consumir mi sacrificio, lo sabeis, y yo no quebranto mis juramentos....—Ese juramento es nullo, es bárbaro, es impío: ¿teneis acaso facultad para abreviar vuestros dias? no soportareis tal género de vida....—Ay! he soportado, sin morir, vuestra mudanza!....—Ah! no tengais la crueldad de reprenderme mis faltas: este momento de dolor y de temor, os venga bastante!....—Esas austeridades, que os dan horror, no tienen nada de penoso para mí; estoy acostumbrada á ellas....—¿Cómo? Venid á convenceros, dignaos seguirme. A estas palabras se levanta la Duquesa, toma una llave, que llevaba colgada á su cintura, se acerca á una puerta, la abre con mano trémula, y entra con el Rey en un gabinete misterioso, que presenta á los ojos admirados de Luis el triste aspecto de una celda. Carmelita.... Todo el ajuar que allí se veía, era un atahud formando cama; una silla de paja, y una mesa de madera grosera, sobre la cual habia un Crucifijo, una calavera, una lámpara, y un libro de evangelios!.... A penas la Duquesa puso el pie en este humilde santuario de la religion, formado

por su piedad, cuando recobró todo su valor; no le quedó de una aficion tan tierna todavia, sino la sensibilidad, que puede dar premio á la victoria; y no la debilidad, que la hace dudosa y excita á compasion. ¿A donde me conducis? exclamó el Rey, penetrado del mas vivo dolor, de admiracion y de piedad.... Qué! en un lugar semejante á este pasará el resto de sus dias la mas interesante de todas las mugeres! Qué! tanta juventud, hechizos, dulzura y virtud, quedarán encerrados en esta horrorosa soledad!.... y, yo seré la causa!.... Quereis, abandonandome, dejarme los remordimientos de los tiranos mas desapiadados!.... Ah! respondió la Duquesa: no tengais remordimientos: yo gozo de felicidad; no de aquella fugitiva y frágil, que no se gusta sino temblando, que se escapa con rapidéz, que no puede renacer jamás, y que no deja en lo interior del alma mas que amargos pesares y manchas.... sino de una felicidad inalterable, y que se aumenta con el tiempo. Ah! esta felicidad tan pura ninguno ha podido definirla! Precursora de gozos celestiales, es, como ellos, imposible de pintarse; como ellos solos, produce á la vez todos los tras-

portes del entusiasmo, y toda la dulzura de una calma perfecta!.... Quién puede desconocer la esencia del amor divino en sus efectos sobrenaturales! El exalta el alma, la reposa, la inflama, y modera todos sus movimientos; la contenta plenamente, excitando en ella un ardiente deseo, que no puede satisfacerse en esta vida; triunfa de la naturaleza, dando echizo á objetos los mas sombríos y los mas terribles!.... Adorna los desiertos; anonada la muerte; nada es para él la imagen de la destruccion de nuestro ser.... Si, todo lo que aquí me rodea, lejos de inspirarme ideas lúgubres, no me habla sino de una feliz inmortalidad!.... y este atahud, que os horroriza.... ¡con qué placer, desde mas de un año acá, reposo en él cada noche! Los horribles remordimientos no han velado jamás sobre esta cama: yo veo á los ángeles rodearme, me duermo dulcemente al abrigo de sus alas protectoras, y he restaurado el mas delicioso sueño!

Mientras que madama de la Valliere hablaba con toda la energía que puede dar un sentimiento profundo y sublime; el Rey, absorto, la oía y miraba con una especie de arro-

bamiento indecible; jamás la habia encontrado tan bella, tan noble y tan sensible. ¡Oh mi angélica amiga, exclamó: no me abandonéis! Quedaos, para dar á la Côte el ejemplo de todas las virtudes: quedaos, para purificar mi corazón y mudarło. Estareis libre para vivir aquí como en un claustro!.... Yo no os pido sino una amistad fraternal, y estoy pronto á sacrificaros el sentimiento que nos ha desunido.... Consentid en quedaros cerca de mí, y dentro de un cuarto de hora, madama de Montespan, recibirá orden de dejar la corte, sin vuelta y sin dilacion.... Hablad, decid una palabra siquiera, y voy, con enagenamiento y en este instante, á firmar el destierro de vuestra enemiga.... A esta inesperada oferta, la Duquesa se conmovió, mirando fijamente al Rey. Qué! le dijo, ¿consentiriais separaros, para siempre, de madama de Montespan? Ah! replicó el Rey; no lo dudeis: nada me seria costoso por conservaros!.... O Dios mio! exclamó la Duquesa, precipitándose de rodillas y levantando sus brazos al cielo: Dios mio! ahora creo que me habeis perdonado! yo puedo ofreceros un sacrificio digno!... Ah! prosiguió, volviendo hácia

al Rey un semblante lleno de lágrimas, orad conmigo!.... Que nuestros corazones, juntamente confundidos por una pasión culpable, se hallen unidos por la virtud en este último á Dios!.... que yo lleve el dulce recuerdo de algunos instantes de mútua ternura, sin crimen y sin debilidad!.... Orad conmigo!.... que pueda conservar, hasta la tumba, este pensamiento delicioso: *Nuestras lágrimas corrieron al mismo tiempo, nuestras almas se respondieron, y se arrojaron unidas hácia el Eterno!*.... Ah! orad conmigo! Ella pronunció estas palabras, con una dulzura y una expresión celestial. El Rey no pudo contener sus lágrimas: estaba de pie, y el exceso de su ternura y de su agitación, lo obligó á apoyarse contra la pared; se cubrió el semblante con las manos, sin tener fortaleza para responder: la Duquesa, levantando los ojos al cielo, con la acción más patética, dijo: Dios bondadoso, os confío su felicidad; que su trono, que ha adornado con tanto brillo de gloria humana, sea en lo de adelante rodeado de toda la magestad de la religión; que su grande alma, digna de conoceros, se levante hácia vos; que llegue á ser el sostén augusto y el defensor de la fé; que él, en

fin, sienta, que lo que es tan grande, tan consolador, tan útil, no puede ser una ilusión!.... O Soberano árbitro de nuestros destinos, velad sobre este imperio, y el héroe que lo gobierna!.... que la fama de sus virtudes y de sus triunfos, llegue todavía hasta á mí; que este solo sea el ruido venido del mundo, que pueda interrumpir el silencio religioso de los claustros. Oh! que lo oiga siempre, y no tendré nada que perder, nada que echar menos!

Acabada esta oración con tanto fervor, teniendo aún la Duquesa las manos juntas, quedó algunos instantes absorta en una profunda meditación: en seguida, enjugando sus lágrimas, se levantó, se acercó al Rey, y le dijo con una voz encantadora, pero firme: es preciso separarnos! os dejo mis hijos, y los dejo sin inquietud!.... En adelante no recordemos nuestros errores, sino para llorarlos!.... mas conservemos con delicia el agradable recuerdo de la santa amistad, que preside á nuestros últimos á dioses!.... A estas palabras, Luis, inundado de lágrimas, dobló una rodilla, y, tomándole una de sus manos, le dijo con una voz interrumpida por los sollozos: dejadme rendir el último homenaje al único objeto que he amado!....

Ah! por mi desgracia eterna no os he sabido apreciar, hasta el momento de perderos para siempre!.... ya no tengo, ni el derecho, ni la esperanza de deteneros!.... Era necesario, á vuestra alma, un sentimiento celestial: á Dios: cumplid vuestro destino sublime..... Os admiro demasiado para compadeceros; pero estoy oprimido de sentimiento y de dolor!.... El cielo estará, sin duda, en los lugares que habiteis; allí llevareis la virtud, la sensibilidad; allí encontrareis la paz!.... y yo, privado de vos; seré perseguido de un recuerdo, que secará mi corazón despedazándolo: ¡qué objeto, en adelante, podrá interesarme, enternecerme ó agradarme! A Dios! Vos partís, renunciáis á todo; ¡mas yo solo soy á quien inmolais!.... Pronunciando el Rey estas palabras, apoyó sus labios sobre las manos de la Duquesa, y luego, arrojándose precipitadamente hácia la puerta, se desapareció!.... atravesó rápidamente las viviendas con su pañuelo en los ojos!.... Llegó al fin de la escalera, se detuvo, ocupado del doloroso pensamiento que no vería jamás esta muger angelical, cuyo destino había trastornado;.... tuvo tentacion de volver á subir, no con la esperanza de cambiar su resolucion por

nuevos esfuerzos, sino únicamente para volverla á ver; para mirar siquiera una vez aquel dulce semblante.... Se acercó la berlina bajo de la vóboda, y se decidió á entrar; pero, antes de hacerlo, volviéndose hácia el ayuda de cámara de confianza de la Duquesa, que lo habia seguido para alumbrarle, le ordenó fuese al dia siguiente por la mañana, anunciándole, que lo agregaria á su servicio, y les asignaría pensiones á todos los demás criados de la Duquesa. Tambien le encargó llevase la lista de todos los pobres á quienes la Duquesa, desde su conocimiento, socorria.

El Rey partió: la Duquesa, prosternada en su celdilla, oyó salir la berlina del palacio de Biron, para no volver á entrar jamás en él, y cerrarse la gran puerta!.... A este ruido, que resonó dolorosamente en su corazón, interrumpió su oracion exclamando: esto es ya hecho... no le volveré á ver sino en la eternidad! Me parece que el universo entero acaba de destruirse á mis ojos! aun antes de dejar el mundo, él no existe para mí!.... Sus placeres, sus ilusiones, sus esperanzas, todo acaba de desvanecerse!.... La verdad sola me queda! cualquiera que sea su austeridad, durante estos dias de

destierro, parece dulce y consoladora, cuando se le busca de buena fé, y se le abraza voluntariamente. Ella no es espantosa, sino para las almas irresolutas ó viciosas! Diciendo estas palabras se levantó, y mirando fijamente su atahud, dijo: todos los padecimientos humanos allí se terminarán!.... Dentro de un instante una paz inalterable va á suceder á tantas agitaciones!

Este pensamiento calmó la turbacion de su corazon; quedó algunos momentos en silencio, los ojos fijos sobre su lecho fúnebre.... A la vista de este objeto imponente, las pasiones se anonadan ó se callan.

Salió la Duquesa de su gabinete á dar las últimas órdenes para su partida; todo quedó dispuesto para las dos de la mañana: entonces pasó á la habitacion de su hija: ésta vivia ya dos años en el castillo con su aya; pero la Duquesa, que estaba continuamente sola, la detenia á dormir en su habitacion, y, queriendo verla en el instante mismo de su partida, habia enviado á traerla la víspera. Mademoiselle de Blois dormia con el mas profundo sueño; una lámpara de velar alumbraba su cuarto. Acercóse la Duquesa suavemente á su cama, entre-

abrió la cortina, y, mirando á esta hija encantadora, repartió un diluvio de lágrimas! Tu despertar será doloroso, le decía; en vano llamarás á tu madre!.... Ella estará en un asilo apasible y seguro, al abrigo de todos los peligros que van á rodear tu juventud.... Voy á refugiarme al puerto, y te dejo enmedio de las tormentas! Oh hija mia! tú sabrás temerlas, cuando yo te pinte todo lo que he sufrido!.... Dentro de este palacio te he ocultado mis lágrimas y mi vergüenza; dentro de mi celda te abriré este corazon materno; tú verás sus profundas heridas; verás que una valerosa expiacion puede cicatrizarlas; pero que nada borra sus señales!.... A Dios, hija querida! Ay de mí! yo debo, para siempre, llorar tu nacimiento; mas Dios me ordena que te ame y te bendiga; me permite echarte menos; el dolor que siento al dejarte, no es sin alguna dulzura; al menos es legítimo!.... A Dios!.... Quiera el cielo que seas menos sensible, y mas feliz que tu madre!.... A estas palabras, dejando caer la cortina, se salió vertiendo un torrente de lágrimas.... Entró un momento en su oratorio; tomó, de rodillas, la cruz de cristal que en otro

tiempo habia recibido de su madre, único adorno que quiso llevar: á continuacion, encargó á su ayuda de cámara de la suma que destinaba á los pobres, y de llevar á muchos de ellos los documentos de contratos de rentas vitalicias; dejó tambien, con algunas cartas escritas de su puño, cierto número de diamantes, de que dispuso á favor de sus amigos íntimos. Despues de haber ejecutado ella misma esta especie de testamento, pasó al salon donde, de su orden, se habian reunido todos los criados; les pidió perdon del escándalo que les habia dado, y les hizo la exhortacion religiosa mas patética. Al llenar sus deberes se reanimaba, y sentia renacer sus fuerzas. En fin, al amanecer, abrazó á sus criadas llorosas, y arrancándose de sus brazos, salió con un paso firme, diciendo: gracias al cielo! héme aquí libre de todos los bienes frágiles que la fortuna puede quitar, y de los que la muerte nos despoja! Yo recobro, por último, la paz del alma; y este tesoro inestimable no me será quitado jamás!... Dicho esto, montó en su berlina con un poco de alteracion. Sus domésticos la siguieron hasta el fin de la escalera. Sus lágrimas y sus gemidos la turbaron....

hizo seña al cochero que partiese, y obedeció. Al pasar el umbral de la puerta, mil recuerdos confusos le oprimieron el corazon; desechó los que debia, fijando el pensamiento en su hija, y se soltaron de nuevo sus lágrimas.... En el momento que entró en la calle de árboles, que vá á Paris, distinguió el castillo, empezó á temblar, y, desviando al momento los ojos, bajó la cortina de aquel lado....

Ella iba sola en una berlina de alquiler, con dos caballos y un lacayo sin librea; no llevaba mas de su palacio magnífico, que acababa de abandonar, que su atahud, para ponerlo en su celda, amarrado á la zaga del coche con una cubierta en figura de cofre. Despues de una hora de camino, echó la vista al campo admiró la frescura, el verdor y la belleza de los árboles en flor; y esta vista la llenó de pena: suspiró; esta era una despedida á la campaña, á las risueñas colinas, á la naturaleza!... Levantó los ojos al cielo, y dijo: allí es donde debo fijar mis miradas! allí se dirigirán en adelante todos mis deseos! este cuerpo mortal no será mas que una sombra de la tierra! mi alma engrandecida, exaltada, se separa de él des-

de esta vida, para gozar antes de tiempo de su naturaleza divina, y de su inmortalidad! rompe los lazos que la cautivan, franquea el espacio que la separa de Dios, se arroja en su seno, y reposa en él; la fé le descubre todo lo que la misericordia suprema le promete en la eternidad, y el amor le hace poseer ya el mas precioso de todos los bienes infinitos, que es amar á Dios sin medida!... Estos pensamientos la fortificaron; y elevaron sobre sí misma. Llegó al monasterio de Carmelitas á las seis de la mañana: la superiora, á la cabeza de la comunidad, salió á recibirla á la puerta del convento; madama de la Valliere se echó á sus pies, diciendo: *Madre mia, yo he hecho siempre un mal uso de mi voluntad, que vengo á ponerla en vuestras manos, para no volverla á tomar jamás* (1). La condujeron á la Iglesia; luego que salió de allí, en el momento hizo cortar sus largos y hermosos cabellos, que mandó á sus hijos. Se abreviaron, en favor de su zelo, las pruebas que preceden á la entrada en el noviciado: eligió, para recibir el

(1) Sus propias palabras,

hábito, el tercer domingo despues de Pentecostés, que fué el año de mil seiscientos setenta y cuatro, el dos de Junio, dia en que la Iglesia propone á los fieles la parábola del pastor, que carga sobre sus espaldas la oveja perdida; la que sirvió de texto al sermón, predicado por el Obispo de Aire: Bossuet y Bordaloue estaban ausentes. Madama de la Valliere tomó el nombre piadoso de Sor Luisa de la Misericordia (1). Durante el año de su noviciado madama de la Valliere, por su piedad, por su fervor, por su humildad profunda, admiró á la santidad misma: las piadosas Carmelitas se la propusieron como modelo el mas perfecto de la penitencia. El cuatro de Junio del siguiente año (2), pronunció sus votos madama de la Valliere: á excepcion del Rey, y madama de Montespan, toda la Córte asistió á esta solemne ceremonia, cuya memoria eternizó Bossuet por el mas elocuente discurso. La ilustre penitente se mostraba por la última vez; no se

(1) Todos estos detalles son históricos.

(2) En 1675.

le podía embidiar ó aborrecer; se le veía con admiración, tal cual era, bella, modesta, animosa: nunca su figura habia parecido mas sensible y mas noble: su fisonomía, llena de hechizo y amabilidad, habia recobrado toda la serenidad de la inocencia, y toda la dignidad de la virtud. La Reyna le dió el velo negro: madama de la Valliere se puso de rodillas para recibirlo; solo entonces se le vió levantar los ojos con timidez hacia la Reyna, que parecia su mirada suplicatoria implorar un perdon que ya habia alcanzado. La Reyna la abrazó con la mas tierna expresion; madama de la Valliere bajó respetuosamente la cabeza, y se escaparon de sus ojos dulces lágrimas.... Todos los corazones se conmovieron vivamente y se aumentó la ternura cuando Bossuet habló....

Concluida la ceremonia, entró la Reyna al convento; estuvo cerca de media hora encerrada con madama de la Valliere; al despedirse le prometió volver con frecuencia á visitarla; empeño que cumplió exactamente hasta su muerte.

Madama de la Valliere, consagrada enteramente á Dios, se condujo con tan poca vie-

lencia, que en medio de tantas austeridades, parecia no haber hecho otra cosa, que recobrado su primer caracter, y seguido su inclinacion natural. Con la paz del corazon restauró su salud perfectamente; y, no obstante la delicadeza de su constitucion, vivió mas de treinta años en el monasterio. Tan querida como reverenciada de su hija, que fué despues hecha Princesa de Conti, terminó dulcemente su vida en sus brazos (1). Su muerte ofreció un espectáculo sublime: su alma, purificada, se separó sin violencia de su mortal despojo, para recibir el glorioso premio de su generoso sacrificio y de sus dilatados trabajos.

A. M. D. G.

(1) Histórico.



SERMON

PREDICADO

POR

EL ILLMO. SR. BOSSUET,

OBISPO DE MEAUX,

EN LA PROFESION

DE

MADAMA DE LA VALLERE,

DUQUESA DE VAUJOUR,

EN PRESENCIA DE LA REINA DE FRANCIA.

EL DIA 4 DE JUNIO DE 1675.



MEXICO: 1838. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA DE LUIS ABADIANO Y VALDES,
á cargo de J. M. Gallegos, calle de las Escalerillas
núm. 13.

SERMON

PRELIMINAR

SUMARIO.

Expectáculo admirable que Dios nos presenta en la renovacion de los corazones. Dos amores opuestos, que obran todo en el hombre. *Atentado*, y *caída* funesta del alma, que ha querido, como Dios, hacerse su felicidad. De qué manera, tocada de Dios, comienza á volver sobre sus pasos, y abandona poco á poco lo que amaba, no reservándose mas que á Dios. Esta vida penitente y desprendida, se vé que es muy posible, por el ejemplo de MADAMA LA VALLIERE. Respuesta que dá Dios á las razones que alegan los mundanos, para dispensarse de abrazarla.

SERMON

PREDICADO POR EL ILLMO. SR. BOSSUET,

OBISPO DE MEAUX,

EN LA PROFESION DE

MADAMA DE LA VALLIERE,

DUQUESA DE VAUJOUR,

en presencia de la Reina de Francia, el dia 4 de Junio de 1675. (*)

Et dixit qui sedebat in throno: Ecce nova factio omnia. Apoc. XXI. 5.

„Entonces dijo el que estaba sentado en el „trono: Voy á renovarlo todo.“

Será, sin duda, un grande espectáculo, cuando aquel que está sentado sobre el trono, por quien existe el universo, y á quien no cuesta mas hacer que decir; pues ejecuta todo cuanto le agrada por sola su pala-

(*) Este discurso se imprimió, sin consentimiento del Sr. Bossuet, conforme á una copia defectuosa. D. Deforis lo corrigió sobre el manuscrito original, que le proporcionó adiciones y cambios muy considerables. Nosotros nos hemos conformado á él. [Edicion de Versailles.]

bra, pronunciará de lo alto de su trono, al fin de los siglos, que vá á renovar todo; y que al mismo tiempo se verá cambiada toda la naturaleza, apareciendo un nuevo mundo para los escogidos. Mas, cuando para prepararnos á estas novedades sorprendentes del siglo futuro, se insinúa secretamente en los corazones por el Espíritu Santo, los renueva, y tocandolos en lo mas profundo, les inspira deseos no conocidos hasta entonces, este cambio, ni es menos nuevo, ni menos admirable. Ciertamente, cristianos, nada hay mas maravilloso que estas mutaciones. ¿Qué hemos visto, y qué vemos ahora? ¿Qué estado.... y qué estado? No tengo necesidad de hablar; los sucesos hablan por sí mismos.

Señora: ved aquí un objeto digno de la presencia de Reina tan piadosa. Vuestra magestad no viene aquí para conducir á la soledad las pompas mundanas; vuestra humildad os impele á tomar parte en los abatimientos de la vida religiosa; y es justo que, formando por vuestro estado una parte tan considerable de las grandezas del mundo, asistais alguna vez á las ceremonias donde se enseña á despreciarlas. Admirad, pues, con nosotros estos grandes cambios de la mano de Dios. Nada hay aquí de la antigua forma; todo está mudado exteriormente; y lo que pasa en el interior es igualmente nuevo. Yo, para celebrar estas novedades santas, rompo el silencio de tantos años, y hago oír una voz que los púlpitos no conocen ya.

A fin, pues, de que en esta piadosa ceremonia todo sea nuevo, dadme tambien ¡ó Dios! aquel estilo propio del Espíritu Santo, que comenzó á hacer sentir su fuerza todopoderosa en la boca de los Apóstoles (1). Que predique yo, como S. Pedro, la gloria

(1) *Era el tercer dia de la Pascua de Espíritu Santo.*

de Jesucristo crucificado; y haga ver al mundo ingrato con qué impiedad lo crucifica todos los dias. Que crucifique al mundo á su vez, y borre todos sus atractivos y su gloria: que lo sepulte con Jesucristo: y, en fin, que haga ver, que solo él vive, y todo lo demás está muerto.

Hermanas mias, pedid para mí esta gracia: los oyentes hacen los oradores; y Dios dá, por sus ministros, doctrinas convenientes á las santas disposiciones de los que las escuchan. Haced, pues, por vuestros ruegos, el discurso que debe instruiros; y alcanzadme las luces del Espíritu Santo, por la intercesion de la Santísima Virgen.

AVE MARIA.

No debe ocuparnos la curiosidad de conocer distintamente estas novedades maravillosas del siglo futuro; porque así como Dios las hará sin nosotros, debemos descansar en su poder y sabiduría. Pero, no sucede lo mismo con las novedades santas que obra en lo interior de nuestros corazones. Está escrito: *Yo os daré un corazon nuevo.* Y en otro lugar: *Formaos un corazon nuevo;* de manera, que este nuevo corazon que nos es dado, nosotros somos los que debemos formar; y, como estamos obligados á concurrir por el movimiento de nuestras voluntades, es preciso que este sea prevenido por el conocimiento.

Considerémos pues, cristianos, cuál es esta innovacion de los corazones, y cuál el estado antiguo de donde el Espíritu Santo nos saca. ¿Qué hay de mas antiguo, que amarse el hombre á sí mismo; y qué de mas nuevo, que ser perseguidor de sí mismo? Mas el que se persigue, debe haber visto alguna cosa que le sea amada sobre sí mismo. De manera, que hay dos

amores que obran todo. S. Agustin los definió por estas palabras: *Amor sui usque ad contemptum Dei: amor Dei usque ad contemptum sui*. El amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, es el que forma la vida antigua, ó del mundo: El amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo, es el que constituye la vida nueva del cristianismo, y el que, elevándose á su perfeccion, hace la vida religiosa. Estos dos amores opuestos serán el asunto de este discurso.

Pero os advierto, Señores, observéis con atencion el precepto que nos dá el Eclesiástico cuando dice: „El sabio que oye una palabra sensata, la alaba, y se la aplica.“ No mira á uno y otro lado, á quien pueda convenirle; sino que, atribuyéndola á sí mismo, saca de ella todo su provecho. Hermana mia: entre las cosas que voy á decir, vos sabreis distinguir bien las que os son propias. Haced lo mismo, cristianos. Seguid conmigo el amor de sí mismo en todos sus excesos, y ved hasta qué punto os ha ganado por sus dulzuras peligrosas. Considerad, en seguida, una alma, que despues de haberse así extraviado, comienza á volver sobre sus pasos; que abandona poco á poco todo lo que amaba; y que dejando, en fin, todo bajo de ella, no se reserva mas que á solo Dios. Seguidla, pues, en todos los pasos que dá para volver á él, y notad si habeis hecho algun progreso en este camino. Ved aquí lo que tendreis que considerar. Entrémos desde luego en materia, que no quiero teneros mas tiempo suspensos.

PRIMER PUNTO.

El hombre, á quien veis tan apegado á él mismo por su amor propio, no fué creado con este defecto. En su origen Dios lo habia hecho á su imagen, y

éste nombre le debia hacer entender, que él no era para sí mismo. Una imagen es toda hecha para su original. Si un retrato pudiera repentinamente ser animado, así como no veria en sí faccion alguna que no se pareciese á aquel que representaba, así tambien no viviria sino para él solo, ni respiraria sino en su gloria. Sinembargo, estos retratos que animamos, se encontrarian obligados á repartir su amor entre los originales que representan, y el pintor que los hizo. Mas nosotros carecemos de esta pena; porque somos la imagen de nuestro Autor, y el que nos formó, lo hizo tambien á su semejanza: así es que de todos modos nos debemos á él solo, y nuestra alma debe estar unida solo á él.

En efecto: aunque esta alma esté desfigurada; aunque esta imagen de Dios esté como borrada por el pecado; si nosotros buscamos bien todas sus antiguas facciones, reconocerémos, no obstante su corrupcion, que ella todavia se asemeja á Dios, y que para él es hecha. ¡O alma! vos conoceis y amais: esto es lo que teneis de mas esencial, y en lo que os asemejais á vuestro Autor, que no es otra cosa que el conocimiento y el amor. Pero el conocimiento es dado para entender lo que hay de mas verdadero; y el amor, para amar lo que hay de mejor. ¡Y qué hay de mas verdadero, que aquel que es la misma verdad? Y qué hay de mejor, que aquel que es la misma bondad? El alma, pues, es hecha para Dios: á él es á quien debe estar unida, y como suspensa por su conocimiento y su amor: de este modo ella es imagen de Dios. Él se conoce, y ama asimismo; y esta es su vida: y el alma racional debia tambien vivir conociéndole y amándole. Así, por su natural constitucion, ella estaba unida á su Autor, y debia hacer su felicidad de la de un Ser tan perfecto y tan bienhechor; consistiendo en esto su rec-

titud y su fuerza. En fin, por esta causa era rica; porque aunque ella nada tuviese de su propio caudal, poseía un bien infinito, por la liberalidad de su Autor: es decir, le poseía á él mismo; y de una manera tan segura, que no tenia sino amarle con perseverancia, para poseerle siempre; pues que amar un bien tan grande es lo que asegura su posesion, ó mas bien lo que la constituye.

Pero el alma no ha permanecido largo tiempo en tal estado. Tan feliz como era, porque Dios la habia hecho á su imagen, ella quiso no serle semejante, sino ser absolutamente como él. Aunque era feliz con conocer y amar á aquel que se conoce y ama eternamente, quiso, como él, hacer por sí misma su felicidad. Mas ¡ay! cuánto se ha engañado, y qué funesta fué su caída! Ella ha pasado de Dios, á sí misma. ¿Qué hará el Señor para castigar su defeccion? Le concederá lo que pide; y buscándose á ella misma, se encontrará; mas, al encontrarse, ¡extraña confusion! ella misma se perderá muy pronto. Ved aquí, que ya comienza á desconocerse: trasportada por su orgullo, dice: yo soy un Dios, y me he hecho para mí misma. Así es como el Profeta hace hablar á los hombres altaneros, que ponen su felicidad en su propia grandeza y excelencia (1).

En efecto, es verdad que para poder decir: quiero estar contento de mí mismo, y bastarme á mí mismo, es necesario tambien poder decir: yo me he hecho á mí mismo; ó, mas bien, yo soy de mí mismo. Así el alma racional quiere ser semejante á Dios por un atributo, que no puede convenir á ninguna criatura, esto es, por la independenciam y plenitud del ser. Sálida de su estado, por haber querido ser feliz, indepen-

(1) *Ezech. XXVIII. 2. XXIX. 9.*

diente de Dios, no puede ni conservar su antigua y natural felicidad, ni llegar á la que persigue vanamente. Mas, como aquí su orgullo la engaña, es preciso hacerle sentir por otra parte su pobreza y miseria. Para esto, basta dejarla algun tiempo consigo misma: esta alma, que se ha amado tanto, y buscado tanto, ya no se puede soportar. Luego que se encuentra sola, su soledad la pone horror, halla en sí misma un vacío infinito, que solo Dios puede llenar: así, pues, estando separada de Dios, á quien su interior reclama sin cesar, atormentada por su indigencia, el enfado la devora, el pesar la consume, es preciso que busque divertimientos exteriores, y, jamás tendrá reposo si no encuentra con que adormecerse. Qué verdad es que Dios la castiga por su propio desarreglo; y que por haberse buscado á sí misma, ella es su propio suplicio. Pero, no puede quedar en este estado, á pesar de ser tan triste; es preciso que caiga aún mas bajo: ved como.

Representaos un hombre nacido en la riqueza, y que la ha disipado por sus profusiones; no pudiendo soportar la pobreza. Esas paredes sin colgaduras, esa mesa desguarnecida, esa casa abandonada, donde ya no se ve aquella multitud de criados, le causa horror. Por ocultarse á sí mismo su miseria, contrahe deudas por todas partes; llena por este medio en alguna manera el vacío de su casa, y sostiene el brillo de su antigua abundancia. ¡Ciego y desgraciado, no medita, que esto que le deslumbra, amenaza su libertad y su reposo! Así el alma racional, nacida rica, por los bienes que le habia dado su Autor; y empobrecida voluntariamente por haberse buscado á sí misma; reducida á ese fondo estrecho y estéril, trata de engañar el pesar que le causa su indigencia, y de reparar su ruina, tomando préstamos de todas partes, con que llenar el vacío.

Ella comienza con su cuerpo y sus sentidos, porque no halla otra cosa mas próxima. Ese cuerpo, que le está tan estrechamente unido; pero que sin embargo le es muy inferior en su naturaleza, llega á hacerse el mas caro objeto de sus complacencias. Todos sus cuidados los vuelve hácia él: el menor rasgo de belleza que le percibe, basta para detenerla: ella se mira en un espejo, por explicarme así, y se considera á sí misma en este cuerpo: cree ver en la dulzura de esas miradas y de ese semblante, la dulzura de un humor apasible; en la delicadeza de las facciones, la del espíritu; en ese porte y semblante reelevados, la grandeza y nobleza del valor. Débil y engañosa imagen sin duda; pero al fin la vanidad se alimenta de ella. ¿A qué te has reducido, alma racional? Tú que habías nacido para la eternidad y para un objeto inmortal, te has enamorado y hecho cautiva de una flor que el sol seca; de un vapor que deshace el viento; en una palabra, de un cuerpo que, por su mortalidad, se ha convertido en un estorbo y carga muy pesada para el espíritu.

Sin embargo, el alma no es mas feliz gozando de los placeres que le ofrecen sus sentidos: al contrario, se empobreció buscándolos; porque persiguiéndolos, perdió desde luego la razon. El placer es un sentimiento que nos trasporta, que nos embriaga, que se apodera de nosotros con independencia de la razon, y que nos arrastra, á pesar de sus leyes. En efecto, nunca está mas débil la razon, que cuando el placer domina; y lo que marca una eterna oposicion entre el placer y la razon es, que cuando ésta exige una cosa, aquel pide otra: de aquí es que el alma, hecha cautiva del placer, se convierte al mismo tiempo en enemiga de la razon. Ved aquí en donde ha caído, cuando tomó de los sentidos lo que creyó necesitaba para reparar sus

pérdidas: mas no es este todavia el fin de sus males. Esos sentidos, de quienes ella ha tomado un empréstito, lo reciben ellos mismos de todas partes: todo lo sacan de sus objetos, y, por consiguiente, empeñan en estos al alma, que entregada á los sentidos, nada puede tener ya sino por medio de ellos.

No quiero hablaros de todos los sentidos, para haceros confesar su indigencia: considerad solamente la vista, á cuántos objetos exteriores nos inclina. Todo lo que brilla, todo lo que rie á los ojos, todo lo que parece grande y magnífico, es objeto de nuestros deseos y curiosidad. El Espíritu Santo nos lo dijo por estas palabras: „No sigais vuestros pensamientos y „vuestros ojos, manchándoos y corrompiéndoos;” digámos la palabra del divino Espíritu; „prostituyéndoos „vosotros mismos á todos los objetos que se os presentan” (1). Hacemos todo lo contrario de lo que Dios manda: nos empeñamos por todas partes; y no teniendo necesidad mas que de Dios, empezamos á sentirla de todo. Este hombre cree engrandecerse aumentando su tren, dando extension á su casa, incremento á sus rentas. Aquella muger, ambiciosa y vana, cree valer mas por cargarse de oro, de pedrería y otros vanos ornatos. Para adornarla, se agota la naturaleza, sudan todas las artes, se consume toda la industria. Así es que, reunimos á nuestro rededor cuanto hay de raro y exquisito; nuestra vanidad se alimenta con esta falsa abundancia, y por ella caemos insensiblemente en las redes de la avaricia; pasion tan triste y sombría, como cruel é insaciable.

Ella es, segun S. Agustin, la que encontrando al alma pobre y vacía en su interior, la arroja al exterior, la divaga en mil cuidados, consumiéndola por es-

(1) Núm. XV. 39.

fuerzos tan vanos como laboriosos. Ella se atormenta como en sueño; quiere hablar, y la voz le falta; quiere hacer grandes movimientos, y siente sus miembros entorpecidos. Así el alma quiere saciarse, y no puede. La plata, á quien llama su bien, es para el uso exterior, y ella se halla pobre y vacía en su interior. Se entristece, cuando observa su bien tan despegado de ella misma, tan expuesto al peligro, tan sometido al poder de otro. Sin embargo, ve crecer sus malos deseos con sus riquezas. „La avaricia, dice S. Pablo, „es la raíz de todos los males: *Radix omnium malorum „est cupiditas* (1).” En efecto, las riquezas son un medio seguro de conseguir cuasi todo lo que se desea. Por ellas el ambicioso se puede saciar de honores; el voluptuoso de placeres; y, en fin, cada uno de lo que apetece. Todos los deseos nacen en un corazón que cree tener en el dinero el medio de satisfacerlos. No hay, pues, que admirar que la pasión de las riquezas sea tan violenta, reuniendo en sí todas las demás. ¿A qué servidumbre se ha reducido el alma! ¿De qué yugo se ha cargado! Y por haberse buscado á sí misma, ¿cuán pobre y esclava se ha hecho?

Pero acaso las pasiones mas nobles y mas generosas serán capaces de llenarla. Veamos lo que podrá producirle la gloria. Nada hay mas brillante, ni que haga tanto ruido entre los hombres, y al mismo tiempo nada hay mas miserable ni mas pobre. Para convencernos de ello, considerémosla en lo que tiene de mas magnífico y grande. No hay mayor gloria que la de los conquistadores; escojámos entre ellos el de mas fama. Cuando se habla del mas grande, cada uno piensa en Alejandro: será pues este, si quereis, el que nos demostrará la pobreza de los reyes conquista-

(1) *Tim. VI. 10.*

dores. ¿Qué es lo que ha deseado ese grande Alejandro, que ha solicitado con tantos trabajos y penas, que él mismo ha sufrido, y ha hecho sufrir á los demás? Deseó hacer ruido en el mundo durante su vida, y después de su muerte. Tiene lo que pidió; ninguno lo ha hecho mayor: en el Egipto, en la Persia, en las Indias, en toda la tierra; en Oriente y Occidente, después de mas de dos mil años, no se habla sino de Alejandro. El vive en la boca de todos los hombres; sin que su gloria se borre ó disminuya, habiendo pasado tantos siglos: los elogios no le faltan; pero él falta á los elogios. Tuvo lo que quería; ¡pero ha sido mas feliz devorado por su ambición durante su vida, y atormentado ahora en los infiernos, donde sufre la pena eterna, por haber querido hacerse adorar como un Dios; sea por orgullo, ó por política? Lo mismo puede decirse de todos sus semejantes. Los que desean la gloria, comunmente la consiguen. „Ellos han recibido su recompensa,” (1) dice el Hijo de Dios; ellos han sido pagados, segun sus méritos. Esos grandes hombres, dice S. Agustin, tan celebrados entre los gentiles; y yo agrego, demasiado estimados entre los cristianos, han tenido lo que pedian; han adquirido esa gloria que deseaban con tanto ardor; y, „vanos, han recibido una recompensa tan vana como sus deseos.” *Querebant, non apud Deum, sed apud homines gloriam.... ad quam pervenientes, perceperunt mercedem suam, vanam vanam* (2).

Ya veis, señores, el alma racional decaida de su primera dignidad, porque deja á Dios, y su Magestad la abandona: conducida de captividad en captividad, esclava de sí misma, de su cuerpo, de sus place-

(1) *Math. VI. 2. tom. IV. col. 1306.*

(2) *In Ps. CXVIII. Serm. XII. n. 2.*

res, y, en fin, de todo cuanto la rodea. S. Pablo lo dice en una palabra, cuando habla así: „El hombre se vende al pecado: *Venudatus sub peccato*” (1). Entregado á la culpa, cautivo bajo sus leyes, oprimido con su yugo vergonzoso como un esclavo vendido. ¿A qué precio lo compró el pecado? ¡Ah! por todos los falsos bienes que le ha dado. Arrastrado por ellos, y esclavizado por todas las cosas que creó poseer, ya no puede respirar, ni mirar al cielo, de donde ha venido. Así perdió á su Dios; mas, no obstante, el desgraciado no puede pasarse sin él, porque hay en el fondo de nuestra alma un secreto deseo, que lo pide sin cesar.

La idea de aquel que nos ha creado, está profundamente impresa en nosotros. Mas, ¡ó desgracia increíble, y lamentable ceguedad! No hay cosa que esté mas grabada en el corazón del hombre, ni que menos le sirva para conducirse. Los sentimientos de religion son lo último que se borra en el hombre, y tambien lo último que consulta: nada excita mayores tumultos entre los hombres, ni los conmueve mas; y al mismo tiempo no hay cosa que los conmueva menos. ¿Quereis ver una prueba? Ahora que ocupó la cátedra de Jesucristo y los apóstoles, y me escuchais con atencion; si yo tratase (ah! primero la muerte); si tratase de enseñaros algun error, veria á mi auditorio en revolucion contra mí. Os predico las verdades mas importantes de la religion. ¿Qué efecto causarán? ¡O Dios! ¿Que cosa es el hombre? ¿Es un prodigio? ¿Es un compuesto monstruoso de cosas incompatibles; ó, mas bien, un enigma inexplicable?

No, señores, hemos explicado el enigma. Lo que hay de tan grande en el hombre, es un resto de su primera institucion: lo que hay de tan bajo, y que pa-

(1) Rom. VII. 14.

rece tan mal unido con sus primeros principios, es el desgraciado efecto de su caída. Se asemeja á un edificio arruinado, que entre sus ruinas conserva todavia alguna cosa de la hermosura y grandeza de su primera planta. Fundado en su origen sobre el conocimiento de Dios y su amor, ha caído en ruina: el techo vino sobre las murallas, y éstas sobre los cimientos. Pero que se remuevan esas ruinas, se encontrarán en los restos de este edificio trastornado los vestigios de sus cimientos, la idea de su primer diseño, y la marca del arquitecto. La impresion de Dios queda aún en el hombre, tan fuerte, que no la puede perder; y al mismo tiempo tan débil, que no la puede seguir; aunque si parece ha quedado en él para convencerle de su falta, y hacerle sentir su pérdida. Así es que él ha perdido á Dios; mas hemos dicho, y es verdad, que no podia despues de esto evitar el perderse á sí mismo.

El alma que se ha apartado del origen de su ser, no se conoce ya lo que es. Está embarazada, dice S. Agustin (1), con todas las cosas que ama; y de aquí proviene que en perdiéndolas, se creó al momento perdida ella misma. Mi casa se ha quemado: se atormenta, y se dice: soy perdido: mi reputacion es lastimada, mi fortuna es arruinada; soy perdido. Pero, sobre todo, si el cuerpo es atacado, es cuando mas se exclama: soy perdido. Se creó el hombre herido en lo interior de su ser; sin considerar jamás que el que dice, soy perdido, no es el cuerpo; porque él por sí mismo carece de sentimiento; y el alma, que dice que ella es perdida, no siente ser otra cosa distinta de aquel, cuya pérdida futura conoce: por esto es, que ella se cree perdida cuando le pierde. Ah! si no hubiera olvidado á Dios; si constantemente hubiese pen-

(1) De Trin. l. X. n. 7. tom. VIII. col. 893.

sado que era su imagen, se habría mantenido siempre con él, como el solo apoyo de su ser; y unida á un principio tan alto, no hubiera creído perecer viendo caer lo que está tan inferior á ella. Pero, como dice S. Agustín (1), habiéndose empeñado toda en su cuerpo y en las cosas sensibles; rodeada y envuelta en los objetos que ama, y cuya idea arrastra continuamente, no se puede desembarazar de ella, ni sabe qué cosa es. Dice: soy un vapor, soy un soplo, soy un aire desatado, un fuego sutil; sin duda un vapor que ama á Dios, que le conoce; un aire hecho á su imagen. ¡O alma! ved aquí el colmo de tus males: buscandote, te has perdido; y tú misma te desconoces! En este triste y desgraciado estado, escuchémos la palabra de Dios por boca de su Profeta: *Convertimini, sicut in profundum recesseratis, filii Israel* (2): ¡O alma! vuelve á Dios, desde lo mas profundo á donde te habias retirado.

PUNTO SEGUNDO.

En efecto, cristianos, en este profundo olvido de Dios y de ella misma, en que está sepultada, ese gran Dios sabe bien buscarla. Hace oír su voz, cuando le place, en medio del estrépito del mundo; en medio de su mayor brillo y de todas sus pompas, descubre su interior; es decir, la vanidad y la nada. El alma, avergonzada de su servidumbre, viene á considerar para qué es nacida; y, buscando en sí misma los restos de la imagen de Dios, piensa en restablecerla, reuniéndose á su autor. Tocada de este sentimiento, comienza á rechazar las cosas exteriores. ¡O riquezas, dice, vosotras no teneis mas que un nombre enga-

(1) *De Trin. l. X. n. 11.*

(2) *Is. XXXI. 6.*

ñoso: venis para llenarme; pero yo tengo un vacío inmenso donde vos no entráis. Mis secretos deseos, que claman por Dios, no pueden satisfacerse con vuestros tesoros; es preciso que me enriquezca con otra cosa mas grande y de mas estima. Ved aquí el desprecio d las riquezas.

El alma, considerando en seguida el cuerpo á quien está unida, lo vé revestido de mil ornatos extranjeros: se avergüenza, porque conoce que ellos son una red para los otros y para ella misma. Entonces es cuando está en aptitud de escuchar las palabras que el Espíritu Santo dirige á las damas mundanas, por la boca del Profeta Isaías: „Yo he visto á las hijas de „Sion, erguidas de cabeza, marchando con paso afectado, con movimientos estudiados, y haciendo signos „con los ojos á derecha é izquierda; por esto, dice el „Señor, yo haré caer todos sus cabellos” (1). ¡Qué especie de venganza! Qué! era necesario lanzar rayos, y tomar un tono tan alto para abatir los cabellos? Ese gran Dios, que se lisongea de arrancar de raíz, por su soplo, los cedros del Líbano, trueno para abatir las ojas de los árboles! ¡Es este el digno efecto de una mano todopoderosa? ¡Qué vergonzoso es para el hombre estar tan fuertemente adherido á las cosas vanas, que el quitárselas sea un gran suplicio! Por eso el Profeta pasa mas adelante. Despues de haber dicho: „haré caer sus cabellos; yo destruiré, prosigue, „los collares, los brazaletes, los anillos, las cajas de „perfumes, los vestidos, los mantos, las cintas, los bordados, y esas telas tan delicadas:” vanas cubiertas, que nada ocultan.... El Espíritu Santo ha querido descender á una exacta enumeracion de todos los ornatos de la vanidad, ciñendose, por explicarme

(1) *Is. III. 16. 17.*

así, á seguir con su venganza todos los diversos adornos que una vana curiosidad ha inventado. A estas amenazas del Divino Espíritu, el alma, que por mucho tiempo se ha sentido apegada á esos vanos adornos, comienza á entrar en sí misma. ¡Qué, Señor! dice: ¿queréis destruir todo este vano aparato? Para prevenir vuestra cólera, yo misma comenzaré á despojarme de él. Entrémos en un estado donde no hay mas adorno que el de la virtud.

Aquí, esta alma disgustada del mundo, reflexionando que esos vanos oratos señalan en los hombres alguna dignidad, viene á considerar los honores que el mundo elogia, y al momento conoce su interior. Ve el orgullo que inspiran, y descubre en él las disputas, los zelos, y todos los males á que arrastra: observa al mismo tiempo, que si estos honores tienen alguna cosa de sólido, es la obligacion de dar al mundo buen ejemplo. Pero, renunciándolos, se puede dar uno mas útil; y es mas hermoso, quando se disfrutan estos honores, hacer de ellos un uso tan heroico. Lejos, pues, honores de la tierra: todo vuestro brillo cubre mal nuestras debilidades y faltas; y solo las oculta á nosotros, para hacerlas conocer á los demás. Ah! „mejor quiero tener el último lugar en la casa de mi Dios, que ocupar „el mas alto rango en la de los pecadores” (1).

El alma se despoja, como veis, de las cosas exteriores, vuelve de su extravio, y comienza á acercarse á sí misma. Pero ¿se atreverá á tocar ese cuerpo tan tierno, tan querido, tan cuidado? ¿No excitará piedad esa complexion delicada? Al contrario: á él es á quien el alma imputa la culpa principalmente, como á su mas peligroso seductor. Yo he encontrado una víctima, dice; desde que este cuerpo se ha hecho mor-

(1) *Psalm. LXXXIII. 11.*

tal, me parece haberse convertido para mí en un embarazo y un atractivo que me conduce al mal; pero la penitencia me advierte, que puedo hacer de él un buen uso. Gracias á la misericordia divina, tengo en él con qué reparar mis faltas pasadas. Este pensamiento la decide á no dar cosa alguna á sus sentidos: les quita todos sus placeres; abraza todas las mortificaciones; dá al cuerpo un alimento poco agradable; y, á fin que la naturaleza se aquiete con él, espera que la necesidad le haga soportable. Ese cuerpo tan tierno, duerme sobre la dura tierra; la salmodia de la noche y el trabajo del día, le excitan el sueño: sueño ligero, que no hace pesado el espíritu, ni interrumpe cuasi sus acciones. Así todas las funciones, aun las de la naturaleza, comienzan de hoy en adelante á convertirse en operaciones de la gracia. Se declara una guerra inmortal é irreconciliable á todos los placeres; no hay uno, por inocente que sea, que no le parezca sospechoso: la razon que Dios ha dado al alma para conducirla, exclama viendolos acercarse: „Esta es la serpiente que nos engañó:” *Serpens decepit me* (1). Los primeros placeres que nos engañaron, entraron en nuestro corazon con un aspecto inocente, á la manera del enemigo que se disfrazaba para apoderarse de una plaza, que intenta revolucionar contra sus legítimas autoridades. Esos deseos, que nos parecian inocentes, han excitado poco á poco las pasiones mas violentas, que nos han puesto en cadenas, que hemos sufrido intolerables penas para romper.

Libre el alma, por estas reflexiones, del cautiverio de los sentidos, y desprendida del cuerpo por la mortificacion, ha vuelto, en fin, á sí misma. Ha

(1) *Gen. III. 13.*

vuelto de muy lejos, y parece haber hecho un gran progreso; pero, últimamente, habiéndose encontrado á sí misma, ha encontrado tambien el origen de todos sus males. Entonces es, pues, cuando declara una grande ojeriza contra sí misma; decaida por su libertad, de que ha hecho mal uso, piensa en sujetarla por todas partes: rejas horrorosas, profundo retiro, impenetrable clausura, entera obediencia; todas las acciones regladas, todos los pasos contados, cien ojos que la observen.... aun todavia halla que no es bastante para impedirle que se extravié. Ella se pone de todos lados bajo el yugo: se acuerda de los tristes zelos del mundo, y se abandona, sin reserva, á los dulces zelos de un Dios bienhechor, que no quiere tener los corazones, sino para llenarlos de celestiales dulzuras. Temerosa de volver á dar sobre esos objetos exteriores, y que su voluntad se extravié aún todavia buscándolos, se prescribe límites de todas partes; pero de miedo de detenerse en sí misma, abandona su propia voluntad. Así, estrechada por todas partes, no puede respirar sino del lado del cielo: se abandona al amor divino, llamando su conocimiento y su amor al uso primitivo. Entonces es cuando podemos decir con David: „Oh Dios! vuestro siervo ha hallado su corazón para haceros esta „súplica“ (1). El alma, tan largamente extraviada en las cosas exteriores, se ha encontrado, en fin, á sí misma; pero es para elevarse sobre ella, y darse enteramente á Dios.

Nada hay mas nuevo que este estado, en que el alma, llena de Dios, se olvida de sí misma. De esta union con Dios se ven muy pronto nacer en ella todas las virtudes. Allí está la verdadera prudencia;

(1) II. Reg. VII. 27.

porque se aprende á dirigirse á su fin; es decir á Dios, por el solo camino que lleva á él; esto es, por el amor. Allí está la fuerza y el valor; pues no hay cosa que no se sufra por el amor de Dios. Allí se encuentra la templanza perfecta; por que ya no se pueden gustar los placeres de los sentidos, que le arrebatan á Dios los corazones y la atencion del espíritu. Allí se empieza á hacer justicia á Dios, al prójimo, y á sí mismo. A Dios, porque se le dá todo lo que es debido: al prójimo, porque se comienza á amarle verdaderamente; no por sí mismo, pero como á sí mismo, despues que se ha hecho el esfuerzo de renunciarse á sí mismo: últimamente, se hace justicia á sí mismo, porque se entrega de todo corazón á quien se pertenece naturalmente. Mas dándose de tal suerte, se adquiere el mas grande de todos los bienes, y se tiene la maravillosa ventaja de ser feliz, por el mismo objeto que hace la felicidad de Dios.

El amor de Dios hace, pues, nacer todas las virtudes; y para hacerlas subsistir eternamente, les dá por fundamento la humildad. Preguntad á aquellos que tienen en el corazón alguna pasión violenta, si conservan algun orgullo, ó cierta altanería en presencia de lo que aman: se someten demasiado, y son excesivamente humildes. El alma poseida del amor de Dios, trasportada por este fuero de ella misma, no piensa en sí, ni por consiguiente en orgullecerse; porque ve un objeto, en cuya comparación se cuenta por nada; y está de tal manera enamorada, que le prefiere á sí misma, no solamente por razon, sino por amor.

Pero ved aquí un motivo para humillarse mas profundamente. Unida á este divino objeto, ve siempre bajo de sí dos profundos abismos; la nada de donde

salió, y otra nada aun mas horrorosa, que es el pecado, en que puede recaer sin cesar, por poco que se aparte de Dios, á quien obliga á que la deje. Considera que si es justa, Dios la hace tal continuamente. S. Agustin (1) no quiere que se diga, que Dios nos ha hecho justos; pero dice que nos hace justos á cada momento. No, prosigue, como un médico, que habiendo sanado á su enfermo, le deja en una salud que no necesita de su socorro; mas como el aire, que no ha sido hecho luminoso para quedar así por sí mismo, sino que es hecho tal continuamente por el sol. Así el alma, unida á Dios, siente constantemente su dependencia, y que la justicia que le es dada no subsiste tola sola, sino que Dios la cria en ella á cada instante; de manera que se mantiene siempre alerta de esta parte; queda siempre bajo la mano de Dios; siempre sujeta á su gobierno, y como rayo de su gracia. En este estado, ella se conoce y no teme ya perecer, de la manera que antes temía; siente que es hecha para un objeto eterno, y no percibe mas muerte que el pecado.

Sería necesario aquí descubriros la última perfeccion del amor de Dios; seria preciso mostraros esta alma, desprendida aún de las castas dulzuras que la atrajeron á Dios, y poseída solamente de lo que descubre en él mismo, es decir, de sus perfecciones infinitas. Allí se verá la union del alma con un Jesus abandonado; allí se entenderá la última consumacion del amor divino en una parte del alma, tan profunda y retirada, que los sentidos nada sospechen de ella; tan distante está de su region! Mas, para ex-

(1) *De Gen. ad litt. lib. VIII. n. 25. tom. III. part. I. col. 234.*

plicar esta materia, seria necesario usar un lenguaje que el mundo no entenderia.

Acabémos, pues, este discurso; y permitidme, Señores, que antes de concluirlo os pregunte, si las santas verdades que he anunciado, han excitado en vuestro corazon alguna centella del amor divino? La vida cristiana, que os propongo tan penitente, tan mortificada, tan desasida de los sentidos y de nosotros mismo, os parece quizá imposible? Direis: ¿se puede vivir de esta manera? ¿se puede renunciar lo que agrada? Se os responderá de lo alto (*), que la cosa mas difícil se puede, pues que se puede abrazar lo que dá en rostro y choca. Mas para hacerlo, direis, es preciso amar á Dios; y no sé si se puede conocer bastante para amarle tanto cuanto sea necesario. Se os dirá de lo alto, que se conoce bastante para amarle sin limites. Mas ¿se puede llevar en el mundo una vida semejante? Sí, sin duda, pues que el mundo mismo os desengaña de él: sus encantos tienen bastantes ilusiones; sus favores bastante inconstancia; sus rebeces bastantes amarguras; en el procedimiento de los hombres hay bastante injusticia y perfidia, bastante desigualdad y bizarria en sus humores incómodos y contrariantes: esto, sin dda, es suficiente para disgustarnos.

Ah! vosotros decís, estoy sumamente disgustado; todo, en efecto, me enfada; pero nada me mueve: el mundo me desagrade; mas no por esto me agrada Dios. Conozco este estado extraño, desgraciado é intolerable; pero demasiado ordinario en la vida. Para salir de él almas cristianas, sabed: que quien busca á Dios de buena fé, jamás deja de hallarle; su

(*) *Madama de la Valliere estaba con la Reina en el coro alto.*

palabra es expresa: „Al que toca se le abre; al que pide se le dá; el que busca encuentra infaliblemente” (1). Si, pues, no encontráis, sin duda no buscáis. Removed hasta el fondo de vuestro corazón: sus heridas tienen la ventaja que pueden ser sondeadas hasta lo mas profundo, con tal que haya valor para penetrarlas. Vos encontrareis en su profundidad un secreto orgullo, que os hace desdeñar todo lo que se os dice, y los sábios consejos que se os dán: encontrareis un espíritu de chocarrería inconsiderada, que brota en medio del regocijo de las conversaciones. Cualquiera que esté poseído de él, créé que toda la vida es un juego; solo trata de divertirse; y el aspecto de la razón, si puedo hablar así, le parece demasiado sério y enfadoso.

Peró ¿en qué es en lo que me empeño? ¿En buscar las causas secretas del disgusto que os dá la piedad? Son muy groseras y palpables: se sabe cuales son los pensamientos que detienen al mundo ordinariamente. No se ama la verdadera piedad; por que contenta con los bienes eternos, no proporciona establecimientos en la tierra, ni hace la fortuna temporal de los que la siguen. Esta es la objecion que los mundanos hacen á Dios ordinariamente; pero respondió de una manera digna de su Magestad, por boca del Profeta Malachias (2): „vuestras palabras se han levantado contra mí, dice el Señor; y habeis respondido: ¿qué palabras hemos proferido contra vos? Habeis dicho: el que sirve á Dios, se atormenta en vano. ¿Qué bien nos ha venido de haber guardado sus mandamientos, y de haber caminado tristemente delante de su rostro? Los hom-

(1) *Math. III. 8.*

(2) *Mal. III. 13. et seq.*

„bres soberbios y emprendedores son felices; pues ellos se han establecido viviendo en la impiedad, y han tentado á Dios, soñando hacerse felices, á pesar de sus leyes, y han hecho todos sus negocios?”

Ved aquí la objecion de los impíos, propuesta en toda su fuerza por el Espíritu Santo. „A estas palabras, prosigue el Profeta, las gentes buenas, admiradas, se dijeron secretamente los unos á los otros.” Ninguno sobre la tierra se atreve á emprender, me parece, el dar respuesta á los impíos, que atacan á Dios con una audacia tan insensata; pero Dios les responderá el mismo: „El Señor ha dado oído á estas cosas, dice el Profeta, y las ha escuchado: ha hecho un libro donde escribe los nombres de los que le sirven; y en ese dia, en que yo obro, dice el Señor de los ejércitos; es decir, en el último dia, cuando acabo todas mis obras, y desplego mi misericordia y mi justicia; en ese dia, dice, los buenos serán mi posesion particular; los trataré como un buen padre trata á un hijo obediente. Entonces volveréis vosotros, ¡oh impíos! vereis de lejos su felicidad, de la que sereis excluidos para siempre; y, entonces, conoceris qué diferencia hay entre el justo y el impío; entre el que sirve á Dios, y el que desprecia sus leyes.” Así responde el Señor á las objeciones de los impíos. No habeis querido creer que los que me sirven son felices; no habeis dado crédito ni á mi palabra, ni á la experiencia de los otros; la vuestra os convencerá; vos los vereis felices, y os vereis miserables: *Haec dixit Dominus faciens haec.* „Esto es lo que dice el Señor; es preciso creerlo; porque el mismo que lo dice, lo hace.” Así hace callar á los soberbios é incredulos.

¡Sereis tan felices que aprovecheis este avi-

so, para prevenir su cólera? Id, Señores, y pensad en ello: no os ocupeis del orador que habeis oído, ni de si ha hablado bien ó mal: ¿qué importa que haya hablado un hombre mortal? Hay un predicador invisible, que predica en lo interior de nuestro corazon, á quien los predicadores y los oyentes deben escuchar; este es el que habla interiormente á nuestro corazon, y á quien deben dar oído todos los que vienen á oír los discursos sagrados. El orador que habla exteriormente, hace un sermón solo para un inmenso pueblo; pero el orador interior, que es el Espíritu Santo, hace tantas predicaciones diferentes, cuantas son las personas del auditorio, pues habla á cada uno en particular, aplicándole, segun sus necesidades, la palabra de vida eterna. Escuchadle, pues, cristianos; dejadle remover hasta lo íntimo de vuestro corazon ese secreto principio del amor de Dios.

Espíritu Santo, Espíritu pacífico, os he preparado los caminos, predicando vuestra palabra. Mi voz ha sido, quizá, semejante á ese ruido impetuoso que previno vuestra venida: bajad ahora, ¡oh fuego invisible! y que esos discursos inflamados, que hareis en lo interior de los corazones, los llenen de un ardor celestial. Hacedles gustar la vida eterna, que consiste en conocer y amar á Dios: dadles un ensayo de la vision divina, en la fé; una anticipacion de la posesion, en la esperanza; una gota de ese torrente de delicias, que embriaga á los bienaventurados, en los trasportes celestiales del amor divino.

Y vos, hermana mia, que habeis empezado á gustar esas castas delicias, bajad, marchad al altar; victima de la penitencia, id á consumir vuestro sacrificio: el fuego está encendido, el incienso prepara-

do, la cuchilla desnuda: esta es la palabra que separa el alma de sí misma, para unirla únicamente á su Dios. El sagrado Pontífice os espera (*) con ese velo misterioso que pedis: ocultaos en él; vivid escondida á vos misma, así como al mundo; y conocida de Dios, desembarazaos de vos misma, salid de vos misma, y tomad un vuelo tan noble, que no encontreis reposo sino en la esencia del PADRE, del HIJO, y del ESPIRITU SANTO. Amén.

(*) *El Sr. Arzobispo de Paris.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

APÉNDICE

A LA HISTORIA

DE

LA DUQUESA DE LA VALLIERE.

En el Diccionario Universal, histórico, crítico y bibliográfico, publicado en París el año de 1812 por Chaudon y Delandine, imprenta de Prudhomme é hijos, se halla el siguiente artículo.

LUISA FRANCISCA DE LA BEAUME LE BLANC, DUQUESA DE LA VALLIERE, de la misma casa que los precedentes, fué nombrada Camarista de Henriqueia de Inglaterra, primera muger de Felipe, Duque de Orleans. Desde sus primeros años se distinguió por un carácter de prudencia muy marcada. En cierta ocasion, que las jóvenes camaristas se condujeron con alguna ligereza, dijo el Duque en alta voz: estoy seguro que la señorita de la Valliere no tendrá parte en esto; porque su prudencia no lo permite. Ella se hizo amar y estimar en la Côte, menos por sus cualidades exteriores, que por un carácter de dulzura, bondad y sencillez, que le era como natural. Madama Sevigné decia, hablando de ella: *No se hará otra igual en este molde.* Otra muger de talento dice tambien de ella lo siguiente: *Madama de la Valliere, modesta, generosa y sensible, ha eternizado su memoria*
por

por las virtudes que en una condicion comun la habrian ayudado á hacerse olvidar. No fué un talento superior, ni una heroína; fué solo una muger, pero la mas interesante de todas: sería difícil pintarla. Una muger verdaderamente amable, verdaderamente tierna, verdaderamente digna de ser amada, no puede darse idea de ella en pocas líneas: no se le pinta de un solo rasgo, no se le conoce en un solo día. Cada una de sus acciones lleva un encanto particular, pero indefinible; su elogio consiste en el conjunto de su vida. Es preciso haberla visto ayer, para conocer lo que es hoy. Mañana agrada con un día mas; pero de estos mil detalles, que la hacen adorar, no hay uno que pueda hacerla conocer: tal fué llamada la Duquesa de la Valliere. Aunque virtuosa, tuvo un corazón extremadamente tierno y sensible. Esta circunstancia le hizo traicion: vió á Luis XIV y lo amó con trasporte; é instruido el Rey de sus sentimientos, le dió todo su amor. El se sirvió de la pluma del marqués de Dangeau para escribirle billetes galantes, cuyos temas corregia el marqués. Ella fué, durante dos años, el objeto oculto de todas las diversiones galantes, y de todas las fiestas que dió Luis XIV. En fin, cuando sus sentimientos se hicieron públicos, erigió para ella, en Mayo de 1667, la tierra de Vaujour en Ducado-Par, bajo el nombre de la Valliere. La nueva Duquesa, encerrada dentro de sí misma, y concentrada toda en su pasión, no se mezcló absolutamente en las intrigas de la corte, ó solo tomó parte en ellas para hacer bien. Es difícil imaginar un rasgo de modestia y desinterés, comparable á este, referido por R. L. d' Argenson, ensayo, tomo 29, página 195, que dice: „Ella jamás habia dicho al Rey que tenia un hermano: este era jó-

ver

ven, habia hecho sus primeras campañas entre los cadetes de la casa real. Haciendo la revista Luis XIV observó, que su dama se sonreía amigablemente con un jóven, que la habia saludado con un aire de intimidad. Esa misma tarde el Monarca, animado de un espíritu zeloso, que no pudo disimular, le preguntó en un tono severo é irritado, quién era aquel jóven. Ella desde luego se turbó; pero al fin respondió, que era su hermano; y habiendose asegurado de ello el Rey, hizo gracias muy distinguidas á este jóven gentilhomme, que fué padre del primer Duque de la Valliere. Ella jamás olvidó que obraba mal, pero esperaba siempre hacer el bien. Esto fué lo que le hizo recibir con suma alegría el agradecimiento de un pobre religioso, que despues de haber recibido la limosna, le dijo: ¡ah señora! vos sereis salva; porque no es posible que Dios deje perecer una persona que dá tan liberalmente por amor de Dios. Cuando el célebre Mignard hubo de retratarla, ella dispuso que fuera entre sus dos hijos, la Señorita de Blois, y el Conde de Vermandeis, con un canutillo de paja de trigo en la mano, del cual pendia un globo de jabon, á cuyo rededor estaba escrito: *Sic transit gloria mundi. Asi pasa la gloria del mundo*: imágen natural de la vanidad de las pasiones de los hombres, y de los favores de las córtes. Dios se sirvió de la inconstancia del Rey para llamarla á sí. La duquesa de la Valliere desde 1669 se apercibió, de que madama de Montespan adquiria ascendiente sobre el corazón de este Monarca: soportó con admirable tranquilidad el pesar de ser testigo largo tiempo del triunfo de su rival. Se le hizo decir al Rey es un soneto, hablando de su inconstancia.

Tous

Tous ces défauts, Louis, font tort á vos vertus:
 Vous m'aimiez au me refois, et vous ne m'aimiez plus:
 Mes sentimensz ¡hélas! deffèrent bien des vôtres.
 Amour, á qui je dois et mon mal et mon bien,
 Que ne lui donniez vous un coeur comme le mien!
 Ou que n'avez vous fait le mien comme les autres!

Traduccion en prosa.

Todos estos defectos, Luis, hacen agravio á vuestras virtudes:

Vos me amabais antes, y no me amais ya:
 Mis sentimientos ¡ay de mí! difieren mucho de los vuestros.

Amor, á quien yo debo mi mal y mi bien,
 ¿Que no le diésteis un corazón como el mío!

O que no hubiésteis hecho el mío como los demás!

En fin, el año de 1675 tomó el hábito de Carmelita en París, y perseveró. Ella ejecutó esta acción, como todas las demás, dice madama de Sevigné, de una manera que encanta. Al entrar, dijo á la superiora ó prelada: „Madre mia, yo he hecho „muy mal uso de mi voluntad; pero ya vengo á ponerla en vuestras manos para no volverla á tomar.“ A los principios de su conversion escribió á uno de sus amigos: „Dios es tan bueno, que en lugar de los castigos que he merecido, me envia consuelos... „A pesar de la grandeza de mis pecados, que siempre tengo presentes, siento que su amor tiene mas parte en mi sacrificio, que el temor de sus juicios.“ Cubrirse de un cilicio, andar con los pies descalzos, ayunar rigorosamente, cantar de noche en el coro en una lengua desconocida, nada de esto rehusó la delicadeza de una muger, acostumbra á tanta gloria

ria, molicie y placeres. Los grandes dolores de cabeza que padecía, la obligaban á cerrar los ojos; y cuando se le preguntaba: si esta situacion no le era incómoda á la vista? respondia: „de ninguna manera; „antes me hace descansar. Estoy tan fastidiada de las „cosas de la tierra, que encuentro placer en no mirarlas.“ Una grande hericicela en la pierna izquierda le hizo padecer mucho, sin que absolutamente hablase de esta enfermedad; mas reconviniéndosele por qué llevaba tan lejos el espíritu de penitencia? contestó: „yo no sabia que era esto, porque no lo habia „visto.“ Vivió en medio de estas austeridades desde 1675 hasta 1710 en que murió, bajo el nombre de *Sor Luisa de la Misericordia*. Su fallecimiento fué el 6 de Julio, de edad de 66 años. Se trató de detenerla en el mundo, para edificarlo con sus ejemplos. „Seria en mí, respondia, una grande presuncion „creerme propia para ayudar al prójimo. Cuando „uno se ha perdido á sí mismo, no es digno ni capaz de servir á los demás.“ Cuando murió su hijo el Duque de Vermandois, contestó con valor á los que le dieron esta funesta noticia: „Que no le bastaban sus lágrimas para ella, pues estaba segura que „sobre sí misma era por quien debia llorar.“ agregando aquellas palabras que siempre tenia impresas: „es „necesario que yo hore el nacimiento de este hijo, „mas bien que su muerte.“ Con la misma constancia y resignacion sufrió la muerte del Principe de Conti, que se habia casado con su hija la señorita de Blois. El exceso de sus austeridades la enfermó demasiado: un dolor de cabeza habitual, una ciática dolorosa, y un reumatismo universal, ejercitaron su paciencia, sin abatir su ánimo. En vano se le exhortaba que tomase algun reposo: „No lo puede haber

VI.

„ber para mí sobre la tierra” era su respuesta; y otras veces agregaba „qué largo es mi destierro!” Nos dejó las *Reflexiones sobre la misericordia de Dios*, en 12^o, que están llenas de unción. Se sabe que el cuadro de la Magdalena penitente, uno de los gefes de obra de Le Brun, fué pintado conforme á esta muger ilustre, que imitó tan sinceramente á la pecadora en sus austeridades, como lo habia hecho en sus debilidades. Este bello cuadro se halla hoy en el museo de Versalles. Madama de Genlis publicó un romance histórico intitulado: *La Duquesa de la Valiere*; y este romance, donde la heroína está pintada con el interés que merece inspirar, ha obtenido gran suceso.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





INOLEV
LIOTEC